DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

LIBROS I-III

EDITORIAL GREDOS

DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

LIBROS I-III

INTRODUCCIÓN
DOMINGO PLÁCIDO

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ELVIRA JIMÉNEZ Y ESTER SÁNCHEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 73

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por DOMINGO PLÁCIDO.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1984.

Depósito Legal: M. 25364-1984.

ISBN 84-249-0950-X.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1984.—5749.

INTRODUCCIÓN

Dionisio, hijo de Alejandro, nació en Halicarnaso, muy probablemente entre los años 60 y 55 a. C. Marchó a Roma el año 30 ó 29, donde fue profesor de retórica, aprendió la lengua de los romanos y estuvo en contacto con las letras latinas, y así reunió los materiales para escribir su historia. Estuvo en relación con personajes de ilustres familias romanas, entre quienes destaca Quinto Elio Tuberón, probablemente el cónsul del año 11 a. C., a quien dedicó su ensayo sobre Tucídides. Su actividad retórica se tradujo también en una serie de escritos sobre oradores griegos (Lisias, Isócrates, Iseo, Demóstenes), y sobre Tucídides, especialmente importante desde el punto de vista de su concepción de la historia, y en otros tratados, algunos de ellos en forma de carta. En este terreno se muestra contrario al estilo asiático y favorable al neoaticismo, tendencia impulsada por la aristocracia romana [1]. Frente a actitudes negativas como la de Séneca el Viejo [2], que añora los oradores nacidos en época de Cicerón, Dionisio de Halicarnaso espera que, gracias a los romanos, se rechace el nuevo estilo asiático y se vuelva al viejo (*De rhet. vet.*

[1] Bowersock, pág. 75.

[2] Fairweather, págs. 301-2.

2-3)[3]. Se trata del optimismo propio de qúienes ponían sus esperanzas en el renacimiento de la época de Augusto[4], plasmado, en el terreno artístico y literario, en el clasicismo augusteo[5].

Con respecto a la *Historia Antigua de Roma*[5bis], uno de los problemas que más ha atraído la atención es el de la determinación de las fuentes. Veremos sólo algunos ejemplos significativos. Destacan los estudios de E. Gabba[6]. Según él, aunque la fuente principal es la Segunda Analística, sin embargo, para la época regia y de los orígenes, la Primera se encontraba ya incorporada en ella sin grandes variaciones[7]. Por ello hay que tener en cuenta que, de forma indirecta, se han utilizado fuentes remotas variadas. Por ejemplo, unos *Kymaiká*, conocidos a través de Timeo, para VII 3-11[8], e incluso los *Anales de los Pontífices*[9]. El libro I sería el más fiel a las fuentes originales; posteriormente, Dionisio se hace más autónomo[10]. Por ejemplo, el libro II se inicia con espíritu augusteo[11], pero el programa político de Rómulo, cuyo centro está en II 14, sería el reflejo de un opúsculo político de época silana[12]. La «tendencia» de este posible escrito es, sin embargo, objeto de controversia y, además de ésta, se han hecho otras atribuciones: cesariano, octaviano del año 27...[13].

---

[3] FORTE, pág. 201.

[4] BONNER, pág. 10.

[5] MAZZARINO, I, págs. 499-500.

[5bis] Esta obra aparece citada normalmente con el nombre de *Antigüedades Romanas*.

[6] Véase bibliografía.

[7] «Considerazioni...», págs. 138-9.

[8] Pág. 145.

[9] Pág. 153.

[10] «Dionigi...», pág. 225.

[11] «Studi...I...», pág. 224

[12] ID., págs. 200-216.

[13] BALSDON, pág. 24.

También Momigliano considera que la base principal de todo se encuentra en el siglo I a. C. [14], pero la figura de Camilo, tal como aparece en XII 14-16, corresponde a una tradición formada entre los Escipión y los Graco [15].

La utilización de Fabio Píctor también ha sido objeto de estudios concretos. Dado que hay discrepancias entre su uso por Plutarco y por Dionisio, Verbrugghe [16] se inclina a pensar que, en estos casos, el más próximo a la fuente es el primero. Sin embargo, es posible estudiar la tradición de forma más compleja: Fabio Píctor es sólo el inicio de una tradición que sufre un proceso de elaboración largo, y es el resultado de ésta, ya a finales de la república, el que utiliza Dionisio de Halicarnaso [17].

El estudio exclusivo de las fuentes ha estado unido a un criterio estimativo de la obra histórica de Dionisio de Halicarnaso. Prácticamente se consideraba un recopilador de fuentes sin ningún criterio unificador [18]. El proceso por el que ha cambiado este criterio puede verse en H. Verdin, «La fonction de l'histoire selon Denys d'Halicarnasse» (1974); por él se ha llegado a observar una determinada unidad en la obra de Dionisio de Halicarnaso. Ahora bien, también se ha atribuido la unicidad a la propia fuente y se ha intentado buscar *una* fuente, no varias, que sirviera de inspiración a Dionisio de Halicarnaso. Por ejemplo, Valvo, tanto en su reseña a Noé [19] como en su trabajo «Il praenomen Imperatoris di Cesare in un passo di Dionigi di Alicarnasso» [20],

---

14 «An Interim...», pág. 547.

15 «Camillus...», pág. 92.

16 Pág. 238.

17 Poucet, «Fabius...», pág. 216. Cf. «L'amplification...».

18 Schwartz, en PW, *RE*, V (1903), 934-961.

19 Pág. 297.

20 Págs. 336-9.

aquí referido concretamente a XII 1, y sigs., ve una fuente unitaria filooptimate, anticesariana y antioctaviana, tal vez el propio Quinto Elio Tuberón, que trataría de justificar el asesinato de César.

En general, la tendencia es a considerar que las fuentes utilizadas son las más próximas a él, dado que la Segunda Analística está más interesada en las cuestiones internas que la Primera [21], y esto se nota en Dionisio de Halicarnaso. La ideología dominante es, desde luego, la del siglo I a. C. [22]. Queda la cuestión de si Dionisio reelabora o simplemente recoge fuentes de su propia época. También en esto hay variaciones: Gabba cree en la reelaboración y en la incorporación del ambiente augusteo, pero en concreto lo propio de Dionisio son los discursos [23]. Para Balsdon, junto a la «composición» general de la obra, plasmada en la «programación» que expone en el libro I [24], también hay aspectos concretos: comparaciones con el mundo griego y rechazo del papel de τύκη en el destino de Roma [25], procedentes de su origen griego. Hill [26] fue uno de los autores que primero vio una intención unitaria antiaugustea, contraria a la propaganda italiana preconizada por Augusto y materializada en la obra virgiliana; sería la alternativa al antihelenismo de la *Eneida*. Su público sería el romano: se trataría del griego que defiende su tradición frente a los romanos que desprecian al griego. Noé, en cambio [27], cree que la reelaboración de Dionisio de Halicarnaso se hace para llevar la realidad romana a los lectores griegos.

---

21 Noé, pág. 30.
22 Musti, «Etruschi...», pág. 43.
23 «Dionigi...», pág. 228.
24 Pág. 25.
25 Pág. 26.
26 Págs. 88 y sigs.
27 Págs. 22-23.

La obra de Dionisio fue escrita por un griego en una época determinada, y a ella, como obra hecha, dedicaremos las siguientes líneas, dado que, sean cuales fueren las fuentes y la forma de utilizarlas, lo que hoy todo el mundo admite es que, tras las reelaboraciones que haya que tener en cuenta, la *Historia Antigua de Roma* tiene la suficiente entidad para llamar la atención de quien se interese por la historia de Roma y por la posición de los griegos de la época del nacimiento del imperio romano.

Dionisio de Halicarnaso se muestra preocupado por la cronología. En *Tucídides*, 9, critica al historiador ático por usar un método de exposición cronológica por estaciones, lo que, a su manera de ver, no permite la claridad en la exposición [28]. Por otro lado, hay datos de que escribió un *Perì chrónōn*, cuyos fragmentos están recogidos por F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 251. Dedica los capítulos I 74 y 75 a explicar el sistema por el que fija la fundación de Roma en 751, dos años más tarde que Varrón, y establece constantemente la sincronía entre los cónsules, los arcontes y las Olimpiadas. Como no hay coincidencia en el comienzo de los años, hace el paralelo de los cónsules con el año griego que había comenzado el verano anterior, lo que en algunos casos le obliga a hacer precisiones estacionales con vistas al entendimiento del público griego (I 32, 5, y com. *ad l.* de Cary). Este método pone de relieve la intención de unificar el proceso histórico. Tal intención está más clara en la exposición de la teoría de los cuatro imperios, cuya culminación es, naturalmente, el romano (I 2, 1-3) [29]. Hay por tanto un criterio unificador expreso, informado por la idea dominante [30] de que Roma su-

---

28 Cary, p. XXXI, Mazzarino, I, pág. 495.

29 Momigliano, «The origins...», pág. 549; Gascó, págs. 187 y sigs.

30 Martin, «Le dessein...», pág. 206.

pera la diversidad del mundo y el particularismo de la propia ciudad, por lo que su obra es al tiempo superación de los contrastes presentes en la historiografía griega anterior (Polibio y Posidonio) y fusión de historia local e historia general, tal como se expone en *Tucídides*, 5 [31]. Con ello, comenta Gabba, se concluye la polémica sobre el imperialismo romano y se ponen las bases para la coexistencia del mundo griego con el mundo romano.

El criterio unificador se realiza por tanto a partir de la mentalidad de los griegos de la época de Augusto [32]. De algún modo, continúa a Polibio [33], pero también de algún modo lo supera [34], al atender a un público más amplio y utilizar un concepto de causa también más amplio. El propio Dionisio (V 56, 1) declara la necesidad del conocimiento de las circunstancias, de las personas y de los discursos (XI 1, 3); así la historia es útil para los políticos y para los filósofos (XI 1, 4-5). El proceso de recuperación que se inicia tiene que fijarse un modelo que se encuentra en el pasado de Roma, cuya decadencia sirve precisamente para mostrar la necesidad de resurgimiento de lo antiguo [35]. La retórica es un modelo de actuación de los hombres políticos, pero también un modo de exponer el proceso histórico. Habida cuenta de la complejidad del mundo real, sólo puede comprenderse a base de la exposición de posturas contrapuestas [36], del mismo modo que en determinados casos tiene que exponer diversas versiones de un mismo hecho. La exposición histórica de Dionisio carece de carácter monolítico: lo malo siempre va uni-

---

[31] GABBA, «Storiografia...», págs. 641-2.
[32] GABBA, «Dionigi...», pág. 229.
[33] MARTIN, «Dessein...», pág. 201.
[34] GOZZOLI, págs. 164 y sigs.
[35] BOWERSOCK, pág. 131.
[36] CARY, pág. XVI.

do a lo bueno (V 77, 6). Por ello es retórica y dramática[37] la historia de Dionisio de Halicarnaso, porque es precisa la penetración constante en los matices y los detalles. Con esto, a Polibio y la tradición histórica griega se le añade el papel de la retórica, de que era profesional[38]. Dionisio de Halicarnaso cree en la eficacia de la palabra: V 40, 1, es sólo uno de los ejemplos de cómo se mueven las masas por efecto del discurso, ya que éste es capaz de solucionar los acontecimientos concretos[39], pero también de marcar el proceso de la historia de Roma, definida por Noé[40] como la lucha pacífica del pueblo romano por su libertad. Gracias a ella se consigue una democracia más pacífica que la griega. El discurso se expone como modelo para el presente, pero con ello el autor no puede dejar de utilizar también el presente como modelo, y así, los discursos útiles para el presente son también los debates del presente[41]. Todo ello en la sucesión concreta de los hechos que están por debajo de la explicación de la superioridad romana, con quien nadie puede competir (I 3, 5) y que nunca soportó estar bajo otros (VII 70, 4), pues lo propio de los romanos es mandar sobre los demás (X 28, 8).

El planteamiento es polémico (I 4, 2) contra historiadores esclavos de reyes que odian la hegemonía romana. Espíritu polémico que se manifiesta en diversos pasajes que ponen de relieve la pervivencia de corrientes de oposición a Roma, que no comparten la complacencia de Dionisio[42]. Uno de los aspectos polémicos es el

---

[37] GABBA, «Dionigi...», pág. 221.

[38] VERDIN, págs. 297-306.

[39] GOZZOLI, pág. 172.

[40] Págs. 114-5.

[41] NOÉ, pág. 38.

[42] FORTE, págs. 194-5; GABBA, «Storici...», pág. 365; «Storiografia...», pág. 633.

de la *týchē*. La mayoría de los griegos atribuyen a ésta el éxito de Roma, para arrebatarle el mérito a su virtud. Es una polémica que subsistía en Grecia. A la *týchē* opone Dionisio la virtud (I 5, 2), pero también el número de soldados (II 17, 3)[43], como motivo de los éxitos. Es curioso el conglomerado de *týchē*, providencia divina e intereses en III, 5, 1. En ocasiones es la visión providencialista la que predomina: la providencia divina salvadora de Roma (V 54, 1; VII 12, 4), los dioses guardianes de la hegemonía de los romanos (VIII 53, 3).

Desde el principio (I 4, 1) se define como digno de preocupación el tema de los orígenes. Es una exaltación de los primeros momentos de la ciudad, y una valoración de las ceremonias primitivas ligadas a ellos. Pero tales cultos primitivos (I 33, 2) se diferencian de los que poseen rasgos bárbaros (II 18, 3; 19) y de los mistéricos (II 19, 2). Con ello exalta la teología romana frente a los mitos griegos (II 20, 2). Todo es parte de la propaganda augustea de restauración de los orígenes[44] y de enaltecimiento de la tierra itálica (I 36, 1; 38, 1), y de los *Saturnia regna*, lo propio del tema de la *Eneida* despojado de sus connotaciones antihelénicas. Venus (I 53, 1), Eneas (I 56, 4), el Pontificado de los sucesores de Julo (I 70, 4; 71, 1-2), los *Parilia* (I 88, 3), la ceremonia del triunfo primitivo con la sencillez propia del culto de Júpiter Feretrio (II 34, 4), las Vestales (III 67, 2), todo lo que de un modo u otro se encuentra en relación con el poder de Augusto, sus familiares, o con su restauración religiosa. En este sentido se ha estudiado en concreto la figura de Heracles como símbolo de dos aspectos de la figura de Augusto: el panhelenismo y la personalidad misma del *imperator*[45].

---

43 GABBA, «Studi...I.», pág. 188.

44 MARTIN, «La propagande...», págs. 162-8; «Le dessein...», pág. 204.

45 MARTIN, «Herakles...», págs. 262 y sigs.; 266 y sigs.

El motivo expuesto es el de la necesidad de que Roma sea conocida por los griegos (I 5, 4), precisamente como modelo, de acuerdo con lo ya expuesto. Las leyes romanas, por ejemplo, son superiores a las griegas (XI 44, 6); pero al mismo tiempo se complace la aspiración de la Roma augustea como centro de la civilización helénica [46].

El modo de reconocer la superioridad romana sin sentirse oprimidos por el bárbaro es la aceptación de la tesis ya sostenida por Heráclides del Ponto de que Roma es una ciudad griega; los troyanos no son más que griegos (I 57, 3; 62, 2; 90, 1), y lo mismo serán los albanos (III 10, 3). La escritura es la misma que la antigua griega (IV 26, 5) [47]. Los romanos, rodeados de bárbaros, se identifican con los problemas de las colonias griegas, como Cumas (VII 3, 1). Rechaza Dionisio la interpretación de que los romanos hayan sido helenizados. Los caracteres griegos son anteriores a los contactos recientes. De no ser así, como los romanos han resultado vencedores, el proceso habría sido el inverso: los romanos habrían barbarizado a los griegos (VII 70, 5). Por ello se distingue siempre entre helenos —civilizados— y bárbaros, y entre estos helenos están los romanos. La historia de Dionisio de Halicarnaso se convierte así en el mayor esfuerzo para reconciliar a griegos y romanos [48]. Esta actitud se defiende frente a la otra, tradicional, de la Roma etrusca (I 29, 2), a pesar de que había familias etruscas en la nueva clase dominante romana [49]. Sin duda, esto traía consigo consecuencias más o menos contradictorias. Musti [50] opina que la postura de Dionisio pertenecía más al ambiente

---

46 MARTIN, «Dessein...», pág. 198.
47 GABBA, «*Il latino*...», pág. *188*.
48 FORTE, pág. 195.
49 GABBA, «Dionigi...», pág. 224.
50 «Etruschi...», pág. 31, n. 8.

de Elio Tuberón que al de Mecenas; Hill [51], que la búsqueda del origen griego se oponía a la política itálica de Augusto; Martin [52], que la autoctonía es una solución valorativa que partiría precisamente de su contacto con familias etruscas. No es suficiente la solución de que el antietrusquismo sea un elemento translaticio, pues hay elementos propios [53], y está claro que Dionisio deja de lado deliberadamente datos que podrían interpretarse como etruscos en los primeros siglos de Roma [54]. El interés de Dionisio son los griegos. Si a ellos va dirigido el escrito, lo que lo conduce es su intención de colocar a los romanos a su frente sin violencia y hacerlos aceptables para aquéllos. Para ello toma una tradición y deja de lado el elemento etrusco que podría estorbar la exposición de su tesis. Una Roma «griega» es admisible, y no se contradice con la línea general de la política de Augusto ante los griegos. Ni el planteamiento de Dionisio, ni la propia política de Augusto, están, desde luego, libres de contradicciones.

Más difíciles son los equilibrios para justificar la superioridad romana y al tiempo alejar toda acusación de violencia imperialista. Por una parte tenemos la insistencia constante en que Roma siempre emprende la guerra por motivos defensivos (III 2, 3; 4, 3; 6, 4; 7, 7; 9, 2; 33, 1; etc.), hasta el punto de que la iniciativa romana se explica porque han sido engañados a propósito por el enemigo para obligarlos a ello (VIII 2, 3; 10, 3). Pero todo se encuentra en un contexto en que Roma esclavizó a sus rivales (I 3, 4), y en que es natural que el fuerte mande sobre el débil (I 5, 2), y en que la libertad consiste en someter a otros (VIII 70, 5). La solución se encuentra en la dominación moderada (IX 17, 3; 59,

---

51 *Ob cit.*

52 «Le dessein...», pág. 198.

53 Musti, *Tendenze...*, pág. 152.

54 Thuillier, pág. 581.

5): es mejor la aceptación voluntaria de la hegemonía (III 60, 3); los romanos procuran ser gratos a los sometidos (VIII 36, 4); los volscos se sometieron en situación de igualdad (VIII 68, 2). Parece tratarse de un conjunto de consejos a los griegos sobre la conveniencia de admitir el poder romano y la inutilidad de todo tipo de resistencia. Los argumentos rebeldes podrían ser los de Fufecio en III 23; el objetivo de Dionisio de Halicarnaso sería demostrar su falsedad e inutilidad a través de los hechos históricos. Los romanos proponen la verdadera solución: una sola patria para todos (III 29, 4). El concepto dominante es el de hegemonía (III 9, 7). Frente a la esclavización, los romanos practican la concesión de la ciudadanía y la fundación de colonias (I 9, 4; III 11, 4, 6: VI 19, 4; XIV 3, 4), en lo que también fueron mejores que los griegos. En ello se encuentra de hecho la formación del poder de la clase dominante del imperio: formación de clientelas exteriores por medio de la concesión de la ciudadanía [55], base de la ampliación de la clase dirigente imperial [56], junto a la colonia como elemento importante de la propaganda de Augusto [57].

El tema de la esclavitud se trata sobre todo en el Libro IV 23 y sigs., a propósito de Servio Tulio, sobre la concesión de la ciudadanía a los libertos: los esclavos no lo son por naturaleza, serán mejores si esperan la libertad. Hay sin duda una polémica propia de la época de Augusto sobre las manumisiones y sus problemas al final de la República [58]. Una de las ventajas, según Servio Tulio, era el aumento del número de las clientelas. Dionisio de Halicarnaso parece aprobar la práctica de la manumisión, pero considera que sería convenien-

---

[55] Balsdon; Poma, pág. 71.

[56] Gabba, «Dionigi...», pág. 219.

[57] Martin, «La propagande...», pág. 174.

[58] Gabba, «Studi... II», pág. 113, y reseña a Finley, pág. 279, n. 2.

te establecer correcciones con respecto a la *politeía*, a la concesión de la ciudadanía (IV 24, 7, 8). Con ello, Dionisio no hace más que proponer lo que de algún modo se está llevando a la práctica en el mundo helenístico. La ampliación de la libertad, pero, de acuerdo con la tradición griega, el mantenimiento de una situación de libertad sin derechos políticos. La ciudadanía quedaría sólo para casos de especial colaboración (V 13, 1).

Por otro lado, Dionisio trata el tema de los plebeyos como si fuera simplemente una división entre pobres y ricos [59], y a aquéllos se refiere con frecuencia como «demóticos», que desde luego deben estar apartados de la vida política (II 9, 1-2), que debe quedar exclusivamente reservada para los ricos (IV 20, 1). Los demóticos, convertidos en clientes, se comparan a los *penestes* tesalios y a los *thetes* atenienses (II, 8, 1, 2), sometidos los primeros y los segundos libres, pero sin derechos, salvo en las etapas desarrolladas de la democracia ateniense. El *demos* se encuentra con frecuencia próximo a la esclavitud (VI 76, 1; 79, 2; 82, 3). La parte *thetikón* de los campesinos se unía a los demóticos (VII 1, 1), y Apio Herdonio quiere aprovecharse de la situación de los clientes y siervos (X 14, 1). Las clientelas son parecidas a las del siglo I [60]: las masas de población desposeídas, que forman los ejércitos privados proletarizados y a las que el imperio terminará por dejar privadas de derechos y a merced de sus patronos, a quienes, según Dionisio, los entregó Rómulo (II 9, 2).

En íntima relación con esto está el problema de la tierra. Desde Tulo Hostilio tenemos presentes las reivindicaciones, por parte de los demóticos, de las tierras públicas que han sido apropiadas (III 1, 4-5); por ellas surge la *stasis*, o conflicto social interno, a la que se

---

59 NOÉ, pág. 63.
60 NOÉ, pág. 93.

pueden sumar conspiraciones por intereses personales (VI 46, 3). El episodio más interesante a este respecto es el de la petición de reparto de tierras por Espurio Casio y la respuesta dada por Apio Claudio (VIII 68-76). Para Gabba, ahí se refleja la problemática de la época de los Graco, y a ella pueden aplicarse los argumentos contrarios de Apio Claudio[61]. Pero quizás merezca destacarse la propuesta de Apio Claudio de entrega de tierras en sistema de colectividad controlada, que se asemeja más a las colonizaciones (VIII 73, 4) de época de Augusto y que fue lo que hizo cesar la demagogia (VIII 76, 2).

En relación con esto, es frecuente, sobre todo en el Libro IX, la polémica sobre los poderes de los tribunos, a quienes suele calificarse de demagogos. El *demos* es más moderado que los tribunos (X 28, 6). En cualquier caso, responde fundamentalmente a los intereses de finales de la República, en relación con las leyes agrarias, y a las supresiones y restauraciones del poder tribunicio[62].

Con ello llegamos a un elemento sintético importante, el que une la historia interna de la ciudad con la historia externa, la historia de las guerras y conquistas. La hegemonía no puede separarse de las luchas internas. La concordia favorece la expansión (II 3, 4), en que todos los ciudadanos tienen enemigos comunes (III 8, 2). En cambio, la discordia interna dificulta la expansión: los pobres quieren que se les premie con la libertad por su colaboración (V 64, 2), y sin la ayuda plebeya no es posible el crecimiento. Si hay *stasis*, los romanos son más vulnerables (VIII 8, 5). Pero, al mismo tiempo, se da la argumentación contraria, la de que se utiliza la guerra para calmar los problemas internos (VI 23,

---

[61] «Studi... III», pág. 32, 36.

[62] GABBA, «Dionigi...», pág. 227, NOÉ, pág. 96.

1) y acabar con la *stasis* (VIII 83, 1-2). La tensión, con todo, es constante, porque esas guerras, al necesitar el reclutamiento forzoso (VIII 81, 3), pueden producir odio contra el jefe y, por tanto, el fracaso militar (IX 3, 4). De manera compleja, sin embargo, la ecuación se repite: abundancia en la guerra, *stasis* en la paz (IX 26, 27); concordia en la guerra, *stasis* en la paz (X 33, 2); ataques externos aprovechando la guerra interna (XI 7, 2). La conclusión es que sin el *demos* no es posible la hegemonía (XI 59, 2). La cuestión está en el modo de ganarse la adhesión del *demos*.

En torno a esto está el constante problema del crecimiento del poder personal, también reflejo de los conflictos del final de la República. Coriolano es un caso extremado: su poder procede de sus triunfos militares (VIII 29, 4-5) que le permiten el reparto del botín (VIII 32, 2; 32, 4; IX 55, 2) y el aumento de la adhesión y la fuerza. Prueba de su Piedad es la buena suerte (VIII 33, 2) que le permite la victoria y la consiguiente adquisición de poder. Para Dionisio, este personaje no era injusto (VIII 60, 1), pero le faltaba moderación (VIII 61, 1-3). La base de este poder es la capacidad «benefactora», la *evergesia* (VIII 69, 3, 4), pero tal capacidad atractiva provoca la *stasis*, en que el personaje se siente apoyado porque promete *phileĩn kaì sṓzein*, con lo que se revela como «salvador», y de ahí que su fuerza venga de los pobres (VIII 71, 6). De este modo Casio pretendía la tiranía (VIII 77, 1). Frente a ello, Apio Claudio se apoya en *hetairos* y clientes (VIII 90, 1) y como dictador se opone a la *stasis*. Ambos caminos llevan al poder personal. La alternativa legal es el *interregnum*. De un modo o de otro, la jefatura militar lleva a la tiranía. También Apio Claudio es calificado de *misodemo* y tirano (IX 47, 2). Del salvador bienaventurado (como Sila Félix), que se procura *hetairos* y clientes «dando» (XII 1,

2), se pasa a la tiranía (XII 11), por medio de calificativos como padre, fundador, etc. (XII 1, 18).

Sin embargo, Dionisio de Halicarnaso, de algún modo, pone la monarquía como modelo (II 4, 1) en la figura de Rómulo, pero basada en la concordia, y tras haber puesto el cargo, e incluso la forma de gobierno, a la disposición de todos (II 3, 7, 8). En esta monarquía destaca la regulación de la vida privada (II 24, 2) y del matrimonio (II, 25, 2), en un claro paralelo con la política de Augusto[63]. El problema para los senadores era el modo de sucesión (II 57, 4). El rey fue, además, quien acabó con la *stasis* (II 58, 1). La realeza se hace peligrosa con Lucumón (III 47, 4), que tenía demasiada fortuna (III 48, 1), y se gana el apoyo de la multitud, entre otras cosas, con la donación de dinero (III 48, 4).

La instauración de la República se caracteriza, principalmente, por la concordia que representó la asimilación al patriciado de los plebeyos más poderosos (V 13, 2), y porque los hegemones permanecían alejados de toda aspiración tiránica (V 60, 2), lo que le ocurre incluso al dictador (V 71, 1). De acuerdo con su planteamiento de que todo lo bueno lleva mezcla de malo, estos poderes pueden siempre caer en riesgos de tiranía, o en la *dynasteía*: tiranía, adulación del *demos*, esclavización de la ciudad, son los elementos determinantes. La tensión existe con respecto a las necesidades de hegemonía de que, según dice (VI 85, 1), siempre está necesitada la multitud. Hacen falta hombres de mando (VI 64, 2), pero todo poder contiene en sí el riesgo de tiranía. Aquí está la situación conflictiva. La solución está *eis méson* (VII 15, 1), tal vez en las relaciones entre senado, monarca y pueblo del programa de Rómulo, con monarquía, pero bajo control (II 14; 15), como manifiesto de la moderación[64]. Sería la plasmación de la monarquía

---

[63] MARTIN, «Dessein...», pág. 205.

[64] La Penna, pág. 118.

de Augusto, precisamente apoyada en la teoría «no monárquica» del mismo[65]. Martin considera el Libro I como una especie de himno a la concordia. Ésta se rompe, pero la gran lección de la historia de Roma sería precisamente la capacidad para llegar siempre a la convergencia pacífica, a la solución dialogada del conflicto[66]: frente a tiranía, hegemonía y prostasía. No hay personajes monolíticos, dada la concepción de la historia de Dionisio, pero hay aproximaciones a la figura del personaje conciliador: Agripa (IX 27, 2); Cincinato (X 18, 1; 24, 3); y hay personajes claramente opuestos a esta figura, como los decenviros, contra quienes estaban todos (XI 1, 6; 2, 1, 3; 3, 1; 22, 6). Posiblemente no hay personajes monolíticos porque no hay tampoco solución monolítica, sino la solución representada por la historia de Roma misma, en que el conflicto se arregla pacíficamente. En Roma nunca se llegó a lo *anḗkeston* («lo irremediable»)[67].

Dionisio de Halicarnaso escribió su *Historia Antigua de Roma* sin duda sobre fuentes más o menos unificadas, pero escribió una obra unitaria, con sistemas retóricos adaptados a la interpretación histórica, con lo que consigue darle una nueva profundidad; pero también con una concepción unitaria del proceso histórico, centrado en el papel de Roma como culminación del mismo.

En este conjunto, desempeña un papel importante la consideración de Roma como heredera y superadora de la diversidad del mundo griego. Pero el papel de Roma también está asentado en los presupuestos que le da el propio Augusto: remontarse a los orígenes donde se encuentran los elementos que justifican el nuevo or-

65 MARTIN, «La propagande...», págs. 174-5.
66 NOÉ, pág. 37; 48.
67 NOÉ, pág. 79.

denamiento político y jurídico; y en él, la estructuración social que para Dionisio necesita de un reforzamiento, la propia del mundo helenístico en que se ha aminorado el papel de la esclavitud en paralelo con la pérdida de derechos de la masa libre de la población pobre. Tal masa desempeña un papel importante en las guerras que justifican la hegemonía romana. Guerra y conflicto interno se condicionan mutuamente. El control del *demos* y la vida de conquistas favorecen el desarrollo del poder personal y de la tiranía. La conflictividad requiere una autoridad, pero que evite la tiranía por medio de la moderación. Dionisio de Halicarnaso no da una fórmula, no es un teórico de la política, sino que escribe una obra histórica que quiere ser útil al político. El modo de hacerlo es por medio de la descripción de un mundo en que nunca lo bueno o lo malo están en estado de pureza, pero donde es posible adoptar posturas capaces de control autoritario sin necesidad de la tiranía, con monarquía o sin monarquía, pero con hegemonía personal y moderación y concordia. Roma es en su historia el modelo que deben seguir los griegos, sometiéndose voluntariamente a su hegemonía, en un momento en que parece evidente que tal modelo está en una de sus fases más próximas a su realización perfecta.

DOMINGO PLÁCIDO

BIBLIOGRAFÍA

A. ANDRÉN, «Dionysius of Halicarnassus on Roman Monuments», *Hommages à L. Hermann* (Coll. Latomus, XLIV), Bruselas, 1960, págs. 97-103.

J. P. V. D. BALSDON, «Dionysius on Romulus: a Political Pamphlet?», *JRS* 61 (1971), 18-27.

S. F. BONNER, *The Literary Treatises of Dionysius of Halicarnassus*, Amsterdam, Hakkert, 1969 (repr. de 1939), 108 págs.

G. W. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek World*, Oxford, Clarendon Press, 1965, 176 págs.

E. CARY, «Introduction» a *Dionysius of Halicarnassus. Roman Antiquities* I, Londres, Heinemann, 1968 (repr. de 1937), págs. VII-XLVIII.

F. G. DOWNING, «Ethical Pagan Theism and the Speeches in Acts», *NTS* 27 (1981), 544-563.

J. FAIRWEATHER, *Seneca the Elder*, Cambridge Univ. Press, 1981, 418 páginas.

M. I. FINLEY, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, Crítica, 1982 (1980), 213 págs. Reseña de E. GABBA, *Athenaeum* 70 (1982), 276-281.

B. FORTE, *Rome and the Romans as the Greeks saw them*, Roma, American Academy, 1972, 727 págs.

E. GABBA, «Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica», *Fondation Hardt. Entretiens*, XIII, Ginebra, 1967, 135-174.

—, «Dionigi e la 'Storia di Roma arcaica'», *Actes du IXe Congrès, Ass. G. Budé* (1973), París, Les Belles Lettres, 1975, págs. 218-229.

—, «Il latino come dialetto greco», *Miscellanea di Studi Alessandrini in memoria di Aug. Rostagni*, Turín, Bottega d'Erasmo, 1963, págs. 188-194.

—, «La 'Storia di Roma arcaica' di Dionigi d'Alicarnasso», *ANRW*, II, 30, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1982, 799-816.

—, «Storici greci dell'impero romano da Augusto ai Severi», *RSI* 71 (1959), 361-381.

—, «Storiografia greca e imperialismo romano (III-I sec. a. C.)», *RSI* 86 (1974), 625-642.

—, «Studi su Dionigi di Alicarnasso. I. La costituzione di Romolo», *Athenaeum* 38 (1960), 175-225.

—, «Studi su Dionigi di Alicarnasso. II. Il regno di Servio Tulio», *Athenaeum* 39 (1961), 98-121.

—, «Studi su Dionigi di Alicarnasso. III. La proposta di legge di Spurio Cassio», *Athenaeum* 42 (1964), 29-41.

F. Gascó, «La teoría de los cuatro imperios. Reiteración y adaptación ideológica. I. Romanos y griegos», *Habis* 12 (1978), 179-196.

S. Gozzoli, «Polibio e Dionigi d'Alicarnasso», *Stud. Class. Or.* 25 (1976), 149-176.

H. Hill, «Dionysius of Halicarnassus and the Origins of Rome», *JRS* 51 (1961), 88-93.

J. Heurgon, «Les pénestes étrusques chez Denys d'Halicarnasse (IX, 5, 4)», *Latomus*, 18 (1959), 713-723.

Hurst, A., «Un critique grec dans la Rome d'Auguste: Denys d'Halicarnasse», *ANRW*, II, 30, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1982, 839-865.

A. La Penna, *Sallustio e la rivoluzione romana*, 3.ª ed., Milán, Feltrinelli, 1973, 501 págs.

D. Marin, «Dionigi di Alicarnasso e il latino», *Hommages à M. Renard* I, Bruselas, Latomus, 1969, págs. 595-607.

P.- M. Martin, «Herakles en Italie, d'après Denys d'Halicarnasse (AR. I, 34-44)», *Athenaeum* 50 (1972), 252-275.

—, «La propagande Augustéenne dans les *Antiquités Romaines* de Denys d'Halicarnasse (Livre I)», *REL* 49 (1971), 162-179.

—, «Le dessein de Denys d'Halicarnasse dans les Antiquités Romaines et sa conception de l'Histoire à travers sa preface du Livre I», *Caesarodunum* 4 (1969), 197-206.

S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, 4.ª ed., Roma, Laterza, 1974, 3 vols.

A. Momigliano, «An Interim Report on the Origins of Rome», *JRS* 53 (1963), 95-121 = *Terzo Contributo alla Storia degli studi classici e del mondo antico*, II, Roma, 1966, págs. 545-598.

—, «Camillus and Concord», *Secondo contributo alla storia degli studi classici,* Roma, 1960, págs. 89-104.

—, «The Origins of Universal History», *ASNS di Pisa,* ser. III, vol. XII, 2 (1982), 533-560.

D. Musti, «Etruschi e Greci nella Rappresentazione Dionisiana delle Origini di Roma», *Gli Etruschi e Roma. Incontro di Studio in onore di M. Pallotino,* Roma, 11-13 dic. 1979; Bretschneider, 1981, 23-44.

—, «Tendence nella storiografia romana e greca su Roma antica», *Quaderni Urbinati* 10 (1970), 160 págs.

E. Noé, «Ricerche su Dionigi d'Alicarnasso. La prima stasis a Roma e l'episodio di Coriolano», en L. Troiani, y otros, *Ricerche di storiografia greca di età romana,* Pisa, Giardini, 1979, págs. 21-116. Res. de A. Valvo en *Athenaeum* (1982), 297-8.

G. Poma, «Schiavi e schiavitù in Dionigi di Alicarnasso», *RSA* 11 (1981), 69-101.

J. Poucet, «Fabius Pictor et Denys d'Halicarnasse: 'les enfances de Romulus et Rhémus'», *Historia* 25 (1976), 201-216.

—, «L'amplification narrative dans l'évolution de la geste de Romulus», *Act. Clas. Debrecen* 17-18 (1981-82), 175-187.

—, «Préocupations érudites dans la tradition du Règne de Romulus», *AC* 50 (1981), 664-676.

K. S. Sacks, «Historiography in the Rhetorical Works of Dionisius of Halicarnassus», *Athenaeum* 61 (1983), 65-87.

J. P. Thuillier, «Denys d'Halicarnasse et les jeux Romains (Antiquités Romaines, VII, 72-73)», *MEFRA* 87 (1975), 563-581.

Usher, S., «The Style of Dionysius of Halicarnassus in the 'Antiquitates Romanae'», *ANRW,* II, 30, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1982, 817-838.

A. Valvo, «Il praenomen Imperatoris di Cesare in un passo di Dionigi di Alicarnasso», *Sesta miscelanea greca e romana. Studi pubblicati dall' Istituto italiano per la Storia Antica,* Roma, 1978, páginas 331-346.

G. P. Verbrugghe, «Fabius Pictor's 'Romulus and Remus'», *Historia* 30 (1981), 236-238.

H. Verdin, «La fonction de l'histoire selon Denys d'Halicarnasse», *Anc. Soc.* V (1974), 289-294.

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Para esta traducción hemos utilizado el texto griego fijado por E. Cary para la edición de Loeb del año 1937, basada a su vez en la de E. Spelman del año 1758. Sigue en general la edición de Jacoby, pero se aparta de ella en numerosas lecturas y en detalles de ortografía que se indican en notas críticas.

Los manuscritos conservados de los diez primeros libros de la *Historia Antigua de Roma* son los siguientes:

A. Chisianus 58, siglo x.
B. Urbinas 105, siglos x-xi.
C. Coislinianus 150, siglo xvi.
D. Regius Parisinus 1654 y 1655, siglo xvi.
E. Vaticanus 133, siglo xv.
F. Urbinas 106, siglo xv.

A y B son los mejores MSS.; los demás son tardíos y algunos, especialmente C y D, contienen numerosas interpolaciones. La *editio princeps* (libros I-XI), realizada por Robert Estienne (Stephanus) en París en el año 1546, está basada en D.

En 1586 Friedrich Sylburg hizo en Frankfurt otra edición, acompañada de traducción y notas, de los libros I-XI siguiendo dos MSS., un Romanus no identifi-

cado y un Venetus (272). Se reimprimió en Leipzig en el año 1961.

John Hudson (Oxford 1704) fue el primero en utilizar el Urbinas, que él llamó Vaticanus. Sobre esta edición trabajó J. J. Reiske (Leipzig 1774-75), pero a partir del libro III 21 introdujo las buenas lecturas de B. Con frecuencia Dionisio es citado por las páginas de esta edición.

En 1860-70 A. Kiessling publicó en Leipzig (Teubner) una nueva edición basada fundamentalmente en B. Igualmente para Teubner preparó su edición C. Jacoby en los años 1885-1905, utilizando como base A y B.

En París (Didot) en 1886 A. Kiessling y V. Prou publicaron el texto griego con una traducción latina.

En cuanto a las traducciones, la primera es una en latín realizada por Lapus (o Lappus) Biragus (libros I-XI), publicada en Treviso en 1480, que se anticipó en más de medio siglo a la primera edición del texto griego. Se reimprimió en París en 1529 y de nuevo en Basilea en 1532. Una traducción de Gelenius (libros I-X) basada en la *editio princeps* apareció en Basilea en 1549. Sylburg la revisó en 1580 y añadió su propia traducción del libro XI. Portus (Lausana 1588) llevó a cabo una nueva traducción que fue adoptada por Hudson y Reiske, y, con numerosas correcciones, por Kiessling-Prou.

En Venecia en 1545 Francesco Venturi realizó una traducción al italiano, un año antes de la *editio princeps*. Otra versión italiana apareció en Roma en 1812-13, publicada por M. Mastrofini.

En francés contamos con la traducción de G. F. le Jay (París 1722) que está realizada sobre el texto latino de Lapus, y con la de Bellanger aparecida al año siguiente.

En alemán existen las traducciones de J. L. Breuzler (1752, reimpresa en 1771-72), y de G. J. Schaller y A. H. Christian (Stuttgart 1827-50).

En inglés disponemos de la traducción de E. Spelman (Londres 1758) y de la de E. Cary para Loeb (Londres 1937).

En nuestra lengua no existe ninguna traducción de la *Historia Antigua de Roma* anterior a la que aquí se publica.

Queremos hacer algunas observaciones sobre nuestra traducción. El texto griego ha sido seguido fielmente, pero en ocasiones nos hemos visto obligados a modificar la puntuación para aligerar el estilo excesivamente retórico y ampuloso de Dionisio y adecuarlo al castellano. En efecto, Dionisio intenta aplicar sus ideas retóricas a su *Historia* y utiliza un estilo aticista en el que abundan los largos períodos, los paralelismos, las repeticiones y explicaciones, el uso de adjetivos y verbos de igual significado dentro de una frase, el abuso de neutros, y una serie de rasgos propios del griego del siglo I a. C.

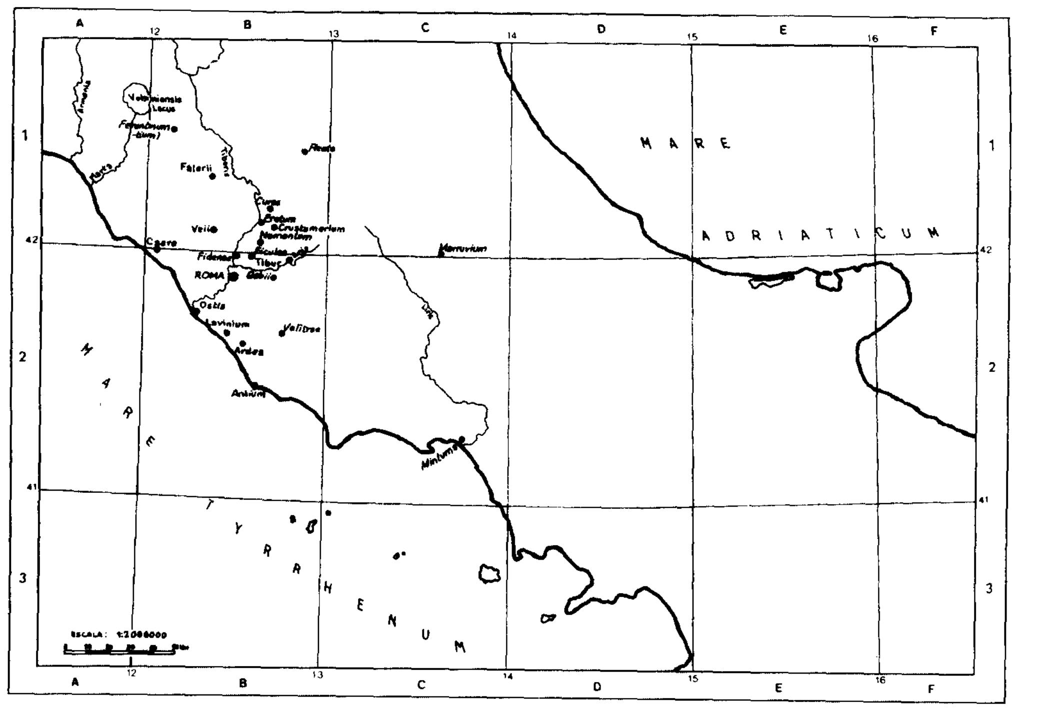
En cuanto a las fechas, que Dionisio da en Olimpiadas, hemos añadido el año entre paréntesis en el cuerpo de la traducción.

Los nombres latinos los hemos castellanizado, aunque en el caso de las ciudades, para mayor claridad, figura en nota el nombre original. Los nombres de dioses e instituciones los damos siempre en su versión latina castellanizada a pesar de que Dionisio, por dirigirse a un público griego, los presenta en forma helenizada.

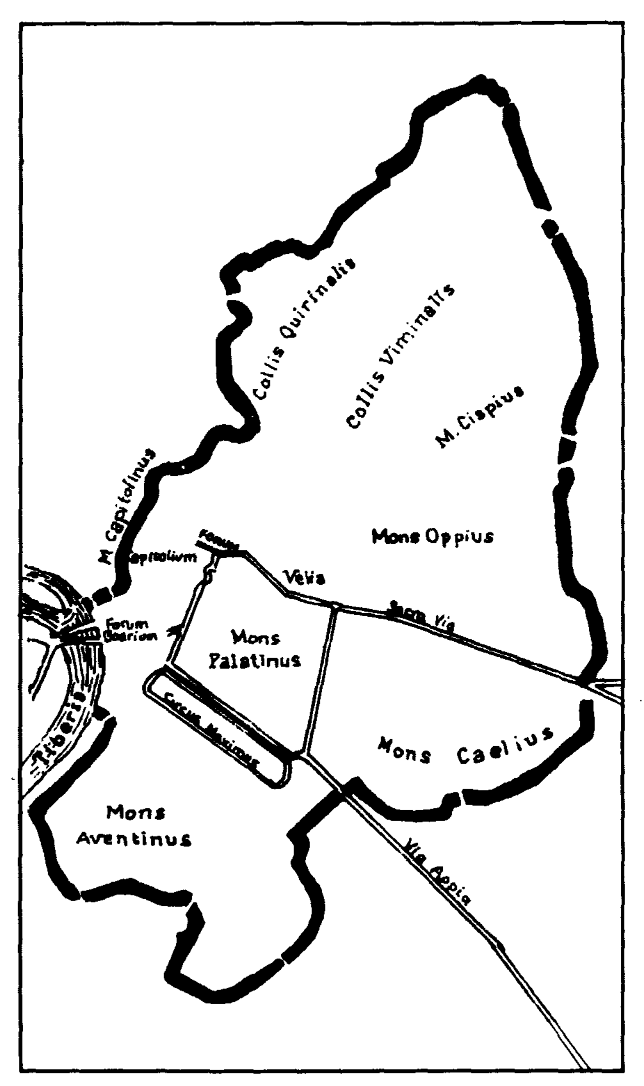
Hemos procurado evitar las notas de crítica textual y limitarnos a las de tipo histórico-cultural, para las que nos han sido de gran utilidad algunas de las de la edición de E. Cary.

Gran parte de lo narrado por Dionisio en su *Historia Antigua de Roma* es tratado también por Tito Livio, por lo que puede resultar muy provechosa una confrontación entre ambos autores.

Por último añadir que en cada tomo figuran un mapa de Italia y un plano esquemático de Roma que ayudarán a localizar y entender muchas de las referencias geográficas que hace el autor a lo largo de su obra.



Principales ciudades de Italia central en la época de los Reyes.



Plano de Roma con el recinto del muro serviano en trazo grueso.

LIBRO I

Método que debe seguir el historiador

Aunque me gustan muy poco las explicaciones que se suelen dar en los proemios de las historias, me veo obligado a hablar de antemano sobre mi persona. Y no tengo intención de extenderme en mis propios elogios, que sé que resultan ociosos a los lectores [1], ni tampoco pienso criticar a otros historiadores, como hicieron Anaxímenes y Teopompo [2] en los proemios de sus historias, sino que voy a explicar los motivos que me impulsaron a emprender esta obra, y daré cuenta de las fuentes de las que conseguí la información de los hechos que serán relatados. Desde luego, estoy convencido de que quienes se proponen dejar a la posteridad recuerdo de su persona, que no sea aniquilado por el tiempo

1 (at start of paragraph) —

[1] Dionisio dice literalmente «a los oyentes» (*toîs akoúousin*).

[2] Anaxímenes de Lámpsaco fue un historiador fecundo, pues escribió unas *Helénicas* que se extienden desde la primitiva historia mítica hasta la batalla de Mantinea. También una *Historia de Alejandro*, lo que nos confirma la creencia de que la época de su actividad literaria fue la segunda mitad del siglo IV. Tiene además una *Retórica a Alejandro* y unas *Filípicas*. Teopompo nació en 378-76. No poseemos ninguna obra completa suya. Hizo un *Epítome de Heródoto* en 2 libros. Enlazó en sus *Helénicas* con Tucídides, continuando el relato hasta la batalla de Cnido (394). Su obra más grande fue las *Filípicas* en 58 libros.

juntamente con su cuerpo, y sobre todo quienes escriben historias, en las que suponemos que se establece la verdad como principio de prudencia y de sabiduría, deben, en primer lugar, elegir temas nobles y elevados que contengan gran utilidad para los futuros lectores; y en segundo lugar, procurarse con mucho interés y esfuerzo las fuentes necesarias para el desarrollo del
3 tema. Los que basan obras históricas en asuntos sin renombre, improcedentes o indignos de cualquier interés porque aspiran a alcanzar notoriedad y conseguir un nombre cualquiera que sea, o porque quieren demostrar la superioridad de su fuerza retórica, ni son admirados en la posteridad por su fama, ni elogiados por su oratoria; y en quienes leen sus historias dejan la impresión de que ellos mismos admiraron las vidas acordes con los escritos que publicaron, pues todos piensan que las palabras son imágenes del espíritu de cada uno.
4 Por otra parte, quienes eligen los mejores temas, pero los desarrollan de forma negligente y a la ligera, a base de relatos que han escuchado al azar, no consiguen ningún elogio por su elección; pues no nos parece justo que sean improvisadas o escritas de forma negligente las historias sobre ciudades famosas y varones que han llegado al poder real. Como pienso que estas dos observaciones son necesarias y muy importantes para los historiadores y he puesto mucho interés en ambas, no quise pasar por alto su mención, ni escribirlo en ningún otro lugar más que en el proemio de mi obra.

Presentación del tema de la obra

2 Pues bien, que yo he elegido un tema hermoso, noble y útil para muchos, no creo que necesite muchas explicaciones, al menos para quienes no son totalmente desconocedores de la historia universal. Sin duda, si alguien pone su atención en las hegemonías de ciudades y pueblos de los que tenemos referencia desde tiempos pasados,

y, después de examinarlos cada uno por separado y compararlos mutuamente, quisiera determinar cuál de ellos consiguió el mayor poder y realizó proezas más brillantes tanto en paz como en guerra, verá que la soberanía de los romanos ha superado con mucho a todas las que se recuerdan antes de ella, no sólo por la extensión de su dominio y por la nobleza de sus acciones, que todavía ninguna historia ha alabado dignamente, sino también por el espacio de tiempo que ha durado
ese poder, llegando hasta nuestros días. El imperio de 2
los asirios, que era antiguo y se remontaba a los tiempos míticos, sólo dominó una pequeña parte de Asia. El imperio de los medos, después de aniquilar al de los asirios y conseguir un dominio mayor, no prevaleció mucho tiempo, sino que fue destruido a la cuarta generación [3]. Los persas, una vez que vencieron a los medos, se apoderaron finalmente de casi toda Asia; pero cuando atacaron también a los pueblos de Europa, no sometieron a muchos y no permanecieron en el poder
mucho más de doscientos años [4]. El imperio macedó- 3
nico, que destruyó la fuerza de los persas y cuyos dominios superaron en extensión a todos los anteriores, tampoco floreció durante mucho tiempo, sino que después de la muerte de Alejandro empezó a decaer. Fue repartido inmediatamente entre muchos generales a partir de los diádocos [5] y, aunque después de aquéllos tuvo fuerzas para continuar hasta la segunda o tercera generación, se debilitó él mismo por causas internas y fue
aniquilado finalmente por los romanos [6]. Tampoco es- 4
te imperio sometió toda la tierra y el mar, pues ni se

[3] En 550 a. C., durante el reinado de Astiages, el cuarto rey medo según Heródoto.

[4] 550-330 a. C.

[5] Diádocos (sucesores) es el término aplicado a los generales de Alejandro que, a la muerte de éste, dividieron su imperio.

[6] Con la derrota de Perseo en 168, o con la victoria definitiva de los romanos sobre Filipo V en la batalla de Cinoscéfalos (197).

apoderó de Libia, excepto de una pequeña parte junto a Egipto, ni conquistó toda Europa, sino que llegó por la parte norte hasta Tracia y por el oeste bajó hasta el mar Adriático.

El poder de Roma supera al de todos los imperios anteriores

3 Así pues, las más ilustres de las anteriores soberanías que hemos conocido a través de la historia, fueron derrocadas después de haber alcanzado tanta fuerza y poder. Y las potencias griegas no son dignas de compararse con ellas por no haber conseguido ni la magnitud de su imperio ni la fama durante tanto tiempo como aquéllas.
2 Los atenienses dominaron sólo la costa durante sesenta y ocho años [7], y no toda, sino la que está entre el mar Euxino y el Panfilio, y esto, cuando su supremacía naval fue mayor. Los lacedemonios, dueños del Peloponeso y el resto de Grecia, quisieron llevar a su dominio hasta Macedonia, pero fueron detenidos por los tebanos y no conservaron el poder ni treinta años comple-
3 tos [8]. En cambio, la ciudad de los romanos gobierna toda la tierra que no es inaccesible, sino habitada por hombres, y domina todo el mar, no sólo el que está dentro de las columnas de Hércules, sino también todo el océano navegable; es la primera y única ciudad de las que se recuerda a lo largo de todos los tiempos que haya hecho de la salida y la puesta del sol los límites de sus dominios. Y el período de su soberanía no ha sido corto, sino mayor que el de ninguna de las demás
4 ciudades o reinos; pues desde el principio, inmediatamente después de su fundación, fue anexionándose los pueblos cercanos, que eran muchos y belicosos, y continuó esclavizando a todo el que se le oponía. Han pasa-

---

[7] Circa 472-404.

[8] Esta datación es errónea, pues el período fue desde el 404, año de la rendición de Atenas, hasta el 371, en que tuvo lugar la batalla de Leuctra.

do setecientos cuarenta y cinco años desde entonces hasta el consulado de Claudio Nerón, cónsul por segunda vez, y Calpurnio Pisón, que fueron designados en la CXCIII Olimpiada [9].

Desde que se adueñó de toda Italia y se atrevió a 5
pretender el gobierno de todo el mundo, después de expulsar del mar a los cartagineses, que tenían la mayor flota naval, y someter a Macedonia, que hasta entonces parecía poseer el máximo poder en tierra, ya no tuvo ningún pueblo bárbaro ni griego como rival y, en nuestros días, ya en la séptima generación, continúa gobernando todo el mundo; y no hay ningún pueblo, por decirlo así, que dispute por la hegemonía universal o por no aceptar el gobierno de Roma. Con todo, no sé qué 6
más pruebas debo alegar de que ni he escogido el más banal de los temas, como afirmé, ni me he propuesto tratar acciones insignificantes y desconocidas, sino que voy a escribir sobre la ciudad más ilustre y sobre unas hazañas tales que nadie podría señalar otras más brillantes.

El autor razona la elección de su tema

Antes de nada, quiero explicar 4
brevemente que no sin reflexión y sin un meditado propósito me dediqué a la parte antigua de la historia de Roma, y puedo dar unas razones muy calibradas de mi elección, para que no me censuren algunos aficionados a criticarlo todo, cuando todavía no han oído nada de los asuntos que se les van a relatar; quizá me reprochen que esta ciudad, aunque sea celebrada en nuestros días, tuvo unos comienzos oscuros, muy humildes e indignos de ser registrados en la historia, y que ha llegado a la fama y la gloria no

[9] Nerón y Pisón fueron cónsules en el 7 a. C. Éste era el año 745 de Roma según Dionisio, que data su fundación en el 751. Véase cap. 74.

hace muchas generaciones, desde que aniquiló el poder macedónico y venció en las guerras púnicas; y que yo, pudiendo haber elegido alguna de sus etapas gloriosas, me incliné por la historia arcaica, que no tiene nada
2 brillante. Pues bien, la historia antigua de la ciudad de Roma todavía es desconocida para casi todos los griegos, y algunas opiniones no verdaderas, sino fundadas en relatos que han llegado a sus oídos por casualidad, han engañado a la mayoría con la idea de que la ciudad tuvo como fundadores a ciertos vagabundos sin hogar y a bárbaros que ni siquiera eran hombres libres; y que, si con el tiempo ha llegado a la supremacía total, no ha sido por su piedad, justicia o cualquier otra virtud, sino por una suerte especial y porque la injusta Fortuna concede al azar sus mayores bienes a los más indignos. Y los más maliciosos suelen acusar abiertamente a la Fortuna de que concede a los bárbaros más perversos los favores que corresponderían a los grie-
3 gos. Pero, ¿qué necesidad hay de hablar de otros, cuando también algunos historiadores se atrevieron a dejar escritas estas ideas en sus historias, por complacer con relatos injustos y falsos a reyes bárbaros que odian la hegemonía de Roma, reyes a quienes ellos sirvieron y adularon?

Objetivos del autor

5 Pues bien, con la intención de sacar de la mente de muchos esas creencias, como afirmé, erróneas, y establecer en su lugar las verdaderas, voy a explicar en esta historia quiénes fueron los fundadores de la ciudad, en qué momento se reunió cada uno de los grupos y por qué avatares de la fortuna abandonaron las moradas paternas. Y a través de esta obra, prometo demostrar que fueron griegos que se habían reunido procedentes de pueblos que no eran ni los más pequeños ni los más insignifi-
2 cantes. Empezando a partir del libro siguiente, relataré

las acciones que llevaron a cabo inmediatamente después de la fundación, y las costumbres por las cuales sus descendientes alcanzaron tanto poder. Así, en la medida de mis posibilidades, no omitiré nada digno de mención para inculcarles, al menos a los que van a conocer la verdad, una idea correcta de esta ciudad, si es que no mantienen una actitud totalmente violenta y hostil hacia ella; que no se indignen por la sumisión que es lógica (pues de hecho hay una ley de la naturaleza, común para todos y que ninguna época derogará, consistente en que los superiores gobiernan siempre sobre los inferiores), y que no acusen a la Fortuna de haber concedido en vano y por tanto tiempo tal soberanía
a una ciudad indigna; al menos, después de haber 3
aprendido por mi historia que desde el principio, inmediatamente después de su fundación, ofreció numerosos ejemplos de hombres virtuosos, y ninguna ciudad ni griega ni bárbara pudo ofrecer otros más piadosos, ni más justos, ni más moderados durante toda su vida, ni mejores luchadores en las guerras que aquéllos. Esto lo conseguiré si realmente el resentimiento queda al margen de la historia, pues la promesa de relatos admirables y contrarios a las creencias puede acarrear tales sentimientos.

Todos los que han proporcionado a la propia Roma 4
la extensión tan grande de su dominio son desconocidos entre los griegos por haber carecido de un historiador estimable; pues ninguna historia rigurosa sobre los romanos ha aparecido en lengua griega hasta nuestros días, a no ser muy breves y sumarios epítomes.

6 *El autor pretende tratar la época que otros historiadores omitieron*

El primer historiador, que yo sepa, que tocó por encima la historia antigua de Roma fue Jerónimo de Cardia [10] en su obra sobre los Epígonos [11]. Después, Timeo de Sicilia [12] relató la época arcaica en su historia general, y registró las guerras contra Pirro de Epiro en una obra aparte. Además de éstos, Antígono, Polibio, Sileno [13] y muchísimos otros se ocuparon de los mismos temas, pero no de igual forma, y cada uno de ellos escribió reuniendo unas pocas cosas aplicadas sin rigor y proce-
2 dentes de relatos llegados al azar. Semejantes a éstas y nada diferentes son las historias que nos ofrecieron cuantos romanos narraron en lengua griega los sucesos antiguos de la ciudad; de estos escritores, los más antiguos son Quinto Fabio y Lucio Cincio [14], y ambos flo-

---

[10] La moderna investigación reconoce la obra de Jerónimo de Cardia como fuente importante e imprescindible para el medio siglo inmediato a la muerte de Alejandro. Jerónimo, que asumió parte importante en la lucha de los diádocos, escribió su historia de la época en los últimos decenios de su vida, que discurrió aproximadamente entre 350 y 260. Probablemente, aquella abarcaba desde la muerte de Alejandro a la de Pirro (272) y fue para los escritores posteriores (Diodoro, Arriano, Plutarco y otros) la fuente principal para este período.

[11] Epígonos es el nombre dado a los hijos de los Diádocos.

[12] Timeo nació a mediados del siglo IV. Su obra narraba la historia del occidente griego desde los comienzos hasta la 1.ª guerra púnica. Los libros *Sobre Pirro* eran un apéndice. Se ocupó de la arqueología de Roma así como de su encumbramiento. Fue muy cuidadoso en la cronología y aportó su contribución al establecimiento del cómputo por olimpiadas.

[13] Antígono es prácticamente desconocido. Polibio de Megalópolis no necesita ningún comentario. Sileno escribió una historia de Aníbal.

[14] Q. Fabio Pictor y L. Cincio Alimento, analistas romanos (lindes del siglo II a. C.). Fabio Pictor fue senador y participó en la 2.ª guerra púnica. Alimento fue pretor en 210. Escriben sus *Anales* en griego porque intentan menos interesar al público romano que difundir el conocimiento y la gloria de Roma por el extranjero. Relato de

recieron durante las guerras púnicas. Cada uno de estos hombre narró con exactitud basada en la experiencia aquellos hechos en los que él mismo había estado presente; en cambio, los sucesos antiguos ocurridos después de la fundación de la ciudad los tocaron por encima y de forma sucinta. Por estos motivos decidí no 3
omitir una hermosa historia que los más antiguos dejaron sin mencionar, y de la cual, si se escribe con rigor, se obtendrán los mejores y más justos resultados: los hombres valientes que han cumplido su destino alcanzarán fama eterna y serán elogiados en la posteridad, lo que hace que la naturaleza humana se asemeje a la divina y que no mueran las hazañas juntamente con los cuerpos. Además, los actuales y futuros descendientes 4
de aquellos varones semejantes a dioses no elegirán la vida más placentera y fácil, sino la más noble y ambiciosa, pensando que quienes por su nacimiento han heredado un linaje ilustre, deben tener un alto concepto de sí mismos y no dedicarse a nada indigno de sus antepasados. Y yo, que me incliné a este trabajo no por adu- 5
lación, sino por atender a la verdad y a la justicia, fines a los que debe apuntar toda historia, en primer lugar, habré demostrado mi intención de ser útil a todos los hombres honrados y a los que gusten de contemplar hermosas y grandes hazañas. En segundo lugar, habré compensado a la ciudad con un acto de agradecimiento en la medida de mis posibilidades, como recuerdo de la educación y de los demás bienes que disfruté mientras viví en ella.

---

los orígenes muy mezclado de fábulas más o menos poéticas, de todas las procedencias, en especial griegas o helenizadas. Parcialidad aristocrática y nacional.

Fuentes de la obra

7 Una vez que he explicado la razón de mi elección, quiero hablar también sobre las fuentes que utilicé cuando iba a emprender mi historia; pues quienes hayan leído antes a Jerónimo, Timeo, Polibio o algunos de los otros historiadores que mencioné hace un momento, como ejemplo de escritores que han tocado el tema por encima, quizá por no haber encontrado en ellos muchas de las cosas mencionadas por mí, sospecharán que me las he inventado y exigirán saber cómo he llegado a conocer estos detalles. Pues bien, para que nadie tenga tal opinión de mí, lo mejor es hablar previamente de los relatos y memorias en los que me he basado.

2 Yo llegué a Italia en la época en que César Augusto puso fin a la guerra civil, a mediados de la CLXXXVII Olimpiada [15], y el período de veintidós años transcurridos desde entonces hasta hoy lo pasé en Roma, aprendiendo la lengua de los romanos y conociendo su escritura local, y me dediqué todo ese tiempo a traba-
3 jar en asuntos relacionados con este tema. Algunas enseñanzas las recibí de los hombres más versados, con quienes mantuve relación; y otras, las fui recogiendo de las historias que escribieron autores alabados entre los mismos romanos: Porcio Catón, Fabio Máximo, Valerio Ancias, Licinio Mácer, Elios, Gelios, Calpurnios [16]

---

[15] En enero del año 29 a. C. se cerró el templo de Jano y en agosto de ese mismo año Octavio celebró el triunfo que marcó el fin de la guerra.

[16] Fabio Máximo puede referirse a Q. Fabio Máximo Serviliano. Valerio Ancias en su historia de Roma, en 75 libros al menos, se entregaba a una retórica pintoresca y patriótica en exceso en que los datos, en especial los numéricos, se exageraban hasta el absurdo. Licinio Mácer fue orador y analista con mucho interés por la erudición. En cuanto a los plurales Elios, Gelios y Calpurnios, no deben ser tomados al pie de la letra. Conocemos a dos Elios: L. Elio Tuberón y su hijo Quinto. Éste escribió, por lo menos, 12 libros de *Historiae*, que narraban

y otros muchos hombres notables; y partiendo de aque-
llas obras (que son parecidas a los anales griegos) em-
prendí mi historia. Hasta aquí, lo referente a mi perso- 4
na. Me queda todavía decir sobre la historia misma en
qué periodos la divido, qué temas trato y cuál es la for-
ma que voy a dar a la obra.

Período comprendido en la obra, estilo y presentación del autor

Empiezo, pues, la historia desde 8
las más antiguas leyendas, que los
historiadores que me han precedido
omitieron, por ser difíciles de inter-
pretar sin un gran estudio. Y llevo 2
mi relato hasta el comienzo de la primera guerra púni-
ca, que tuvo lugar en el tercer año de la CXXVIII Olim-
piada (265 a. C.). Narro todas las guerras que mantuvo
la ciudad con otros pueblos en aquellos tiempos, las re-
beliones civiles que padeció, las causas por las que se
produjeron y de qué modo y con qué argumentos cesa-
ron. Explico todas las formas de gobierno que tuvo Ro-
ma durante la monarquía y después de la caída de los
reyes, y cuál era el carácter de cada una de ellas. Des-
cribo las mejores costumbres y las leyes más notables
y, en suma, muestro toda la vida de la antigua Roma.

La forma que doy a la obra no es como la que dieron 3
a sus historias los que escribieron sólo sobre guerras,
ni como la de quienes explicaron los regímenes políti-
cos que imperaban entre ellos, ni tampoco es semejante

---

la historia de Roma desde Eneas hasta el conflicto entre César y Pompeyo. Pero sólo sabemos de un Gelio y un Calpurnio que hayan sido historiadores: Cneo Gelio y L. Calpurnio Pisón «el Honesto» (Frugi). Ambos vivieron en época de los Gracos y escribieron historias de Roma desde el origen de la ciudad hasta su tiempo. Calpurnio Pisón escribió, por lo menos, 7 libros de *Anales* en un estilo sencillo. Parece haber gustado de las anécdotas de tendencias morales, quizá por influencia de Catón. Su autoridad fue reconocida por Cicerón, Varrón, Livio, Dionisio y Plinio.

a los anales que publicaron los autores de las *Atthides*[17], pues éstas son monótonas y en seguida aburren a los lectores. Sino que es una mezcla de cada tipo, del forense, del especulativo y del narrativo, para que resulte satisfactoria tanto a quienes se dedican a los debates políticos como a quienes están interesados en la especulación filosófica, e incluso a quienes buscan un
4 pasatiempo tranquilo en sus lecturas de historia. Así pues, mi obra versará sobre tales asuntos y tal será su forma. El autor soy yo, Dionisio de Halicarnaso, hijo de Alejandro. Y a partir de este momento empiezo.

Primeros habitantes de Roma

9 La ciudad que ahora habitan los romanos, dueña de toda la tierra y el mar, se dice que los primeros que la ocuparon de los que se recuerdan fueron los bárbaros sículos, pueblo autóctono. Nadie puede hablar con seguridad de los acontecimientos anteriores a esta época, ni si fue ocupada por otros pueblos o estuvo deshabitada. Pero después de algún tiempo, los aborígenes se apoderaron de ella arrebatándosela a sus ocupantes mediante una larga guerra.

2 Al principio vivían en las montañas en aldeas sin amurallar y dispersos; pero cuando los pelasgos, unidos con algunos otros griegos, les ayudaron en la guerra contra sus vecinos, después de expulsar de allí a los sículos, amurallaron muchas ciudades y se dispusieron a someter todo el territorio comprendido entre los ríos Liris y Tíber. Éstos corren desde el pie de los montes Apeninos, que dividen Italia en dos partes a lo largo, y la distancia de una a otra desembocadura en el mar Tirreno es de unos ochocientos estadios[18]; el Tí-

[17] *Atthis* (adjetivo que significa «ático») fue el nombre dado a historias del Ática. Hubo muchas en los siglos IV y III.

[18] Estadio: medida de longitud equivalente a 600 pies griegos o a 625 romanos.

ber desemboca por la parte norte, cerca de la ciudad de Ostia; y el Liris, por la zona sur, pasando por Minturnas[19]: ambas ciudades son colonias de los romanos. Y esas gentes permanecieron en la misma mora- 3
da sin ser expulsados ya por otros pueblos, pero los mismos hombres cambiaron dos veces de nombre: hasta la guerra de Troya conservaron su antigua denominación de aborígenes, pero con el rey Latino, que gobernó en la época de la guerra de Troya, empezaron a llamarse latinos. Y cuando Rómulo fundó la ciudad que 4
tomó su nombre, dieciséis generaciones después de la guerra de Troya, adoptaron el nombre que ahora tienen. Con el tiempo consiguieron convertir la nación más pequeña en la más grande y la más insignificante en la más ilustre, no sólo por la generosa acogida a quienes solicitaban vivir entre ellos, sino también por la concesión de la ciudadanía a los vencidos en la guerra después de un comportamiento ejemplar; por permitir que cuantos esclavos fueran liberados pasaran a ser ciudadanos, y por no despreciar a ninguna clase de hombres que fuera a representar un bien para la comunidad; pero más que todo esto, por su forma de gobierno, que instauraron después de muchos avatares, extrayendo algo útil de cada ocasión.

Distintas teorías sobre los aborígenes

De los aborígenes, en los que co- 10
mienza el linaje de los romanos, unos afirman que son autóctonos de Italia, una estirpe que surgió por sí misma[20]: llamo Italia a todo el territorio comprendido entre el golfo Jónico[21], el mar

[19] *Minturnae*, ciudad del Lacio en el límite con Campania.

[20] Esta frase quizá sea una glosa añadida por un escriba para explicar la palabra griega *autochthones*, que quiere decir literalmente «procedentes de la tierra misma».

[21] «El golfo Jónico» o «el Jónico» es el término que emplea Dionisio para referirse al mar Adriático o a la entrada a este mar.

Tirreno y los Alpes por la parte continental. Y dicen que se les dio esa primera denominación por haber sido el origen del linaje de sus descendientes, como nosotros les llamaríamos «genearcas» o «protógonos»[22].

2 Otros, en cambio, cuentan que reuniéndose algunos vagabundos sin hogar procedentes de muchos lugares, se encontraron allí por casualidad y establecieron su residencia en esa plaza fuerte, viviendo de la rapiña y el pastoreo. Y estos autores cambian su nombre por uno más apropiado a su condición, llamándoles *aberrigines*[23], para dar a entender que son vagabundos. Según esto, parece que la raza de los aborígenes no sería diferente de la que los antiguos llamaban léleges: pues generalmente daban este nombre a gentes mezcladas, sin hogar y que no habitaban ninguna tierra fija como patria.

3 Otros cuentan que eran colonos de los ligures, vecinos de los umbros: pues los ligures habitan muchas partes de Italia, e incluso también alguna de la Galia, pero no se sabe cuál es su patria, ya que no se ha dicho nada más concreto sobre ellos.

Antecedentes griegos de los aborígenes

11 Pero los más entendidos historiadores romanos, entre los que se encuentra Porcio Catón, que recogió con mucho interés las genealogías[24] de las ciudades de Italia, Cayo Sempronio[25] y otros muchos, dicen que eran griegos de los que alguna vez habitaron en Acaya y emigraron muchas generaciones antes de la guerra de Troya. Sin em-

---

22 «Fundadores de familias» y «primeros nacidos» respectivamente.

23 Derivado del término latino *aberrare*, «andar errante».

24 En su obra *Origines*.

25 C. Sempronio Tuditano. Cónsul en el 129. Escribió libros *Sobre las magistraturas* y parece haber escrito también una obra histórica. Se le considera jurista y analista.

bargo, no precisan la tribu griega a la que pertenecían, ni la ciudad de la que emigraron, ni la fecha, ni el jefe de la colonia, ni por qué vicisitudes de la fortuna abandonaron la metrópoli; y a pesar de haberse servido de una leyenda griega, no presentaron a ningún historiador griego como garantía. Por lo tanto, no está claro cuál es la verdad, pero si es válida la palabra de éstos, los aborígenes no serían colonos de otro pueblo que del
llamado ahora arcadio, pues éstos fueron los primeros 2
griegos que cruzaron el golfo Jónico y se establecieron en Italia bajo el liderazgo de Enotro, el hijo de Licaón. Éste era el quinto desde Eceo y Foroneo, que fueron los primeros reyes del Peloponeso; pues Níobe fue hija de Foroneo y de ella y Zeus nació Pelasgo, según se dice: Licaón fue hijo de Eceo, y Deyanira fue hija de Licaón; de Deyanira y Pelasgo nació otro Licaón, y Enotro fue su hijo, diecisiete generaciones antes de la expedición contra Troya. Ésta fue la época en que los griegos enviaron la colonia a Italia.

Enotro salió de Grecia al no estar satisfecho con el 3
lote de tierra que se le había asignado, pues Licaón, como tuvo veintidós hijos, debía dividir el territorio de Arcadia en igual número de lotes. Por esta causa, Enotro abandonó el Peloponeso y después de preparar una flota, cruzó el golfo Jónico con Peucecio, uno de sus hermanos. Les siguieron muchos de su propio pueblo, pues se dice que esta nación fue muy populosa al principio, y también cuantos griegos poseían menos tierra
de la necesaria. Pues bien, Peucecio, en el primer lugar 4
de Italia donde tocaron tierra, hizo desembarcar a su gente sobre el promontorio de Yapigia [26] y se estableció allí; y por él, los habitantes de esa región fueron llamados peucecios. Pero Enotro, que conducía la mayor parte de la expedición, llegó a otro mar que se ex-

[26] Yapigia, en el extremo oriental del golfo tarentino. Comarca de Apulia.

tiende por la parte occidental a lo largo de toda Italia, y que entonces se llamaba Ausonio por sus habitantes, los ausonios, pero cuando los tirrenos se hicieron los dueños del mar, adoptó el nombre que ahora tiene.

Los enotrios: primera colonia griega en Italia

12 Y como encontró mucha tierra apta para el pastoreo y mucha para el cultivo, desierta la mayor parte y sin mucha población la que estaba habitada, limpió el elemento bárbaro de una zona y edificó pequeñas ciudades contiguas en las montañas, que era el modo habitual de residencia entre los antiguos. Toda la tierra que ocupó, que era mucha, se llamó Enotria, y todos los hombres a los que gobernó, enotrios, cambiando su nombre por tercera vez, pues durante el reinado de Eceo, se llamaron eceos; cuando tomó el poder Licaón, a partir de él, licaonios; y después de que Enotro los condujera a Italia, se llamaron enotrios durante algún tiempo.

2 Me apoya con su testimonio Sófocles, el trágico, en su drama *Triptólemo*; pues presenta en él a Deméter informando a Triptólemo de cuánta tierra se verá obligado a recorrer esparciendo las semillas que ella le ha dado. Y después de mencionar en primer lugar la parte oriental de Italia, que va desde el promontorio de Yapigia hasta el estrecho de Sicilia, tocando después la parte opuesta de Sicilia, vuelve de nuevo a la Italia occidental y describe los pueblos más importantes que habitan esa costa, empezando por el asentamiento de los enotrios. Pero basta solamente con citar los yambos en los que dice:

> *Y después, a la derecha, toda Enotria, el golfo tirreno y la tierra liguria te recibirán.*

3 Antíoco de Siracusa[27], escritor muy antiguo, al re-

[27] Quizá el historiador más antiguo de Sicilia que conocemos. Bajo el influjo de Heródoto, intentó completar la obra histórica de

ferirse a los primitivos habitantes de Italia y al momento en que cada uno de ellos ocupó cada zona, dice que los enotrios son los primeros pobladores de los que se tienen noticias; sus palabras son éstas: «Antíoco, hijo de Jenófanes, escribió esto sobre Italia como la tradición más cierta y fiable sacada de las historias antiguas: esta tierra, que ahora se llama Italia, antaño la poseyeron los enotrios.» Después explica de qué forma se gobernaban y cómo Ítalo con el tiempo llegó a ser su rey, a partir del cual cambiaron su nombre por el de ítalos; que a éste le sucedió en el poder Morges, y por él se llamaron morgetes; y que Sículo, acogido como huésped por Morges, instituyó su propio poder y dividió la nación. Añade lo siguiente: «así, los que eran enotrios llegaron a ser sículos, morgetes e ítalos.»

Los aborígenes: descendientes de los enotrios

Ahora, indiquemos también la raza de la que procedían los enotrios, ofreciendo como garantía a otro de los historiadores antiguos, Ferécides el ateniense [28], no inferior a ninguno de los genealogistas. Él tiene escrito lo siguiente acerca de los reyes de Arcadia: «De Pelasgo y Deyanira nace Licaón; éste se casa con Cilene, una Náyade, de la que recibe el nombre el monte Cilene». Después, se refiere a sus descendientes y a los lugares que cada uno habitó, y menciona a Enotro y a Peucecio con estas palabras: «y Enotro, a partir del cual los habitantes de 13

éste para Occidente. A este propósito sirvieron los 9 libros de su *Historia siciliana*, que abarcaba desde el rey mítico Cócalo hasta el año 424-23, y un escrito sobre Italia. Es probable que escribiera alrededor del último cuarto del siglo v.

[28] En cuanto a su cronología, sólo puede decirse que sus escritos en dialecto jónico deben situarse antes de la guerra del Peloponeso. Escribió una historia mitológica partiendo de las filiaciones de los héroes. Con Ferécides se inicia el proceso que más tarde terminará en el manual mitográfico al estilo del Ps. Apolodoro, y su obra fue la fuente principal para todos los que se ocupaban del viejo mito.

Italia se llamaron enotrios; y Peucecio, por el que se llamaron peucecios los que viven en el golfo Jónico».
2 Pues bien, éstas son las referencias dadas por los poetas antiguos y mitógrafos acerca de la residencia y raza de los enotrios; y yo, fiándome de ellos, si realmente los aborígenes fueron una tribu griega, como afirman Catón, Sempronio y muchos otros, considero que fueron descendientes de esos enotrios. Desde luego, los pelasgos, los cretenses y cuantos otros habitaron en Italia, pienso que vinieron después; y no puedo saber de ninguna expedición más antigua que ésta, que emigrara de Grecia a la Europa Occidental.

3 Creo que los enotrios ocuparon muchos lugares del resto de Italia, encontrando unos deshabitados, y otros poco poblados, y también se apoderaron de una parte del territorio de los umbros, y fueron llamados aborígenes por su residencia en las montañas [29] (pues es propio de los arcadios gustar de la estancia en las montañas), igual que en Atenas, unos se llaman montañeses,
4 y otros costeros [30]. Pero si algunos, por su natural, no son rápidos en aceptar sin comprobación los relatos sobre asuntos antiguos, que no sean rápidos tampoco en considerar a los aborígenes ligures, umbros o cualquier otro pueblo bárbaro; que esperen a conocer lo restante y juzguen qué es lo más convincente de todo.

Ciudades de los aborígenes

14 De las ciudades que primero habitaron los aborígenes, pocas quedaban en mi época; la mayoría de ellas, destruidas por guerras y otras desgracias, están abandonadas. Se encontraban en el territorio reatino, no lejos de los montes Apeninos, según escribe Terencio Varrón en sus

[29] Falsa etimología: *ab* + *oros* (montaña).

[30] En griego *hiperácrioi* y *parálioi*.

Antigüedades[31], y las más cercanas distan de Roma un día de camino: de ellas, yo enumeraré las más ilustres, tal como aquél lo cuenta en su historia.

Palacio[32], separada veinticinco estadios de Reate 2
(ciudad habitada por romanos incluso en mi época) está cerca de la Vía Quintia. Distante de Reate alrededor de sesenta estadios está Tríbula, asentada sobre una colina de no mucha altura. Suésbula, a la misma distancia de Tríbula, cerca de los montes Ceraunios. Separada cuarenta estadios de Suésbula, se encuentra la famosa ciudad de Suna, donde hay un templo muy antiguo dedicado a Marte. Méfula está a unos treinta estadios 3
de Suna, y se hace referencia a las ruinas y restos de sus murallas. A cuarenta estadios de Méfula, Orvinio[33], ilustre y grande como ninguna otra de las ciudades de allí, pues son todavía visibles los cimientos de sus murallas y algunas tumbas de venerable antigüedad, como también los circuitos de sus cementerios que se extienden sobre altos terraplenes; allí hay además un templo antiguo de Atenea, construido sobre un promontorio.

A ochenta estadios de Reate, yendo por la Vía Curia, 4
junto al monte Coreto estuvo la ciudad de Córsula, recientemente destruida. Se alude también a una isla llamada Isa, rodeada por un lago, y que dicen que habitaron los aborígenes sin hacer ninguna fortificación,

---

[31] Gran obra de 41 libros (25 de *Antigüedades humanas* y 16 de *Antigüedades divinas*). Era un compendio de datos arqueológicos sobre la antigua Roma, recogidos sin crítica. De esta obra derivan casi todos los datos arqueológicos que nos han transmitido los comentaristas y gramáticos antiguos. Los escritores cristianos nos han conservado fragmentos bastante extensos; y la Edad Media aún extraía de Varrón la mayor parte de sus conocimientos sobre la antigüedad.

[32] *Palatium. Reate* (hoy Rieti). Las ciudades que siguen, Tríbula y Suésbula, posiblemente son corrupciones por *Trebula* y *Suessula* (hoy Castel di Sessola).

[33] *Orvinium.*

utilizando las aguas estancadas del lago como murallas. Cerca de Isa, Maruvio[34], situada en una ensenada del mismo lago y distante cuarenta estadios de las llamadas Siete Aguas.

5 De nuevo, yendo desde Reate por el camino hacia la región listina está Bacia, a treinta estadios de distancia; y después, Tiora, la llamada Maciene[35], a trescientos estadios. En esta ciudad se dice que hubo un oráculo muy antiguo de Marte. Y el tipo de oráculo era parecido al que según cuenta la leyenda existió una vez en Dodona, pero con una diferencia, pues allí se decía que una paloma hacía las predicciones sentada sobre una encina sagrada[36]; mientras que entre los aborígenes, un pájaro enviado por la divinidad, al que ellos llaman *picus* y los griegos *driocolaptés*[37] hacía lo mismo
6 apareciéndose sobre un pilar de madera. A veinticuatro estadios de distancia de la ciudad antes mencionada estuvo Lista, metrópoli de los aborígenes, y que los sabinos todavía en un tiempo anterior habían tomado por sorpresa después de enviar contra ella una expedición nocturna desde la ciudad de Amiterno[38]. Los supervivientes de la toma de la ciudad fueron acogidos por los reatinos, y como no lograron recuperar la ciudad después de haber hecho muchos intentos, declararon sagrado el territorio como si todavía fuera suyo, maldiciendo con imprecaciones a quienes en lo sucesivo iban a disfrutarlo.

---

[34] *Maruvium.*

[35] *Matiene. Batia.*

[36] En Dodona se decia que la divinidad daba a conocer su voluntad por medio de las ramas de una encina, quizá por el murmullo de las hojas producido por el viento. En época de Heródoto, los oráculos eran interpretados por dos o tres mujeres llamadas *peleiádes* o *péleiai* (palomas). Según algunos, era relamente una paloma la que hacía las predicciones.

[37] «Picoteador de encinas».

[38] *Amiternum* (hoy San Vettorino).

A setenta estadios de Reate estuvo Cutilia[39], famosa ciudad situada junto a una montaña; no lejos de ella hay un lago de cuatrocientos pies de diámetro, lleno de una corriente de agua natural que fluye continuamente y, según se dice, sin fondo. Los habitantes del lugar, en la creencia de que tiene algo divino, lo han consagrado a la diosa Victoria, y habiéndolo rodeado con una empalizada para que nadie se aproxime al agua, lo conservan inviolable, excepto en algunas ocasiones cada año, en que quienes tienen la sagrada obligación de realizar los sacrificios impuestos por la costumbre, entran en la islita que hay en el lago. La isla es más o menos de cincuenta pies de diámetro, y no sobresale del agua más de un pie de altura; es inestable y flota en cualquier dirección, llevándola el viento suavemente de un lugar a otro. Crece en ella una hierba semejante al junco florido y ciertas matas pequeñas, una cosa que para quienes no ven los portentos que hace la naturaleza, resulta indescriptible y superior a cualquier otra maravilla. 15 2

Antigua costumbre para solucionar el problema del crecimiento de población

Dicen que los aborígenes tuvieron su primera residencia en estos lugares, después de expulsar de ellos a los umbros. Y desde allí, haciendo incursiones contra los demás bárbaros, y sobre todo contra los sículos, que eran sus vecinos, guerreaban por cuestión del territorio. Al principio, se trataba de un grupo sagrado de jóvenes que habían salido fuera, unos pocos hombres enviados por sus padres a buscarse un medio de vida, cumpliendo con una antigua costumbre que yo sé que siguen muchos bárbaros y griegos. 16

Cuando las ciudades experimentaban un crecimiento de población tal que los productos de sus tierras ya 2

[39] *Cutilia* o *Cutiliae*, cerca de un lago llamado Lago de Cutilia, hoy Lago di Contigliano.

no eran suficientes para todos, o el campo, dañado por los cambios del tiempo, producía menos frutos de lo habitual, o cuando algún otro suceso semejante, mejor o peor, se adueñaba de las ciudades imponiéndoles la necesidad de disminuir la población, seguramente consagraban a algún dios a todos los hombres de una misma generación y, equipándolos con armas, los enviaban fuera de su territorio. Si lo hacían como sacrificios de acción de gracias a los dioses por la valentía de sus hombres o por una victoria en la guerra, realizarían primero los ritos acostumbrados y después enviarían las colonias bajo augurios favorables; pero, si habiendo incurrido en la cólera divina, pretendían liberarse de las desgracias que les agobiaban, entonces harían una ceremonia semejante, pero apesadumbrados y buscando el perdón de los jóvenes que enviaban fuera.

3 Y los que marchaban, pensando que en el futuro ya no tendrían parte en la tierra paterna, sino que debían adquirir otra, consideraban como patria el territorio que los acogía por un tratado de amistad o porque fuera vencido en guerra. Y la divinidad a la que habían sido consagrados en el momento de su partida, parecía asistirles la mayoría de las veces y hacer prosperar las colonias contra toda humana esperanza.

4 Siguiendo esta costumbre, también entonces algunos de los aborígenes, como sus regiones habían crecido mucho en población (puesto que no se resignaban a matar a ninguno de sus hijos, considerándolo como el mayor de los crímenes), consagraron a alguna divinidad la prole de un año y cuando se hicieron hombres, los enviaron fuera de su ciudad como colonos; éstos, una vez que abandonaron su país, se dedicaron a robar
5 y a saquear a los sículos. Cuando consiguieron apoderarse de algunos lugares del territorio enemigo, también los restantes aborígenes que estaban faltos de tierras, ahora ya con mayor confianza, cada uno de ellos

se dedicó a atacar a sus vecinos y fundaron varias ciudades, algunas de las cuales habitadas hasta hoy: Antemnas[40], Telenas, Ficulea, que está junto a los montes llamados Corniculos, y Tibur, donde aún en nuestros días un barrio de la ciudad se llama sículo. De todos sus vecinos, fueron especialmente hostiles con los sículos. Por estas reyertas se originó una guerra entre todos los pueblos, como no hubo otra en Italia anteriormente, y fue prolongándose durante mucho tiempo.

Origen de los pelasgos

Después, algunos de los pelasgos 17
que habitaban en lo que ahora se llama Tesalia, obligados a abandonar su país, llegaron a ser vecinos de los aborígenes y, unidos a ellos, lucharon contra los sículos. Quizá los aborígenes los habían acogido con la esperanza de conseguir su ayuda, pero
según yo creo, fue sobre todo por su parentesco; pues 2
los pelasgos fueron también un antiguo pueblo griego procedente del Peloponeso, y que en muchas ocasiones sufrió la adversidad de la fortuna, pero especialmente, en su continuo vagar sin tener morada fija en ningún sitio. Primero habitaron en los alrededores del llamado ahora Argos aqueo, siendo autóctonos de esta región, según lo afirman la mayoría de las referencias sobre ellos. Tomaron este nombre desde el principio por su rey Pelasgo.

Fue Pelasgo, según se dice, hijo de Zeus y Níobe, la 3
hija de Foroneo, la primera mujer mortal con la que Zeus se unió, según cuenta la leyenda. Seis generaciones después, abandonando el Peloponeso, emigraron a lo que entonces se llamaba Hemonia, y ahora Tesalia. Dirigían la fundación de la colonia Aqueo, Ftío y Pelasgo, los hijos de Larisa y Poseidón, que en cuanto llega-

---

[40] *Antemnae*, llamada asi por su situación junto al rio Anión: *ante amnem. Tellenae*, hoy Toretta. *Tibur*, vecina a Roma, hoy Tívoli.

ron a Hemonia, expulsaron a los bárbaros que habitaban allí y dividieron el territorio en tres partes, dándoles los nombres de sus dirigentes: Ftiótide, Acaya y Pelasgiótide. Permanecieron allí por espacio de cinco generaciones, durante las cuales consiguieron la mayor prosperidad, recogiendo el fruto de las llanuras de Tesalia; y hacia la sexta generación, fueron expulsados de Tesalia por los curetes y los léleges, que ahora se llaman etolios y locrios, y por muchos otros que habitaban cerca del Parnaso, siendo el jefe de los enemigos Deucalión, el hijo de Prometeo y Clímene, la hija de Océano.

Dispersión de los pelasgos

18 Dispersándose en la huida, unos marcharon a Creta, otros ocuparon algunas islas de las Cícladas, algunos se establecieron en la llamada Hestieótide, cerca del Olimpo y del Osa, otros se trasladaron a Beocia, Fócide y Eubea; y otros, cruzando a Asia, ocuparon muchos lugares de la costa a lo largo del Helesponto y también muchas islas cercanas, en concreto la que ahora se llama Lesbos, mezclándose con quienes, procedentes de Grecia, habían formado allí la primera colonia bajo el mando de
2 Mácar[41], el hijo de Crínaco. Pero la mayor parte de ellos se dirigió al interior junto a sus parientes, los habitantes de Dodona, contra quienes nadie debía hacer la guerra, por ser considerado un pueblo sagrado; y pasaron allí un tiempo prudencial. Pero cuando comprendieron que eran una carga, pues la tierra no era suficiente para alimentar a todos, abandonaron la región obedeciendo a un oráculo que les ordenaba navegar hacia Italia, que entonces se llamaba Saturnia.
3 Después de equipar muchas naves, cruzaron el mar Jónico, esforzándose por alcanzar los lugares más cercanos de Italia. Pero, por causa del viento sur y el des-

[41] Mácar o Macareo según los distintos historiadores.

conocimiento de la zona, se vieron arrastrados por alta mar hasta que arribaron a una de las bocas del Po, llamada espinética. Allí mismo dejaron las naves y a la gente menos capaz de soportar la fatiga, estableciendo vigilancia para tener posibilidad de refugio si su em- 4
presa no tenía éxito. Los que se quedaron en ese lugar rodearon el campamento con una muralla y llevaron a las naves las provisiones necesarias para vivir; y cuando les pareció que su situación mejoraba, construyeron una ciudad y le dieron el mismo nombre de la boca del río [42]. Consiguieron mayor prosperidad que los demás habitantes del golfo Jónico y, dueños del mar durante mucho tiempo, llevaban al dios de Delfos la décima parte de sus ganancias marinas, que eran las más espléndidas de todas las enviadas. Pero más adelante, cuando 5
los bárbaros vecinos dirigieron una expedición contra ellos con grandes tropas, abandonaron la ciudad; y estos bárbaros con el tiempo fueron expulsados por los romanos. De esta forma pereció la parte de los pelasgos que había sido dejada en Espina.

Algunos pelasgos llegan al territorio de los aborígenes

En cambio, los que se dirigieron 19
hacia el interior, pasaron la zona montañosa de Italia y llegaron al territorio de los umbros, vecinos de los aborígenes. Los umbros habitaban también muchos otros lugares de Italia y era este pueblo uno de los más numerosos y antiguos. Los pelasgos, al principio, se fueron adueñando de los lugares donde primero se habían asentado y ocuparon alguna de las pequeñas ciudades de los umbros. Pero, cuando se reunió un gran ejército contra ellos, tuvieron miedo ante la multitud de enemigos y se marcharon hacia el territorio de los aborígenes. Éstos, creyendo convenien- 2

[42] En realidad, fue la ciudad de Espina la que dio su nombre a la desembocadura del río.

te tratarlos como enemigos, se congregaron rápidamente desde los lugares más próximos con la intención de expulsarlos. Pero los pelasgos (que casualmente en ese tiempo quiso el destino que estuvieran acampados en los alrededores de Cutilia, ciudad de los aborígenes, cerca del lago sagrado), cuando observaron la islita que daba vueltas en él y supieron el nombre de los habitantes por los cautivos que habían cogido en los campos, llegaron a la conclusión de que su oráculo se había
3 cumplido. Esta predicción que les fue anunciada en Dodona y que Lucio Malio[43], varón conocido, afirma haberla visto él mismo grabada en caracteres antiguos sobre uno de los trípodes colocados en el lugar consagrado a Zeus, decía así:

«Marchad a buscar la tierra saturnia de los sículos y Cotile[44] de los aborígenes, donde flota una isla; mezclándoos con ellos, enviad a Febo una décima parte, las cabezas al Crónida, y enviad a su padre un hombre»[45].

Alianza de los pelasgos y los aborígenes

20 Cuando los aborígenes llegaron con un gran ejército, los pelasgos les salieron al encuentro desarmados y con ramas de olivo, explicándoles las vicisitudes de su fortuna y rogándoles que les aceptaran amigablemente como conciudadanos que no serían molestos, ya que la divinidad les había guiado a ese territorio en concreto, y les expli-
2 caron el oráculo. A los aborígenes, una vez informados del asunto, les pareció bien obedecer al oráculo y aceptar una alianza helénica contra sus enemigos bárbaros, ya que se encontraban abrumados por la guerra contra los sículos. Estipularon un pacto con los pelasgos y des-

---

[43] Malio o Manlio. No sabemos a quién se refiere Dionisio.

[44] Una variante poética de Cotylia, la forma griega de Cutilia.

[45] Parece ser que en un principio este oráculo fue interpretado como una obligación de ofrecer sacrificios humanos a Saturno.

pués de hacer una repartición, les asignaron sus tierras
próximas al lago sagrado, de las que la mayor parte
eran pantanosas y ahora se llaman Velia, siguiendo
la forma arcaica de su lengua; pues era costumbre 3
entre los antiguos griegos poner delante de todos los
nombres que empezaban por vocal la sílaba *ou* escrita
con una letra. Ésta era como una gamma formada por
dos líneas oblicuas unidas a una recta, como Ϝελένη,
Ϝάναξ, Ϝοῖκος, Ϝέαρ y muchas semejantes [46].

Más adelante, una parte no pequeña de los pelasgos, 4
como la tierra no era suficiente para todos, después de
convencer a los aborígenes de que les ayudaran en su
expedición contra los umbros, cayeron repentinamen-
te sobre ellos y se apoderaron de Crotona [47], ciudad
próspera y feliz. Usándola después como fortaleza y ba-
luarte contra los umbros, pues estaba suficientemente
equipada para ser lugar de defensa en tiempo de gue-
rra, y tenía alrededor buena tierra para pastos, se adue-
ñaron también de muchos otros lugares y con gran en-
tusiasmo apoyaron a los aborígenes en la guerra que
todavía tenían entablada con los sículos, hasta que los
expulsaron de su territorio. Y los pelasgos residieron 5
junto con los aborígenes en muchas ciudades; unas ha-
bían sido habitadas antes por los sículos y otras las
construyeron ellos mismos, entre las cuales está la ciu-
dad de Cere [48], llamada entonces Agila, y Pisas [49], Sa-
turnia, Alsio [50] y algunas otras, de las que con el tiem-
po fueron desposeídos por los tirrenos.

---

46 Esta letra, llamada digamma, ha sido encontrada en muchas inscripciones dialectales griegas. Su pronunciación fue la de la *v* latina o *w* inglesa.

47 Crotona, Cortona o Cortonia. Una ciudad muy antigua de Etruria, al noroeste del lago Trasimeno.

48 *Caere*, moderna Cerveteri (*Caere vetus*). Fue una de las más ricas de las doce ciudades etruscas.

49 *Pisae*, todavía llamada Pisa, fue colonia de Pisa en la Élide.

50 *Alsium*, ciudad en la costa de Etruria.

Costumbres griegas en las ciudades de los pelasgos

21 Pero Falerios y Fescenio[51] todavía en nuestros días estaban habitadas por romanos y conservaban algunos pocos restos del pueblo de los pelasgos, aunque antes habían sido de los sículos. En estas ciudades perduraron bastante tiempo muchos de los antiguos hábitos que alguna vez estuvieron vigentes entre los griegos, como el atavío de las armas de guerra, los escudos argólicos y las lanzas; y cuando enviaban un ejército fuera de sus fronteras para empezar una guerra o para defenderse de los atacantes, ciertos varones sagrados iban delante de los demás, desarmados y llevando las propuestas de paz[52]; también las construcciones de sus templos, las estatuas de sus dioses, purificaciones, sacrificios y otras muchas cosas de este estilo.
2 Pero de todos los recuerdos, el que más evidencia que aquellos hombres que expulsaron a los sículos vivieron alguna vez en Argos, es el templo de Juno en Falerios, construido como el de Argos. Allí también el sistema de los sacrificios era parecido y unas mujeres consagradas atendían el santo lugar; una joven virgen, llamada *canéforos*[53], comenzaba los sacrificios y coros de doncellas celebraban a la diosa con cantos tradicionales.

3 Esta gente también poseyó una parte no pequeña de las llanuras llamadas Campanias, muy buenas para el pastoreo y muy agradables a la vista, después de haber expulsado de una zona de ellas a los auronisos[54], un pueblo bárbaro. Allí construyeron entre otras ciudades Larisa, a la que dieron este nombre por su metrópoli
4 en el Peloponeso. Pues bien, de las demás ciudades, al-

[51] *Falerii*, capital de los faliscos, hoy Civita Castellana. *Fescennium*, junto al Tíber, cerca de *Falerii*.

[52] Los *fetiales*.

[53] «Portadora de cesto».

[54] Probablemente es una corrupción por auruncos.

gunas permanecieron en pie hasta nuestros días, aunque cambiando muchas veces de habitantes. Pero Larisa, despoblada desde hace muchos años, para la gente de hoy no presenta ningún signo claro de haber sido habitada alguna vez, excepto su nombre[55], y ni siquiera éste lo conocen muchos. No estaba lejos del llamado Foro Popilio[56]. También ocuparon muchos otros lugares de la costa y del interior, después de arrebatárselos a los sículos.

Emigración de los sículos de Italia a Sicilia

Los sículos, puesto que ya no 22
eran capaces de resistir la guerra que los pelasgos y los aborígenes habían entablado contra ellos, cogiendo a sus hijos, sus mujeres y cuantos bienes eran de oro o plata, dejaron en sus manos todo el territorio. Se dirigieron a través de las montañas hacia el sur, recorrieron toda la zona inferior de Italia y, como eran expulsados de todas partes, finalmente construyeron balsas para cruzar el estrecho y aguardando a que bajara la corriente, pasaron de Italia
a la isla más próxima. Ésta la habitaban los sicanios, 2
pueblo ibérico, que huyendo de los ligures se había establecido allí no mucho antes y habían decidido que la isla se llamara Sicania por ellos, aunque antes se llamaba Trinacria por su forma de triángulo. No había muchos habitantes para ser una isla tan grande, sino que la mayor parte del territorio estaba todavía desierta. Pues bien, una vez que los sículos desembarcaron allí, al principio habitaron en la parte occidental y después por otras muchas zonas, y la isla empezó a llamarse Sicilia por ellos.

---

[55] Larisa originariamente significaba «ciudadela». Los lugares con este nombre parecen haber sido de origen pelasgo. Hubo algunos en Grecia y Asia.

[56] El *Forum Popilii* estaba en la comarca de Falerno, al norte de las llanuras de Campania.

3 Así abandonó Italia el pueblo sículo, según afirma Helánico de Lesbos [57], tres generaciones antes de la guerra de Troya, en el año vigésimo sexto de la consagración de Alcione en Argos [58]. Pero dice que fueron dos las expediciones itálicas que cruzaron a Sicilia: la primera, de los elimios, que afirma que fueron expulsados de su país por los enotrios; y la segunda, cinco años después, de los ausonios, que huían de los yápiges. Y señala como rey de esta segunda expedición a Sículo,
4 del cual tomó el nombre la gente y la isla. En cambio, según Filisto de Siracusa [59], la fecha de la travesía fue ochenta años antes de la guerra de Troya (ca. 1263 a. C.), y las gentes que pasaron de Italia no fueron ausonios ni elimios, sino ligures conducidos por Sículo. Dice que éste fue hijo de Italo, y que durante su reinado
5 sus súbditos se llamaron sículos. Y que los ligures fueron expulsados de su territorio por los umbros y por los pelasgos. Antíoco de Siracusa no da la fecha de la travesía, pero indica que fueron los sículos los que emigraron, obligados por los enotrios y los ópicos, y la fecha fue muchos años después de la guerra de Troya. Tales son los testimonios dados por personas dignas de crédito acerca de los sículos, que cambiaron su residencia de Italia a Sicilia.

---

[57] Contemporáneo de Tucídides. Escribió algunas obras sobre genealogías (*Troiká, Phoronis...*). También tiene otras de carácter etnográfico (*Historias de la fundación de pueblos y ciudades...*). Una *Atthis*, con la que sentó las bases para una tradición particular de la literatura ática. Realizó ciertos progresos al intentar esbozar una firme cronología para la exposición histórica; con este fin recopiló las listas de *Las sacerdotisas de Hera en Argos* y *Los vencedores en los juegos de las fiestas de Apolo Carneo.*

[58] Fecha desconocida.

[59] Siglos V-IV a. C. Escribió una historia de Sicilia (*Sikeliká*), dividida en dos partes, la primera sobre la isla y la segunda sobre Dionisio el Joven y Dionisio el Viejo.

Ruina de las ciudades de los pelasgos y nueva dispersión de los habitantes

Los pelasgos, después de apoderarse de un territorio extenso y fértil, conquistar muchas ciudades y construir otras, alcanzaron un importante y rápido progreso en población, riqueza y otras cosas ventajosas, de las que no gozaron mucho tiempo; sino que, cuando a todos les parecía que estaban en su mayor plenitud, cayendo en la cólera divina, unos fueron destruidos por desgracias procedentes de los dioses y otros, por sus vecinos bárbaros; pero la mayor parte de ellos se dispersó de nuevo por Grecia y por territorio bárbaro (de éstos podría hablar mucho si quisiera dar una referencia exacta), y una pequeña parte de ellos se quedó en Italia bajo la protección de los aborígenes. 23

El primer signo de la ruina de las ciudades pareció 2
ser que la tierra empezó a perderse por una sequía, cuando ningún fruto permanecía en los árboles hasta madurar, sino que caían verdes, ni las semillas echaban brotes ni florecían mientras se cumplía el ciclo habitual de maduración de la espiga, ni crecía suficiente hierba para el ganado. De las aguas, unas ya no eran potables, otras escaseaban en el verano y otras se habían agotado completamente. Algo parecido a esto ocu- 3
rría con las crías del rebaño y de las mujeres [60], pues eran abortadas, o morían en el parto o a veces acababan también con sus madres. Y si alguna escapaba del peligro del parto, mutilada, malformada o dañada con alguna otra desgracia, no era conveniente criarla. Además, también el resto de la gente, sobre todo los que estaban en la plenitud de su vida, padeció muchas enfermedades y muertes fuera de lo común. Cuando pre- 4
guntaron al oráculo a qué dios o divinidad habían ofen-

---

60 Desgracias parecidas son mencionadas en Sófocles, *Edipo rey* 25-27.

dido para merecer tales sufrimientos y qué podían hacer con la esperanza de librarse de esas desgracias, el dios les contestó que cuando consiguieron lo que querían, no habían pagado lo que prometieron y que les debían las cosas de más valor. Realmente, los pelasgos, en un momento en que hubo escasez de todos los productos de la tierra, habían prometido a Júpiter, a Apolo y a los Cabiros[61] ofrecerles la décima parte de todas sus futuras ganancias; pero, una vez concedida la súplica, escogieron y sacrificaron a los dioses la porción correspondiente de frutos y rebaños, pensando que la promesa incluía sólo estas cosas. Esto lo ha relatado Mírsilo de Lesbos[62] casi con las mismas palabras que yo ahora, excepto que a esos hombres no les llama pelasgos, sino tirrenos. La causa la diré poco después[63].

24 Cuando supieron la respuesta del oráculo, eran incapaces de interpretar sus palabras. Y ante semejante dilema, uno de los más ancianos, conjeturando sobre el sentido del oráculo, les dijo que estaban en un completo error si creían que los dioses les acusaban injustamente, pues de los bienes materiales, les había ofrecido todas las primicias correctamente y con justicia, pero les debían la parte correspondiente de la descendencia humana, el bien más preciado de todos para los dioses. Si también recibieran la porción justa de esto, ellos habrían cumplido con el oráculo.

2 A algunos les parecieron correctas sus palaras, pero otros pensaron que en ellas se encerraba una conspiración. Y cuando alguien propuso preguntar al dios si le era grato recibir la décima parte de los hombres, enviaron emisarios a consultar por segunda vez y el dios

---

[61] Deidades veneradas por los pelasgos como genios tutelares, en cuyo honor se celebraban misterios en Lemnos y Samotracia.

[62] Primera mitad del siglo III. Escribió una historia de Lesbos.

[63] En caps. 25 y 29.

contestó que lo hicieran así [64]. A consecuencia de esto, se levantó una revuelta entre ellos sobre la forma de sacar el diezmo y los primeros que se querellaron fueron los dirigentes de las ciudades. Después, el resto de 3
la población concibió sospechas contra sus magistrados. Y empezó a haber emigraciones sin ningún orden, sino como si fueran arrastrados por una pasión vehemente o locura divina. Muchos hogares desaparecieron completamente cuando una parte de sus miembros se marchó, pues los familiares de los que se iban no consideraban justo perder a sus seres más queridos y quedarse entre sus mayores enemigos. Éstos fueron los pri- 4
meros que emigraron de Italia y anduvieron errantes por Grecia y por muchas partes del territorio bárbaro. Después de ellos, otros sufrieron la misma experiencia y esto continuó ocurriendo cada año, pues los gobernantes de las ciudades no cesaron de reservar las primicias de los jóvenes, una vez llegados a adultos, por considerar justo rendir el honor debido a los dioses, y por temor a las sediciones de enemigos ocultos. También hubo muchos que por enemistad fueron expulsados con una excusa aparente por sus adversarios. De modo que fueron muchas las emigraciones y el linaje de los pelasgos se dispersó por la mayor parte de la tierra.

Pelasgos y tirrenos

Eran superiores a muchos no só- 25
lo en las cuestiones de guerra por su práctica en los peligros, mientras vivieron entre pueblos belicosos, sino que también alcanzaron un gran conocimiento de la navegación por su convivencia con los

[64] Parece que fue costumbre de los pueblos itálicos ofrecer en determinadas ocasiones (por crecimiento de la población o en algún peligro especial) a los nacidos en la primavera siguiente para ser sacrificados. Como esta medida era muy cruel, podían optar por expulsarlos fuera de sus fronteras. Dionisio ha contado una historia parecida, referida a los aborígenes, en el cap. 16.

tirrenos. Y la necesidad era suficiente en los momentos apurados de la vida para darles valor y se convertía en su guía y maestra ante cualquier peligro, de modo que
2 allá donde iban, lo conquistaban sin dificultad. Esa misma gente era llamada por los demás hombres tirrenos y pelasgos, por el nombre del país del que emigraron y en recuerdo de su antiguo origen. Yo hago mención de ello para que cuando alguien oiga a poetas o escritores llamarles pelasgos y tirrenos no se admire de cómo el mismo pueblo pudo tener esos dos nombres,
3 pues en relación con ellos Tucídides tiene una clara referencia a la Acta Tracia y a las ciudades situadas en ella, que están habitadas por hombres bilingües. Sobre el pueblo pelasgo dice lo siguiente: «hay también un elemento calcidio, pero el más numeroso es el pelasgo por los tirrenos que habitaron una vez en Lemnos y
4 Atenas». Y Sófocles, en su drama *Inaco*, pone en boca del coro los siguientes anapestos:

> *Oh, Inaco fluyente, hijo de Océano, el padre de las fuentes, tú que tienes gran poder sobre los campos de Argos, las colinas de Hera y también sobre los tirrenos pelasgos.*

5 Efectivamente, en aquel tiempo el nombre de Tirrenia era conocido por Grecia y toda la Italia occidental recibía esta denominación, después de haber perdido los distintos apelativos de las razas. También ocurrió lo mismo en muchas partes de Grecia y en lo que ahora se llama Peloponeso, pues por uno de los pueblos que habitaban allí, el aqueo, toda la península, en la que también se hallaban el pueblo arcadio, el jonio y muchos otros fue llamada Acaya.

Distintas teorías sobre los tirrenos

La época en que los pelasgos empezaron a sufrir penalidades fue más o menos dos generaciones antes de la guerra de Troya y continuó incluso después de esta guerra, hasta que el pueblo quedó reducido al mínimo. Excepto Crotona, ciudad digna de mención en la Umbría, y si hubo alguna otra fundada en la tierra de los aborígenes, las restantes ciudades de los pelasgos fueron destruidas. Sin embargo, Crotona conservó durante mucho tiempo su antigua forma y hace poco cambió su nombre y sus habitantes; ahora es colonia de los romanos y se llama Cortonia [65]. 26

Cuando los pelasgos abandonaron su territorio, los 2
que ocuparon sus ciudades fueron los que en cada caso tenían sus viviendas limítrofes y, entre ellos, sobre todo los tirrenos se apoderaron de la mayor parte y de las mejores. Acerca de los tirrenos, unos declaran que son autóctonos de Italia y otros, que forasteros. Quienes consideran nativo a este pueblo, dicen que se les dio este nombre por las fortificaciones, que fueron los primeros en construir de todos los habitantes de allí, pues los edificios cubiertos y rodeados de murallas se llaman *týrseis* [66] tanto entre los tirrenos como entre los griegos. Por esta circunstancia, estiman que se les puso el nombre, como también ocurrió con los mosinecos [67] en Asia, pues éstos habitan en empalizadas de madera altas como torres y las llaman *móssynas*.

Pero quienes cuentan que son forasteros, indican 27
que el jefe de la colonia fue Tirreno y por él, se le dio ese nombre a su pueblo; que era lidio de nacimiento, procedente de la llamada anteriormente Meonia, y fue

---

[65] Véase nota 44.

[66] La forma «tirrenos» es ática, frente a «tirsenos», utilizada en los demás dialectos.

[67] Este pueblo vivía en la costa del Euxino.

de los antiguos emigrantes. Dicen que pertenecía a la
quinta generación descendiente de Zeus, afirmando que
el primer rey de esta tierra, hijo de Zeus y Gea, fue
Manes; de éste y Calírroe, la hija de Océano, nació Co-
tis, que casándose con Halia, hija de Tilo, el nacido de
2 la tierra, tuvo dos hijos, Asies y Atis; de Atis y Calitea,
la hija de Coreo, nacieron Lido y Tirreno. Lido, perma-
neciendo allí, heredó el gobierno de su padre y a partir
de él, el país se llamó Lidia. Tirreno, en cambio, al fren-
te de la colonia, conquistó gran parte de Italia y dio su
3 nombre a quienes participaron en la expedición. Pero
Heródoto dice que Tirreno y su hermano eran hijos de
Atis, el hijo de Manes, y que la emigración de meonios
a Italia no fue voluntaria, pues afirma que durante el
reinado de Atis hubo escasez de frutos en el territorio
de los meonios y sus habitantes, dominados por el
amor a su tierra, durante algún tiempo idearon muchos
remedios contra su desgracia, llevándose a la boca un
día la comida imprescindible y conteniéndose al día si-
guiente. Pero como la desgracia persistía, dividieron a
todo el pueblo en dos partes y echaron a suertes qué
grupo saldría del país y cual se quedaría; y de los hijos
4 de Atis cada uno fue asignado a un grupo. Cuando a
la gente que estaba con Lido le tocó la suerte de que-
darse, el otro grupo se marchó recibiendo su lote co-
rrespondiente de bienes; y desembarcando en la parte
occidental de Italia, donde vivían los umbros, se queda-
ron allí y edificaron las ciudades que todavía existían
en tiempos de Heródoto.

28 Yo sé que también muchos otros historiadores han
tratado este tema del origen de los tirrenos, unos en
los mismos términos y otros, cambiando el tipo de colo-
nización y la época. Algunos dijeron que Tirreno era hi-
jo de Heracles y Onfale, la lidia; y que cuando llegó a
Italia, expulsó a los pelasgos de sus ciudades, pero no
de todas, sino de las que estaban al otro lado del Tiber,

en la parte norte. En cambio, otros explican que Tirreno era hijo de Télefo y que vino a Italia después de la toma de Troya. Pero Janto el lidio[68], experto en histo- 2
ria antigua como ningún otro, considerado como una autoridad sin competencia en la historia de su país, no nombra a Tirreno en ninguna parte de su historia como jefe de los lidios, ni sabe de ninguna colonia de meonios que haya llegado a Italia, y no hace ninguna mención de Tirrenia como fundación de los lidios, aunque presta atención a otras cosas más insignificantes. Dice que Lido y Torebo fueron hijos de Atis, y que dividiéndose el reino de su padre, se quedaron ambos en Asia, y afirma que los pueblos que gobernaron recibieron sus nombres. Lo dice así: «de Lido provienen los lidios; de Torebo, los torebios. Su lengua es un poco diferente e incluso ahora se burlan unos de muchas palabras que usan los otros, como sucede entre los jonios y dorios».

Helánico de Lesbos dice que los tirrenos, llamados 3
antes pelasgos, recibieron el nombre que ahora tienen después de asentarse en Italia. En la *Forónide,* sus palabras son las siguientes: «de Pelasgo, su rey, y Menipa, la hija de Peneo, nació Frástor; de éste, Amíntor; hijo de Amíntor fue Teutámides y de este último nació Nanas. Durante su reinado, los pelasgos fueron expulsados por los griegos y después de dejar sus naves en el río Espines[69] del golfo Jónico, tomaron Crotona, una ciudad del interior, y partiendo desde allí, colonizaron lo que ahora se llama Tirrenia».

Sin embargo, Mírsilo opina lo contrario que Helánico, 4
afirmando que los tirrenos, después de abandonar su territorio, durante su vida errante fueron llamados con el nuevo nombre de *pelargoí*[70], por parecerse a

[68] Contemporáneo de Heródoto. Escribió una *Historia lidia* en griego. Esta obra tuvo resonancia durante largo tiempo y fue ampliada en el período helenístico.

[69] Desembocadura del Po, en la ciudad de Espina.

[70] «Cigüeñas».

las aves así llamadas, pues iban y venían en bandadas a Grecia y al territorio bárbaro, y levantaron un muro alrededor de la acrópolis de Atenas, el llamado *Pelargikón*[71].

Los tirrenos y los pelasgos son pueblos diferentes

29 No obstante, a mí me parece que se equivocan todos los que están convencidos de que los tirrenos y los pelasgos son uno y el mismo pueblo. No era nada extraño que algunas veces unos recibieran el nombre de los otros, pues también les ocurrió lo mismo a algunos otros pueblos, tanto griegos como bárbaros, por ejemplo a los troyanos y a los frigios que vivían cerca unos de otros (sin duda alguna, muchos consideraban estos dos pueblos como uno solo que cambiaba de nombre, pero no de naturaleza). Y en Italia, los pueblos se han mezclado bajo un mismo nombre, no menos que los de cualquier otra par-
2 te: hubo un tiempo en que los latinos, los umbros, los ausonios y muchos otros eran llamados tirrenos por los griegos, y el hecho de que estos pueblos habitaran a bastante distancia contribuía a hacer más imprecisa su distinción para quienes vivían lejos. Y muchos historiadores pensaron que la misma Roma era una ciudad tirrena. Pues bien, yo estoy convencido de que estos pueblos cambiaron de nombre cuando también cambiaron de lugar de residencia; pero no creo que ambos hayan participado de un origen común, y aseguro esto entre muchas otras razones porque sus lenguas son diferen-
3 tes y no conservan ninguna semejanza. «Los crotoniatas y los placianos, según afirma Heródoto, hablan la mis-

[71] *Pelargikón* fue la primitiva forma de la palabra, quizá significando «nido de cigüeñas». Pero por su parecido con *Pelasgikón*, se creyó con el tiempo que ésta era la verdadera forma. La tradición de que los pelasgos habitaron en Atenas y construyeron este muro, no parece ser muy anterior al tiempo de Heródoto. El paso siguiente fue demostrar que incluso la forma *Pelargikón* hacía referencia a los pelasgos.

ma lengua y, en cambio, no la comparten con sus actuales vecinos. Esto demuestra que, al emigrar a estas regiones, se trajeron consigo su forma peculiar de hablar y la conservan». Sin embargo, uno podría extrañarse de que los crotoniatas tuvieran una lengua parecida a la de los placianos, que habitaban cerca del Helesponto[72], pues ambos eran pelasgos de origen, y en cambio no tuvieran la misma que los tirrenos, que vivían muy próximos. Si debemos considerar que el parentesco es la causa de que dos pueblos hablen la misma lengua, lo contrario será la razón de que hablen diferente; pues no es posible creer que ambas circunstan- 4
cias se den en las mismas condiciones. Por una parte, podría tener cierta lógica que gentes de la misma raza, al vivir lejos unos de otros, ya no conservaran el mismo tipo de lengua por sus relaciones con los pueblos vecinos. Pero no tiene ningún sentido que gentes que habitan en el mismo territorio y no hablan entre ellos la misma lengua sean considerados de la misma raza.

Apoyándome en este razonamiento, estoy convenci- 30
do de que los pelasgos son diferentes de los tirrenos. Y tampoco creo que los tirrenos fueran una colonia de los lidios, pues no tienen la misma lengua que aquéllos, ni se puede decir que aunque ya no utilicen el mismo idioma, sin embargo conservan algunos otros rasgos de la metrópoli. Ni creen en los mismos dioses que los lidios, ni poseen leyes o costumbres parecidas, sino que al menos en estas cuestiones, difieren más de los lidios que de los pelasgos. Es posible que los que más se acer- 2
quen a la verdad sean los que declaran que este pueblo no vino de ningún sitio, sino que es autóctono puesto que se nos revela como muy antiguo y no coincide ni en la lengua ni en la forma de vida con ningún otro pueblo. Y nada impide que los griegos les dieran este

[72] Placia estaba situada al este de Cízico.

nombre por el hecho de vivir en torres y por alguno de
3 sus soberanos. Los romanos, sin embargo, les llaman con otros nombres: por la región en que una vez vivieron, llamada Etruria, llaman etruscos a sus habitantes; y por su conocimiento de los ritos relativos a los cultos divinos, en lo que aventajan a otros, les llaman ahora, de forma más equívoca, *tusci*[73], pero antes, siendo precisos, les daban el nombre de *thyoskoí*[74], como los griegos. Sin embargo, ellos a sí mismos se llaman con
4 el mismo nombre de uno de sus caudillos, Rasena. En otro libro[75] daré a conocer qué ciudades fundaron los tirrenos, qué formas de gobierno establecieron, cuánto poder adquirieron, las empresas dignas de mención que llevaron a cabo y qué tipo de vicisitudes sufrieron.

5 Volviendo al pueblo pelasgo, cuantos no perecieron o se dispersaron por las colonias (sólo quedaron unos pocos de los muchos que eran), permanecieron en esta zona conviviendo con los aborígenes, donde con el tiempo sus descendientes, junto con otros, fundaron la ciudad de Roma. Tales son las leyendas sobre la raza de los pelasgos.

Otra expedición griega llega a Italia

31 No mucho tiempo después, otra expedición griega desembarcó en esta región de Italia, aproximadamente sesenta años antes de la guerra de Troya (ca. 1243 a. C.), como dicen los mismos romanos, y emigraron de Palancio, una ciudad de Arcadia. Dirigía la colonia Evandro, que se decía era hijo de Hermes y de una ninfa local de la Arcadia, a

[73] La forma correcta sería *tursci*, con el mismo elemento *turs* (torre) que aparece en *Tyrsenós*. *Etrusci* puede ser una forma alargada de *tusci* con la *u* y la *r* intercambiadas.

[74] Intento de encontrar una etimología griega para *tusci*. *Thyoskoí* significa «sacerdotes de sacrificios».

[75] Nada de esto se encuentra en los restantes libros que conservamos.

la que los griegos llaman Temis y dicen que estaba inspirada por la divinidad; pero los escritores de la historia antigua de Roma le dan, en lengua nativa, el nombre de Carmenta. En griego, el nombre de la ninfa sería *Thespiodós*[76]; pues los romanos llaman *carmina* a los cantos y reconocen que esta mujer, poseída por un aliento divino, a través del canto predecía a la gente lo que iba a ocurrir.

Esta expedición no se envió de común acuerdo, sino 2
que al producirse disensiones en el pueblo, la facción vencida emigró voluntariamente. Entonces había heredado el trono de los aborígenes Fauno, según dicen descendiente de Marte, un varón inteligente y activo a quien los romanos veneran con cantos y sacrificios como a cualquiera de las divinidades locales. Este hombre, acogiendo con gran amistad a los arcadios, que eran pocos, les dio de su propia tierra cuanta desearon.
Y los arcadios, según les aconsejó Temis a través de 3
su inspiración, escogieron una colina poco distante del Tíber, que está ahora en medio más o menos de la ciudad de Roma, y edificaron junto a esta colina una pequeña aldea que bastaba para la tripulación de los dos barcos en los que emigraron de Grecia. Esta aldea estaba predeterminada por el destino para sobresalir con el tiempo entre las ciudades griegas y bárbaras, no sólo por su extensión, sino también por el prestigio de su gobierno y por muchos otros éxitos; y a ser recordada más que cualquier ciudad cuanto tiempo dure la vida
mortal. A esta ciudad le pusieron el nombre de Palan- 4
teo[77] por su metrópoli en Arcadia; pero ahora los romanos la llaman Palacio[78], pues el tiempo ha confundido la forma exacta, ofreciendo a muchos un pretexto para absurdas etimologías.

---

76 «Cantora profética».
77 *Pallantēum.* La metrópoli de Arcadia era *Pallántion.*
78 *Palatium.*

32 *Asentamiento de los arcadios en el Palatino*

Sin embargo, según cuentan algunos historiadores, entre los que está Polibio de Megalópolis, el nombre de la ciudad viene de Palante, un muchacho que murió allí; dicen que era hijo de Hércules y Lavinia, la hija de Evandro, y que su abuelo materno le alzó un túmulo en la colina
2 y llamó a ese lugar Palanteo, por el muchacho. Yo, sin embargo, ni vi en Roma ninguna tumba de Palante, ni me enteré de que se le hicieran libaciones, ni pude informarme de ninguna cosa de ese tipo, aunque esta familia no ha sido dejada en el olvido ni excluida de unos honores con los que el linaje divino es venerado por los hombres. Efectivamente, me enteré de que los romanos, todos los años ofrecían sacrificios públicos a Evandro y a Carmenta, como a los demás héroes y divinidades, y vi los altares erigidos; a Carmenta, bajo el llamado Capitolio [79], junto a la puerta Carmental; y a Evandro, cerca de otra de las colinas, la llamada Aventino, no lejos de la puerta Trigémina. Pero no tengo idea de que a Palante se le haya hecho nada de esto.
3 Pues bien, los arcadios, unidos en su asentamiento al pie de la colina, organizaron la nueva ciudad siguiendo las costumbres de su patria, y erigieron templos; primero, a Pan Liceo, por prescripción de Temis (pues Pan es el dios más antiguo y venerado entre los arcadios), después de encontrar un lugar adecuado. A este lugar, los romanos lo llaman Lupercal, pero nosotros
4 le diríamos *Lycaíon* [80]. Ahora, como la zona que rodea

[79] Parece que no fue poblado hasta el siglo VI. Alcanzó importancia como emplazamiento del gran templo comenzado por Tarquinio y dedicado a Júpiter Optimus Maximus, Juno y Minerva. Estas deidades tenían un templo anterior en el Quirinal. La colina fue siempre una ciudadela y centro religioso más que una parte habitada de la ciudad.

[80] Lupercal deriva de la palabra latina *lupus* «lobo», que corresponde a la griega.

el recinto sagrado ha quedado unida con la ciudad, resulta difícil de conjeturar la antigua naturaleza del lugar. Antiguamente, según se dice, había una gran cueva bajo la colina, cubierta por un espeso encinar; fuentecitas surgían de la profundidad de las rocas, y la cañada próxima al barranco era sombría por los espesos y altos árboles[81]. Allí erigieron un altar al dios y le ofre- 5
cieron su tradicional sacrificio, que hasta nuestros días los romanos continúan celebrándolo en el mes de febrero después del solsticio de invierno, sin cambiar nada de lo que se hacía entonces. El tipo de sacrificio será contado más adelante. En la cima de la colina eligieron el lugar consagrado a la diosa Victoria e instituyeron sacrificios anuales en su honor, que incluso en mi época los romanos le ofrecían.

Costumbres y ritos religiosos de los arcadios

Los arcadios cuentan que esta 33
diosa era hija de Palante, el hijo de Licaón, y que recibe de los hombres los honores de que ahora goza por voluntad de Atenea, con la que se crió. Dicen que nada más nacer, Atenea fue entregada por Zeus a Palante y con él se crió hasta que llegó a la juventud. Erigieron también un templo a Ceres y le ofrecían sacrificios sin vino a cargo de las mujeres, como es costumbre entre los griegos, y de estos ritos nuestra época no ha cambiado ninguno. Fijaron tam- 2
bién un lugar sagrado para Neptuno Ecuestre[82] e instauraron la fiesta llamada Hipocratía por los arcadios

[81] El Lupercal estuvo situado al pie del Palatino. Dionisio lo describe otra vez en el cap. 79, 8, y las Lupercales en 80, 1. Cuando el adjetivo *lykaîos* fue considerado equivalente a *Lupercalis* y Pan Liceo identificado con el dios venerado en las Lupercales, *Lýkaion* y *Lýkaia* se entendieron como correspondiente a Lupercal y Lupercalia, aunque esos adjetivos se usaban en Grecia referidos al altar y los juegos en honor a Zeus Liceo.

[82] Poseidón Hippios de los griegos.

y Consuales [83] por los romanos, en la que por costumbre en Roma los caballos y las mulas descansan de sus
3 trabajos y se les coronan las cabezas con flores. Consagraron también muchos otros lugares, altares e imágenes de los dioses, instituyeron purificaciones y sacrificios al modo tradicional de su país, y hasta en mi época seguían haciéndose de la misma forma. Pero no me extrañaría que algunos ritos, por su mucha antigüedad, escapando del recuerdo de la posteridad, hubieran sido abandonados. Bastan, sin embargo, los que todavía hoy se conservan como prueba de las costumbres vigentes entonces entre los arcadios; de ello se hablará más extensamente en otro libro.

4 Se dice también que los arcadios fueron los primeros en llevar a Italia el uso de las letras griegas, aparecido hacía poco tiempo, y la música con instrumentos como liras, trígonos [84] y flautas, ya que sus predecesores no usaban ningún otro artificio musical excepto la flauta pastoril. Se dice que implantaron leyes, cambiaron el modo de vida, pasando del estado muchas veces salvaje a la civilización, introdujeron artes, profesiones y muchas otras ventajas para la comunidad, y por eso fueron objeto de muchas atenciones por parte de quie-
5 nes los habían acogido. Éste fue el siguiente pueblo griego que llegó a Italia después de los pelasgos y convivió con los aborígenes, instalándose en el mejor lugar de Roma.

Nueva expedición griega: asentamiento en el Capitolio

34 Pocos años después de los arcadios, llegó a Italia otra expedición griega guiada por Hércules, que venía de conquistar Iberia y todas las regiones que hay hasta el Ocaso. Algunos de sus seguidores pidieron a Hércules que les licenciara de la expedición, y quedándose por estos luga-

---

[83] Véase II, 31.

[84] Tipo de harpa triangular.

res, se construyeron una ciudad después de encontrar una colina adecuada, que distaba alrededor de tres estadios de Palanteo. Esta colina ahora se llama Capitolio, pero los hombres de entonces la llamaban Saturnia, como en griego se diría Cronia. La mayoría de los que 2
quedaron eran peloponesios, feneatas y epeos de la Élide, que ya no tenían ningún deseo de volver a casa, pues su patria había sido devastada en la guerra contra Hércules. Con ellos se había mezclado un elemento troyano formado por los prisioneros capturados en Ilión durante el reinado de Laomedonte, cuando Hércules se apoderó de la ciudad. Y me parece que del resto de la expedición, todo el que estaba fatigado o molesto por la vida errante, pidió licenciarse del ejército y se quedó allí.

En cuanto al nombre de la colina, algunos, como di- 3
je, creen que es antiguo y que por eso los epeos se quedaron con mucho gusto en la colina por el recuerdo de la colina de Cronos en la Élide. Ésta se encuentra en territorio de Pisa, cerca del río Alfeo, y los eleos, teniéndola como lugar consagrado a Cronos, se reúnen en fechas señaladas y le veneran con sacrificios y demás ceremonias. En cambio, Euxeno[85], un poeta anti- 4
guo, y algunos otros mitógrafos itálicos creen que los mismos habitantes de Pisa pusieron el nombre a este lugar por su semejanza con la colina de Cronos de su país, y que los epeos junto con Hércules erigieron el altar a Cronos, que todavía hoy se conserva en la base de la colina, cerca del camino que sube del Foro al Capitolio, y que fueron ellos los que instauraron el sacrificio que incluso en mi época los romanos celebraban conservando el ritual griego. Pero según mis conjetu- 5
ras, llego a la conclusión de que antes de que Hércules viniera a Italia, el lugar estaba consagrado a Saturno y era llamado colina Saturnia por los nativos; y todo

[85] No se conoce ningún poeta con este nombre.

el resto de la península que ahora se llama Italia estaba dedicada a este dios y sus habitantes la llamaban Saturnia, como se puede ver en algunas profecías sibilinas y otros oráculos otorgados por los dioses. En muchos sitios del país hay templos erigidos en honor a este dios, algunas ciudades reciben el mismo nombre que tenía entonces toda la península y muchos lugares son llamados por el nombre del dios, sobre todo, los promontorios y las zonas elevadas.

Origen del nombre de Italia

35 Pero con el tiempo, la península se llamó Italia por cierto rey de nombre Ítalo. Antíoco de Siracusa dice de él que fue sabio y prudente y que, convenciendo a algunos de sus vecinos con argumentos y sometiendo a otros por la fuerza, se hizo dueño de todo el territorio entre las bahías napetina y escilacia [86]; dice que esta zona fue la primera en llamarse Italia, por Ítalo. Y cuando dominó esta región y tuvo muchos súbditos, inmediatamente marchó sobre sus vecinos y se atrajo muchas ciudades. Dice también que Ítalo era enotrio de nacimiento.

2 Pero Helánico de Lesbos afirma que a Hércules, cuando conducía las vacas de Gerión a Argos, estando en Italia, se le escapó una ternera del rebaño y en su huida recorrió toda la costa, cruzó a nado el estrecho de mar intermedio y llegó a Sicilia. Hércules, persiguiendo a la ternera, preguntaba a los nativos con los que se iba encontrando, si alguno la había visto por algún sitio; y como los habitantes de esta isla, que entendían un poco la lengua griega, pero para referirse a este animal usaban la lengua indígena y llamaban a la ternera *vitulus* (igual que ahora), él, por este animal, llamó Vitulia [87] a todo el territorio que la ternera

[86] En Calabria.

[87] Tiemo, Varrón y Festo consideran que *Italia* deriva de esta raíz.

recorrió. Y con el tiempo, no es nada extraño que el 3
nombre haya cambiado a su forma actual, pues también a muchos nombres griegos les ha ocurrido lo mismo. De todas formas, sea como Antíoco afirma, que el nombre se deba a un dirigente, lo que quizá es más probable; sea como Helánico cree, que el país tuvo este nombre por un toro, de ambos argumentos lo que resulta evidente es que recibió esta denominación en época de Hércules o poco antes, pues los griegos en otro tiempo lo llamaban Hesperia y Ausonia, y los nativos, Saturnia, como ya he dicho anteriormente.

Excelencias de la península itálica

Hay también otra leyenda contada por los habitantes, referente a 36
que antes del reino de Júpiter, Saturno tenía la hegemonía en esta tierra, y que la ensalzada vida[88] durante su reinado era abundante en todo cuanto las estaciones producen, y para ellos más que para otros. 2
Si alguien, separando la parte mítica del relato, quisiera examinar la excelencia de un país cuya estirpe humana, nada más nacer, gozó de los mayores placeres procedentes de la tierra, según la antigua leyenda, o de cualquier otra parte, no encontraría ninguno más favorable que éste. En lo que se refiere a comparar una tierra con otra de igual extensión, en mi opinión Italia es la mejor no sólo de Europa, sino también del resto del mundo. Aunque no se me escapa que muchos no cree- 3
rán verosímil lo que digo pensando en Egipto, Libia, Babilonia y algunos otros países que pueden ser prósperos. Pero yo no cifro la riqueza de una tierra en una sola clase de frutos, ni siento admiración por un lugar de residencia en el que sólo haya campos fértiles, pero poco o nada de otras cosas útiles; sino que considero que el mejor país es el más autosuficiente y que por lo general tiene muy poca necesidad de importar bie-

[88] Época de Cronos: edad de oro.

nes. Y estoy convencido de que Italia posee, en comparación con cualquier otra tierra, esa total abundancia y diversidad de ventajas.

37 Desde luego no es que tenga gran cantidad de buenas tierras de labranza, pero luego esté desprovista de árboles como un país productor de trigo; ni, por el contrario, que crezcan bastantes árboles de todas clases, pero cuando se siembran granos, produzcan pocos frutos, como si fuera un país apropiado sólo para árboles; ni tampoco ofrece abundancia en estas dos cosas, árboles y grano, pero es inadecuada para pastos; ni siquiera nadie podría decir que es un país rico en frutos, en árboles y en ganado, pero resulta una morada desagradable para sus habitantes; sino que, por el contrario, está
2 colmada de cualquier tipo de placer y utilidad. ¿A qué país productor de trigo, regado no por ríos, sino por agua del cielo, son inferiores las llanuras de Campania, en las que yo vi tierras que producían tres cosechas, haciéndose la recolección de verano después de la de invierno y la de otoño después de la de verano? ¿A qué campo olivarero son inferiores los de los mesapios, los daunios, los sabinos y muchos otros? ¿A qué viñedos, los campos de Tirrenia, Alba y Falerno, ricos en viñas de forma prodigiosa, y que producen con el mínimo tra-
3 bajo los mejores y más abundantes frutos? Y aparte de la tierra productiva, uno podría encontrar mucha sin cultivar para rebaños de corderos y de cabras, y todavía más extensa y admirable la tierra apropiada para el forraje de caballos y bueyes, pues la hierba de los pantanos y los prados en su abundancia, y la tierna y bien regada de las tierras fértiles, que es infinita, sirven de pasto en verano y en invierno y mantienen con-
4 tinuamente lustrosos a los rebaños. Pero lo más admirable de todo son los encinares que hay en las zonas escarpadas, en las cañadas y en las colinas sin cultivar, de los que obtienen madera en abundancia, buena para

construir barcos y útil para otros trabajos. Ninguna de estas cosas es difícil de conseguir ni está lejos de la utilidad humana, sino al contrario, todo es fácil de manejar y asequible por la cantidad de ríos que fluyen a través de toda la península y hacen baratos los transportes y los cambios de productos propios de cada suelo. También posee esta tierra manantiales de agua ca- 5
liente descubiertos en muchos lugares, ofreciendo baños muy placenteros y la mejor curación para enfermedades crónicas. Minas de todas clases, caza de animales salvajes en abundancia, muy variada naturaleza marina e infinitas cosas más; unas, útiles, y otras, admirables. Pero lo más hermoso de todo es el aire moderadamente templado en todas las estaciones, de forma que no perjudica nada por excesivo frío o calor desmedido al desarrollo de los frutos y al crecimiento de los animales.

Sacrificios humanos en honor a Saturno

Así pues, no es nada extraño que 38
los antiguos consideraran este territorio consagrado a Saturno, creyendo que era este dios el otorgador y causante de toda felicidad entre los hombres (ya deba llamarse Cronos, como los griegos piensan, o Saturno, como los romanos) y que abarcaba toda la naturaleza del universo, cualquiera que fuera el nombre que se le diera; pues veían que esta tierra estaba colmada de toda la abundancia y encanto que el género humano puede desear, y creían que para el linaje divino igual que para el mortal, el lugar más agradable de todos es el que se corresponde con la naturaleza de cada uno: montañas y cañadas para Pan, prados y lugares florecientes para las ninfas, costas e islas para divinidades marinas, y de los demás lugares, para cada dios y divinidad el que le sea adecuado.

Dicen también que los antiguos ofrecían sacrificios 2
humanos a Saturno, como se hacía en Cartago mientras la ciudad existió, y en nuestros días se hace todavía en-

tre los celtas[89] y algunos otros pueblos de occidente; y que Hércules, queriendo terminar con esta costumbre, erigió el altar que hay sobre la colina Saturnia y realizó las ceremonias iniciales del sacrificio con víctimas sin mancha inmoladas en un fuego puro. Y para que la gente no sintiera ningún escrúpulo de conciencia por haber abandonado los sacrificios tradicionales, les enseñó a apaciguar la cólera de la divinidad, componiendo imágenes de forma humana ataviadas del mismo modo para lanzarlas al río en lugar de los hombres, a quienes, impotentes con ataduras de pies y manos, arrojaban a la corriente del Tíber; y esto, con el fin de que cualquier temor religioso que quedara en su espíritu desapareciera, al conservar todavía la semejanza con
3 el antiguo rito. Esta ceremonia continuaban celebrándola los romanos en mi época cada año, poco después del equinoccio de primavera, en el mes de mayo, en los llamados idus, queriendo que fuera mitad de mes ese día en que después de ofrecer los sacrificios preliminares según las leyes, los llamados pontífices, los sacerdotes más preclaros, y con ellos las vírgenes que conservan el fuego inmortal, los pretores y los demás ciudadanos a quienes les está permitido asistir a las ceremonias lanzan desde el puente sagrado[90] a la corriente del Tíber treinta imágenes de forma humana, llamadas argeos.

4 En otro libro[91] hablaré de los sacrificios y otros ritos que celebra la ciudad de los romanos a la manera griega y a la local. Pero el momento presente parece exigir una explicación con más detenimiento acerca de la llegada de Hércules a Italia, y no omitir cualquier cosa que hiciera allí digna de mención.

---

[89] Dionisio usa normalmente la palabra «celtas» por «galos».
[90] *Pons sublicius.*
[91] VII, 72, 14-18.

Las vacas de Gerión y episodio de Caco[92]

De los relatos sobre este dios, unos son más legendarios y otros más verosímiles. La historia mítica sobre su llegada es la siguiente: Hércules había recibido de Euristeo la orden de conducir las vacas de Gerión de Eritía[93] a Argos, además de los otros trabajos, y cuando concluyó su empresa, en su regreso a casa, pasó por muchas partes de Italia y llegó a las proximidades de Palanteo, en territorio de los aborígenes. Como encontró allí mucha hierba buena para las vacas, las soltó a que pastaran y él, agotado por la fatiga, recostándose, se entregó al sueño. Mientras tanto, un ladrón de esa región, de nombre Caco, se encontró casualmente con las vacas que pastaban sin ninguna vigilancia y sintió deseo de ellas. Pero cuando vio a Hércules durmiendo allí, pensó que no podría llevárselas a escondidas y al mismo tiempo comprendió que el asunto no era fácil. Entonces, escondió unas pocas en la cueva cercana donde vivía, arrastrando a cada una por la cola, al contrario de la marcha natural de los animales. Esto podía suponer la desaparición de cualquier prueba, pues la dirección sería la opuesta a las huellas. Poco después, al levantarse Hércules y contar el número de vacas, cuando se dio cuenta de que faltaban algunas, estuvo confuso durante algún tiempo sin saber dónde habrían marchado y las estuvo buscando por el lugar como si se hubieran extraviado del pasto. Pero como no las encontraba, llegó a la cueva pensando que aunque había sido engañado por las huellas, debía examinar el lugar. Caco, que estaba de pie delante de la puerta, cuando Hércules le pregun-

39 … 2 … 3

[92] El episodio de Caco es exclusivamente romano, se encuentra en Virgilio (*Aen.* VIII 190-267), Propercio (IV 9, 1-20), Tito Livio (I 7, 4-7), Ovidio (*Fast.* I 543-578) y Tzetzes (*Chil.* V 100-109).

[93] Eritia (isla «roja»), próxima a Iberia, localizada cerca de las Columnas de Hércules.

tó, afirmó no haber visto a las vacas, y cuando solicitó buscar en la cueva, no se lo permitió, sino que empezó a llamar a gritos a los vecinos como si estuviera sufriendo algún daño a manos del extranjero. Hércules, sin saber qué hacer en tal situación, decidió conducir a las demás vacas a la cueva. Cuando las de dentro olieron y oyeron a sus compañeras, contestaron mugiendo a las de fuera y su mugido se convirtió en acusador
4 del robo. Caco, una vez descubierta su fechoría, empezó a pelear y a llamar a los que vivían con él en los campos. Pero Hércules, apaleándolo con la maza, le dio muerte, y después de sacar fuera las vacas, como vio que el lugar era apropiado para guarida de malhechores, destruyó la cueva sobre el ladrón. Luego, purificándose en el río por el asesinato, erigió cerca de ese lugar un altar a Júpiter Descubridor[94], que está en Roma junto a la Puerta Trigémina, y sacrificó al dios una ternera como acción de gracias por el hallazgo de las vacas. Este sacrificio todavía en mi época lo ofrecía la ciudad de Roma, siguiendo en él todos los ritos griegos tal como aquél lo instituyó.

Hércules recibe honores divinos en Italia

40 Los aborígenes y los arcadios que habitaban en Palanteo, cuando se enteraron de la muerte de Caco y vieron a Hércules, sintiendo odio hacia aquél por sus robos, y admiración ante la apariencia de este otro, en el que creían ver algo divino, consideraron como una gran dicha el verse libres del ladrón. De ellos, los pobres, cortando ramas de olivo, que crecía en abundancia por aquel lugar, le coronaron y se coronaron ellos mismos, y sus reyes vinieron a ofrecer a Hércules hospitalidad. Pero cuando por él conocieron su nombre, su linaje y sus hazañas, le confiaron su territorio y ellos mismos se

[94] *Jupiter Inventor.*

pusieron en sus manos en prueba de amistad. Evandro, 2
que ya había escuchado antes la explicación de Temis, de que estaba predeterminado por el destino que Hércules, el hijo de Júpiter y Alcmena, cambiando su naturaleza mortal, se convertiría en inmortal por su valor, tan pronto como se enteró de quién era, quiso anticiparse a los demás hombres siendo el primero en propiciarse a Hércules con honores divinos; erigió rápidamente un altar improvisado y le ofreció en sacrificio una ternera que no conocía el yugo, después de relatarle el oráculo y pedirle que comenzara los ritos. Y 3
Hércules, admirado de la hospitalidad de aquellos hombres, obsequió al pueblo con un banquete, después de sacrificar algunas vacas y escoger la décima parte del resto del botín; y a sus reyes les dio como regalo un gran territorio perteneciente a los ligures y a los otros vecinos, en cuyo gobierno tenían mucho interés, y del cual había expulsado previamente a algunos hombres inicuos. Se dice además que pidió a los habitantes, pues fueron los primeros en considerarle como un dios, que le conservaran imperecederos estos honores sacrificando cada año una ternera no sometida al yugo y celebrando la ceremonia según las costumbres griegas; y que él mismo enseñó los ritos a dos familias ilustres para que siempre le ofrecieran sacrificios gratos. Dicen 4
que los que aprendieron entonces la ceremonia griega fueron los Poticios y los Pinarios, cuyas familias continuaron durante mucho tiempo dedicándose al cuidado de los sacrificios como aquél estableció: los Poticios dirigiendo la ceremonia y tomando las primicias de las víctimas inmoladas, y los Pinarios, excluidos de participar de las entrañas, ocupaban el segundo rango en todos los demás actos que debían realizarse entre ambas familias. Este deshonor cayó sobre ellos por haberse presentado tarde, cuando habían recibido la orden de venir muy de mañana y llegaron después de haber sido

5 comidas las entrañas de las víctimas. Ahora, sin embargo, el cuidado de las ceremonias ya no está adscrito a estos linajes, sino que se encargan de ellas esclavos comprados con el dinero público. Por qué causas cambió esta costumbre y cuál fue la manifestación de la divinidad respecto al cambio de los ritos, lo explicaré cuando llegue a esa parte de la historia.

6 El altar sobre el que Hércules sacrificó la décima parte de su botín es llamado *Ara Maxima* por los romanos, está cerca del llamado *Forum Boarium*[95] y es considerado sagrado como ningún otro por sus habitantes, pues sobre él hacen juramentos y convenios los que quieren llevar a cabo algún negocio con firmeza, y se ofrecen muchos diezmos de bienes acompañados de votos. En cambio, su construcción desmerece mucho de su fama. También en muchos otros lugares de Italia hay recintos consagrados a este dios y altares erigidos en ciudades y caminos, y raro sería encontrar un lugar de Italia donde no fuera venerado. Pues bien, tal es la leyenda que se ha transmitido sobre él.

Proezas de Hércules en Italia

41 Pero el relato más verosímil, en el que se basaron muchos de los que han contado sus hazañas en forma de historia, es el siguiente: Hércules llegó a ser el mejor general de todos los de su época y al mando de un gran ejército recorrió todo el territorio del lado de acá del océano, acabando con cualquier tiranía agobiante y penosa para sus súbditos, con la soberbia y ultraje de alguna ciudad hacia sus vecinos, o con el poder de hombres que llevaban un modo de vida salvaje

[95] *Forum boarium* (mercado de bueyes): plaza entre el Capitolio, el Palatino y el Tíber (hoy Piazza Bocca della Veritá). Actualmente, todavía se conserva el templo de la Fortuna Viril y otro circular, llamado de Vesta.

y mataban extranjeros ilícitamente; y a cambio, estableció monarquías legítimas, prudentes formas de gobierno y costumbres de vida humanas y generosas. Además de esto, mezcló a bárbaros con griegos y a gentes de tierra adentro con gentes de la costa, que hasta entonces habían tenido relaciones desleales e insociables; también construyó ciudades en zonas deshabitadas, desvió los ríos para que regaran los campos, cortó carreteras a través de montañas inaccesibles e ideó otros recursos para que toda la tierra y el mar llegaran a ser
de uso común para todos. Y no vino a Italia solo, ni 2
conduciendo un rebaño de vacas (pues este país no está de camino para volver de Iberia a Argos), ni fue digno de tantos honores por atravesarlo, sino que vino con un gran ejército, después de haber sometido Iberia, para sojuzgar y dominar a la gente de esta zona; y se vio obligado a permanecer aquí más tiempo por la ausencia de su flota, que se debió a que fue alcanzada por un temporal, y porque no todos los pueblos de Italia
se le habían sumado voluntariamente. Aparte de los de- 3
más bárbaros, el pueblo de los ligures, muy numeroso y guerrero, situado en la entrada a los Alpes, intentó impedir por las armas su paso hacia Italia y allí tuvo lugar una gran contienda para los griegos, agotándoseles todos los dardos durante la batalla. Entre los antiguos poetas, Esquilo menciona esta guerra en el *Prometeo liberado*. Presenta a Prometeo prediciendo a Hércules cada una de las cosas que le van a ocurrir en su expedición contra Gerión y, en concreto, explicándole sobre la guerra con los ligures que no será una contienda fácil. Esos versos son los siguientes:

Irás contra un intrépido ejército de ligures,
donde sé bien que no echarás de menos la batalla,
por valiente que seas, pues predestinado está que
incluso te falten flechas.

42 Cuando Hércules los sometió y se adueñó de los pa-
sos, algunos voluntariamente le entregaron sus ciuda-
des, sobre todo cuantos eran de origen griego o no te-
nían fuerzas suficientes, pero la mayoría fue subyuga-
2 da mediante guerra y asedio. Entre los que fueron so-
metidos en lucha, dicen que estaba Caco, nombrado en
las leyendas de los romanos, un príncipe totalmente
bárbaro que gobernaba a hombres salvajes y que se en-
frentó a Hércules; estaba asentado en lugares bien de-
fendidos y por eso resultaba muy molesto para sus ve-
cinos. Él, cuando se enteró de que Hércules había acam-
pado en la llanura limítrofe, se equipó a la manera de
los piratas y en un ataque repentino, mientras dormía
el ejército, lo rodeó y se llevó todo el botín que encon-
3 tró sin vigilancia. Después, reducido por los griegos a
un asedio, no sólo vio su fortaleza tomada por la fuer-
za, sino que también él mismo fue muerto entre sus
murallas. Y cuando su ciudadela fue demolida, los com-
pañeros de Hércules (algunos arcadios con Evandro y
Fauno, el rey de los aborígenes) se apoderaron de los
territorios de alrededor, cada grupo para su propio
provecho. Cualquiera pensaría que los griegos que se
quedaron allí (los epeos y los arcadios de Feneo), así
4 como los troyanos, fueron dejados para vigilar el lugar;
pues de las acciones de Hércules, propia de un general
evidentemente y digna de admiración más que ninguna
fue la de llevar en su expedición durante algún tiempo
a los prisioneros de las ciudades sometidas y, una vez
que le habían ayudado animosamente en sus guerras,
los instalaba en territorios conquistados y los obsequia-
ba con riquezas conseguidas de otros. Por eso el nom-
bre y la fama de Hércules han llegado a ser tan impor-
tantes en Italia, y no por su paso a través de ella, en
lo que no había nada de venerable.

Hijos de Hércules

Algunos dicen que él también dejó a los hijos que tuvo de dos mujeres en estos lugares que ahora habitan los romanos. Estos hijos fueron Palante, nacido de la hija de Evandro, cuyo nombre dicen que era Lavinia; y Latino, cuya madre fue cierta muchacha hiperbórea [96] que Hércules se llevó como prenda de amistad dada por su padre y la conservó pura durante algún tiempo, pero mientras venía navegando hacia Italia se enamoró de ella y la dejó encinta. Y cuando iba a partir hacia Argos, se la dio como mujer a Fauno, rey de los aborígenes, y por esta razón, muchos consideran a Latino hijo de éste y no de Hércules. Dicen que Palante murió antes 2 de llegar a la pubertad, pero que Latino, cuando se hizo hombre, heredó el reino de los aborígenes. Y al morir éste en la batalla contra sus vecinos los rútulos y no dejar hijos varones, recayó el trono en su yerno Eneas, hijo de Anquises. Pero estas cosas ocurrieron en otros tiempos. 43

Fundación de Herculano

44 Hércules, cuando en Italia dejó establecido todo como quería y su armada llegó sana y salva de Iberia, ofreció a los dioses en sacrificio la décima parte de su botín y fundó una pequeña ciudad con su nombre [97] en el lugar donde ancló su flota, que también ahora está habitado por los romanos y se encuentra entre Neápolis y Pompeya, con puertos seguros en todo momento; y habiendo conseguido fama, admiración y honores divinos entre todos los habitantes de Italia, partió para Sicilia. Los que 2 dejó como guarnición y colonos en Italia y se asentaron alrededor de la colina Saturnia, durante algún tiempo

[96] Los hiperbóreos eran un pueblo misterioso, ferviente de Apolo (hacia el nacimiento del Danubio).

[97] Herculano.

se gobernaron de forma independiente, pero no mucho tiempo después adaptaron su modo de vida, sus leyes y sus ritos a los de los aborígenes, como los arcadios y todavía antes los pelasgos habían hecho y, participando del mismo gobierno que ellos, ocurrió que llegaron a ser considerados como el mismo pueblo. Y sobre la expedición de Hércules y los peloponesios que se quedaron en Italia, sea suficiente con lo dicho.

3 En la segunda generación, después de la marcha de Hércules, hacia el año cincuenta y cinco, según dicen los mismos romanos, el rey de los aborígenes era Latino, el hijo de Fauno, aunque realmente era un vástago de Hércules, y hacía treinta y cinco años que tenía el reino.

Llegada de Eneas a Italia: fundación de Alba Longa y Roma

45 Por esa época, los troyanos que habían huido de Troya con Eneas después de la toma de la ciudad, arribaron a Laurento, situada en la costa de los aborígenes del mar Tirreno, no lejos de la desembocadura del Tíber. Después de recibir de los aborígenes un territorio para su residencia y cuantas cosas pidieron, fundaron una ciudad sobre una colina no lejos del mar y le dieron el nombre
2 de Lavinio. Poco tiempo después, cambiaron su antiguo nombre y, junto con los aborígenes, fueron llamados latinos por el rey de su país. Y dejando Lavinio, en unión con los nativos de esa región construyeron una ciudad mayor amurallada, a la que llamaron Alba [98]; partiendo de ella, fundaron también muchas otras ciudades, las de los llamados latinos priscos, la mayoría de las
3 cuales todavía estaban habitadas en mi época. Dieciséis generaciones después de la toma de Troya [99], enviaron una colonia a Palanteo y Saturnia, donde los pelopone-

---

98 Alba Longa, cerca de la moderna Castel Gandolfo.

99 Véase cap. 74, 2.

sios y los arcadios habían establecido su primera residencia y todavía quedaban algunos rescoldos de la antigua raza; se instalaron en estos lugares, rodeando Palanteo con una muralla, de modo que por primera vez recibió forma de ciudad. A esta fundación le dieron el nombre de Roma por Rómulo, que fue el que condujo la colonia y era el décimo séptimo descendiente de
Eneas. Pero acerca de la llegada de Eneas a Italia, ya 4
que algunos historiadores la han ignorado y otros lo han contado de diferente forma, quiero tratar y no de pasada, sino habiendo comparado las historias de los griegos y los romanos de más garantía. Los relatos sobre él son los siguientes:

Toma de Troya y huida de Eneas

Tomada Troya por los aqueos, 46
gracias al engaño del caballo de madera, según lo ha contado Homero, o por la traición de las Antenóridas [100] o por cualquier otro medio, la mayor parte de los troyanos y de los aliados que estaban en la ciudad fueron asesinados, al ser sorprendidos todavía en sus lechos (pues parece ser que esta desgracia cayó sobre ellos por la noche, cuando estaban sin vigilancia). Pero Eneas y los troyanos de las ciudades de Dárdano y Ofrinio que habían venido con él para auxiliar a los habitantes de Ilión, así como cuantos otros se enteraron rápidamente de la catástrofe, mientras se tomaba la ciudad baja, huyeron juntos a la fortaleza de Pérgamo [101] y tomaron la acrópolis protegida por su propia muralla; allí tenían los troyanos los objetos sagrados heredados de sus padres y una gran riqueza de bienes materiales, como es natural en una
ciudadela, y lo mejor de su ejército. Aguardando allí, 2

---

[100] La tradición de que Antenor traicionó a su país es tardía. Aparece por primera vez en Licofrón de Calcis (320-250 a. C.), en su monólogo dramático *Alexandra*.

[101] Pérgamo era la ciudadela de Troya.

repelieron a los que intentaban subir a la fortaleza y mediante carreras secretas, gracias a su conocimiento de los pasos angostos, rescataron a la multitud que intentaba escaparse de la toma de la ciudad. Y ocurrió que escapó más gente de la que fue capturada. Eneas, gracias a este plan que ideó, pudo contener el inmediato impulso de los enemigos por matar a toda la población e impidió que fuera tomada toda la ciudad por asalto. Pero pensando en el futuro, consideraba con mucha razón que sería algo imposible salvar a una ciudad que ya estaba sometida en gran parte, y se le ocurrió ceder a los enemigos la muralla abandonada y salvar a las personas, los objetos sagrados heredados de sus padres
3 y cuantos bienes pudiera llevar. Según su plan, ordenó a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a cuantos otros necesitaban más tiempo para la huida, que salieran los primeros de la ciudad por los caminos que llevan al monte Ida; mientras, los aqueos, esforzándose por tomar la ciudadela, no habían previsto ningún plan para perseguir a la multitud que huía de la ciudad. Del ejército, a una parte le encargó la protección de los que salían, para que la huida les resultara segura y sin problemas en la medida de lo posible, y les mandó que ocuparan la zona más alta del Ida. Él se quedó sobre la muralla con el resto del ejército, que era el mejor, y consiguió que los que salían tuvieran la huida menos fatigosa al estar los enemigos entretenidos en el asalto
4 al muro. Pero cuando Neoptólemo y sus tropas alcanzaron una parte de la fortaleza y todos los aqueos acudieron en su ayuda, Eneas abandonó la acrópolis y, abriendo las puertas, marchó con el resto de los fugitivos bien ordenados, llevando sobre las mejores carretas a su padre, a los dioses ancestrales, a su mujer, a sus hijos y a cualquier otra persona o cosa que fuera muy estimable.

Los aqueos imponen sus condiciones de paz

Al mismo tiempo, los aqueos ha- 47
bían tomado la ciudad por la fuerza
y, muy interesados por la rapiña,
ofrecieron una gran ocasión de sal-
varse a los que huían. Eneas y los
suyos, todavía de camino, se encontraron con su gente
y todos unidos tomaron la fortaleza del monte Ida. Se 2
les habían juntado los que habitaban entonces en Dár-
dano, que, cuando vieron que salía de Ilión un gran
resplandor inusual, dejaron su ciudad desierta por la
noche (excepto los que con Elimo y Egesto habían equi-
pado una flota y habían salido antes de la ciudad), y
también todo el pueblo de Ofrinio[102] y de las demás
ciudades troyanas que protegían su libertad. Y este
ejército de los troyanos en muy poco tiempo llegó a ser
enorme. Pues bien, los que se salvaron con Eneas de 3
la toma de la ciudad se quedaron por esos lugares espe-
rando regresar pronto a su tierra, cuando los enemigos
se hubieran marchado; pero los aqueos, después de es-
clavizar a la población de la ciudad y de las zonas pró-
ximas, y habiendo arrasado las fortalezas, se disponían
a someter también a los que estaban en las montañas.
Cuando éstos les enviaron heraldos para tratar de la 4
paz y les pidieron que no les obligaran a hacer la gue-
rra, los aqueos se reunieron en asamblea y establecie-
ron la paz con ellos en los siguientes términos: que
Eneas y los que iban con él, llevándose todos los bienes
que habían salvado en su huida, se marcharan de la
Tróade en un plazo señalado, después de entregar sus
plazas fuertes a los aqueos; y éstos, por su parte, les
garantizaban seguridad por toda la tierra y mar de sus
dominios cuando se marcharan según lo acordado.
Eneas, habiendo aceptado estas condiciones y conside- 5
rando que era lo mejor dentro de lo posible, envió a

[102] *Ophrynium*, ciudad de la Tróade.

Ascanio, su hijo mayor, con una parte de las tropas aliadas, de las cuales la mayoría eran frigias, a la región llamada Dascilítide[103], donde está el lago Ascanio, pues había sido invitado por los habitantes para reinar sobre ese pueblo. Y Ascanio no vivió allí mucho tiempo, porque cuando volvieron de Grecia junto a él Escamandrio[104] y los demás descendientes de Héctor con el permiso de Neoptólemo, fue a Troya para resti-
6 tuirles en su antiguo trono. Sobre Ascanio, esto es todo lo que se dice; en cuanto a Eneas, cogiendo al resto de sus hijos, a su padre y las imágenes de los dioses, cuando tuvo dispuesta su flota, cruzó el Helesponto navegando en dirección a la península más próxima, que está situada frente a Europa y se llama Palene[105]. La habitaba un pueblo tracio aliado llamado cruseo, que fue el más animoso de todos los que les ayudaron en la guerra.

Distintas versiones sobre la salida de Eneas de Troya

48 Así pues, éste es el relato más fiable sobre la huida de Eneas, y en el que se basó para sus *Troica* Helánico, entre los historiadores antiguos. También algunos otros han contado sobre los mismos hechos historias diferentes, que yo considero de menos garantía que ésta. Pero que cada lector juzgue como le parezca.

2 Sófocles, el poeta trágico, en su drama *Laoconte* ha presentado a Eneas huyendo al monte Ida cuando la ciudad iba a ser tomada, siguiendo las órdenes de su padre Anquises, que por el recuerdo de los consejos de

---

[103] Región de la Propóntide, alrededor de *Dascylium*.

[104] Nombre de Astianacte, el hijo de Héctor. Según la tradición más conocida, fue muerto durante la toma de Troya. Pero hay otras versiones, según las cuales sobrevivió y fue llevado a Grecia por Neoptólemo. También había algunos relatos sobre su regreso a la Tróade.

[105] Es una forma rara de localizar Palene, la más occidental de las tres penínsulas calcídicas.

Afrodita y las premoniciones recientes sobre los Laocóntidas, conjeturó la futura destrucción de la ciudad. Sus yambos, puestos en boca de un mensajero, dicen así:

Ahora se encuentra ante las puertas Eneas, el hijo de la diosa, llevando sobre los hombros a su padre, que deja caer el manto de lino por su espalda que una vez fue golpeada por el rayo de Zeus[106]. *Alrededor hay toda una multitud de servidores. La muchedumbre que los acompaña es superior a la que podría creerse; son los que desean unirse a esta colonia frigia.*

Pero Menécrates de Jantos[107] declara que Eneas 3
entregó la ciudad a los aqueos por enemistad hacia Alejandro, y que por este beneficio los aqueos le permitieron salvar a su familia. Su relato, que comienza a partir del funeral de Aquiles, tiene la siguiente forma: «Una aflicción embargaba a los aqueos y creían que la cabeza de su ejército había sido cortada. Sin embargo, después de celebrar su funeral, pelearon con todas sus fuerzas hasta que fue tomada Ilión, gracias a que Eneas se la entregó. Éste, que no había sido honrado por Alejandro y estaba privado de distinciones, acabó con Príamo, y después de hacer esto llegó a ser uno de los aqueos.»

Algunos otros dicen que en ese tiempo permaneció 4
en el puerto de Troya; y otros dicen que fue enviado por Príamo a Frigia con algunas fuerzas para cierta operación militar. Hay quienes cuentan su salida de forma más fabulosa. Pero que sea como a cada uno más le convenza.

---

106 Fr. 373. El pasaje es oscuro e impreciso. Puede hacer referencia a la historia de que Anquises fue herido por el rayo de Zeus al jactarse de haber yacido con Venus, cosa que ésta (en vv. 286-288 del *Himno* homérico V a Afrodita) le había prohibido. El castigo está mencionado con mayor claridad en Virgilio (*Aen.* II 647-649).

107 Escribió una historia sobre Licia.

Viaje de Eneas de Troya a Tracia

49 Lo que pasó después de su partida, a muchos todavía les plantea más dudas. Algunos, entre los que están Cefalón de Gergis [108] y Hegesipo, el que escribió sobre Palene (varones antiguos y dignos de mención), después de llevar a Eneas hasta Tracia, dicen que murió allí. Otros, trasladándolo de Tracia, lo llevan hasta Arcadia y dicen que vivió en el Orcómeno arcadio, en un lugar llamado Nesos [109], aunque está situado tierra adentro, pero quizá deba el nombre a sus pantanos y río; y que la llamada Capias [110] fue una fundación de Eneas y los troyanos, y recibió este nombre por el troyano Capis. Esto lo dice entre otros Arieto, el autor de
2 *Arcadica* [111]. Hay también quienes cuentan que Eneas fue a Arcadia, pero que la muerte no le sobrevino en esos lugares, sino en Italia, según indican muchos otros y en concreto Agatilo, el poeta arcadio que dice así en una elegía:

> *Llegó a Arcadia y en Nesos dejó a sus dos hijas, fruto de su unión con Codone y con Antémone. De allí, él se apresuró hacia la tierra de Hesperia* [112] *y engendró un hijo, de nombre Rómulo.*

3 La llegada de Eneas y los troyanos a Italia está garantizada por todos los romanos, y los actos que celebran en sacrificios y festividades dan prueba de ello; así como los vaticinios de la Sibila, los oráculos píticos y otras muchas cosas que uno no desdeñaría como si

---

108 Autor ficticio, bajo cuyo nombre Hegesianacte de Alejandría, en la Tróade, publicó algunas de sus obras, en concreto sus *Troica*.

109 «Isla».

110 *Capyae* o *Caphyae*.

111 Una historia de Arcadia. No sabemos nada de su autor, ni tampoco de Agatilo, citado más abajo.

112 *Italia*, la región de occidente respecto a Grecia.

hubieran sido inventadas para embellecer la historia. Entre los griegos todavía quedan en esta época señales claras en los lugares donde arribaron y entre la gente con la que permanecieron mientras no hacía buen tiempo para la navegación. De estos datos, aunque son muchos, haré una mención lo más breve posible [113].

Primero, llegando a Tracia, desembarcaron en la pe- 4
nínsula llamada Palene. Ésta la habitaban los bárbaros cruseos, como dije [114], y les ofrecieron albergue seguro. Ellos se quedaron allí durante la estación de invierno, erigieron un templo a Afrodita en uno de los promontorios y fundaron una ciudad llamada Enea [115], en la que dejaron a aquellos que, por cansancio, eran incapaces de navegar más, y a cuantos quisieron quedarse allí para considerarla en el futuro su propia tierra. Esta ciudad perduró hasta el dominio macedónico bajo los sucesores de Alejandro. Pero durante el reinado de Casandro fue destruida, cuando se fundó la ciudad de Tesalónica, y los habitantes de Enea con otros muchos se trasladaron a la ciudad recién edificada.

Los troyanos tocan algunas islas griegas

Los troyanos zarparon de Palene 50
y llegaron a Delos cuando reinaba allí Anio. También en Delos había muchos indicios de la presencia de Eneas y de los troyanos, mientras la isla estuvo habitada y floreció. Después, llegando a Citera, otra isla, que está situada frente al Peloponeso,
erigieron un templo a Afrodita. Y cuando navegaban 2
desde Citera, no lejos del Peloponeso, murió uno de los compañeros de Eneas, llamado Cineto, y lo enterraron

---

113 La ruta de Eneas descrita por Dionisio coincide prácticamente con la trazada por Virgilio, lo que sugiere que ambos autores siguieron las mismas fuentes, probablemente Varrón, aunque Dionisio no lo cita.

114 Cap. 47, 6.

115 *Aeneia.*

en uno de los promontorios, que ahora se llama Cinetion por aquél. Y después de reanudar su parentesco con los arcadios, sobre lo que hablaré en otro capítulo[116] más adelante, se entretuvieron poco tiempo en estos lugares, dejaron allí a algunos de ellos y
3 llegaron a Zacinto. Los zacintios les recibieron amistosamente por su relación de parentesco (pues dicen que Dárdano, el hijo de Zeus y Electra, la hija de Atlas, tuvo dos hijos con Batía, Zacinto y Erictonio, de los cuales el segundo fue antepasado de Eneas, y Zacinto, el colonizador de la isla). Por el recuerdo de este parentesco y por la afabilidad de los habitantes se quedaron allí, aparte de verse retenidos por un tiempo desfavorable; y en el templo que habían construido ofrecieron a Afrodita un sacrificio que hasta hoy vienen celebrando oficialmente los zacintios; también instituyeron un certamen entre efebos con una carrera además de otras competiciones, y recibía la victoria el que llegara primero al templo. Se le llama la carrera de Eneas y Afro-
4 dita y de ambos hay erigidas estatuas de madera. Desde allí, navegaron por mar abierto hasta desembarcar en Léucade, que todavía la poseían los acarnienses. Allí, de nuevo levantaron un templo a Afrodita, ése que ahora está en la islita que hay entre Diorícto[117] y la ciudad, y se llama de Afrodita Enéada[118]. Partiendo de allí, fueron hacia Accio y anclaron junto al promontorio del golfo ambracio. Desde allí llegaron a la ciudad de Ambracia, donde reinaba Ambrace, el hijo de Dexámeno, el hijo de Heracles, y en los dos sitios quedan recuerdos de su llegada: en Accio, el templo de Afrodita

[116] Cap. 61.

[117] Diorícto normalmente significa el canal que hay en Acarnania, entre Léucade y el continente. Pero aquí parece referirse a un lugar que hubo en el canal.

[118] Este culto de Afrodita ha recibido varias explicaciones. Algunos la identifican con la *Mater Idaea* o *Magna Mater*.

Enéada y cerca de él, otro de los Grandes Dioses[119] (ambos existían todavía en mi época); y en Ambracia, un templo a la misma diosa y otro al héroe Eneas, cerca del teatro pequeño. En él había una estatuilla antigua de madera que se decía era de Eneas, y la honraban con sacrificios las llamadas *amphípoloi*[120].

Viaje desde Ambracia a Italia

Desde Ambracia, Anquises se 51
trasladó con sus naves a lo largo de la costa y desembarcó en Butroto[121], un puerto de Epiro. En cambio, Eneas y con él los más fuertes del ejército, empleando dos días de camino, llegaron a Dodona para consultar el oráculo y se encontraron allí a los troyanos que habían ido con Héleno. Cuando recibieron respuestas sobre la colonia y obsequiaron al dios con varias ofrendas troyanas, entre las que había crateras de bronce (algunas de las cuales todavía subsisten y muestran en inscripciones muy antiguas quiénes las ofrecieron), volvieron junto a la flota después de más o menos cuatro días de camino. La presencia de los troyanos en Butroto también resulta evidente por una colina llamada Troya, en la que acamparon entonces. De Butroto, marcharon por la costa hasta un 2
puerto que fue llamado entonces de Anquises, pero ahora tiene un nombre menos claro[122]; y allí, después de erigir un templo a Afrodita, cruzaron el golfo Jónico teniendo como guías del viaje a Patrón de Tirio[123] y sus hombres, que les acompañaron voluntariamente en su navegación. Y la mayoría de ellos, una vez que la flota llegó a salvo a Italia, regresaron de nuevo a casa; pero Patrón y con él algunos de sus amigos, convenci-

---

119 Los Cabiros. Véase nota 57.

120 «Servidoras».

121 *Buthrotum*, hoy Butrinto.

122 *Onchesmus*, frente a la parte norte de Corcira.

123 *Thyrium*, en Acarnania.

dos por Eneas de tomar parte en la colonia, se quedaron en la expedición, y algunos dicen que se asentaron en Aluncio [124], en Sicilia. Como recuerdo de este servicio, los romanos con el tiempo les concedieron a los acarnienses Léucade y Anactorio, después de arrebatárselas a los corintios [125]; y cuando quisieron que Eniadas estuviera de nuevo bajo su poder [126], se lo permitieron y también les otorgaron disfrutar de los productos de las islas Equínades, juntamente con los etolios.

3 Por otra parte, los que iban con Eneas no anclaron todos en el mismo lugar de Italia, sino que la mayoría de las naves desembarcaron junto al promontorio de Yapigia [127], que entonces se llamaba Salentino; y el resto, en un lugar llamado Minerva [128], donde también el mismo Eneas tocó por primera vez Italia (este lugar es un promontorio que ofrece un fondeadero en el verano, el cual desde entonces se llama puerto de Venus) [129]. Después, navegaron a lo largo de la costa hasta un estrecho, teniendo Italia a mano derecha y también en esos lugares dejaron algunas huellas de su llegada, entre otras, una copa de bronce en el templo de Juno, con una inscripción antigua que mostraba el nombre de Eneas como el que había hecho el ofrecimiento a la diosa.

---

124 *Aluntium*, hoy San Filadelfo.

125 Es falso que los romamos hubieran arrebatado Léucade y Anactorio a los corintios, pues aunque estas ciudades fueron fundaciones de los corintios, estaban en poder de los acarnienses desde hacía mucho tiempo.

126 La frase es un poco confusa porque *Oeniadae* era el nombre tanto de la ciudad como de sus habitantes. Parece ser que, en el tratado de paz del año 189 entre Roma y los etolios, quedó fijado que la ciudad y el territorio de Eniadas quedarían bajo el poder de los acarnienses.

127 En el extremo oriental del golfo tarentino (comarca de Apulia).

128 *Castrum Minervae.*

129 *Portus Veneris.*

Los troyanos en Sicilia

Cuando estuvieron en Sicilia, ya porque tuvieran la idea de arribar allí, o porque se vieran obligados por vientos desfavorables, lo que suele ocurrir en este mar, desembarcaron en esa parte de la isla que se llama Drépana [130]. Allí se encontraron a los que con Elimo y Egesto habían salido antes de Troya y que por haber tenido buena suerte y viento favorable, además de no haber ido muy cargados de bagaje, en poco tiempo habían llegado a Sicilia y se habían asentado cerca de un río llamado Crimiso, en territorio de los sicanios. Éstos les entregaron el lugar en señal de amistad por el parentesco de Egesto, que había nacido y se había criado en Sicilia en las circunstancias siguientes. 52

Cierto ilustre varón de sus antepasados, troyano de 2
nacimiento, llegó a disputar con Laomedonte, y el rey, cogiéndolo con una acusación cualquiera, lo mató a él y a toda su descendencia masculina, por temor a sufrir algún daño de ellos. En cambio, a las hijas, que todavía eran doncellas, no consideró conveniente matarlas, pero como tampoco era seguro permitirles que vivieran entre los troyanos, las entregó a unos comerciantes ordenándoles que se las llevaran lo más lejos posible.
Un joven de familia ilustre las acompañaba en su nave- 3
gación y, vencido de amor por una de ellas, se casó con la muchacha, una vez conducida a Sicilia. Y durante su estancia entre los sículos tuvieron un hijo, de nombre Egesto, que aprendió las costumbres y la lengua de los naturales del país. Cuando murieron sus padres, reinando Príamo en Troya, consiguió que se le permitiera regresar y, después de ayudarles en la guerra contra los aqueos, tras la toma de la ciudad, emprendió de nuevo la navegación hacia Sicilia, huyendo con Eli-

[130] En la costa oeste de Sicilia, hoy Trápani.

mo en tres naves que Aquiles tenía cuando saqueó las ciudades troyanas y que había perdido al tropezar
4 aquéllas con unas rocas submarinas [131]. Al encontrarse Eneas con los mencionados varones, les dio muestras de gran amistad y construyó para ellos unas ciudades, Egesta [132] y Elima [133], e incluso dejó una parte de su ejército en ellas; según yo imagino, por propia voluntad, con el fin de que tuvieran descanso y albergue seguro aquellos que estuvieran agobiados por la fatiga o simplemente hartos del mar. Pero según algunos escritores, al quedar disminuida su flota por causa del incendio que provocaron algunas mujeres cansadas de la vida errante, se vio obligado a dejar a la tripulación de las naves incendiadas, que ya no podía acompañarles en la navegación.

Huellas de los troyanos en Italia

53 Pruebas de la llegada de Eneas y los troyanos a Sicilia hay muchas, pero las más evidentes son el altar de Afrodita Enéada erigido sobre la cima del Elimo y un templo de Eneas levantado en Egesta; el primero, lo construyó el mismo Eneas en honor a su madre; y el templo lo dedicaron como ofrenda los de la expedición que se quedaron, en memoria de su salvador. Así pues, los troyanos que iban con Elimo y Egesto se quedaron por estos lugares y continuaron llamándose elimios, pues Elimo sobresalía en dignidad por ser de estirpe real y de él todos tomaron el nombre.

2 En cambio, los que iban con Eneas, navegando desde Sicilia a través del mar Tirreno, primero anclaron

---

[131] Este incidente no se encuentra en ningún otro escritor.

[132] Egesta es la forma griega de Segesta.

[133] No hubo ninguna ciudad en Sicilia con este nombre. Algunos han propuesto leer *Eryx* en lugar de *Elyma*, pues en Sicilia había una montaña y una ciudad cerca de ella, famosa por su templo de Venus, que recibían el nombre de Erice.

en el puerto de Palinuro[134] en Italia, que, según se dice, recibió este nombre por uno de los pilotos de Eneas que murió allí. Después, atracaron en una isla a la que llamaron Leucosia[135] por una prima de Eneas que murió en ese lugar. De allí llegaron a un profundo y her- 3 moso puerto en territorio de los ópicos y, al morir allí Miseno, hombre distinguido, dieron su nombre al puerto. Luego, fondeando por casualidad en la isla de Próquita[136] y en el promontorio de Caeta[137], pusieron los nombres a estos lugares de la misma forma, con el deseo de que fueran un recuerdo de mujeres que murieron allí. Una de ellas se dice que era pariente de Eneas y la otra, su nodriza. Finalmente, llegaron a Laurento[138] en Italia y allí, poniendo fin a su viaje, construyeron una empalizada y el lugar donde acamparon se llama Troya desde entonces. Dista del mar alrededor de cuatro estadios.

He relatado estos sucesos y he hecho esta digresión 4
por necesidad, ya que unos historiadores afirman que Eneas no vino a Italia con los troyanos, algunos dicen que era otro Eneas, no el hijo de Afrodita y Anquises, otros dicen que era Ascanio, el hijo de Eneas, y otros mencionan a algunas otras personas. Hay quienes dicen que Eneas, el hijo de Afrodita, después de establecer a su tropa en Italia, regresó de nuevo a casa y reinó en Troya y, al morir, dejó el trono a su hijo Ascanio, cuya descendencia ocupó el poder durante mucho tiempo. Según yo me imagino, estos escritores están confun-

---

134 *Palinurus*, en Lucania.

135 Frente a la costa de Lucania, cerca de *Paestum*, en el mar Tirreno. Hoy Licosa (Licosia).

136 *Prochyta*. Cerca de Campania, la moderna Procida (en el golfo de Nápoles).

137 *Caieta*, ciudad y puerto en el Lacio. Hoy Gaëta.

138 *Laurentum*, ciudad marítima entre Ostia y Lavinio. Hoy Torre Paterno.

didos por no interpretar correctamente los versos de
5 Homero, pues en la *Ilíada* se presenta a Poseidón prediciendo el futuro renombre de Eneas y de sus descendientes de la siguiente forma:

> *Ahora efectivamente el vigoroso Eneas reinará sobre los troyanos, y después de él, los hijos de sus hijos y los que les sucedan*[139].

Pues bien, como supusieron que Homero sabía que estos hombres reinaban en Frigia, se inventaron el regreso de Eneas pensando que no era posible que vivieran en Italia y reinaran sobre los troyanos. Pero no era imposible que Eneas gobernara sobre los troyanos que había llevado consigo y que vivían en otra tierra. Sin embargo, se podrían encontrar otras causas del error.

Eneas es venerado en Italia por sus hazañas

54 Y si a algunos les confunde que se nombren y enseñen tumbas de Eneas en muchos sitios, siendo imposible que la misma persona esté enterrada en varios lugares, que consideren que este inconveniente se presenta en el caso de muchos hombres y especialmente cuando tuvieron notables destinos y vidas errantes. Que sepan que aunque sólo un lugar acoge sus cuerpos, sin embargo, en muchos sitios les han erigido monumentos como testimonio de gratitud por algunos beneficios recibidos de ellos y, sobre todo, si todavía quedaba alguno de su linaje, si habían fundado alguna ciudad o si habían tenido estancias prolongadas y afables entre determinadas gentes. Efectivamente, tales cosas sabemos que se
2 cuentan también sobre ese héroe. Consiguió que Ilión no fuera destruida totalmente durante su captura, organizó que las tropas auxiliares llegaran sanas y salvas

---

[139] *Iliada*, XX, 307.

a la llamada Bebricia[140], dejó a su hijo Ascanio como rey en Frigia, fundó una ciudad homónima suya en Palene, casó a sus hijas en Arcadia, dejó parte de su ejército en Sicilia y se ganó la fama de humanitario durante su estancia en muchos otros lugares; así, obtuvo de esas gentes el voluntario afecto, gracias al cual, cuando abandonó la vida entre los hombres, fue venerado en muchos sitios con templos de héroe y monumentos en
su honor. Veamos entonces, ¿qué razones podrían adu- 3
cirse para explicar sus monumentos en Italia, si no hubiera reinado en estos lugares, ni se hubiera detenido en ellos, ni fuera en absoluto conocido por sus habitantes? Pero sobre todo esto se hablará de nuevo según el relato exija en cada momento una aclaración.

Eneas y sus compañeros ven cumplido su oráculo

Del hecho de que la expedición 55
marítima de los troyanos no fuera ya más lejos dentro de Europa, fueron responsables los oráculos, que se cumplían en esos lugares, y también la divinidad, que reveló su voluntad de muchas maneras. Cuando anclaron en Laurento y colocaron sus tiendas en la playa, primero, no ofreciendo el lugar agua para los hombres que estaban agobiados por la sed (cuento lo que oí a los habitantes), vieron salir de la tierra espontáneamente corrientes de agua agradabilísima, de la que todo el ejército bebió, y el lugar quedó regado por todas partes de la corriente que bajaba des-
de los manantiales hasta el mar. Ahora, sin embargo, 2
las corrientes ya no se llenan hasta el punto de fluir, sino que hay un poco de agua reunida en un lugar hundido, que dicen los habitantes que está consagrado al Sol; y cerca de él aparecen dos altares, uno dirigido hacia oriente y otro, a occidente, construcciones troyanas

[140] *Bebrycia*, región del Asia Menor, llamada después Bitinia.

sobre las cuales cuentan que Eneas ofreció el primer
sacrificio a la divinidad, en acción de gracias por el
3 agua. Después, cuando tomaban la comida sobre el sue-
lo, muchos extendían perejil bajo sus pies y así parecía
una mesa de alimentos; pero según dicen algunos, usa-
ban tortas hechas de trigo para conservar limpia la co-
mida. Cuando consumían los víveres servidos, uno des-
pués de otro iban comiendo el perejil o las tortas que
habían extendido debajo. Entonces, uno de los hijos de
Eneas, según cuenta la historia, o alguno de los compa-
ñeros de tienda dijo: «Mira, ya nos hemos comido hasta
la mesa». Al oír esto, todos gritaron con entusiasmo
que la primera parte del oráculo ya se había cumplido.
4 Les habían hecho una profecía, según algunos dicen, en
Dodona, y según otros, en Eritras [141], un lugar del
monte Ida donde vivía una Sibila local, ninfa adivina
que les indicó que navegaran hacia occidente hasta lle-
gar a un lugar donde se comerían las mesas; cuando
comprendieran que lo habían encontrado, pondrían co-
mo guía a un cuadrúpedo y donde el animal se cansara,
5 allí edificarían una ciudad. Recordando este vaticinio,
unos, por mandato de Eneas, transportaban las imáge-
nes de los dioses desde la nave hasta el lugar señalado;
otros les preparaban pedestales y altares; las mujeres,
entre gritos y danzas, acompañaban a los objetos sagra-
dos, y los compañeros de Eneas, una vez preparado el
sacrificio, se situaron alrededor del altar con las coro-
nas puestas.

56 Mientras éstos hacían sus plegarias, la cerda que iba
a ser ofrecida en sacrificio, estando preñada y próxima
al parto, cuando los sacerdotes iniciaban la ceremonia,
se removió y escapando de los que la sujetaban, corrió
tierra adentro. Eneas comprendió que en efecto éste

---

[141] *Erythrae*, una de las doce ciudades de Jonia fundadas por la ciudad de Beocia del mismo nombre, cercana al monte Citerón.

era el animal que el oráculo les señalaba como guía y
la siguió con unos pocos a una cierta distancia, temien-
do que por el alboroto de sus perseguidores se desviara
del camino señalado por la divinidad. Y el animal, des- 2
pués de recorrer alrededor de veinticuatro estadios
desde el mar, subió corriendo a una colina y allí se sen-
tó fatigada de cansancio. Pero Eneas (pues parecía que
los oráculos ya se habían cumplido), cuando vio que el
lugar no estaba en una zona buena, además de encon-
trarse lejos del mar y no ofrecer buenas condiciones
como fondeadero, se halló ante la tremenda duda de
si debían obedecer al oráculo y habitar allí, donde
siempre llevarían una vida penosa sin gozar de ningún
beneficio, o si había que marchar más lejos en busca de
una tierra mejor. Mientras daba vueltas a estas ideas 3
y acusaba a los dioses, de repente, se dice que surgió
una voz desde la cañada, siendo invisible el que habla-
ba, y le ordenó quedarse allí, fundar una ciudad rápida-
mente, y no rechazar su futura buena fortuna, que ya
casi tenían, por el hecho de abandonarse ante la difi-
cultad aparente del momento de no establecer su resi-
dencia en una tierra buena para pastos. Le estaba pre- 4
destinado que, empezando por esta residencia, en prin-
cipio pobre y escasa, con el tiempo poseería tierra fértil
y abundante; y sus hijos y descendientes alcanzarían un
poder inmenso que se iba a prolongar durante muchos
años. Así pues, en el presente éste sería el lugar de per-
manencia de los troyanos, pero después de tantos años
como lechones pariera la cerda, sus descendientes
construirían otra ciudad grande y próspera. Se dice
que Eneas, al conocer esto y considerar como algo divi-
no el asunto de la voz, hizo lo que el dios ordenaba.
Pero otros dicen que, encontrándose en esta situación 5
de angustia y abandono de su cuerpo al dolor, sin bajar
al campamento ni probar comida, cuando pasaba aque-
lla noche al aire libre, se le presentó en sueños una

magnífica y admirable visión que, bajo el aspecto de uno de los dioses patrios, le aconsejó lo ya mencionado más arriba. De todas formas, sólo los dioses podrían conocer cuál de los dos relatos es verdad [142]. Al día siguiente, se dice que la cerda parió treinta lechones, y tantos años después, otra ciudad fue edificada por los troyanos de acuerdo con el oráculo, y de ella hablaré en el lugar oportuno [143].

Los troyanos inician la construcción de su ciudad. Enfrentamiento con Latino

57 Eneas consagró la prole del animal junto con la madre a los dioses paternos, en ese lugar donde ahora está la capilla que los lavinios consideran sagrada manteniéndola inaccesible para los demás. Y después de ordenar a los troyanos que trasladaran su campamento a la colina, instaló las estatuas de los dioses en el sitio mejor e inmediatamente emprendió la construcción de la ciudad con gran entusiasmo. Y haciendo incursiones en los territorios de alrededor, cogía cuanto le era útil para su fundación y de lo que podía resultar más doloroso verse desposeídos, como hierro, madera
2 y aperos de labranza. Pero Latino, que entonces era el rey del país, encontrándose en guerra con un pueblo vecino, los llamados rútulos, y no gozando de buena suerte en las batallas, recibió la noticia de lo sucedido de la forma más inquietante, que toda su costa era asolada por un ejército extranjero y que si no ponía fin rápidamente a sus acciones, la contienda con sus vecinos le parecería una delicia en comparación. Al escuchar esto, le entró miedo y al punto abandonó la guerra que tenía entre manos y marchó contra los troyanos

[142] Virgilio (*Aen.* VIII, 42-48) presenta al río Tíber en forma de dios del lugar, prediciendo a Eneas la fundación de Alba treinta años después. También aparece en Virgilio el presagio de la cerda y los treinta lechones.

[143] Cap. 66.

con un gran ejército. Pero como les vio armados a la 3
manera griega y que en perfecto orden aguardaban el peligro sin perturbación, desistió de una acción inmedita y temeraria, pensando que no podría someterlos al primer ataque, según la idea que tenía cuando partió de casa. Y después de acampar en una colina, creyó que en primer lugar era preciso que las tropas se recuperaran del mucho cansancio que padecían por el largo camino y la impetuosa persecución. Pasó la noche allí y 4
se le ocurrió el plan de atacar a los enemigos al amanecer. Pero cuando había tomado esta decisión, se le presentó en sueños cierta divinidad local diciéndole que aceptara a los griegos en su territorio como convecinos, pues ellos vendrían a suponer una gran ventaja para Latino y un bien común para los aborígenes. Y esa misma noche, los dioses paternos, apareciéndose a Eneas, le exhortaron a que convenciera a Latino para que de buen grado les ofreciera una morada en el lugar de su preferencia, y tratara a las fuerzas griegas más como aliadas que como enemigas; así pues, el sueño les impidió a ambos entablar combate. Cuando se hizo de día y las tropas estuvieron alineadas para la batalla, se presentaron ante cada uno de los generales heraldos del bando contrario con la misma propuesta, que se reunieran para negociar; y ocurrió de la siguiente forma.

Mutuos discursos entre Latino y Eneas

Primero, Latino le reprochó esa 58
guerra repentina y sin previa declaración y pidió a Eneas que le dijera quién era y con qué intenciones saqueaba sus territorios sin haber recibido antes ningún daño y sin desconocer que todo el que es atacado primero, se defiende contra el que inicia la guerra; y además, pudiendo obtener de los habitantes cualquier cosa con amistad y de buen grado, si es que pedía algo razonable, sin embargo había decidido tomarlo por la fuerza y quebrantando la justicia

común a todos los hombres de forma más vergonzosa
2 que honorable. Después de decirle tales cosas, Eneas
le contestó:

«Nosotros somos troyanos de nacimiento, de una
ciudad no muy desconocida entre los griegos, de la cual
hemos sido privados por los aqueos, que la han con-
quistado en el décimo año de la guerra y, andando
errantes por falta de una ciudad y una tierra donde ha-
bitar en el futuro, hemos llegado aquí obedeciendo los
preceptos de los dioses y, según nos indican los orácu-
los, ésta es la única tierra que nos queda como puerto
de nuestro vagabundeo. Nos procuramos del campo las
cosas que necesitamos, más por causa de nuestra desdi-
chada situación que por afán de gloria, y hasta este mo-
mento, de ningún modo hubiéramos querido hacerlo.
3 A cambio, os compensaremos por ello con muchos bue-
nos beneficios, ofreciéndoos nuestros cuerpos y nues-
tras mentes bien instruidos para el peligro, con el fin
de que dispongáis de ellos como queráis, preservando
vuestro territorio libre de saqueos y ayudándoos con
empeño a conseguir el de los enemigos. Os suplicamos
que no os indignéis por nuestros actos y que conside-
réis que no lo hacíamos por insolencia, sino obligados
por la necesidad; cualquier cosa involuntaria es perdo-
4 nable. Y no debéis tomar ninguna decisión adversa con-
tra nosotros que os tendemos las manos; de lo contra-
rio, suplicando a los dioses y divinidades poseedores de
esta tierra que nos perdonen incluso por aquello que
hacemos a la fuerza, intentaremos defendernos de voso-
tros cuando entabléis combate. Ésta no sería ni la pri-
mera ni la mayor guerra que habríamos probado.»

5 Cuando Latino hubo escuchado esto, le respondió:

«Por mi parte, yo tengo buena disposición hacia to-
do el pueblo griego y mucho me afligen las fatales des-
gracias de los hombres. Tendría gran interés en que os
salvarais si para mí fuera evidente que habéis venido

aquí necesitados de un lugar de residencia, y que con un lote de tierra suficiente recibiréis amistosamente los bienes otorgados y no me arrebataréis por la fuerza la soberanía. Si me aseguráis que estas consideraciones son ciertas, pretendo daros y recibir garantías que nos preservarán los pactos sin fraude».

Pacto entre los aborígenes y los troyanos. Fundación de Lavinio

Después de que Eneas aprobara 59
sus palabras, entre los dos pueblos se concluyó un tratado bajo juramento en los siguientes términos: los aborígenes darían a los troyanos toda la tierra que pidieran, alrededor de cuarenta estadios partiendo desde la colina en cualquier dirección; y los troyanos, por su parte, les ayudarían en la guerra que tenían entre manos y cooperarían con ellos cuando les llamaran para cualquier otra campaña. Ambos pueblos se ayudarían mutuamente todo lo que pudieran tanto con sus fuerzas como con sus consejos. Cuando 2
ultimaron este acuerdo y consolidaron el compromiso ofreciéndose sus hijos como rehenes, marcharon en unión contra las ciudades de los rútulos y allí, una vez dominada la situación en poco tiempo, fueron hacia la ciudad troyana, que estaba a medio concluir, y todos, guiados por el mismo entusiasmo, la fortificaron. A 3
esta fundación Eneas le dio el nombre de Lavinio [144], según dicen los mismos romanos, por la hija de Latino, que afirman que se llamaba Lavinia; pero, según relataron algunos otros mitógrafos griegos, el nombre lo tomó de la hija de Anio, el rey de los delios, que también ésta se llamaba Lavinia, y por ser la primera que murió de enfermedad durante la construcción de la ciudad y haber sido enterrada en el lugar donde falleció, la ciudad se convirtió en monumento conmemorativo. Se di-

[144] *Lavinium*, hoy Pratica, en el Lacio.

ce que ella había navegado con los troyanos después de que fuera entregada por su padre a Eneas, que la solicitó como profetisa y sabia.

4 Cuentan que durante la construcción de Lavinio, los troyanos tuvieron los siguientes presagios: cuando una vez en el bosque se originó un incendio de forma espontánea, un lobo, llevando madera seca en la boca, la arrojó al fuego, y un águila, volando alrededor, reanimaba la llama con el movimiento de sus alas. Por otra parte, una zorra, procurando hacer lo contrario que éstos, golpeaba las ardientes llamas con su cola mojada en el río, y unas veces dominaban los que encendían, y otras, la zorra intentando apagarlo. Pero al final, vencieron aquellos dos y la zorra se marchó sin poder hacer nada más. Al ver esto, Eneas dijo que la colonia sería ilustre y admirable y alcanzaría muchísima fama, pero, debido a su auge, sería envidiada y molesta para sus vecinos; sin embargo, dominaría a sus adversarios con la buena fortuna recibida de los dioses, y ésta sería más poderosa que la envidia de los hombres que se le enfrentaran. Se dice que hubo estas señales tan claras de lo que iba a ocurrirle a la ciudad, y en memoria de ello, en el foro de los lavinios, hay imágenes broncíneas de los animales, que se han conservado durante mucho tiempo.

Aborígenes y troyanos forman un solo pueblo: latinos

60 Una vez construida la ciudad de los troyanos, todos sintieron un fuerte deseo de gozar de los beneficios mutuos, y sus reyes fueron los primeros en unir la dignidad del linaje local y la del foráneo mediante lazos de matrimonio, dando Latino a su hija Lavinia como mujer a
2 Eneas. Después, también los demás, guiados por el mismo deseo que sus reyes, adoptaron en muy poco tiempo sus costumbres, leyes y ritos sagrados, establecieron relaciones de parentesco entre ellos, se unieron en

alianzas de guerra y todos, llamándose con el nombre común de latinos por el rey de los aborígenes, se mantuvieron tan firmes en lo convenido que ya en ningún momento se separaron.

Pues bien, los pueblos que se unieron y vivieron en 3
comunidad y de los que surgió el linaje de los romanos antes de que se construyera la ciudad que ahora poseen, son los siguientes: en primer lugar, los aborígenes, que expulsaron a los sículos de estos territorios y eran griegos originarios del Peloponeso, que emigraron con Enotro de la llamada ahora Arcadia, según yo supongo; después, los pelasgos, que se trasladaron de lo que entonces se llamaba Hemonia y ahora Tesalia; en tercer lugar, los que vinieron a Italia con Evandro, procedentes de la ciudad de Palancio; después de éstos, los epeos y feneatas que formaban parte de la expedición de peloponesios conducida por Hércules y con quienes se había mezclado también cierto elemento troyano; y finalmente, los troyanos que se habían salvado con Eneas de Ilión, Dárdano y otras ciudades troyanas.

Origen griego de los troyanos

Que también el pueblo de los tro- 61
yanos era griego como cualquier otro y que partió alguna vez del Peloponeso, ya lo han dicho hace tiempo algunos otros autores y yo lo explicaré también en breves palabras. La historia sobre ellos es así: Atlas fue el primer rey del territorio que ahora se llama Arcadia y habitó cerca de la montaña llamada Taumasio [145]. Tuvo siete hijas que ahora están en el cielo convertidas en constelaciones y reciben la denominación de Pléyades; Zeus se casó con una de ellas, Electra, y tuvo dos hijos, Yaso y Dárdano. Yaso 2
permaneció soltero, pero Dárdano se casó con Crisa, hija de Palante, de la que nacieron dos hijos, Ideo y Di-

---

[145] *Thaumásion*. Esta montaña es mencionada por Pausanias (VIII 36, 2) y por Esteban de Bizancio.

mas. Éstos, al heredar la soberanía de Atlas, reinaron en Arcadia durante algún tiempo; después, sobrevino un gran diluvio en la Arcadia, las llanuras se inundaron y durante mucho tiempo fue imposible cultivarlas, y los habitantes (que al vivir en las montañas tenían dificultad para procurarse los alimentos), comprendiendo que la tierra restante no sería suficiente para mantener a todos, se dividieron en dos grupos; uno de los cuales permaneció en Arcadia, después de nombrar rey a Dimas, el hijo de Dárdano; y los demás abandonaron el
3 Peloponeso en una gran flota. Navegando a lo largo de la costa europea, llegaron al golfo llamado Melan[146], y vinieron a desembarcar en cierta isla de Tracia, de la que no puedo decir si estaba habitada antes o no. A esta isla le pusieron Samotracia, compuesto de un nombre de varón y otro de lugar: pues pertenecía a Tracia y su colonizador fue Samón, hijo de Hermes y de
4 la ninfa de Cílene llamada Rena. Pero allí no se quedaron mucho tiempo, pues la vida no les resultaba fácil teniendo que luchar contra una tierra mísera y un mar salvaje; y dejando a unos pocos en la isla, la mayoría partió de nuevo rumbo a Asia con Dárdano como jefe de la colonia, pues Yaso había muerto en la isla herido por un rayo al intentar conseguir el lecho de Deméter. Después de desembarcar en lo que ahora se llama Helesponto, se establecieron en la región que más adelante se llamaría Frigia. Ideo, el hijo de Dárdano, con una parte de la expedición se instaló en la montaña, que ahora se llama Ida[147] por él, y allí erigió un templo a la Madre de los dioses[148] e instituyó ritos y ceremonias religiosas que todavía en nuestros días perduran en toda Frigia. Y Dárdano, en la región que ahora se

---

[146] Golfo «Negro», *Mélas*, entre el Quersoneso tracio y tierra firme.

[147] Monte Ida, cerca de Troya.

[148] Cibeles. Véase II 19, 3 y nota.

llama Tróade, construyó una ciudad homónima suya en los terrenos que le cedió el rey Teucro, por el que el país se llamaba antiguamente Téucride. Muchos auto- 5
res y entre ellos Fanodemo[149], que escribió sobre la historia antigua del Ática, afirman que Teucro había emigrado del Ática, donde era jefe del demo Jipeteo, hacia Asia, y de esta historia ofrecen muchos testimonios. Dicen que se apoderó de un territorio extenso y fértil, pero que como no contaba con mucha población indígena, se alegró al ver a Dárdano y al contingente griego que venía con él, no sólo por su ayuda en las guerras contra los bárbaros, sino también porque la tierra no estaría deshabitada.

Antecedentes de Eneas

Pero el relato requiere además explicar de quiénes descendía Eneas: también esto lo contaré en una breve exposición. 62

Dárdano, cuando murió Crisa, la hija de Palante, con la que tuvo los hijos anteriores, se casó con Batía, la hija de Teucro; con ella tuvo un hijo, Erictonio, del que se dice que fue el más afortunado de todos los hombres, pues heredó el reino de su padre y el de su abuelo materno. De Erictonio y Calírroe, la 2
hija de Escamandro, nació Tros, de quien el pueblo tomó la denominación; de Tros y Acalaris, la hija de Eumedes, nació Asáraco; de éste y Clitodora, la hija de Laomedonte, Capis; de Capis e Hieromneme, una ninfa náyade, Anquises; de Anquises y Afrodita, Eneas.

Así he demostrado que la raza troyana era griega en un principio.

[149] Escribió una *Atthis*, de la que sabemos tenía 9 libros. Debió empezarla después del 340. Los fragmentos revelan un interés especial hacia el culto y la tradición mítica.

Fecha de la fundación de Lavinio

63 Respecto a la fecha en que fue construida Lavinio hay distintas versiones, pero a mí la que me parece más verosímil es aquella que sitúa la fundación en el segundo año después de la salida de Troya [150], pues Ilión fue tomada al final de la primavera, diecisiete días antes del solsticio de verano, en el octavo día contando desde el fin del mes Targelión, de acuerdo con el modo de fechar de los atenienses, y quedaban veinte días después del solsticio para completar aquel año [151]. Durante los treinta y siete días que siguieron a la toma de la ciudad, supongo que los aqueos se dedicaron a organizar los asuntos de la misma, a recibir embajadas de los que
2 habían desertado y a concluir un pacto con ellos. Al año siguiente, el primero después de la toma de la ciudad, los troyanos, bajo el equinoccio otoñal, salieron de su tierra, cruzaron el Helesponto y, desembarcando en Tracia, pasaron allí el invierno, mientras recibían a los fugitivos que se reunían con ellos y hacían los preparativos para la navegación. De Tracia partieron al comienzo de la primavera y navegaron hasta Sicilia; cuando desembarcaron allí, finalizaba ese año y pasaron el segundo invierno ayudando a los elimios a fundar sus
3 ciudades en Sicilia. Pero tan pronto como se dieron las condiciones favorables para la navegación, salieron de la isla y, atravesando el mar Tirreno, llegaron finalmen-

---

[150] Según Dionisio, la fundación de Lavinio habría sido el año 1181 a. C., pues sigue la cronología de Eratóstenes (cap. 74, 2) y éste fecha la caída de Troya en 1183.

[151] Según estos datos, Troya fue tomada el 4 de junio de 1183 a. C. El mes Targelión iba de mitad de mayo a mitad de junio. Los atenienses dividían sus meses en tres períodos de diez días cada uno (nueve en el último período de los meses más cortos). En los dos primeros contaban los días hacia adelante, como nosotros, pero en el tercero contaban hacia atrás, desde el final del mes. El año griego terminaba en primavera y comenzaba en verano.

te a Laurento, en la costa de los aborígenes, a mediados de verano. Y después de recibir el terreno, edificaron allí Lavinio al cumplirse el segundo año de la toma de Troya. Y en lo relativo a esto, ya he expuesto cuál es mi opinión.

Reinado y muerte de Eneas

Eneas, después de adornar suficientemente la ciudad con templos y otros edificios (la mayoría de los cuales todavía permanecían en mi época), el año siguiente, el tercero desde la salida de Troya, reinó solamente sobre los troyanos. Pero al cuarto año, cuando murió Latino, le sucedió también en su trono no sólo por la relación de parentesco con él, ya que Lavinia era la heredera después de la muerte de Latino, sino también por ostentar el cargo de general en la guerra contra los vecinos. En efecto, los rútulos se habían separado otra vez de Latino, tomando como jefe a uno de los desertores, Tirreno, que era sobrino de Amata, la mujer de Latino. Este hombre, censurando a Latino el matrimonio de Lavinia, ya que había pasado por alto su parentesco y la había unido con extranjeros, al ser incitado por Amata y apoyado por algunos otros, se pasó al partido de lo rútulos con las fuerzas que él dirigía. Estalló una guerra a raíz de estos reproches y en una dura batalla perecieron Latino, Tirreno y otros muchos, y vencieron Eneas y sus hombres. Por eso, Eneas sucedió en el trono a su suegro, pero cuando llevaba tres años de reinado desde el fallecimiento de Latino, murió al cuarto año en una batalla. La causa fue que los rútulos con todas sus fuerzas salieron de sus ciudades contra él, y se les unió Mecencio, el rey de los tirrenos, temeroso por su propio territorio, pues ya estaba preocupado al ver que el poder griego iba en aumento. Una violenta batalla tuvo lugar no lejos de Lavinio y cayeron muchos de uno y otro lado. Al llegar la noche, los ejércitos se separaron, y como el cuerpo de Eneas no aparecía por

ningún sitio, unos imaginaban que había ido con los dioses, y otros, que había perecido en el río junto al
5 que se desarrolló la batalla. Los latinos le construyeron un templo con la siguiente inscripción: «Al padre y dios de esta tierra, que dirige la corriente del río Numicio». Pero hay quienes dicen que el templo fue construido por Eneas en honor a Anquises, que había muerto el año anterior a esta guerra. Es un pequeño montículo, alrededor del cual han crecido en hilera árboles dignos de contemplarse.

Ascanio sucede a Eneas en el trono. Victoria sobre los tirrenos

65 Cuando Eneas dejó la vida de los hombres hacia el séptimo año después de la toma de Troya, heredó el mando sobre los latinos Eurileón, que durante la huida había tomado el nuevo nombre de Ascanio. En ese momento los troyanos se encontraban sitiados y a los enemigos continuamente se les sumaban fuerzas; en cambio los latinos
2 eran incapaces de ayudar a los asediados en Lavinio. Por consiguiente, Ascanio y los suyos primero invitaron a los enemigos a la amistad y a unos acuerdos razonables, pero como no les prestaron ninguna atención, se vieron obligados a admitir la conclusión de la guerra en las condiciones que éstos impusiesen. Sin embargo, cuando el rey de los tirrenos, entre otras exigencias intolerables, les ordenó como a pueblo esclavizado que llevaran a los tirrenos cada año todo el vino que la tierra de los latinos produjera, ellos, considerando insoportable esta obligación, por consejo de Ascanio votaron en asamblea que el fruto de la vid fuera consagrado a Júpiter. Después, animándose unos a otros a mostrarse resueltos en la lucha y suplicando a los dioses que les ayudaran en su peligrosa empresa, salieron de la
3 ciudad al abrigo de una noche sin luna. Inmediatamente atacaron la empalizada de los enemigos que se encontraba más próxima a la ciudad y se trataba de un

muro exterior para proteger al resto de las fuerzas, es-
taba instalado en un lugar bien defendido y contenía
a la juventud más fuerte de los tirrenos bajo el mando
de Lauso, el hijo de Mecencio; y como nadie previó el
ataque, tomaron la fortaleza fácilmente. Mientras se
apoderaban de este lugar, los acampados en las llanu-
ras, viendo una luz inusual y oyendo los gritos de los
que morían, abandonaron los llanos y huyeron a las
montañas. En ese momento hubo una gran confusión 4
y tumulto, propios de un ejército moviéndose en la no-
che, pues creían que los enemigos se lanzarían en segui-
da sobre ellos, que huían en desorden y sin formación.
Por su parte, los latinos, después de haber tomado el
baluarte por asalto y saber que el resto del ejército es-
taba desordenado, se dedicaron a hostigarles persi-
guiéndoles y dándoles muerte. Y no sólo no hubo ningu-
no que intentara volverse para combatir, sino que ni
siquiera podían comprender en qué desgraciada situa-
ción se encontraban. Por el tumulto y la falta de recur-
sos, unos perecían cayendo por precipicios, otros eran
capturados al meterse en barrancos sin salida, pero la
mayoría de ellos, no reconociéndose mutuamente en la
oscuridad, se trataban como enemigos y el mayor ani-
quilamiento se debió a que se dieron muerte unos a
otros. Mecencio con unos pocos tomó una colina, pero 5
cuando conoció la desgracia de su hijo y la cantidad
de gente que había perdido, y vio en qué clase de lugar
se había encerrado, pensando que se hallaba en una si-
tuación de extrema necesidad, envió heraldos a Lavinio
para que trataran sobre la paz. Ascanio aconsejó a los
latinos que hicieran buen uso de su fortuna y Mecencio
consiguió bajo tratado salir indemne con todas las tro-
pas que tenía; desde ese momento, cesó su enemistad
con los latinos y en adelante fue un fiel amigo.

66 *Ascanio funda Alba Longa*

Treinta años después de la fundación de Lavinio[152], Ascanio, el hijo de Eneas, construyó otra ciudad siguiendo el oráculo que le fue dado a su padre, y trasladó allí a los habitantes de Lavinio y a los demás latinos que preferían habitar en la nueva fundación, a la que dieron el nombre de Alba. Alba significa «Blanca» en nuestra lengua, pero por claridad, se distingue de otra ciudad del mismo nombre con una denominación añadida que alude a su forma y el nombre es, como era entonces, un compuesto de dos términos, Alba Longa, es decir «Blanca
2 Larga». Ahora está deshabitada, pues en época de Tulo Hostilio, rey de los romanos, parece ser que luchó con su colonia por la hegemonía y fue destruida, pero Roma, aunque había aniquilado a su metrópoli, acogió en su seno a los ciudadanos. De todas formas, estos hechos tuvieron lugar en época posterior. Cuando fue fundada, se construyó junto a una montaña y un lago, ocupando el espacio intermedio entre ambos, de forma que eran como murallas de la ciudad que la hacían difícil de tomar. Efectivamente, la montaña es alta y constituye un lugar muy estratégico, y el lago es grande y profundo y a través de sus compuertas, cuando se abren, la llanura recibe el agua que los habitantes administran
3 como quieren. A los pies de la ciudad hay llanuras muy agradables a la vista y ricas en producción de vinos y frutos de todas clases, en nada inferiores al resto de Italia, pero sobre todo por el vino llamado albano, dulce y excelente, superior a todos los demás, exceptuando al de Falerno.

[152] Según el cómputo de Dionisio, Alba fue fundada el año 1151 a. C.

Prodigios ocurridos con los Penates de los troyanos

Se dice que durante la construcción de la ciudad ocurrió un grandísimo prodigio. Había sido edificado un templo con un lugar inviolable para las imágenes de los dioses que Eneas había traído de Troya e instalado en Lavinio, y las estatuas fueron trasladadas desde Lavinio a este santuario; pero a la noche siguiente, a pesar de que las puertas estaban perfectamente cerradas y los muros y el techo no presentaban ningún desperfecto, las imágenes cambiaron de sitio y fueron encontradas sobre sus antiguos pedestales. Y después de ser trasladadas de nuevo desde Lavinio con súplicas y sacrificios propiciatorios, de igual forma volvieron al mismo lugar. Durante algún tiempo, la gente estuvo sin saber cómo actuar ante tal situación, pues ni estaban dispuestos a vivir separados de sus dioses ancestrales, ni tampoco a llevarlos de nuevo a su residencia abandonada. Pero por fin encontraron un plan que iba a resultar satisfactorio para ambas partes. Se trataba de dejar que las imágenes permanecieran en su lugar y trasladar de nuevo desde Alba a Lavinio, en calidad de colonos, a hombres que se encargaran de su cuidado. Fueron seiscientos los enviados para hacerse cargo de los ritos, y se trasladaron con sus propios hogares: a la cabeza de ellos fue colocado Egesto. A estos dioses los romanos los llaman Penates. Entre los que traducen el nombre a la lengua griega, unos usan el de *Patróoi*; otros, *Genethlíoi*; algunos, *Ktesíoi*; otros, *Mychíoi* y otros, *Herkeíoi*[153]. Parece que cada uno de ellos les pone el nombre por alguno de sus atributos, y es posible que todos de una forma u otra quieran decir lo mismo. Respecto a su forma y apariencia, Timeo, el historiador, se expresa así: los ob-

67 ... 2 ... 3 ... 4

[153] Todos estos adjetivos griegos, referidos a los dioses, significaban respectivamente: de los antepasados, del linaje, de los bienes, de los interiores de la casa, del patio.

jetos sagrados conservados en el santuario de Lavinio son caduceos de hierro y bronce y vasijas troyanas de arcilla; asegura que él se enteró por los habitantes del lugar. Yo, por mi parte, creo que aquello que no les es lícito ver a todos, ni debo escucharlo de boca de quienes lo ven, ni tampoco contarlo; me indigno también contra todos los que valoran el indagar o conocer más de lo permitido por ley.

Dioses y objetos sagrados de los troyanos

68 En cambio, éstas son las cosas que yo conozco por haberlas visto y ningún temor me impide escribir sobre ellas. En Roma se ve un templo pequeño no lejos del Foro, construido en el corto camino que lleva a las Carinas [154] y oscurecido por la altura de los otros edificios. El lugar se llama en lengua local Velia. Allí hay imágenes de los dioses troyanos, que a todos les es lícito contemplar, con una inscripción que evidencia que son los Penates.
2 Hay dos jóvenes sentados con sendas lanzas [155]: obra de técnica arcaica. Vimos también muchas otras imágenes de estos dioses en templos antiguos y en todos aparecen dos muchachos con indumentaria militar. Naturalmente, se puede ver, oír y escribir sobre ello, lo cual es narrado por Calístrato [156], el autor de la historia de Samotracia, por Sátiro, que recopiló las leyendas antiguas, y por muchos otros, entre ellos Arctino, el poeta
3 más antiguo que conocemos. Dicen por ejemplo lo siguiente: que Crisa, la hija de Palante, al casarse con

[154] *Carinae,* barrio de Roma entre las colinas Celio y Esquilino. Hoy S. Pietro in vincoli.

[155] Las estatuas representaban a los Dioscuros, pero habían sido identificadas con los Penates. Tito Livio cita este templo como *aedes deum Penatium in Velia.*

[156] Calístrato, Sátiro y Arctino son prácticamente desconocidos. Este Sátiro no parece ser el mismo que el biógrafo. Arctino fue considerado en la antigüedad como un poeta épico.

Dárdano, aportó como dote los regalos de Atenea, esto
es, los *Palládia*[157] y los objetos consagrados a los
Grandes Dioses, en cuyos misterios estaba iniciada.
Cuando los arcadios, huyendo del diluvio[158], abandonaron
el Peloponeso y establecieron su residencia en la
isla de Tracia[159], Dárdano construyó allí un templo a
estos dioses, procurando que sus nombres particulares
fueran desconocidos para todos los demás, y celebró
los misterios en su honor, que todavía hoy conservan
los samotracios. Después, cuando trasladó la mayor 4
parte del pueblo a Asia, dejó los cultos y los misterios
de los dioses a los que se quedaban en la isla, pero preparó
los *Palládia* y las imágenes de los dioses y se las
llevó con él. Y consultando al oráculo sobre su futura
residencia, entre otras cosas que aprendió, recibió esta
respuesta concerniente a la custodia de los objetos
sagrados:

«En la ciudad que fundes, instaura una perpetua y continua veneración a los dioses, hónralos con vigilias, sacrificios y coros. Así, mientras estos ritos piadosos se conserven en vuestra tierra, los dones de la hija de Zeus serán para tu esposa y tu ciudad no será destruida jamás».

Dárdano dejó las estatuas en la ciudad que fundó 69
y a la que dio su mismo nombre, pero al ser fundada
Ilión más tarde, sus descendientes trasladaron allí los
objetos sagrados. Los habitantes de Ilión les construyeron
un templo y un santuario sobre la ciudadela y lo
custodiaban con todo el esmero que podían, considerándolo
como algo enviado por la divinidad, y aquello
de lo que dependía la salvación de la ciudad. Y cuando 2
la parte baja de la ciudad estaba siendo tomada, Eneas,

---

157 Estatuas de Palas Atenea.

158 Véase cap. 61, 2.

159 Samotracia.

haciéndose fuerte en la ciudadela, sacó del santuario las imágenes de los Grandes Dioses y el *Pallādion* que todavía quedaba (pues dicen que el otro lo habían robado Ulises y Diomedes cuando llegaron de noche a Ilión), se marchó llevándoselos de la ciudad y se fue con ellos
3 a Italia. Sin embargo, Arctino dice que Zeus le había dado a Dárdano sólo un *Pallādion* y éste se hallaba en Ilión, oculto en un lugar inaccesible, mientras la ciudad era tomada; que de éste se había hecho una copia que no se diferenciaba nada del original y se había colocado en un lugar visible, con objeto de engañar a los que pretendieran robarla; y que los aqueos, con un plan preme-
4 ditado, se la llevaron. Pues bien, yo, siguiendo a los autores mencionados, digo que los objetos sagrados llevados por Eneas a Italia eran imágenes de los Grandes Dioses (a los que los samotracios, más que los demás griegos, les rinden una especial veneración) y también el *Pallādion* nombrado en las leyendas, que dicen se encuentra custodiado por las santas doncellas en el templo de Vesta, donde también se conserva el fuego perpetuo; pero de esto hablaré más adelante [160]. Para nosotros, los profanos, quizá haya otras cosas oscuras al lado de éstas. Y sobre los objetos sagrados de los troyanos ya es suficiente con lo dicho.

Silvio sucede en el trono a su hermano Ascanio

70 Cuando murió Ascanio, a los treinta y ocho años de su reinado, le sucedió en el poder su hermano Silvio. Este había nacido de Lavinia, la hija de Latino, después de la muerte de Eneas, y dicen que había sido criado por los pasto-
2 res en las montañas. Al subir al trono Ascanio, Lavinia, temiendo recibir de él algún daño por su relación de madrastra y encontrándose encinta, se confió a un tal Tirreno [161], encargado de las piaras de cerdos del rey

[160] II, 66.

[161] Este nombre aparece como *Tyrrheus* o *Tyrrhus* en Virgilio (*Aen.* VII, 485). *Tyrrheus* puede ser una variante de *Tyrrhenus.*

y del que sabía que había sido íntimo de Latino. Él la llevó a un bosque solitario como si fuera una mujer cualquiera y, procurando que no la vieran sus conocidos, la mantenía en una casa que le construyó y que conocían muy pocos. Cuando el niño nació, lo adoptó y lo crió llamándole Silvio, que proviene de *silva*, como si alguien en lengua griega se llamara *Hylaíos*[162]. Pero 3
al pasar el tiempo, cuando se enteró de que los latinos habían realizado numerosas pesquisas acerca de la mujer, y que la gente acusaba a Ascanio de haberle dado muerte, contó al pueblo todo el asunto y sacó a la mujer y a su hijo de la selva. A raíz de esta experiencia, Silvio recibió su nombre, como ya he dicho, y también toda su descendencia. Subió al poder cuando murió su hermano, aunque el asunto estuvo discutido entre él y uno de los hijos de Ascanio, el mayor, Julo, que pretendía heredar el trono paterno. El litigio fue resuelto en 4
votación por el pueblo, inducido, entre otras consideraciones, por la de que Silvio era hijo de la heredera del trono. A Julo, en lugar de la soberanía, le fue concedida cierta sagrada facultad y honor preferible a la monarquía por la falta de peligros y la placidez de la vida, y esta dignidad[163], incluso en mi época, la disfrutaban aún sus descendientes, llamados Julios a partir de aquél. Esta familia llegó a ser la mayor y a la vez la más ilustre de las que tenemos noticias, y proporcionó los más distinguidos generales, cuyas virtudes no permitían dudar de su linaje. Sobre ellos explicaré lo conveniente en otro libro.

---

[162] *Hylaîos*, adjetivo derivado de *hýle*. *Hylaios* sería «boscoso», «selvático».

[163] Probablemente se refiere al cargo de *pontifex maximus*, que desempeñaron Julio César y Augusto.

Sucesivos reyes de Alba. Fundación de Roma

71 Después de que Silvio ocupara el poder durante veintinueve años, le sucedió su hijo Eneas, que reinó treinta y uno. Después de él, reinó Latino cincuenta y un años; luego, Alba durante treinta y nueve; después de Alba, Cápeto veintiséis; luego Capis, veintiocho; y después de Capis,
2 tomó el poder Cálpeto para trece años. A continuación, ocupó el trono Tiberino durante un período de ocho. Se dice que este rey murió en una batalla que tuvo lugar junto a un río y, al ser arrastrado por la corriente, dio su nombre al río, que antes se llamaba Albula. Agripa, el sucesor de Tiberino, reinó durante cuarenta y un
3 años. Después de Agripa, Alodio, un individuo tirano y odioso para la divinidad, reinó diecinueve: en su desprecio hacia los dioses, maquinó imitaciones de rayos y ruidos parecidos a truenos, con los que atemorizaba a la gente como si se tratara de un dios. Pero rayos y lluvia cayeron sobre su casa y el lago, junto al que vivía, tuvo una crecida tan inusual que toda la casa desapareció inundada. Hoy todavía cuando el lago brilla en cierta parte, y esto sucede cuando el manantial remite y el fondo queda estático [164], aparecen las ruinas
4 de los pórticos y otros restos de la mansión. Aventino, que heredó de aquél la soberanía y dio su nombre a una de las siete colinas que conforman la ciudad de Roma, estuvo en el poder treinta y siete años. Después de él, Proca, veintitrés. Luego Amulio, que subió al trono injustamente pues le correspondía a Númitor, su
5 hermano mayor, reinó cuarenta y dos años. Pero muerto Amulio por Rómulo y Remo (los hijos de la doncella sagrada), como ahora mismo contaré, tomó el poder, de acuerdo con la ley, Númitor, el abuelo materno de los muchachos. En el segundo año de su reinado, cuatro-

[164] Parece ser que el lago albano se nutría de corrientes que surgían del fondo.

cientos treinta y dos después de la Toma de Troya, los albanos enviaron una colonia bajo el mando de Rómulo y Remo y fundaron Roma a comienzos del primer año de la VII Olimpiada (751 a. C.), cuando venció Daícles de Mesene en el estadio, y en Atenas era arconte Cárope, el primer año de su década [165].

Distintas versiones sobre la fundación de Roma

Como hay mucha discusión acerca del año de la fundación y de los fundadores de la ciudad, yo pensé que no debía contarlo de pasada como si fuera algo reconocido por todos. Pues bien, Cefalón de Gergis, un escritor muy antiguo, dice que la ciudad fue fundada en la segunda generación después de la guerra troyana por los que escaparon de Troya con Eneas, y señala como su fundador a Romo [166], el que dirigía la colonia, y dice que era uno de los hijos de Eneas. Afirma que Eneas tuvo cuatro hijos, Ascanio, Eurileón, Rómulo y Romo. Demágoras [167], Agatilo y muchos otros han hablado de esta misma época y del mismo jefe de la colonia. En cambio, el recopilador de las sacerdotisas de Argos [168] y de los sucesos ocurridos en la época de cada una afirma que Eneas, cuando vino a Italia desde la tierra de los molosos en compañía de Ulises, fundó la ciudad y la llamó Roma por una mujer troyana. Dice que ésta, cansada de vagar, exhortó a las demás troyanas a quemar todas juntas las naves. Damastes de Sigeo [169] y algunos otros

72 (line "Como hay mucha discusión acer-"); 2 (line "misma época y del mismo jefe de la colonia. En cambio,")

[165] El arcontado en un principio fue un cargo vitalicio; en el 752 fue limitado a un período de diez años, y hacia el 683 quedó reducido a un año.

[166] Romo fue el nombre inventado por los griegos antes de conocer la leyenda de Rómulo y Remo; más tarde, lo utilizaron como equivalente de Remo.

[167] Demágoras de Samos parece ser que escribió sobre la historia antigua de Troya o de Samotracia.

[168] Helánico de Lesbos.

[169] Genealogista y geógrafo. En el siglo v escribió trabajos mitográfico-genealógicos sobre los antepasados de los miembros de

3 están de acuerdo con él. Pero Aristóteles, el filósofo[170], cuenta que algunos aqueos en su regreso de Troya, cuando bordeaban el cabo Malea[171], fueron sorprendidos por un violento temporal y siendo arrastrados durante algún tiempo por los vientos, anduvieron errantes por el mar hasta que por fin llegaron a ese lugar de los ópicos que se llama Latinio[172] y es-
4 tá situado en el mar Tirreno. Contentos de ver tierra, arrastraron allí las naves y pasaron el invierno preparándose para navegar a comienzos de la primavera. Pero cuando se incendiaron sus embarcaciones por la noche, no teniendo ningún modo de navegar, se vieron obligados contra su voluntad a establecer su residencia en el lugar en que habían desembarcado. Esto les ocurrió por causa de las mujeres que traían de Troya como rehenes. Dice que éstas quemaron las naves por miedo a que cuando los aqueos volvieran a casa las redujeran a la esclavitud.

5 Calias[173], que escribió sobre los hechos públicos del tirano Agatocles, dice que Roma, una mujer troyana de las que vinieron a Italia junto con los demás troyanos, se casó con Latino, el rey de los aborígenes, y tuvo tres hijos, Romo, Rómulo y Telégono, y habiendo construido una ciudad, le dieron el nombre de su madre. Jenágoras[174], el historiador, dice que de Ulises y Circe nacieron tres hijos, Romo, Anteas y Ardeas, que construyeron tres ciudades y las llamaron con sus propios

---

la expedición de Troya, trabajos etnográficos y una obra sobre historia griega.

170 Posiblemente en sus *Instituta Barbarica.*

171 Malea, promontorio en el Peloponeso, al sur de Laconia.

172 *Latinium.* En su origen sería un adjetivo, «el territorio latino».

173 Escribió la historia de Agatocles en 22 libros. Se le acusó de parcialidad a favor del tirano.

174 Escribió una obra histórica llamada *Chrónoi* y un libro sobre islas.

nombres [175]. Dionisio de Calcis [176] señala a Romo como 6
fundador de la ciudad, pero dice que, según unos, era hijo de Ascanio y según otros, de Ematión. Hay quienes dicen que Roma fue fundada por Romo, el hijo de Italo y Leucaria, la hija de Latino.

Podría citar a otros muchos historiadores griegos 73
que atribuyen a la ciudad fundadores distintos, pero me remitiré a los historiadores romanos, para no parecer demasiado prolijo. Pues bien, de los romanos, no hay ni un solo historiador o cronista que sea antiguo; sin embargo, cada uno de ellos escribió su historia basándose en los relatos antiguos conservados en tablillas
sagradas [177]. Algunos de éstos dicen que Rómulo y Re- 2
mo, los fundadores de Roma, eran hijos de Eneas; otros dicen que eran hijos de la hija de Eneas, pero no especifican quién era el padre, y que fueron entregados por Eneas a Latino, el rey de los aborígenes, en calidad de rehenes, cuando se concluyeron los tratados entre nativos y forasteros; y que Latino, acogiéndolos cariñosamente, no sólo los colmó de todas las atenciones, sino que además los dejó como herederos de una parte de
su reino al morir sin descendencia masculina. Otros di- 3
cen que cuando Eneas murió, Ascanio heredó todo el poder de los latinos y dividió en tres partes su territorio y sus fuerzas para repartirlas entre él y sus hermanos Rómulo y Remo. Añaden que él mismo fundó Alba y algunas otras ciudades, y que Remo fundó cuatro, a las que llamó Capua, por su bisabuelo Capis; Anquisa, por su abuelo Anquises; Enea (que después se llamó Ja-

---

[175] Roma, Ancio y Ardea. *Antium*, en el Lacio, no lejos de la costa; conocida por el templo de Fortuna. *Ardea*, capital de los rútulos, al sur de Lavinio.

[176] Escribió algunos libros sobre fundaciones de ciudades.

[177] Puede referirse a los *annales maximi*, registro de los magistrados, prodigios y sucesos importantes de cada año, conservados por el *pontifex maximus*.

nículo), por su padre; y Roma, por él mismo[178]. Esta última ciudad permaneció deshabitada durante algunos años y cuando de nuevo llegó otra colonia que enviaron los albanos bajo la dirección de Rómulo y Remo, recibió otra vez su antigua denominación, de modo que hubo dos colonizaciones en Roma, una poco después de la guerra troyana y la otra, quince generaciones des-
4 pués de la anterior[179]. Y si alguien quisiera echar la vista más atrás, podría encontrar una tercera Roma más antigua que éstas, antes de que Eneas y los troyanos llegaran a Italia. Esto no lo ha contado ni un historiador cualquiera ni uno moderno, sino Antíoco de Siracusa, al que mencioné antes[180]. Dice que cuando Morges reinaba en Italia (entonces Italia era la costa desde Tarento hasta Posidonia)[181], llegó junto a él un hombre desterrado de Roma. Sus palabras son éstas: «Cuando Italo se hizo viejo, Morges subió al trono. Durante su reinado, llegó un hombre desterrado de Roma;
5 su nombre era Sículo». Según el historiador siracusano, se puede encontrar una Roma antigua anterior incluso a la guerra troyana. Pero como no ha especificado si la ciudad estaba en el mismo sitio en que ahora se encuentra, o si había otro lugar que casualmente se llamaba así, yo no puedo conjeturarlo. Y creo que sobre las antiguas colonizaciones de Roma ya he hablado bastante.

74

Fecha de la fundación de Roma

El último asentamiento o colonización de Roma, o como deba llamarse, según Timeo de Sicilia (no sé qué sistema cronológico usa) tuvo lugar en la misma época que la fundación de Cartago, treinta y ocho años antes de la pri-

---

[178] Anquisa y Enea son desconocidas.

[179] Véase cap. 45, 3.

[180] Véanse caps. 12, 3; 22, 5; 35, 1.

[181] Más tarde *Paestum*.

mera Olimpiada (813 a. C.). Lucio Cincio, un miembro del senado, piensa que fue hacia el cuarto año de la XII Olimpiada (728 a. C.), y Quinto Fabio habla del primer año de la VIII Olimpiada (747 a. C.). Porcio Catón 2
no determina la época según el cómputo griego, pero preocupándose como ningún otro de recoger los datos de las historias antiguas, señala como fecha de la fundación el año cuatrocientos treinta y dos después de la guerra de Troya. Esta fecha comparada con las *Cronografías* de Eratóstenes [182] corresponde al primer año de la VII Olimpiada (751 a. C.). En otra obra [183] he explicado que es correcto el sistema cronológico que sigue Eratóstenes y cómo uno puede adecuar las fechas romanas a las griegas.

Desde luego, yo no consideraba suficiente, como Po- 3
libio de Megalópolis, decir simplemente que estoy convencido de que Roma fue fundada en el segundo año de la VII Olimpiada (750 a. C.), ni tampoco dejar mi creencia sin comprobar basándome en una única tablilla conservada por los sumos sacerdotes, sino que me parecía conveniente sacar a la palestra los razonamientos en los que me apoyé para que los examine quien quiera. Pues bien, la exactitud es evidente en aquel tra- 4
tado, y a lo largo de esta obra serán mencionados los datos más esenciales.

Éste es el estado de la cuestión: más o menos todos están de acuerdo en que el ataque de los celtas [184], durante el que fue tomada la ciudad de Roma, ocurrió

---

[182] Las *Cronografías* fue una historia analística en la que sentó las bases de la cronología griega. Sobre ella pudo Apolodoro de Atenas continuar sus trabajos y siguió vigente en todas las épocas sucesivas. La obra comenzaba con la caída de Troya, que Eratóstenes situó en 1183 a. C.

[183] Esta obra, perdida, la cita Clemente de Alejandría como *Chrónoi*.

[184] Véase nota 85.

cuando era arconte en Atenas Pirgión, en el primer año
de la XCVIII Olimpiada (387 a. C.). Si retrotraemos el
tiempo anterior a la toma de la ciudad hasta Lucio Ju-
nio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino, los primeros cón-
sules de Roma después de la caída de los reyes, el pe-
5 ríodo comprendido es de ciento veinte años. Esto se
puede demostrar de muchas maneras, pero en concreto
con las actas de los censores, que son transmitidas de
padres a hijos y se pone mucho interés en que pasen
a la posteridad, como los ritos familiares: muchos hom-
bres ilustres de las familias de los censores conservan
estas memorias. En ellas encuentro que dos años antes
de la toma de la ciudad hubo un censo del pueblo de
Roma, en el que, como en los demás, está añadida la
fecha, así: «En el consulado de Lucio Valerio Potito y
Tito Manlio Capitolino, ciento diecinueve años después
6 de la expulsión de los reyes». Así pues, la invasión cel-
ta, que descubrimos que ocurrió dos años después del
censo, tuvo lugar cumplidos los ciento veinte años. Y
si se tiene en cuenta que este intervalo de tiempo fue
de treinta olimpiadas, por fuerza hay que admitir que
los primeros cónsules designados desempeñaron su ma-
gistratura en el primer año de la LXIII Olimpiada, du-
rante el arcontado de Iságoras en Atenas (507 a. C.).

Cómputo de los reyes de Roma

75 Y contando el tiempo hacia atrás
desde la expulsión de los reyes hasta
Rómulo, el primero que gobernó la
ciudad, resulta un total de doscien-
tos cuarenta y cuatro años. Esto se
sabe por el orden en que se sucedieron los reyes y por
los años que cada uno estuvo en el poder. Se dice que
Rómulo, el fundador de la ciudad, reinó treinta y siete
años, y después de su muerte la ciudad estuvo sin rey
2 durante un año. Luego, Numa Pompilio, que fue elegido
por el pueblo, reinó cuarenta y tres años. Después de
Numa, Tulo Hostilio, treinta y dos; y su sucesor, Anco

Marcio, veinticuatro. Después de Marcio, Lucio Tarqui-
nio, llamado Prisco, reinó treinta y ocho años. A éste
le sucedió Servio Tulio durante cuarenta y cuatro. El
asesino de Servio, el tirano Lucio Tarquinio, que por
su desprecio a la justicia fue llamado Soberbio, prolon-
gó su reinado durante veinticinco años. Doscientos cua- 3
renta y cuatro años completos, o sea sesenta y una
Olimpiadas, fue el tiempo que los reyes estuvieron en
el poder, de modo que por fuerza Rómulo, el primero
que gobernó la ciudad, empezó su reinado el primer
año de la VII Olimpiada, cuando Cárope en Atenas esta-
ba en el primer año de su década como arconte (751
a. C.). Pues bien, el cómputo de los años exige esto. Ya
he indicado en aquel tratado que mencioné los años que
gobernó cada uno de los reyes.

Así pues, ésta es la información dada por los que 4
vivieron antes que yo y con los que estoy de acuerdo,
acerca de la época en que fue fundada la ciudad que
ahora posee la hegemonía. En cuanto a sus fundadores,
quiénes fueron y por qué vicisitudes de la fortuna tu-
vieron que enviar la colonia, y cualquier otro dato rela-
tivo a este asentamiento, todo eso ha sido relatado por
muchos y algunos han contado la mayoría de las cosas
de diferente forma; también yo voy a contar lo más ve-
rosímil de estas historias. Es como sigue:

Maquinaciones de Amulio contra la familia de Númitor

Cuando Amulio subió al trono de 76
los albanos, después de haber ex-
cluido por la fuerza a su hermano
mayor Númitor, al que le correspon-
día la dignidad paterna, además de
actuar en cualquier situación con total desprecio hacia
la justicia, incluso finalmente tramó dejar la familia de
Númitor sin descendencia, no sólo por temor a sufrir
un castigo, sino también por deseo de no ser cesado
nunca del poder. Habiendo planeado esto durante mu- 2
cho tiempo, primero acechó el lugar donde solía ir de

caza el hijo de Númitor, Egesto, que había llegado entonces a la edad adulta, y tendiéndole una emboscada en el lugar más escondido, lo mató cuando salió a cazar; y después del crimen, procuró que se corriera el rumor de que el muchacho había sido muerto por unos ladrones. Sin embargo, la verdad, que se había intentado ocultar, triunfó sobre el falso rumor y muchos se atrevieron a contar lo sucedido incluso arriesgando su
3 seguridad personal. Númitor se enteró de lo sucedido y, guiándose más por la razón que por el sentimiento, fingió que no lo sabía, decidiendo aplazar su cólera para un momento menos peligroso. Amulio, cuando supuso que el asunto del muchacho ya estaba olvidado, inició un segundo plan: designó a la hija de Númitor, Ilia (según algunos escritores Rea, de sobrenombre Silvia), que estaba en edad de casarse, como sacerdotisa de Vesta, con el fin de que no entrara en seguida en casa de ningún hombre y pudiera parir vengadores de su familia. Estas doncellas sagradas, a quienes era confiada la custodia del fuego perpetuo y cualquier otro rito que por costumbre debían celebrar doncellas en nombre de la comunidad, eran obligadas a permanecer vírgenes sin casarse durante un período de tiempo de cinco años
4 como mínimo [185]. Amulio iba poniendo en marcha su plan con muy buenas palabras, como si lo hiciera para otorgar honor y gloria a la familia. Decía que él no había establecido esta ley, común para todos, y que su hermano no era la primera persona de consideración a la que él había obligado a cumplirla; y era usual y honorable entre los albanos designar como servidoras de Vesta a las doncellas más ilustres. Pero Númitor, dándose cuenta de que su hermano no hacía esto con buena intención, sin embargo no demostraba su cólera

185 Desde Numa, el tiempo de sacerdocio de las vestales fue de treinta años.

para no ganarse el odio del pueblo, y guardaba en secreto este agravio.

Violación de Rea Silvia

Cuatro años después, cuando Ilia iba al bosque consagrado a Marte para recoger agua pura que utilizaría en los sacrificios, alguien la violó en el recinto sagrado. Algunos dicen que fue uno de los pretendientes de la muchacha, que estaba enamorado de ella; otros dicen que lo hizo el propio Amulio más por traición que por deseo, cubriéndose con armas para dar un aspecto terrorífico y ocultando lo más posible los rasgos que pudieran ser reconocibles. Pero la mayoría de los escritores cuentan que fue una imagen de la divinidad a quien estaba consagrado el lugar, y añaden al suceso otras muchas señales divinas, como una repentina desaparición del sol y una oscuridad que se extendía por el cielo; y el aspecto de la imagen era mucho más maravilloso que el de los hombres por su estatura y belleza. Afirman que el violador dijo a la muchacha para consolar su pena que no se afligiera por lo sucedido (desde entonces fue evidente que se trataba de un dios), pues ella se había unido en matrimonio con la divinidad que poseía el lugar y, como consecuencia de la violación, pariría dos hijos muy superiores a los hombres en valor y cualidades guerreras. Y después de decirle esto, se envolvió en una nube y, elevándose de tierra, fue transportado hacia arriba por el aire.

Ahora no es el momento oportuno de considerar qué opinión nos merecen tales sucesos, si debemos despreciarlos como fechorías humanas atribuidas a los dioses, pues un dios no se atrevería a realizar ningún acto indigno de su imperecedera y bienaventurada naturaleza, o si debemos admitir estas historias, pensando que cualquier sustancia del universo es una mezcla, y entre el linaje mortal y el divino existe una tercera naturale-

za, la raza de los démones, que unas veces se une con hombres y otras, con dioses, y de ella dicen que procede el mítico linaje de los héroes. Pero sobre estos asun-
4 tos ya es suficiente lo que han dicho los filósofos. Pues bien, la muchacha después de la violación fingió estar enferma (esto se lo aconsejó su madre por su propia seguridad y por sus deberes religiosos para con los dioses), y ya no acudió más a los sacrificios, sino que los ritos que ella debía celebrar corrieron a cargo de las demás doncellas que desempeñaban la misma función.

Parto de Rea Silvia

78 Sin embargo, Amulio, empujado por el conocimiento de lo ocurrido o por la sospecha de la verdad, empezó a investigar cuál era la verdadera causa de su alejamiento de los ritos durante tanto tiempo. Envió a los médicos en quienes más confiaba y, como las mujeres alegaban que la enfermedad debía ser guardada en secreto ante el resto de la gente, dejó a su propia esposa vigilando a
2 la muchacha. Y cuando ella, por algunos indicios propios de mujer, descubrió lo que era desconocido para los demás, la acusó de ello, y para que no se ocultara en el momento del parto (que ya estaba cerca), Amulio la puso bajo la vigilancia de hombres armados. Y, convocando a su hermano al Consejo, no sólo reveló la corrupción que los demás desconocían, sino que acusó a los padres de ser los cómplices de la muchacha, y le ordenó que no ocultara al culpable, sino que lo delata-
3 ra. Númitor dijo que aparte de estar oyendo cosas increíbles, era inocente de todo lo que se le acusaba y solicitó tiempo para demostrar la verdad. Después de conseguir a duras penas una demora, y cuando se enteró del asunto por su mujer tal como se lo había contado su hija en un principio, reveló la violación llevada a cabo por el dios, contó las palabras pronunciadas por él acerca de los hijos gemelos y pidió que creyeran este

relato si el fruto del parto era tal como el dios había
indicado, pues la muchacha estaba ya próxima al parto,
de modo que pronto se descubriría si él estaba mintien-
do. Ofrecía también a las mujeres que vigilaban a la
joven y no prescindía de ninguna prueba. La mayoría 4
de los consejeros se convencieron al oír sus palabras,
pero Amulio declaró que ninguna de sus peticiones era
razonable y estaba decidido a acabar con la muchacha
por cualquier medio. Mientras sucedía esto, se presen-
taron los encargados de vigilar el parto y anunciaron
que la muchacha había parido dos gemelos varones. In-
mediatamente, Númitor abundó en los mismos argu-
mentos, señalando que el asunto era obra de un dios
y pidiendo que no cometieran ningún ultraje contra su
hija que no era responsable de su estado. Por su parte,
Amulio creía que en el asunto del parto había existido
alguna estratagema humana y que las mujeres habían
preparado otro niño a escondidas de los guardianes o
con su complicidad, y dijo muchas más cosas en este
sentido. Cuando los consejeros comprendieron que el 5
criterio del rey se regía por una cólera implacable, de-
cidieron, como él pretendía, cumplir la ley que ordena-
ba que una vestal, si deshonraba su cuerpo, muriera
azotada con varas y su descendencia fuera arrojada a
la corriente del río. Sin embargo, ahora la ley de los
ritos ordena que tales mujeres sean enterradas vivas.

Rómulo y Remo son arrojados al Tíber. Episodio de la loba

Hasta aquí, la mayoría de los es- 79
critores cuentan la misma historia o
introducen una pequeña variación,
unos tendiendo hacia lo legendario y
otros, hacia lo más verosímil, pero
difieren en los sucesos posteriores. Unos dicen que la 2
muchacha fue muerta inmediatamente; otros, que fue
encerrada en una oculta prisión bajo vigilancia, lo cual
indujo al pueblo a pensar que la habían matado a es-
condidas. Estos últimos dicen que Amulio se compade-

ció cuando su hija le suplicó el perdón para su prima, pues se habían criado juntas, tenían la misma edad y se querían como hermanas. Amulio le concedió este favor (ya que era su única hija) y libró de la muerte a Ilia, pero la encerró en un lugar secreto bajo vigilancia y con el tiempo fue liberada, después de la muerte de
3 Amulio. Así pues, éstas son las variaciones que presentan las historias antiguas acerca de Ilia, pero cada una de ellas es razonada como verdadera. Por eso, también yo he hecho mención de ambas y el propio lector sabrá cuál debe creer.

4 Pero sobre la descendencia de Ilia, Quinto Fabio, llamado Píctor, a quien Lucio Cincio, Porcio Catón, Calpurnio Pisón y la mayoría de los demás escritores han seguido, escribe así: por orden de Amulio, unos servidores colocaron a los bebés en una cesta y se los llevaron con la idea de tirarlos al río, que distaba de la ciudad
5 alrededor de ciento veinte estadios. Pero cuando estuvieron cerca y vieron que el Tíber, fuera de su cauce natural, se había desviado hacia las llanuras por las continuas lluvias, bajaron de la cima del Palatino hasta el agua más próxima (pues ya no podían avanzar más) y colocaron la cesta sobre el agua, donde la riada alcanzaba el pie de la montaña. La cesta estuvo flotando durante algún tiempo y luego, cuando la corriente bajó un poco de nivel, tropezó con una piedra y, volcando,
6 arrojó fuera a los bebés. Éstos, gimiendo, daban vueltas en el lodo, cuando apareció una loba que acababa de parir y tenía sus ubres llenas de leche, que les acercó a la boca para que mamaran y, lamiéndolos con su lengua, les quitó el barro del que estaban cubiertos. En ese momento, casualmente iban unos pastores llevando los rebaños a pastar (pues el lugar ya era transitable) y uno de ellos, cuando vio cómo la loba acogía a los bebés, se quedó boquiabierto durante algún tiempo de estupor e incredulidad ante lo que veía. Después, fue y

reunió a todos los pastores que pudo de los que guardaban sus rebaños cerca y, como no creían sus palabras, los llevó a que contemplaran el propio espectáculo.
Cuando aquéllos se acercaron y vieron que la loba cuidaba a los bebés como si fueran sus hijos y ellos se agarraban a ella como si fuera su madre, supusieron que estaban ante un hecho sobrenatural y se acercaron todos juntos para amedrentar con sus gritos al animal. Sin embargo, la loba no se irritó demasiado por la llegada de los hombres, sino que, como si estuviera domesticada, se apartó suavemente de los bebés y se marchó sin prestar ninguna atención a la reunión de pastores. No muy lejos de allí había un lugar sagrado totalmente cubierto de un espeso bosque, y de la cavidad de una roca manaba una fuente; se decía que era el bosque de Pan y allí había un altar dedicado a este dios[186]. La loba fue a este lugar y se ocultó. Pues bien, el bosque sagrado ya no existe, pero la cueva de la que brotaba el manantial se puede ver edificada[187] junto al Palatino, en el camino que conduce al Circo; y cerca de allí hay un recinto sagrado donde está colocada una escultura que hace referencia a este suceso y representa a una loba amamantando a dos niños: es una obra en bronce, de estilo arcaico[188]. Según se dice, este mismo sitio había sido un lugar sagrado de los colonizadores arcadios que vinieron con Evandro.

(Números al margen: 7 junto a «Cuando aquéllos se acercaron…»; 8 junto a «res. No muy lejos de allí…».)

[186] Véase la descripción del Lupercal dada en el cap. 32.

[187] La cueva, con el tiempo, llegó a ser un altar y tuvo algún tipo de estructura arquitectónica. Se nombra al Lupercal en el *Monumentum Ancyranum* (4, 2), en una lista de edificios públicos reparados por Augusto.

[188] La escultura mencionada aquí es la que se erigió cerca del *Ficus Ruminalis* en el 295 a. C. Otro grupo parecido estuvo colocado en la cima del Capitolio y fue dañado por un rayo en el 65 a. C. La loba de este segundo grupo es casi sin duda la conservada en el Palazzo dei Conservatori. Es de alrededor del 600 a. C., en cambio los niños son una restauración moderna.

9 Cuando el animal se alejó, los pastores cogieron a los bebés interesándose por su crianza pues pensaban que los dioses querían su salvación. Entre ellos había uno que se ocupaba de las piaras de cerdos del rey, de nombre Fáustulo, hombre honesto, que había estado en la ciudad por algún asunto necesario los mismos días en que se descubrió la desgracia de Ilia y el parto. Y después de esto, cuando los bebés eran llevados al río, por una divina providencia cogió el mismo camino para ir al Palatino y fue con quienes los llevaban. Este hombre, sin dar a los demás ninguna muestra de que sabía algo del asunto, pidió que se le entregaran los niños, y tomándolos de común acuerdo con todos, se fue a lle-
10 várselos a su mujer. Y al encontrarla muy afligida porque acababa de parir y se le había muerto su bebé, la consoló y le dio los niños para que lo sustituyeran, contándole desde el principio todas las vicisitudes de su fortuna.

Cuando crecieron, a uno le puso de nombre Rómulo y a otro, Remo. Éstos se hicieron hombres y, tanto por la dignidad de su aspecto como por su buen juicio, no parecían porqueros o vaqueros, sino lo que uno esperaría de los nacidos de linaje real y tenidos por vástagos de los dioses; así, todavía hoy son celebrados por los
11 romanos en sus himnos tradicionales. Sin embargo, su vida era la propia de un vaquero; se mantenían de su propio trabajo, la mayoría de las veces en las montañas, en cabañas cubiertas que se habían construido a base de madera y cañas. Una de ellas todavía existía en mi época, la llamada cabaña de Rómulo[189], en el lado del Palatino que mira hacia el Circo, y es conservada como sagrada por quienes se encargan de estos

---

[189] Hubo también otra casa de Rómulo en el Capitolio, seguramente una réplica de la del Palatino. Vitruvio menciona la antigua costumbre de construir tejados a base de cañas, ramas y paja y cita como ejemplo la cabaña de Rómulo en el Capitolio.

asuntos, sin intentar hacerla más suntuosa, pero si sufre algún daño por las tormentas o por el paso del tiempo, reparan la parte deteriorada restaurándola en la medida de lo posible.

Cuando Rómulo y Remo tenían dieciocho años más 12
o menos, surgió una disputa acerca del pasto entre ellos y los vaqueros de Númitor, que tenían sus establos en la colina del Aventino, frente al Palatino. Con frecuencia unos y otros se acusaban mutuamente de pastar en la tierra que no les correspondía, de acaparar uno solo la que era de todos o de cualquier otra cosa que surgiera. Estas discusiones acabaron en golpes, primero con las manos y después con armas. Como los 13
hombres de Númitor recibieron muchas heridas a manos de los muchachos e incluso perdieron a algunos de los suyos y, finalmente, fueron expulsados por la fuerza de aquellos lugares, prepararon una treta contra ellos. Les tendieron una emboscada en un lugar poco visible de un barranco y, después de acordar el momento oportuno para el ataque con los que acechaban a los muchachos, los demás durante la noche se lanzaron en masa contra los rediles. Casualmente, al mismo tiempo Rómulo había ido con los aldeanos más distinguidos a cierto lugar llamado Cenina [190] para celebrar los sacrificios tradicionales en nombre de la comunidad. Remo, 14
que se enteró del ataque, se armó rápidamente y, con unos pocos aldeanos que se apresuraron a reunirse, fue a prestar ayuda a su hermano. Pero los atacantes no le esperaron, sino que huyeron con objeto de atraerle a un lugar donde se darían la vuelta para lanzarse contra él en mejores condiciones. Remo, desconociendo la estratagema, los persiguió durante mucho trecho y pasó de largo el lugar donde estaban emboscados los otros; entonces, los hombres que estaban al acecho se

[190] *Caenina*: ciudad cercana a Roma.

levantaron y los que huían se volvieron haciéndoles frente. Cuando tuvieron rodeados a Remo y los suyos, les hirieron con muchas piedras y los cogieron prisioneros, pues habían recibido de sus amos la orden de llevar a los muchachos vivos. Así, Remo fue conducido prisionero.

Versión de Elio Tuberón. Captura de Remo

80 Sin embargo Elio Tuberón, hombre experto y preocupado por la recopilación de los datos históricos, escribe que los hombres de Númitor, al enterarse de que los jóvenes iban a celebrar en honor de Pan las Lupercales [191], la fiesta arcadia que instituyó Evandro, les hicieron una emboscada en aquella ocasión de la ceremonia cuando los jóvenes que vivían cerca del Palatino, tras haber sacrificado en el templo Lupercal, debían rodear la aldea corriendo desnudos con las pieles de las víctimas recientes rodeando sus vergüenzas. Esto significaba una purificación tradicional de los aldeanos, como incluso
2 también ahora se hace. En ese momento los vaqueros acecharon en una estrechez del camino a los muchachos ejecutores del sacrificio, y cuando el primer grupo que venía con Remo, estuvo junto a ellos, mientras que los que estaban con Rómulo y los otros marchaban detrás (pues se habían dividido en tres partes y corrían con intervalos) sin esperar a los demás se lanzaron contra los primeros gritando a la vez y rodeándolos, y los atacaron unos con dardos, otros con piedras, otros con lo que cada uno tenía a mano. Los jóvenes, sorprendidos por el inesperado suceso y sin saber qué hacer para luchar inermes contra hombres armados, fueron
3 capturados con gran facilidad. Remo en poder de sus

---

[191] Fiesta en honor de Fauno Luperco celebrada el 15 de febrero, en la que los lupercos, desnudos, daban la vuelta al Palatino provistos de correas hechas con la piel de una cabra que acababan de inmolar y azotaban con ellas a las mujeres que encontraban. De este modo creían volverlas fecundas.

enemigos, tal como Fabio nos transmitió, fue conducido encadenado a Alba. Rómulo, cuando supo lo sucedido a su hermano, pensó que era preciso perseguirlos rápidamente con lo más selecto de los pastores, con idea de encontrar a Remo aún en el camino. Pero fue disuadido por Fáustulo que veía que su prisa era insensata. Este hombre considerado su padre, que vivió ocultando a los muchachos secretos del tiempo anterior para que no se lanzaran demasiado pronto a correr riesgos antes de estar en la plenitud de sus fuerzas, obligado entonces por la necesidad le habló a Rómulo solo. Al enterarse el joven de toda la suerte que les había correspondido desde el principio, se llenó de compasión por su madre y de preocupación por Númitor, y tras reflexionar largamente con Fáustulo decidió contener al punto su impulso, utilizar una fuerza mayor para apartar a toda su familia de la maldad de Amulio, correr el máximo riesgo por las mayores recompensas y hacer con su abuelo lo que él decidiese.

Númitor habla con Remo

Una vez que le pareció que este 81
plan era el mejor, Rómulo convocó a todos los aldeanos y les pidió que marcharan rápidamente a Alba, pero que no entrasen todos por las mismas puertas ni juntos para no despertar sospecha hacia ellos en la ciudad, y permanecieran en el foro dispuestos a hacer lo ordenado; él salió el primero hacia
la ciudad. Los que conducían a Remo, cuando estuvie- 2
ron ante el rey, le relataron todas las ofensas que habían recibido de los muchachos y le mostraron sus heridas, anunciándole que si no obtenían venganza abandonarían los rebaños. Amulio, como quería agradar a los campesinos, que habían venido en gran número, y a Númitor (pues estaba presente y compartía la indignación de sus clientes), deseaba paz en la región y a la vez sospechaba de la arrogancia del joven, que no

se alteraba al hablar, lo entregó a la justicia. Nombró
a Númitor responsable del castigo, diciéndole que al
que ha cometido ofensas le corresponde recibir castigo
3 no a mano de ningún otro sino del que las sufrió. En
tanto Remo era conducido por los vaqueros de Númitor
con las manos atadas atrás y siendo objeto de burla por
parte de quienes lo conducían, Númitor, mientras lo se-
guía, admiraba su apariencia física, de gran dignidad
real, y pensaba en la nobleza de su espíritu, que había
conservado en la desgracia al no volcarse en lamentos
como hacen todos en tal suerte, sino enfrentándose a
4 su destino con un correcto silencio. Cuando llegaron a
su casa ordenó a los otros que se marcharan, y a Remo
solo le preguntó quién era y de quiénes era hijo, pen-
sando que tal hombre no podía haber nacido de cual-
quiera. Remo le dijo lo que sabía sólo por la informa-
ción del que lo había criado: que fue expuesto recién
nacido junto con su hermano gemelo en un bosque y
tras ser encontrado por unos pastores fue criado por
ellos. Después de un breve momento Númitor, por su-
poner algo de la verdad o por conducir la divinidad el
5 asunto a la luz, le dijo: «No es necesario que te diga,
ya lo sabes, que estás en mi poder, Remo, para sufrir
el castigo que yo te imponga, y que quienes te trajeron
aquí tras haber padecido muchas ofensas tendrían mu-
cho interés en hacerte morir. Si yo te liberase de la
muerte y de cualquier otro castigo, ¿me mostrarías gra-
titud, y si te lo pidiera, me ayudarías en lo que será
6 un bien común para ambos?». El muchacho le contestó
que a cuantos están sin esperanza de vida la posibilidad
de ser salvados los anima a hablar y a prometer a quie-
nes tienen ese poder. Númitor ordenó liberarlo y que
todos marcharan fuera; entonces le contó sus propias
vicisitudes, que Amulio, su hermano, le había arrebata-
do el trono y privado de sus hijos, matando a su hijo
secretamente en una cacería y guardando a su hija en-

carcelada en una prisión, y en lo demás continuaba tratándolo como un señor a su esclavo.

Rómulo se reúne con Númitor y Remo. Detención de Fáustulo

Tras decir esto y lanzar grandes 82 lamentos en su relato, pidió a Remo que fuese vengador de las desgracias de su casa. El muchacho aceptó contento la propuesta y al punto pidió que lo mandara a la empresa; Númitor elogió su celo y le dijo: «Yo calcularé el momento oportuno para la acción, tú mientras tanto manda a tu hermano un mensaje secreto para todos los otros, anunciándole que estás a salvo y pidiéndole que venga rápidamente». Des- 2
pués de esto enviaron a un hombre escogido, que parecía servirles fielmente, y tras encontrar a Rómulo que estaba no lejos de la ciudad le reveló su mensaje. Éste, enormemente contento, llegó apresuradamente junto a Númitor; primero saludó a ambos abrazándolos, luego narró la exposición de los dos y su crianza y todo cuanto supo por Fáustulo. A ellos, que querían y no necesitaban muchas pruebas para creer, lo dicho les resultó de su agrado. Y en cuanto se reconocieron mutuamente, al momento se organizaron en común y se pusieron a examinar cuál sería el modo o la ocasión oportuna para el ataque. Mientras ellos estaban en eso, Fáustulo 3
fue llevado ante Amulio; pues temiendo que a Númitor no le pareciese creíble lo que Rómulo decía al revelar un grave asunto sin pruebas visibles, recogió como muestra de reconocimiento la cuna de la exposición de los niños y poco después lo siguió hasta la ciudad. Pero 4
al atravesar las puertas muy agitado y procurando no hacer visible a nadie lo que llevaba lo vio uno de los guardias (pues se temía una incursión de los enemigos y los más fieles al rey guardaban las puertas), lo detuvo y tras pedirle conocer lo que llevaba oculto le levantó por la fuerza el manto. Cuando vio la cesta y al hombre en apuros, exigió que explicase por qué era su turba-

ción y por qué su decisión de no mostrar un objeto que
5 no precisaba transporte secreto. En tanto, muchos de
los guardias acudieron y uno de ellos reconoció la ces-
ta, pues él mismo había llevado a los niños en ella al
río y lo explicó a los presentes. Ellos rodearon a Fáus-
tulo, lo llevaron ante el propio rey y le contaron lo
6 sucedido. Amulio empezó asustando al hombre con la
tortura si no decía voluntariamente la verdad y prime-
ro le preguntó si los niños estaban vivos. Cuando lo su-
po preguntó de qué manera fue su salvamento. Tras ex-
plicarle todo lo sucedido, el rey le dijo: «Vamos, puesto
que has dicho la verdad, di dónde los podría encontrar
ahora, pues no es justo que estén entre vaqueros y lle-
ven una vida sin gloria siendo mis parientes, sobre todo
al haber sido salvados por la providencia de los
dioses».

Muerte de Amulio

83 Fáustulo, movido por la descon-
fianza de su inesperada amabilidad,
creyó que sus pensamientos no eran
acordes con sus palabras y le contes-
tó del siguiente modo: «Los chicos
están en los montes guardando sus rebaños, lo que
constituye su vida; yo he sido enviado por ellos para
exponer a su madre cuál es su suerte. Al oír que estaba
bajo tu custodia iba a pedirle a tu hija que me conduje-
ra hasta ella. Traía la cesta para poder mostrar una
prueba evidente además de mis palabras. Ahora, puesto
que has decidido traer aquí a los jóvenes, me alegro y
puedes enviar conmigo a quienes quieras. A los que
vengan yo les mostraré a los muchachos, para que les
2 den tus mensajes». Dijo esto queriendo encontrar un
aplazamiento en la muerte de los chicos, y al tiempo
esperando huir de sus conductores cuando estuviera en
los montes. Amulio, tras dar órdenes ocultas a sus más
fieles guardias, que debían prender a aquellos que les
mostrase el porquero para traerlos ante él, los envió
rápidamente. Después de hacer esto tomó la decisión

de llamar en seguida a su hermano y tenerlo en libertad vigilada [192] hasta poner en orden los actuales asuntos; y lo llamó como para otra cuestión. Pero el 3
mensajero enviado, movido a benevolencia por el peligro que corría y a compasión por su destino, informó a Númitor de la intención de Amulio. Éste explicó a los muchachos el peligro que se había abatido sobre ellos y los exhortó a ser valientes, luego se presentó en palacio con hombres armados de entre sus clientes y amigos y una gran banda de su servidumbre de confianza. Llegaron también los que habían venido a la ciudad procedentes del campo y habían abandonado el foro con espadas ocultas bajo sus ropas, una banda poderosa. Tras forzar en un ataque conjunto la entrada, que no estaba guardada por muchos soldados, degollaron fácilmente a Amulio y después se apoderaron de la ciudadela. Esto es lo contado por Fabio.

Explicación realista de la historia de Rómulo y Remo

En cambio otros, que piensan 84
que lo fabuloso no es apropiado para un escrito histórico, afirman que la exposición de los recién nacidos, realizada por los sirvientes de manera distinta a como les fue ordenado, no es verosímil, y la mansedumbre de la loba, que ofreció sus ubres a los niños, la rechazan como una historia llena de extravagancia dramática. Oponiéndose a esto dicen que Númi- 2
tor, cuando supo que Ilia estaba embarazada, preparó otros niños recién nacidos y cuando ella parió cambió a los niños y entregó los extraños a los guardias para que los llevaran fuera, bien comprando su lealtad con dinero, bien tramando el cambio con ayuda de mujeres, y Amulio, tras recibirlos, los hizo perecer de cualquier

[192] Lit. «en vigilancia sin cadenas», probablemente traducción del latín *libera custodia*. En tiempos posteriores las personas de alto rango quedaban bajo custodia en su propia casa o en la de un magistrado.

otra manera. A los nacidos de Ilia su abuelo, haciendo todo lo posible para salvarlos, los entregó a Fáustulo.
3 Dicen que este Fáustulo era de origen arcadio, descendiente de los que vinieron con Evandro, y habitaba cerca del Palatino cuidando las posesiones de Amulio. Fue convencido por su hermano Faustino, que vigilaba los rebaños de Númitor que pastaban cerca del Aventino, para que hiciera a Númitor el favor de criar a los ni-
4 ños. La que crió a los niños y les dio el pecho dicen que no fue una loba, sino como es natural una mujer que vivía con Fáustulo, de nombre Laurencia, a la que por haber prostituido en un tiempo los encantos de su cuerpo los residentes en el Palatino le pusieron el sobrenombre de Lupa [193]. Éste es un antiguo apodo griego [194] aplicado a las mujeres que venden el placer, que ahora se llaman, con una denominación más respetable, heteras. Pero algunos ignorando esto forjaron la leyenda de la loba, puesto que en la lengua que habla
5 el pueblo latino se llama *lupa* este animal. Cuando los niños terminaron la lactancia, fueron entregados por quienes los criaron a Gabios [195], ciudad pequeña situada cerca del Palatino, para que recibieran una educación griega, y allí fueron criados por huéspedes personales de Fáustulo, aprendiendo letras, música y el uso
6 de las armas griegas hasta su juventud. Cuando volvieron junto a sus supuestos padres ocurrió la disputa entre ellos y los vaqueros de Númitor por los pastos comunes. Por esta razón los golpearon como para llevarse los rebaños; lo hicieron según el plan de Númitor, para que se produjera una causa para sus acusaciones y al

193 Esta palabra se encuentra en diversos autores latinos con el sentido de prostituta, y la palabra *lupanar* como burdel.

194 Parece que «griego» es un error por «latino». Nunca el equivalente griego de *lupa* (*lýkaina*), se encuentra usado con ese sentido.

195 *Gabii*: ciudad del Lacio situada al este de Roma a unos 15 kilómetros.

tiempo una excusa para la presencia de gente pastoril
en la ciudad. Cuando esto se llevó a cabo, Númitor gri- 7
tó contra Amulio diciendo que había recibido ofensas
al sufrir pillaje de sus vaqueros, y le pidió que si él
no era responsable de nada entregase al vaquero y a
sus hijos para imponerles castigo. Amulio, queriendo li-
berarse de la acusación, ordenó que fueran ante Númi-
tor para recibir el castigo no sólo los culpables sino
también todos los otros acusados de estar presentes en
el suceso. Cuando mucha gente fue junto con los acusa- 8
dos con la excusa de recibir justicia, el abuelo materno
contó a los muchachos todas las vicisitudes que les ha-
bían sobrevenido y les dijo que ahora era el momento
de cobrar venganza, y al punto realizó el ataque con
el grupo de pastores. Esto es lo que se dice acerca del
nacimiento y crianza de los fundadores de Roma.

Rómulo y Remo parten a fundar una ciudad

Voy a narrar ahora lo relativo a 85
la propia fundación (pues aún me
queda esta parte de la historia). En
efecto, cuando tras la muerte de
Amulio Númitor tomó el poder, des-
pués de un corto tiempo durante el que reorganizó la
ciudad a la antigua manera sacándola del anterior de-
sorden, inmediatamente pensó procurar a los mucha-
chos un gobierno propio fundando otra ciudad. Además 2
la masa de ciudadanos había tenido un gran crecimien-
to y pensaba poder librarse correctamente de ellos, es-
pecialmente de los que alguna vez tuvieron diferencias
con él, sin despertar sus sospechas. Tras comunicarlo
a los muchachos, cuando ellos decidieron, les entregó
como territorio para gobernar el lugar donde siendo ni-
ños fueron criados, y como población la que le resulta-
ba sospechosa de intentar organizar pronto una rebe-
lión, y también toda la que quisiera voluntariamente
emigrar. Entre éstos había mucha gente plebeya, como 3
es normal en una ciudad desplazada, pero también un

número considerable de la clase dominante y los considerados más nobles de los descendientes de los troyanos, de los que incluso aún perduran algunas estirpes en nuestros días, unas cincuenta familias. Equipó a los jóvenes con dinero, armas, trigo, esclavos, animales de tiro y carga, y todo lo conveniente para la construcción
4 de una ciudad. Una vez que los jóvenes sacaron de Alba a su pueblo, lo mezclaron con la población de allí que quedaba en el Palatino y cerca de Saturnia, y dividieron a todo el pueblo en dos grupos. Esto les produjo afán de emulación para llevar a término rápidamente los trabajos por la rivalidad mutua, pero fue causa del
5 peor mal, la división política. Los pertenecientes a cada grupo exaltaban a su propio caudillo como el más indicado y lo animaban para mandar sobre todos, y ellos, que ya no tenían los mismos planes ni se dignaban considerar su relación filial, pensando dominar uno al otro, rechazaban la igualdad y aspiraban a la superioridad. Durante un tiempo sus ambiciones estuvieron ocultas, pero luego brotaron con el motivo siguiente.
6 Cada uno escogió un lugar distinto donde deberían construir la ciudad, pues la opinión de Rómulo era habitar el Palatino por una serie de razones y además por la buena suerte del lugar, que les procuró a ellos salvación y crianza. Remo decidió habitar una colina llamada ahora por él Remoria[196]. El lugar es adecuado para acoger una ciudad, una colina situada no lejos del Tíber, distante de Roma unos treinta estadios. A partir de esta disputa se mostró en seguida un insaciable amor al poder, pues al que cediera el vencedor se le iba a imponer en todo de igual manera.

---

196 Esta colina no está identificada. El nombre se daba también a un lugar en la cima del Aventino donde Remo se sentó para recibir los auspicios (cap. 86, 2).

Disputa por el poder. Consulta de augurios

Pasó cierto tiempo en esto, y 86
puesto que la disensión no disminuía, decidieron ambos remitirse a su abuelo materno y marcharon a Alba. Él les propuso esto: hacer a los dioses jueces de cuál de los dos debía dar su nombre a la colonia y tener la hegemonía. Tras fijar un día, les ordenó que se sentaran desde el amanecer a cierta distancia uno del otro, en los asentamientos que cada uno decidiese, y que después de hacer los sacrificios tradicionales a los dioses aguardasen augurios sagrados; aquel a quien las aves fueran primero favorables
gobernaría la colonia. Los jóvenes aprobaron la idea y 2
se marcharon, y según lo convenido se presentaron el día decisivo de la empresa. Rómulo eligió como lugar de presagio donde pensaba construir la colonia, el Palatino; Remo la colina contigua a aquella, llamada Aventino, o como dicen algunos Remoria. Una guardia de ambos estaba presente, y no se atrevería a decir lo que
no hubiera aparecido. Cuando ocuparon las posiciones 3
respectivas, tras poco tiempo, Rómulo, por la impaciencia y envidia hacia su hermano (tal vez la divinidad lo empujó), antes de observar ningún presagio envió mensajeros a su hermano y le pidió que viniera rápidamente, como si hubiera sido el primero en obtener augurios divinos. Mientras los hombres enviados por él no marchaban deprisa, avergonzados del engaño, seis buitres se le aparecieron a Remo volando desde la derecha. Al ver las aves se puso muy contento, y no mucho después los mensajeros de Rómulo lo levantaron y lo llevaron
al Palatino. Cuando estuvieron en el mismo lugar Remo 4
preguntó a Rómulo qué presagios había visto él el primero, y éste no sabía qué responder. Entonces se vieron volando doce buitres de buen augurio, al verlos tomó valor y le dijo a Remo mostrándoselos: «¿Por qué querías conocer lo sucedido antes? Tú mismo ves clara-

mente estas aves». Remo se irritó y actuó duramente pensando que había sido engañado por él, y afirmó que no le entregaría la colonia.

Batalla entre ambos hermanos

87 A partir de este incidente surgió una disputa mayor que la anterior, ya que cada uno perseguía ocultamente tener más poder, pero aparentemente lo que hacía depender de este juicio era la igualdad, pues les había dicho su abuelo materno que a quien primero se le mostrasen las aves más favorables, ése gobernaría la colonia. Pero el mismo tipo de aves fue visto por ambos y uno vencía por verlas el primero, el otro por ver mayor número. El resto del pueblo compartió su rivalidad, y armado por sus jefes comenzó una guerra. Se produjo una dura
2 batalla y gran mortandad en ambos bandos. En esta batalla algunos dicen que Fáustulo, el que crió a los jóvenes, quiso poner fin a la disputa de los hermanos y, como no era capaz de hacerlo, se lanzó sin armas en medio de los combatientes deseando alcanzar la muerte más rápida, como sucedió. Otros dicen también que el león de piedra que está situado en la parte principal del Foro romano junto a los *rostra* [197] fue colocado sobre el cuerpo de Fáustulo, enterrado por quienes lo
3 encontraron en el mismo sitio donde cayó. Remo murió en la batalla, y Rómulo consiguió una tristísima victoria por la muerte de su hermano y la matanza mutua de ciudadanos. Enterró a Remo en la Remoria puesto que vivo ocupó ese lugar para la fundación. Rómulo abatido por la pena y el arrepentimiento de lo sucedido, se abandonó a sí mismo al desprecio de la vida. Pero Laurencia, que recogió a los recién nacidos, los crió y los quería no menos que una madre, le suplicó y lo

[197] Tribuna de arengas adornada con mascarones de navíos apresados al enemigo.

animó, y persuadido por ella se recuperó. Reunió a los latinos que no habían muerto en la batalla, que eran poco más de tres mil de una multitud mucho mayor al principio, cuando preparaba la colonia, y construyó una ciudad en el Palatino.

Ésta me parece que es la historia más convincente 4
sobre la muerte de Remo. Sin embargo, ya que se nos ha transmitido alguna versión diferente, se dirá. En efecto, algunos afirman que Remo cedió su hegemonía a Rómulo, indignado y encolerizado por el engaño, y cuando la muralla estuvo construida, queriendo mostrar la debilidad de la defensa, dijo: «Cualquier enemigo vuestro la pasaría sin dificultad, como yo», y al punto la saltó de un brinco. Céler, uno de los situados sobre la muralla, que era encargado de las obras, le dijo: «Pero cualquiera de nosotros rechazaría a ese enemigo sin dificultad», y lo golpeó con la azada en la cabeza y lo mató en el acto. Tal se dice que fue el fin de la disputa entre los hermanos.

Fundación de Roma

Una vez que ya nada era obstácu- 88
lo para la fundación, Rómulo designó el día en que, tras conciliarse a los dioses, iba a emprender el comienzo de las obras, y preparó lo que debía tener dispuesto para los sacrificios y festejos del pueblo. Cuando llegó el momento fijado, tras celebrar él mismo sacrificios a los dioses y ordenar a los demás hacer lo mismo según sus posibilidades, tomó los augurios divinos en primer lugar. Después ordenó que se hicieran hogueras delante de las tiendas y sacó al pueblo para que saltara sobre las llamas como puri-
ficación de sus culpas. Cuando pensó que se había he- 2
cho todo cuanto era razonablemente grato a los dioses, llamó a todos al lugar señalado y dibujó la figura de un cuadrado alrededor de la colina trazando mediante un arado, compuesto de un buey uncido junto a una

vaca, un surco continuo que debía recibir la muralla. Desde entonces entre los romanos se conserva esta costumbre del surco alrededor del terreno en la fundación de ciudades. Hecho esto, sacrificó al buey y la vaca, y realizó las ceremonias iniciales de otros muchos sacrifi-
3 cios. Luego envió al pueblo al trabajo. Aún en mis días la ciudad de Roma celebra cada año esta fiesta situándola entre sus mayores festividades, la llaman Pariles [198]. En ella los labradores y pastores, al empezar la primavera, hacen sacrificios de acción de gracias por la fecundidad de su ganado. Si antiguamente festejaban este día con celebraciones recordándolo como el más conveniente para la fundación de la ciudad, o si hacían sagrado el comienzo de la construcción y pensaban que debían honrar en él a los dioses favorables a los pastores, no puedo decirlo con seguridad.

Roma, ciudad griega

89 Esto es lo que me fue posible descubrir con gran empeño, tras leer todos los escritos de griegos y romanos sobre el origen de Roma. De modo que ya uno puede con confianza hacerla ver como una ciudad griega, y mandar callar a quienes hacen a Roma un refugio de bárbaros, fugitivos y vagabundos; mostrando que es la ciudad más hospitalaria y amigable, reflexionando que el lina-
2 je de los aborígenes era enotrio, y éste arcadio. Recordando que a ellos se unieron los pelasgos, que eran argivos y tras dejar Tesalia llegaron a Italia. Y a la llegada de Evandro y los arcadios, que habitaron cerca del Palatino, los aborígenes les cedieron el lugar. Además

[198] Las Pariles o, mejor, Paliles era un fiesta antigua celebrada por los pastores y vaqueros el 21 de abril en honor de Pales, diosa romana protectora de los rebaños y pastores, cuyo nombre se ha puesto en relación con el de la colina del Palatino. Parece que en un principio era una divinidad masculina, apareciendo como una diosa en época histórica. Tal vez en su origen fuese una pareja de dioses.

los peloponesios que llegaron con Hércules se instala-
ron sobre la colina Saturnia. Finalmente los que aban-
donaron Troya y se mezclaron con los anteriores. Así
que no se podría encontrar un pueblo tan antiguo ni
tan griego. La fusión con los bárbaros, por la que la 3
ciudad olvidó muchas de sus antiguas instituciones, se
produjo más tarde. Y podría parecer un milagro a mu-
chos, que calculan un desarrollo normal, que no se bar-
barizase por completo al recibir a ópicos, marsios, sam-
nitas, tirrenos y brucianos, muchos miles de umbros,
ligures, celtas y otros muchos pueblos además de los
dichos, procedentes de la misma Italia, o llegados de
otros lugares, que no tenían la misma lengua ni cos-
tumbres; por lo que era natural que sus formas de vida
fuertemente sacudidas y perturbadas por tal discordan-
cia produjeran muchas innovaciones en el antiguo or-
den de la ciudad. Mientras que otros muchos al habitar 4
entre bárbaros olvidaron en poco tiempo todo lo griego,
de modo que no hablan la lengua griega ni conservan
costumbres griegas, ni creen en los mismos dioses, ni
tienen las mismas equitativas leyes (por lo que se dife-
rencia especialmente la naturaleza griega de la bárba-
ra), ni nada de las demás tradiciones comunes. Bastan
para probar esta teoría los aqueos [199] que habitan cer-
ca del Ponto, que son eleos, una raza de lo más griega,
y ahora son los más salvajes de todos los bárbaros.

Carácter civilizado de Roma

Los romanos hablan una lengua ni 90
exactamente bárbara ni completa-
mente griega, sino una mezcla de am-
bas, cuya mayor parte es eolio [200].
Esto es lo único que sacaron de sus
múltiples mezclas, el no hablar correctamente todos

---

[199] Pueblo bárbaro del Cáucaso cuyo nombre coincide con el de los griegos aqueos, de ahí la creencia de que eran descendientes de ellos. Sobre la palabra «eleos» de la línea siguiente hay problemas textuales.

[200] Dionisio debe pensar en la digamma (véase I 20, 3) que Quin-

sus sonidos; el resto de los recuerdos de su origen griego lo conservan como ningún otro de los colonos. No empezaron ahora por vez primera a vivir amistosamente, cuando a la enorme buena fortuna que cae sobre ellos la tienen como maestra de lo hermoso, ni desde que por primera vez se extendieron más allá del mar al destruir el imperio de cartagineses y macedonios, sino que desde la época en que fundaron la ciudad viven a la griega, y no se dedican más notablemente a la vir-
2 tud ahora que antes. Puedo decir innumerables cosas sobre esto, utilizar muchas pruebas y traer testimonios de hombres dignos de crédito, pero remito esto al libro que escribiré sobre su régimen de gobierno. Ahora a continuación me dedicaré a la recapitulación de lo contenido en este libro, poniéndolo como prefacio al libro siguiente.

---

tiliano (I 4, 8) llama letra eolia, y la conservación en eolio, como en dorio, de la ᾱ. Quintiliano considera al eolio el dialecto más cercano al latín.

LIBRO II

Primitivos habitantes de Italia

La ciudad de Roma[1] está situada en la parte occidental de Italia sobre el río Tíber, que desemboca aproximadamente a mitad de la costa; dista del Mar Tirreno ciento veinte estadios. Los primeros habitantes que se recuerda eran unos bárbaros autóctonos llamados sículos, que ocupaban también otras muchas regiones de Italia; de ellos se conservan muchos claros testimonios hasta nuestros días, entre otros los nombres de algunos lugares llamados sicélicos que revelan su antigua residen- 2 cia. A éstos los expulsaron los aborígenes que ocuparon el lugar; eran descendientes de los enotrios que habitaban el litoral desde Tarento hasta Posidonia. Se cuenta que eran un grupo de jóvenes consagrados a los dioses según la costumbre local y enviados por sus padres a habitar la región que la divinidad les entregara. El linaje de los enotrios era arcadio, procedente de la región antes llamada Licaonia y ahora Arcadia, que abandonaron voluntariamente para ocupar una tierra mejor, yendo al frente de la colonia Enotro, hijo de Licaón, de quien tomó el nombre el pueblo. Mientras los aboríge- 3

1

[1] Dionisio, como prometió al final de libro I, hace una recapitulación del origen de Roma antes de exponer la actividad politica y militar de Rómulo.

nes ocupaban la zona, los primeros que se les unieron fueron los pelasgos, pueblo nómada que procedía de la antes llamada Hemonia, ahora Tesalia, donde habitaron un tiempo. Después de los pelasgos vinieron los arcadios desde la ciudad de Palancio, tras hacer jefe de la colonia a Evandro, hijo de Hermes y de la ninfa Temis. Edificaron su ciudad junto a una de las siete colinas, que ahora está precisamente en medio de Roma, y
4 llamaron al lugar Palanteo por su antigua patria en Arcadia. No mucho tiempo después Hércules llegó a Italia cuando conducía a casa su ejército desde Eritía; una parte de sus fuerzas, la griega, se quedó atrás y se instaló cerca de Palanteo, junto a otra de las colinas que incluye la ciudad, que entonces era llamada Saturnia por los habitantes de allí, y ahora Capitolina por los romanos. La mayor parte de ellos eran epeos que habían abandonado su ciudad de Élide tras haber sido devastada su patria por Hércules.

Los albanos. Rómulo y Remo. Fundación de Roma

2 En la decimosexta generación después de la guerra de Troya los albanos unieron ambas localidades rodeándolas con una muralla y un foso. Hasta entonces había habido establos de vacas y corderos y refugios de los otros pastores, pues la tierra circundante ofrecía abundante hierba no sólo durante el invierno sino también en ve-
2 rano debido a los ríos que la refrescaban y regaban. El pueblo albano era una fusión de pelasgos, arcadios y epeos venidos de Élide, y finalmente de troyanos llegados a Italia tras la toma de Troya, a quienes conducía Eneas el hijo de Anquises y Afrodita. Es probable que también un elemento bárbaro procedente de sus vecinos o un resto de antiguos pobladores se haya mezclado al componente griego. Todos estos pueblos perdieron sus denominaciones por tribus y recibieron el nom-
3 bre común de latinos por Latino que fue rey de estos

lugares. Así pues, la ciudad fue fortificada por estas tribus el año cuatrocientos treinta y dos después de la toma de Troya, en la VII Olimpiada (751 a. C.). Los conductores de la colonia eran dos hermanos gemelos de la familia real. Rómulo era el nombre de uno de ellos, Remo el del otro. Por parte de su madre descendían de Eneas y eran dardánidas, pero no es fácil decir con exactitud de qué padre nacieron; los romanos creen
que fueron hijos de Marte. Sin embargo no continuaron 4
ambos como dirigentes de la colonia, sino que tras su disputa por el poder, al morir Remo en el combate, el superviviente Rómulo se convirtió en fundador de la ciudad, a la que denominó a partir de su propio nombre. El número de los que formaron con él la colonia, grande al principio cuando salieron, se quedó muy reducido: tres mil infantes y trescientos jinetes.

Rómulo somete a elección el régimen político de Roma

Así, cuando el foso estuvo termi- 3
nado, la muralla llegó a su fin y las edificaciones tuvieron los necesarios equipamientos, la situación exigía deliberar también sobre la organización política con que se regirían. Rómulo convocó una asamblea por consejo de su abuelo, que lo instruyó además sobre lo que debía decir, y explicó que la ciudad, contando con que era una fundación reciente, estaba suficientemente adornada con edificios públicos y privados. Pidió a todos que pensasen que eso no es lo más
importante en las ciudades; pues en las guerras extran- 2
jeras no bastan los profundos fosos ni los altos muros para proporcionar una tranquila sensación de seguridad a los de dentro, sino que ofrecen una única garantía: el no sufrir ningún peligro al ser sorprendidos por una incursión de enemigos. Ni, cuando disturbios internos se abaten sobre el estado, para nadie son seguros
los refugios de las casas o moradas. Estos consuelos los 3
han encontrado los hombres para calma y tranquilidad

de sus vidas, pero con ello ni impiden que sea terrible
la conspiración de los vecinos, ni hacen que las vícti-
mas de conspiración confíen en estar fuera de peligro.
Y ninguna ciudad brillante por tales cosas es próspera
y poderosa por largo tiempo; ni, por el contrario, el no
contar con suntuosos edificios privados y públicos im-
pide que una ciudad sea grande y dichosa. Son otras
las cosas que salvan y engrandecen las ciudades: en
4 las guerras foráneas la fuerza por las armas, que se
obtiene con audacia y ejercicio; en los disturbios inter-
nos la concordia de los habitantes, y mostró que ésta
proporciona la prudente y justa vida de cada ciudada-
5 no, que es utilísima para la comunidad. Y quienes se
ejercitan en las prácticas guerreras y dominan sus pa-
siones adornan mejor su propia patria, y ellos son los
que proveen de murallas inexpugnables a la comunidad
y de refugios seguros a sus propias vidas. Pero guerre-
ros, hombres justos y portadores de las restantes virtu-
des los hace el régimen de gobierno entre quienes lo
han establecido prudentemente. Y por el contrario,
hombres cobardes, avariciosos y esclavos de vergonzo-
6 sas pasiones son resultado de malas instituciones. Dijo
que había oído de ancianos, que habían llegado a saber-
lo por larga tradición, que de muchas grandes colonias
llegadas a lugares prósperos, unas se destruyeron en
seguida al caer en sediciones, otras, tras resistir duran-
te un corto tiempo, fueron obligadas a convertirse en
súbditas de sus vecinos y a cambiar la rica tierra que
ocuparon por el peor destino, pasando de libres a escla-
vas. Mientras que otras, escasas en hombres e instala-
das en territorios no muy convenientes, primero se
mantuvieron libres, y luego acabaron gobernando a
otros; y para el éxito de las menos, y para el desastre
7 de la mayoría no hay otra causa que su forma de go-
bierno. Si entre todos los hombres hubiera una única
ordenación de la vida que hiciese prósperas a las ciuda-

des, ciertamente no les sería difícil la elección. Pero ahora dijo que veía que existían muchos tipos de gobierno entre griegos y bárbaros, y de todos sabía tres especialmente elogiados por quienes los practicaban; y ninguna de estas formas era pura, sino que cada una tenía defectos congénitos, de tal modo que era difícil la elección. Les pidió que ellos, tras deliberar con calma, dijeran si querían ser gobernados por un solo hombre, por unos pocos, o bien establecer leyes para ofrecer a todos la dirección de los asuntos públicos[2]. «Yo 8
estoy dispuesto a aceptar la forma de gobierno que establezcáis», dijo, «y no desdeño mandar ni rehúso ser mandado. Tengo suficientes honores con los que me habéis concedido primero nombrándome jefe de la colonia, luego imponiendo a la ciudad mi nombre, pues ni una guerra foránea, ni una disensión interna, ni el tiempo que destruye todo lo hermoso me los arrebatarán, ni tampoco ningún golpe adverso de la fortuna. Sino que mientras viva y cuando haya dejado la vida disfrutaré de estos honores durante todo el resto de la eternidad».

La multitud elige un régimen monárquico y propone a Rómulo como rey

Tales cosas dijo Rómulo ante la 4
multitud recordando las enseñanzas de su abuelo materno, como ya dije. Ellos, tras deliberar entre sí, le respondieron: «Nosotros no pedimos un régimen nuevo, ni vamos a cambiar el que recibimos de nuestros padres, aprobado por ellos como el mejor. Seguimos la opinión de los antiguos, pues creemos que lo establecieron con la mayor sensatez, y estamos agradecidos a la fortuna; pues no sería lógico que hiciésemos reproches al régimen que nos proporcionó bajo el gobierno de reyes los mayores bienes que existen entre los hombres: libertad y dominio sobre otros. Esto es 2

[2] Monarquía, oligarquía y democracia. Es un anacronismo de Dionisio poner en boca de Rómulo referencias a la democracia.

lo que pensamos sobre el régimen político. Y este honor creemos que no le corresponde a ningún otro más que a ti por tu origen real y tus virtudes, y especialmente porque te hemos tenido como jefe de la colonia y sabemos de tu gran habilidad y de tu gran sabiduría por haberlas conocido no de palabra sino de hecho». Al oírlo, Rómulo dijo que se alegraba de ser considerado por sus hombres digno del trono. Pero que sin embargo no aceptaría el poder hasta que la divinidad lo confirmara por medio de augurios favorables.

Rómulo consulta los auspicios

5 Como también ellos estaban de acuerdo, anunció un día en que iban a consultarse los auspicios sobre el mando. Cuando llegó el momento se levantó al amanecer y salió de su tienda. En pie, al aire libre en un espacio abierto, ofreció los sacrificios que prescribe la ley, y suplicó al soberano Júpiter y a los restantes dioses a quienes había hecho protectores de la colonia que, si querían que la ciudad fuese regida por él, apareciesen signos celestes
2 propicios. Tras la plegaria un relámpago cruzó de izquierda a derecha. Los romanos consideran los relámpagos de izquierda a derecha como favorables, bien por haberlo aprendido de los tirrenos, bien por habérselo enseñado sus antepasados. Siguen tal razonamiento, según yo creo, porque el mejor asiento y situación para quienes requieren auspicios es el que mira a Oriente, por donde se produce la salida del Sol, la Luna, los planetas y las estrellas, y la revolución del universo por cuya causa unas veces todo lo que existe en él está sobre la Tierra, y otras bajo ella. Y por allí empieza la
3 Tierra a dar su movimiento circular. Para quienes miran a Oriente la izquierda es la parte que mira al Norte, la derecha la que lleva al Sur. Y la primera es por naturaleza más honrosa que la última; pues desde el Norte se eleva el polo del eje sobre el que gira el universo,

y de los cinco círculos que rodean la esfera, el llamado Ártico es visible siempre aquí. En cambio, el llamado Círculo Antártico se hunde desde el Sur y es invisible en esta zona. Es natural que los mejores signos celestes 4
y aéreos sean los que se producen por la mejor parte. Y puesto que la parte vuelta hacia el Oriente tiene preeminencia sobre la de Occidente, y de la zona oriental es más alta la parte norte que la sur, la primera será la mejor. Y algunos cuentan que, antiguamente y antes 5
de aprenderlo de los tirrenos, para los antepasados de los romanos se consideraban favorables los relámpagos desde la izquierda. Y en efecto, Ascanio, el hijo de Eneas, cuando era atacado por los tirrenos, a los que mandaba el rey Mecencio, y estaba sitiado, e iba a hacer una última salida desesperando ya de su empresa, entonces pidió con gran lamentación a Júpiter y a los otros dioses que dieran señales favorables a la salida, y dicen que estando el día claro el cielo relampagueó desde la izquierda. Y al obtener aquel combate el mejor resultado se conserva entre sus descendientes la consideración de esta señal como favorable.

Rómulo es nombrado rey. Costumbre de pedir augurios antes de tomar un cargo

Entonces Rómulo, cuando reci- 6
bió la confirmación de parte de la divinidad, convocó al pueblo a asamblea y, tras mostrar los presagios, fue nombrado rey por ellos. Y estableció como costumbre para todos los que vinieran después de él que no recibieran el trono ni cargo si la divinidad no se lo ratificaba también. Fue guardada durante mucho tiempo por los romanos la costumbre sobre los augurios, no sólo durante la monarquía de la ciudad, sino también tras la supresión de los reyes, en la elección de cónsules, pretores y los otros magistrados legales. Ya no se conserva en nuestros días, excepto un 2
resto de aquella que queda por motivos puramente religiosos. Quienes van a tomar sus cargos pasan la noche

al aire libre, y al amanecer se levantan y hacen súplicas
a cielo abierto. Algunos de los augures presentes, que
reciben salario del Estado, dicen que un relámpago les
ha dado una señal desde la izquierda, aunque no se ha
3 producido. Los otros reciben el augurio de palabra y
marchan para tomar sus cargos, unos pensando que es
suficiente que no haya habido augurios contrarios que
lo impidan, los demás incluso contra la voluntad de los
dioses, pues hay veces que más que recibir los cargos
4 los han tomado por la violencia o la rapiña. Y por causa
de ellos muchos ejércitos romanos han sucumbido por
completo en tierra, muchas armadas se han destruido
enteramente en el mar, y otras grandes y terribles calamidades cayeron sobre la ciudad, a veces en guerras
extranjeras, a veces en sediciones internas. Pero la más
notable y grande tuvo lugar en mi época cuando Licinio
Craso, un hombre no inferior a ninguno de los generales de su tiempo, hizo una expedición contra los partos [3] a pesar de oponerse la divinidad, dando de lado
los innumerables presagios que se produjeron en contra de la salida. Pero sobre el desprecio a la divinidad
que algunos manifiestan en nuestros tiempos, sería larga labor hablar.

Ordenación política de Rómulo: tribus y curias

7 Rómulo, nombrado de esta manera rey por hombres y dioses, fue reconocido como hábil y osado en la
guerra y como el más prudente para
desarrollar la mejor forma de gobierno. Voy a contar los hechos políticos y bélicos que
se expondrían normalmente en una narración histórica.
2 Hablaré en primer lugar sobre su ordenación política,
que yo considero la más válida de todas las constitucio-

[3] Referencia a la batalla que tuvo lugar cerca de la ciudad de Carras en el verano del 53 a. C. con un desastre total para las tropas romanas que tuvieron innumerables pérdidas, entre ellas el propio Craso.

nes políticas en paz y en guerra. Era como sigue: dividió todo el pueblo en tres grupos y al frente de cada uno puso como jefe al hombre más distinguido. A continuación dividió a cada uno de los tres grupos de nuevo en diez, y nombró igualmente como jefes de ellos a los más valientes. Llamó a los grupos mayores tribus y a los más pequeños curias, como se llaman todavía en nuestro tiempo. En lengua griega estos nombres se tra- 3
ducirían así: tribu por *phylé* y *trittýs*, curia por *phrátra* y *lóchos*; los hombres que tienen el mando de las tribus, que los romanos llaman tribunos, por *phýlarchoi* y *trittýarchoi*. Los que están al frente de las curias, a quienes llaman curiones, se traducen por *phratríarchoi* y *lochagoí*[4]. Las curias fueron divididas por él en diez 4
grupos, y un jefe ordena cada uno de los diez, llamado decurión en la lengua del lugar. Una vez que todos estuvieron distribuidos y ordenados en tribus y curias, dividió la tierra en treinta lotes iguales, dando un lote a cada curia, tras reservar una zona suficiente para templos y recintos sagrados y dejar también una porción de tierra para uso público. Ésta fue la única división de hombres y territorio hecha por Rómulo, que comporta la mayor igualdad cívica.

---

[4] Dionisio considera esta división como política y militar. El equivalente ordinario de tribu en griego es *phylé*, pero etimológicamente es probable que *trittýs* esté relacionado con tribu, significando un tercio. *Phrátra* o *phratría* era un tercio de una *phylé*, y en su organización y ritos ofrecen numerosos paralelos con las curias. *Lóchos* es un término militar: «compañía» de número no definido. Los *phýlarchoi* eran los comandantes de los contingentes de caballería armados por cada tribu, y los *lochagoí* capitanes de infantería. Los *trittýarchoi* y *phratríarchoi* eran simplemente los jefes de su respectiva división política.

8 *División en plebeyos y patricios*

Voy a exponer otra división sólo de hombres, que distribuye beneficios y honores según los méritos. A los notables por su nacimiento, elogiados por sus virtudes y considerados ricos en aquellos momentos, que ya tenían hijos, los distinguió de los oscuros, humildes y pobres. Llamó a los de la clase más necesitada plebeyos, que los griegos llamarían *demoticoí*[5]. A los de la clase mejor los llamó «padres» bien por ser mayores de edad que los otros, bien porque tenían hijos, bien por la distinción de su linaje, bien por todo ello a la vez. Como cualquiera puede suponer tomó el modelo de la constitución
2 ateniense, que aún estaba en vigor en aquel tiempo. Los atenienses dividieron a la población en dos partes: llamaban eupátridas a los de casas ilustres y poderosos en fortuna, y a ellos correspondía el gobierno de la ciudad; a los restantes ciudadanos los llamaban *agroîcoi*[6], que no tenían autoridad en los asuntos públicos.
3 Con el tiempo también ellos tuvieron acceso a los cargos. Los historiadores más convincentes de la constitución romana dicen que por estas razones aquellos hombres fueron llamados «padres» y sus descendientes patricios[7]. Pero otros refieren el hecho según su propia envidia y pretenden difamar a la ciudad con un innoble origen, por lo que dicen que fueron llamados patricios no por lo antes dicho sino porque eran los únicos que podían mostrar a sus padres, dando a entender que los restantes eran fugitivos y no podían llamar libres
4 a sus padres. Como prueba de esto aducen que a los

[5] Tanto plebeyos como *demóticos* son adjetivos: «pertenecientes a la plebe o al *dêmos*».

[6] *Eupátridas*: «nobles». *Agroîcos*: llamados también *geōmóroi* o *geōrgoí*. Dionisio ignora a los demiurgos o artesanos, la tercera de las tres clases en que Teseo, según la tradición, dividió a la población.

[7] Esta es la explicación dada por Livio.

patricios, cuando los reyes decidían convocarlos, los llamaban los heraldos por su nombre y el de sus padres; sin embargo a los plebeyos unos esclavos los conducían a la asamblea en masa haciendo resonar cuernos de bueyes. Pero esta llamada de los heraldos no es prueba de la nobleza de los patricios, ni el toque de trompeta es señal del oscuro origen de los plebeyos, sino que aquella responde al honor y éste a la rapidez; pues no sería posible en poco tiempo llamar a la multitud por su nombre.

Funciones de los patricios

Rómulo, después que distinguió 9
a los poderosos de los humildes, dio leyes acordes con ello y dispuso lo que cada grupo debía hacer. Los patricios realizar las funciones religiosas, desempeñar los cargos, administrar justicia y dirigir con él los asuntos públicos, dedicándose a lo concerniente a la ciudad. Los plebeyos estaban excluidos de todo lo anterior por ser inexpertos en estas ocupaciones y no tener tiempo para ellas a causa de su escasez de medios; debían cultivar la tierra, criar ganado y dedicarse a oficios lucrativos para evitar sediciones, como sucede en las otras ciudades cuando los que tienen cargos ultrajan a los humildes o la muchedumbre
y los pobres envidian a las autoridades. A los patricios 2
les entregó los plebeyos como depósito, ordenando que cada plebeyo escogiera al que quisiera como patrono. Con esto mejoró una antigua costumbre griega que los tesalios mantuvieron durante mucho tiempo y los atenienses al principio. Aquéllos trataban desdeñosamente a sus clientes ordenándoles labores impropias de hombres libres, y cuando no hacían lo mandado los golpeaban y abusaban de ellos como si fueran esclavos. Los atenienses llamaban *thêtes* a los clientes porque les prestaban servicios; los tesalios *penéstai* [8] reprochán-

[8] *Thêtes*: en la legislación de Solón los ciudadanos de la 4.ª y úl-

3 doles con el nombre su infortunio. Rómulo prestigió la relación con un nombre adecuado, llamando patronazgo a esta protección de los pobres y humildes; asignó a unos y otros funciones útiles haciendo de esta mutua dependencia algo benéfico y social.

El patronazgo de los clientes

10 Los usos sobre el patronazgo fijados entonces por Rómulo y continuados durante largo tiempo por los romanos eran los siguientes: los patricios debían explicar a sus clientes las leyes que no sabían; en su presencia o ausencia preocuparse de igual manera de hacer todo lo que hacen los padres por sus hijos con vistas al dinero o a los tratos de dinero; entablar procesos en nombre de sus clientes si alguien los engañaba en sus contratos, y defenderlos si eran acusados. Y para decirlo en pocas palabras, proporcionarles completa seguridad en sus asuntos privados y públicos, que era precisamente lo
2 que necesitaban. Los clientes debían ayudar a sus patronos a dotar a sus hijas casaderas, si los padres escaseaban en dinero, y entregar rescates a los enemigos si alguno de ellos o de sus hijos caía prisionero. Si los patronos eran condenados en juicios privados o tenían que satisfacer penas civiles con multas en metálico, los clientes debían pagarlas de su propio dinero, considerándolo no como un préstamo, sino como una muestra de agradecimiento. Como si fueran parientes debían contribuir a los gastos de los cargos, dignidades [9] y
3 los restantes desembolsos para actos públicos. Les era

---

tima clase, cuya fortuna territorial era menor de 200 médimnos, privados de derechos políticos. *Penéstas*: mercenarios domésticos, especie de clase intermedia entre los hombres libres y los esclavos propiamente dichos.

[9] La palabra griega *gerephoría* quiere decir literalmente «tenencia de privilegios», de aquí «posición de honor» o «dignidad». Probablemente se refiere al sacerdocio.

impío e ilícito a ambos por igual el acusarse unos a otros en juicios, aportar testimonios contrarios, votar en contra o aliarse con los enemigos mutuos. Y si se probaba que alguien había hecho algo de eso era reo de traición ante la ley que sancionó Rómulo, y era lícito que cualquiera matara al acusado como víctima consagrada al Júpiter subterráneo [10]. Ciertamente era costumbre entre los romanos, cuando querían matar a alguien sin incurrir en pena, ofrecer su cuerpo a cualquier dios, principalmente a los subterráneos. Cosa que también entonces hizo Rómulo. En consecuencia los la- 4
zos entre clientes y patronos permanecieron durante muchas generaciones sin diferenciarse de los vínculos familiares, transmitiéndose a los hijos de los hijos. Y era un gran elogio para los hombres de ilustres casas tener el mayor número posible de clientes, conservando la herencia de patronazgos familiares y obteniendo otros nuevos por sus propios méritos. Y unos y otros tenían una enorme y extraordinaria competición de buena voluntad por no quedar atrás en agradecimiento: los clientes haciendo a sus patronos todos los servicios que podían; los patricios procurando no molestar en absoluto a sus clientes, y no recibiendo ningún regalo de dinero. Tan superior era para ellos la vida a todo placer, midiendo la felicidad por la virtud, no por la fortuna.

Patronazgo de ciudades

No solamente en la propia ciu- 11
dad la plebe estaba bajo la protección de los patricios, sino también cada una de las ciudades colonias suyas, las que habían acudido a su alianza y amistad y las vencidas en guerra tenían como protectores y patronos a los romanos que eligiesen. Y a menudo el Senado ha remitido las controversias de

---

[10] Es decir Plutón.

ciudades y pueblos a sus protectores, considerando de-
2 cisorios sus juicios. Tan firme era la armonía de los ro-
manos, que tiene su comienzo en las costumbres esta-
blecidas por Rómulo, que durante seiscientos treinta
años nunca llegaron a la sangre y al asesinato entre
ellos [11], a pesar de haberse producido muchas grandes
disputas de la plebe contra los que tenían cargos por
motivos públicos, como suele suceder en todas las ciu-
3 dades pequeñas y grandes. Sino que convenciéndose y
dándose mutuas explicaciones, cediendo en unas cosas
y en otras aceptando las renuncias de los que cedían,
hacían públicas reconciliaciones de sus desavenencias.
Pero en la época en que Cayo Graco [12] tenía el poder
tribunicio se destruyó la armonía de gobierno y ya no
han cesado de matarse unos a otros, expulsarse de la
ciudad como desterrados y entregarse a cualquier acto
irreparable para obtener la victoria. Pero para esto ha-
brá otro lugar más oportuno en mi relato.

Creación del Senado, nombramiento de cien senadores

12 En cuanto Rómulo ordenó esos
puntos decidió establecer senadores
con cuya ayuda pensaba administrar
los asuntos públicos. Eligió cien pa-
tricios. La elección la hizo de la si-
guiente manera: él personalmente escogió entre todos
a uno como el mejor, a quien pensaba encomendar el
gobierno de la ciudad [13] cuando él tuviera que salir a
2 una expedición más allá de las fronteras. Ordenó que
cada tribu eligiese a tres hombres que estuviesen en-
tonces en la edad de mayor sensatez e ilustres por su
nacimiento. Tras estos nueve mandó que cada curia es-
cogiese a su vez a tres patricios, los más apropiados.

---

[11] Dionisio ignora los hechos sangrientos relacionados con el asesinato de Tiberio Graco en el 133 y la posterior ejecución de muchos de sus partidarios.

[12] La derrota de Cayo Graco ocurrió en el comienzo del año 121.

[13] *Praefectus urbi.*

A continuación a los nueve primeros elegidos por las tribus añadió los noventa que las curias habían seleccionado y, tras nombrar como presidente al que él mismo había escogido, completó la cifra de cien senadores. Este consejo se puede traducir en griego por *gerusía*[14], y hasta el presente es llamado así por los romanos. Si recibió este nombre por la vejez de los hombres elegidos para formar parte de él, o por sus propios méritos, no puedo decirlo con certeza. Los antiguos solían llamar *gérontes* a los ancianos y a los hombres de pro. Los miembros del Senado fueron llamados *patres conscripti*[15] y hasta este momento conservan su denominación. También ésta, lógicamente, era una institución griega. Ciertamente los reyes, tanto los que heredaron el poder de sus padres como aquellos a quienes el propio pueblo eligió como caudillos, tenían un consejo compuesto por los mejores hombres, como Homero y los más viejos poetas atestiguan. Y el poder de los antiguos reyes no era despótico y absoluto como en nuestros tiempos.

Este consejo se puede traducir en griego por *geru-* 3
griega. Ciertamente los reyes, tanto los que heredaron 4

Los céleres

Una vez que se estableció también el consejo senatorial formado por cien hombres vio, como era natural, que necesitaría además un contingente de jóvenes que utilizaría para la protección de su persona y para el servicio de necesidades urgentes. Así que reunió trescientos hombres, los más fuertes pertenecientes a las casas más destacadas, a quienes habían elegido las curias de la misma manera que a los senadores, es decir cada curia a diez jóvenes; y a estos hombres los tenía continuamente junto a él. Todos ellos recibieron el nombre común de céleres, que la mayoría atribuye a la rapidez de sus servicios (pues a quienes están prestos y rápidos

[14] «Consejo de ancianos» (*gérontes*) al igual que Senado (*senex*).
[15] Lit. «padres inscritos».

para el trabajo los romanos llaman *celeres*); sin embargo Valerio Ancias dice que procede de su jefe que tenía
3 ese nombre. El jefe de ellos era el más distinguido, bajo cuyo mando estaban tres centuriones y bajo éstos otros que por turno tenían los mandos inferiores. En la ciudad los céleres acompañaban a Rómulo como lanceros y ejecutores de sus órdenes; en las campañas combatían en primera línea y a su lado. La mayor parte de las veces eran ellos quienes vencían en los combates, marchando los primeros a la lucha y retirándose los últimos. Iban a caballo donde existía una llanura apropiada para la lucha de caballería, y a pie cuando el lugar
4 era abrupto e impracticable para los caballos. Esta costumbre me parece que la tomó de los lacedemonios por conocer que entre ellos trescientos jóvenes, los más nobles, formaban la guardia de los reyes que los utilizaban en las guerras como protectores bien a caballo o a pie.

Distribución de poderes y honores

14 Tras esto fijó los derechos y poderes que quería que cada clase tuviese. Para el rey reservó estos honores: en primer lugar la supremacía en las celebraciones religiosas y sacrificios, y realizar todos los actos sagrados dirigidos a los dioses. A continuación tener la custodia de leyes y tradiciones patrias; velar por todo lo que es justo tanto por naturaleza como por convención; ser personalmente juez en los delitos más graves y confiar los leves a los senadores cuidando que no haya ningún error en sus juicios; reunir al Senado, convocar al pueblo, dar su opinión y llevar a cabo lo decidido por la mayoría. Tales prerrogativas dio al rey, y además tener poder
2 absoluto en guerra. Al consejo del Senado dio el siguiente honor y poder: deliberar y dar su voto sobre todo lo que el rey les propusiera e imponer lo que decidiese la mayoría. Esto lo tomó también de la constitu-

ción espartana; pues los reyes lacedemonios no tenían poder absoluto para hacer lo que quisieran, sino que la *gerusía* tenía total poder sobre los asuntos públicos.
3 A la muchedumbre de la plebe otorgó estos tres privilegios: escoger magistrados, ratificar leyes y decidir sobre la guerra cuando el rey lo pidiese; aunque su autoridad en esto no era incuestionable, a no ser que también el Senado decidiese lo mismo. Todo el pueblo no daba su voto a la vez, sino llamado por curias. La decisión de la mayoría de las curias se llevaba al Senado. En nuestra época la costumbre ha cambiado, pues el Senado no delibera sobre lo votado por el pueblo, sino que el pueblo tiene plenos poderes sobre las decisiones del Senado. Cuál de las dos costumbres es mejor es tema que expongo a quienes quieran examinarlo.
4 A causa de esta división de poderes no sólo los asuntos políticos recibían una administración prudente y ordenada, sino que también las cuestiones bélicas eran llevadas con rapidez y obediencia. En efecto, cuando al rey le parecía que debía emprender una expedición no tenía entonces que nombrar tribunos por tribus, ni centuriones por centurias, ni generales de caballería, ni enumerar ni dividir en compañías, ni cada hombre tomar su puesto correspondiente. Sino que el rey convocaba a los tribunos, y éstos a los centuriones; los decuriones eran informados por ellos y cada uno movilizaba las tropas a su cargo, y a partir de una sola orden todas las fuerzas o una parte de ellas eran convocadas y se presentaban convenientemente armadas al lugar señalado.

Medidas para aumentar la población de Roma

15 Con estas medidas Rómulo dejó a la ciudad regulada y ordenada útilmente para la paz y convenientemente para la guerra; y la hizo grande y populosa de la siguiente manera:
2 en primer término estableció la obligación de que sus habitantes criaran a todo vástago varón y a las hi-

jas primogénitas; que no mataran a ningún niño menor de tres años, a no ser que fuera lisiado o monstruoso desde su nacimiento. Sin embargo, no impidió que sus padres los expusieran [16] tras mostrarlos antes a cinco hombres, sus vecinos más cercanos, si también ellos estaban de acuerdo. Contra quienes incumplieran la ley fijó entre otras penas la confiscación de la mitad de sus
3 bienes. A continuación, como sabía que muchas ciudades de Italia sufrían el mal gobierno de tiranías y oligarquías que expulsaban a mucha gente de sus ciudades, decidió recibirlos y atraerlos hacia sí sin mirar su desgracia ni destino, con tal de que fueran libres. Quería así aumentar la fuerza de Roma y disminuir la de sus vecinos; pero lo hizo tras encontrar un pretexto
4 adecuado y como honor para la divinidad. Había un lugar situado entre el Capitolio y la ciudadela, que ahora se llama en la lengua de Roma «límite de las dos arboledas» [17] y era entonces apelativo de la realidad; un lugar umbrío por los grandes árboles que se extendían a lo largo de las hondonadas que unían las colinas. Pues bien, ese lugar lo consagró y lo hizo asilo para suplicantes edificando un templo allí (a qué dios o divinidad no puedo decirlo con certeza), y bajo apariencia de piedad divina se hizo garante de que quienes se refugiasen en este templo como suplicantes no sufrirían ningún mal de sus enemigos y, si querían quedarse allí, les concedería la ciudadanía y un lote de tierra que ha-

---

[16] Cuando un niño nacía, el *pater familias* debía recibirlo como hijo tomándolo en brazos (*liberum tollere, suscipere*); entonces el niño quedaba admitido en la familia. Pero si el padre creía que ya tenía demasiados hijos o que no podía mantenerlos era libre de exponerlo. Delante del templo de la *Pietas* había en Roma una *columna lactaria* a cuyo pie se depositaban estos niños, que de ordinario eran tomados por personas sin escrúpulos para explotarlos en prostíbulos, como mendigos o como esclavos.

[17] *Inter duos lucos.*

bría tomado de los enemigos. Afluyeron gentes de todas partes que huían de sus desgracias patrias y que ya no se trasladaron a otro lugar retenidos por el diario trato y favores del rey.

Otra medida de Rómulo para aumentar la población

Aún falta la tercera medida de 16
Rómulo (que debían practicar especialmente los griegos), en mi opinión la mejor de todas las medidas políticas, que fue principio de la firme libertad de los romanos y tuvo no pequeña parte en las acciones que los llevaron a la supremacía: no pasar a cuchillo a los hombres en edad militar de las ciudades tomadas en combate, ni hacerlos esclavos, ni coger sus tierras para pastos, sino enviar colonos a una parte de su territorio, hacer a las ciudades vecinas colonias de Roma y a algunas de ellas concederles incluso la ciudadanía. Al establecer estas leyes y otras parecidas en- 2
grandeció la colonia, como los propios hechos demuestran, pues los que fundaron con él Roma no eran más de tres mil infantes y menos de trescientos jinetes; los que quedaron cuando él desapareció de entre los hombres eran cuarenta y seis mil infantes y poco menos de mil jinetes. Siguiendo las medidas políticas que él 3
instituyó, los reyes posteriores gobernaron la ciudad guardando su mismo sistema político al igual que los sucesivos magistrados con cargos anuales. También añadieron nuevas medidas, de tal modo que el pueblo romano no es inferior a ninguna nación considerada populosa.

Elogio del régimen político romano

Cuando comparo con éstas las 17
instituciones griegas, no sé cómo podré elogiar las de espartanos, tebanos y atenienses, que tanto se jactaban de su sabiduría; pues éstos por conservar su noble linaje no concedieron a nadie, o a muy pocos, la ciudadanía (puedo añadir que algunos in-

cluso expulsaron a extranjeros), y además de no sacar provecho de esta altivez se perjudicaron grandemente.
2 Los espartanos a su vez tras la derrota de Leuctra [18], en la que perdieron mil setecientos hombres, ya no pudieron sacar a la ciudad de esa desgracia, sino que abandonaron vergonzosamente su hegemonía. Los tebanos y los atenienses por el solo desastre de Queronea [19] fueron privados por los macedonios al tiempo de su hegemonía sobre Grecia y de su libertad ances-
3 tral. Sin embargo, la ciudad de Roma, con grandes guerras en Iberia e Italia, luchando por recobrar Sicilia que se había sublevado y Sardinia; cuando la situación en Macedonia y Grecia se había vuelto hostil contra ella, Cartago se había levantado de nuevo por la soberanía, y no sólo faltaba poco para que toda Italia se sublevase sino también para que se aliara a la llamada guerra de Aníbal [20], a pesar de estar sumida en tales problemas al mismo tiempo no fue derrotada por aquellos sucesos, sino que incluso sacó de ellos una fuerza aún mayor que antes. Y gracias al número de sus soldados fue capaz de enfrentarse a todos los peligros, y no como suponen algunos por benevolencia de la fortuna;
4 puesto que por ella la ciudad hubiera quedado hundida por un solo desastre, el de Cannas [21], cuando de seis mil jinetes le sobrevivieron trescientos setenta, y de ocho mil enrolados en el ejército confederado se salvaron poco más de tres mil.

---

[18] 371 a. C., derrota ante el batallón sagrado de Tebas, que pasa a tomar la hegemonía de Grecia.

[19] 338 a. C.

[20] Época de la Segunda Guerra Púnica, 218-201 a. C.

[21] 2 de agosto de 216.

Medidas religiosas de Rómulo

No sólo admiro estas medidas de Rómulo, sino aun otras que voy a decir, porque comprendió las causas que conducen a un buen gobierno de las ciudades; todos los políticos las repiten sin cesar, pero muy pocos las ponen en práctica. En primer lugar la buena disposición de los dioses, cuya presencia lleva al éxito todas las acciones humanas; en segundo lugar la sensatez y la justicia, por las que al perjudicarse menos unos a otros conservan mejor la armonía y miden la felicidad no por los más vergonzosos placeres sino por lo honroso; finalmente la nobleza en la guerra, que produce también las otras virtudes provechosas para sus poseedores. Y pensó que cada uno de estos bienes no surgen espontáneamente, sino porque leyes acertadas y emulación de hermosas costumbres hacen una ciudad piadosa, sensata, activa en la justicia y valiente en la guerra. De todo ello tuvo previsión al hacer sus principios basándose en la veneración de los dioses y divinidades menores. En efecto estableció templos, recintos sagrados y altares, levantó estatuas de dioses, fijó sus representaciones y atributos, poderes y dones con los que habían beneficiado a nuestra especie, las fiestas que se debían celebrar a cada dios o genio, y los sacrificios con los que se alegran al ser honrados por los hombres; los días festivos, los festivales, días de descanso y las restantes normas semejantes según las mejores costumbres establecidas entre los griegos. Sin embargo, consideró que los mitos transmitidos por ellos, en los que existen blasfemias o calumnias, eran nocivos, inútiles, indecentes e indignos de dioses y hombres buenos, así que los rechazó y procuró que los hombres dijeran y pensaran lo mejor de los dioses, sin atribuirles ninguna conducta indigna de su bienaventurada naturaleza.

19 *Seriedad de los ritos romanos*

Así entre los romanos no se dice que Urano fue castrado por sus hijos, ni que Saturno hacía desaparecer a sus descendientes por miedo a un ataque de ellos, ni que Júpiter puso fin al reinado de Saturno y encerró en una prisión del Tártaro a su padre [22], ni que hay guerras de dio-
2 ses, heridas, prisiones o servidumbres a mortales. Y no se celebra entre ellos ninguna fiesta con vestiduras negras o de luto acompañada de golpes de pecho y lamentos de mujeres por dioses desaparecidos, como se realizan entre los griegos por el rapto de Perséfone, los sufrimientos de Dioniso y otras celebraciones semejantes. Y nadie podría ver entre los romanos, aunque sus costumbres están ahora corruptas, ni éxtasis divinos, ni transportes coribánticos, ni colectas religiosas, ni bacanales [23], ni ritos mistéricos, ni vigilias nocturnas de hombres con mujeres en templos, ni ningún otro engaño semejante, sino que todo lo relativo a los dioses se hace o dice de manera circunspecta, como no se hizo
3 entre griegos ni bárbaros. Y lo que yo admiro sobre todo, que aunque innumerables pueblos llegaron a la ciudad, que tenían la obligación de honrar a sus dioses patrios según sus costumbres locales, la ciudad no aceptó oficialmente el culto de ninguna de estas prácticas extranjeras (cosa que les ha ocurrido ya a muchas ciudades), sino que, incluso introduciendo algunos ritos debi-

[22] Hesíodo, *Teogonía* vv. 154-182 y 453-506.

[23] Los ritos báquicos, introducidos en Roma tras la Segunda Guerra Púnica, se celebraron con grandes excesos y fueron acompañados de numerosos crímenes, por lo que el año 186 el Senado y los cónsules tomaron drásticas medidas para castigar a los culpables e impedir en adelante la celebración de estos ritos. Un extracto del decreto del Senado (el *Senatus Consultum de Bacchanalibus*), contenido en una carta oficial de los cónsules a algunos magistrados locales en el sur de Italia, se nos ha conservado en un bronce que es uno de los más antiguos documentos del latín.

do a oráculos, los celebra según sus propias costumbres excluyendo toda charlatanería mítica, como los ritos de la diosa del Ida[24]. Le ofrecen sacrificios y 4
juegos anualmente los pretores según las tradiciones romanas, pero un hombre y una mujer frigios son sus sacerdotes y recorren la ciudad en procesión pidiendo limosna, según su costumbre, con figuras rodeando sus pechos[25], tocando con la flauta, junto a sus seguidores, los cantos en honor de la Diosa Madre y golpeando sus tambores. Pero ningún romano nativo va en proce- 5
sión por la ciudad pidiendo limosna, ni tocando la flauta con un vestido multicolor, ni celebra los misterios de la diosa según los ritos frigios debido a una ley y decreto del Senado. Tan precavidamente se comporta la ciudad respecto a los usos foráneos acerca de dioses, y rechaza como vanidad todo lo que no encierra decoro.

Valor de los mitos griegos

Y nadie suponga que yo ignoro 20
que ciertas fábulas griegas son útiles para los hombres, pues algunas exponen las obras de la naturaleza mediante alegorías, otras se consideran consuelo de los infortunios humanos, otras alejan las turbaciones y temores del alma al purificar creencias insanas, y otras están compuestas para cualquier otro provecho. Pero aunque las conozco mejor que na- 2
die, sin embargo me sitúo ante ellas con precaución y prefiero la teología romana, por pensar que las buenas enseñanzas de los mitos griegos son escasas y capaces

[24] El título oficial de Cibeles en Roma era *Mater Deum Magna Idaea*, acortado normalmente en *Mater Magna* o *Mater Idaea*. La piedra negra sagrada que era su símbolo fue traída de Pesino en Asia Menor en el 204 a. C. siguiendo un oráculo sibilino que decía que sólo así Aníbal sería arrojado de Italia. Los juegos establecidos en su honor eran las Megaleses.

[25] Polibio (XXI 6, 7; 37, 5) se refiere a las «figuras y pectorales» de los Galos, sacerdotes de Cibeles, pero no tenemos más detalles sobre ellos.

de aprovechar a pocos, sólo a quienes han examinado a fondo su sentido, y raros son los que participan de esta actitud filosófica. La gran mayoría, ajena a la filosofía, tiende a tomar las historias sobre los dioses en el peor sentido y sufre uno de estos dos errores: o desprecia a los dioses pensando que están abatidos en una enorme desgracia, o no se abstiene de ningún acto vergonzoso o ilegal al ver que les son atribuidos a los dioses.

Nombramiento de sacerdotes

21 Pero dejo la observación de estos temas a quienes se reservan únicamente esta parte teórica de la filosofía. Respecto al régimen establecido por Rómulo encontré también los siguientes hechos dignos de mención. En primer lugar que confió a muchos hombres el cuidado de la divinidad. Realmente en otra ciudad recién fundada nadie podría decir que tantos sacerdotes y servidores de los
2 dioses fueron nombrados en seguida. Aparte de los que poseían sacerdocios hereditarios, fueron instituidos bajo su reinado sesenta sacerdotes que realizaban los sacrificios públicos de la ciudad, distribuidos en tribus y curias. Y digo lo que Terencio Varrón, el hombre más entendido de su tiempo, ha dejado escrito en su *Histo-*
3 *ria Antigua.* En segundo lugar, que mientras los demás en general hacen la elección de quienes van a presidir los asuntos religiosos de manera ligera e irreflexiva, algunos decidiendo poner en venta este honor, otros repartiéndolo por lotes, sin embargo Rómulo no hizo comprables los sacerdocios ni asignables por lote, sino que legisló que de cada tribu se eligieran dos hombres de más de cincuenta años, distinguidos por nacimiento, destacados por sus méritos, que tuviesen suficiente fortuna y sin defectos físicos. Ordenó que disfrutasen de estos honores no por un tiempo fijado, sino durante

toda la vida, excluidos del servicio militar por su edad y de los cargos civiles por ley.

Ritos realizados por mujeres y niños

Puesto que también algunos ritos 22
debían ser realizados por mujeres y otros por niños con padre y madre vivos[26], para que también éstos se llevasen a cabo de la mejor manera estableció que las mujeres de los sacerdotes ayudasen a sus maridos en los actos religiosos, y si no era lícito que fuesen celebrados por hombres según la ley local, ellas los cumplirían y sus hijos asistirían a las ceremonias fijadas para ellos. Y quienes no tuviesen hijos escogerían de las otras familias a los más agraciados de cada curia, un muchacho y una chica, él serviría en las funciones religiosas hasta la pubertad, la chica cuanto tiempo permaneciera apartada del matrimonio. También estas normas las sacó de las leyes griegas, según
creo. Las celebraciones griegas que realizan las llama- 2
das canéforos[27] y arréforos[28] entre los romanos las cumplen las denominadas tutulatas[29], que llevan adornadas sus cabezas con coronas como las que adornan las estatuas de Ártemis Efesia en Grecia. Y los actos que entre los tirrenos y aun antes entre los pelasgos llevaban a cabo los llamados cadmilos[30] en los ritos

---

[26] *Patrimi matrimique*, este requisito, muy normal en el ritual romano, parece no haber sido común entre los griegos.

[27] «Portadores de cestas».

[28] Portadores de los símbolos de Atenea Polias. Hay problemas en la grafía y etimología de esta palabra.

[29] Esta palabra es una conjetura. La forma femenina no aparece en otra parte, pero el masculino *tutulati* está atestiguado en una glosa de Festo. La palabra describe a aquellos que llevan el pelo trenzado hacia arriba en forma de cono (*tutulus*). Era un antiguo estilo de peinarse el cabello, obligatorio en el caso de la *flaminica Dialis*.

[30] *Cadmili* es otra forma debida a una conjetura. En otros lugares la palabra aparece sólo en singular como nombre propio. *Cadmilus* (a veces escrito *Casmilus*) era uno de los Cabiros adorados en Sa-

de los Curetes y de los Grandes Dioses [31], los atendían de la misma manera ayudando a los sacerdotes los lla-
3 mados ahora por los romanos camilos [32]. Además de éstos estableció que un adivino de cada tribu estuviese presente en los sacrificios, al que nosotros llamamos hieróscopo y los romanos, guardando algo de su antiguo nombre, llaman arúspice [33]. Legisló que todos los sacerdotes y servidores de los dioses serían nombrados por las curias y confirmados por los intérpretes de los designios divinos mediante la adivinación.

Sacrificios de las curias

23 Tras establecer estas medidas acerca de los encargados de honrar a los dioses, asignó a su vez, como dije, los sacrifícos a las curias de la manera más adecuda, distribuyendo a cada una de ellas los dioses y genios que debían honrar siempre, y fijó los gastos para los sacrificios, que
2 debían pagarse del fondo público. Los miembros de las curias concelebraban con los sacerdotes sus sacrificios correspondientes y en las fiestas comían juntos en las mesas curiales. Cada curia tenía construida una sala de banquetes y en ella estaba consagrada, como en los pritaneos griegos, una mesa común de los miembros de la curia. El nombre de estas salas era también curias,
3 y hasta nuestros días se llaman así. Me parece que esta institución la tomó de la costumbre lacedemonia de la

motracia y fue identificado con Hermes. El nombre probablemente es de origen oriental.

[31] Véase nota a I 50, 4.

[32] Los camilos eran jóvenes libres que asistían en los sacrificios del *flamen Dialis*; posteriormente el término se aplicó a quienes asistían en otros ritos religiosos. La palabra fue introducida probablemente de Etruria. Varrón la relaciona con *Casmilus* (o *Cadmilus*), pero actualmente se rechaza esta derivación.

[33] *Aruspex* o mejor *haruspex* quiere decir «examinador de las entrañas», y el elemento *haru-* no es como Dionisio supone, corrupción de *hiero-*.

phidítia[34] que estaba en uso en aquel tiempo, que al
parecer introdujo Licurgo tras aprenderla de los cre-
tenses, y de la que la ciudad sacó mucho provecho: en
la paz conduciendo las vidas de los ciudadanos a la fru-
galidad y moderación de una dieta diaria; en la guerra
imbuyendo a cada uno la vergüenza y decisión de no
abandonar al compañero con el que también había he-
cho libaciones, sacrificios y compartido los actos reli-
giosos públicos. Y no sólo es elogiado Rómulo por su 4
sabiduría en tales temas, sino también por la frugali-
dad de los sacrificios con los que decretó que se honra-
se a los dioses, que en su mayor parte, si no todos, han
permanecido hasta nuestros días realizados según la
manera antigua. Al menos yo contemplé en edificios sa- 5
grados comidas ofrecidas a los dioses sobre antiguas
mesas de madera en cestas y platillos de cerámica,
compuestas de panes de cebada, galletas de sacrificio,
espelta, primicias de algunos frutos, y otras cosas se-
mejantes, simples, recién compradas y ajenas a todo
mal gusto. Vi también libaciones mezcladas no en vasos
de plata y oro, sino en pequeñas copas y jarros de te-
rracota, y me agradó mucho de estos hombres que per-
manecieran en sus costumbres ancestrales sin apartar-
se de sus antiguos ritos para cambiarlos por una mag-
nificencia jactanciosa. Están, en efecto, también las ins- 6
tituciones que estableció Numa Pompilio, que gobernó
la ciudad después de Rómulo, dignas de recuerdo y
mención; hombre notable por su inteligencia y sabio co-
mo pocos para interpretar los deseos divinos, sobre lo
que hablaré después. Y Tulo Hostilio, segundo rey tras
Rómulo, y todos los reyes habidos después de él. Pero
el que les proporcionó la semilla y los principios, y es-
tableció los principales ritos sagrados fue Rómulo.

---

[34] Nombre espartano de las *syssítia*, las comidas públicas.

24 *Normas sobre el matrimonio en distintos pueblos*

Parece que también él puso los fundamentos del restante buen gobierno, del que se sirvieron los romanos para conservar próspera la ciudad por muchas generaciones, al imponer leyes buenas y apropiadas, la mayoría no escritas aunque también hay algunas que ordenó que se fijasen en letra. No es necesario que yo mencione muchas de ellas, sino sólo las que he admirado por encima de todas y con las que he pensado aclarar la restante legislación de este hombre; mostraré brevemente que era austera, contraria al mal, llena de parecido con las
2 vidas de época heroica. Diré antes que todos los que establecieron las constituciones bárbaras y griegas parecen haber visto correctamente el principio común de que toda ciudad, compuesta por muchas familias, navega rectamente cuando las vidas de los particulares están equilibradas, y atraviesa una gran tempestad cuando a cada uno le van mal los asuntos privados [35]. Y que quien tenga mente política, sea legislador o rey, debe legislar lo que haga justas y prudentes las vidas de
3 los particulares. Y por qué prácticas y leyes habrían llegado a serlo me parece que no todos lo comprenden, sino que unos pocos se equivocaron completamente, por decirlo así, en las partes principales y más impor-
4 tantes de sus legislaciones. Por ejemplo sobre los matrimonios y trato con mujeres, por lo que debía empezar el legislador como también la naturaleza empezó por ensamblar nuestras vidas, unos tomaron el ejemplo de los animales e hicieron libres y promiscuas las uniones entre hombre y mujer, queriendo liberar sus vidas de furores amorosos y de celos asesinos y apartarlos de todos los otros males que caen sobre las casas y las ciu-
5 dades enteras por causa de mujeres. Otros desterraron

[35] Tema de la nave del Estado.

de las ciudades estas convivencias libertinas y salvajes ligando un hombre a una sola mujer, pero no intentaron ni poco ni mucho hacer leyes para preservar el matrimonio o la castidad de las mujeres, sino que lo descartaron como un asunto imposible. Otros no permi- 6
tieron uniones sexuales sin esponsales, como algunos bárbaros, ni descuidaron, como los espartanos, la vigilancia de las mujeres, sino que establecieron sobre ello muchas y sensatas leyes. Hay algunos que incluso crearon un magistrado para que cuidase del decoro de las mujeres. Pero la precaución de su vigilancia no fue suficiente, sino que fue más débil de lo necesario e incapaz de atraer a la mujer de naturaleza deshonesta a la obligación de una vida moderada.

Ley sobre el matrimonio fijada por Rómulo

Pero Rómulo, sin conceder al ma- 25
rido la posibilidad de acusación contra su mujer por adulterio o por dejar *injustamente* el hogar, ni a la mujer casada acusar a su marido por malos tratos [36] o abandono injusto, sin establecer leyes de devolución o recuperación de la dote, y sin fijar ninguna otra norma semejante, sino con imponer una sola ley válida para todo lo anterior, como los mismos hechos demostraron, llevó a las mujeres a la modestia y a gran decoro. La ley era como sigue: que una 2
mujer casada que se unía a su marido con un matrimonio sagrado era partícipe de todos sus bienes y ritos. Los antiguos a los matrimonios sagrados y legales los llamaban en latín *farreati* [37], tomando la denominación

[36] Puede también querer decir «mala administración de su propiedad».

[37] La palabra que usa Dionisio *pharracheîos*, es decir *farracius* o *farraceus*, es un adjetivo «de espelta» y no se encuentra usado por ningún escritor en conexión con los matrimonios. Pero encontramos los participios *farreatus* y *confarreatus* con este uso, y especialmente el nombre *confarreatio*.

por la tenencia en común de *far*, que nosotros llamamos espelta. Éste era el alimento antiguo y habitual durante mucho tiempo para todos ellos; la tierra romana produce mucha y buena espelta. Y al igual que nosotros los griegos imaginamos la cebada como el fruto más antiguo y empezamos los sacrificios con granos de cebada que llamamos *ulaí*, también los romanos consideran que la espelta es el fruto más digno y primitivo y con ella comienzan todo sacrificio de fuego [38]. Esta costumbre se conserva aún y no se ha convertido en
3 ofrenda de primicias muy ricas. Por ser las mujeres partícipes con sus maridos de la fiesta sagrada y del primer alimento, y unirse para toda fortuna, recibía la denominación de comunidad de espelta [39], y llevaba a una unión forzosa de parentesco indisoluble, y no era
4 posible anular estos matrimonios. Esta ley obligó a las mujeres casadas, pues no tenían ningún otro escape, a vivir de acuerdo con el carácter de su marido, y a los hombres a conservar a su mujer como una posesión ne-
5 cesaria y segura. Al ser así modesta y obedecer en todo a su marido, la mujer era de esta manera señora de su casa, como el hombre, y si moría su marido se convertía en heredera de sus bienes, como una hija de su padre; si él no tenía hijos y moría sin testamento ella era dueña de todo lo que dejara, y si tenía descendencia
6 quedaba a partes iguales con los hijos. Si ella cometía algún delito, tomaba como juez al perjudicado que fijaba la gravedad del castigo. Pero en los siguientes casos la juzgaban los parientes del marido: cuando había adulterio y, lo que parecería a los griegos una falta mínima, si se descubría que una mujer había bebido vino.

---

[38] Es la *molla salsa* la harina sagrada tostada y mezclada con sal que se extendía sobre la cabeza de las víctimas.

[39] *Confarreatio*, que exigía la asistencia del *flamen Dialis* y del Pontífice Máximo. Se ofrecían sacrificios y los esposos quedaban unidos *per fruges et mollan salsam*.

Rómulo permitió castigar estas dos faltas con la muerte, como los más graves de los delitos femeninos, por considerar el adulterio principio de locura temeraria, y a la borrachera de adulterio. Y durante mucho tiem- 7
po siguieron recibiendo en Roma un castigo inflexible. Y el largo tiempo es testigo de que esta ley sobre las mujeres era acertada, pues se reconoce que durante quinientos veinte años ningún matrimonio se disolvió en Roma; sin embargo, en la CXXXVII Olimpiada (231 a. C.), bajo el consulado de Marco Pomponio y de Cayo Papirio, se dice que Espurio Carvilio [40], hombre ilustre, el primero en divorciarse de su esposa, fue obligado por los censores a jurar que se había casado con su mujer para tener hijos (su mujer era estéril), y por este hecho, que se produjo por necesidad, vivió hasta el final odiado por el pueblo.

Ley sobre la patria potestad

Así pues, éstas son las acertadas 26
leyes sobre las mujeres que Rómulo decretó, por las que consiguió que se comportasen más decorosamente con sus maridos. Y las que redactó sobre el respeto y obediencia de los hijos, para que honren a sus padres haciendo y diciendo todo cuanto aquéllos les manden, eran aún más venerables y dignas, y muy superiores a nuestras leyes. Quienes establecieron 2
las constituciones griegas fijaron un tiempo realmente corto para que los hijos estuvieran bajo la tutela

[40] Gelio (IV 3), Valerio Máximo (II 1, 4) y Plutarco *(Teseo y Rómulo* 6) dan esa misma tradición referente a Carvilio, pero difieren en su fecha. Gelio coincide con Dionisio, en cambio Valerio da el 604 a. C. y Plutarco el 524; además Valerio afirma en otro lugar (II 9, 2) que L. Anio repudió a su esposa en el 307/6, fecha confirmada por Livio (IX 43, 25). Parece más probable que Dionisio y Gelio estén en un error. Algunos que aceptan la fecha más tardía admiten una antigua voluntaria disolución del matrimonio o piensan que los autores antiguos trataban de diferentes formas de matrimonio o de diferentes tipos de divorcio.

de sus padres: unos hasta cumplir el tercer año tras la pubertad, otros el tiempo que permanecieran solteros, y algunos hasta su inscripción en los registros públicos, según supe de las legislaciones de Solón, Pítaco y Carondas [41], a quienes se reconoce una gran sabidu-
3 ría. Estipularon castigos contra los hijos si desobedecían a su padres, pero no graves: les permitían expulsar a los hijos de casa y no dejarles bienes, pero nada más allá. Y estos suaves castigos no eran suficientes para detener la locura de la juventud ni la arrogancia de sus maneras, ni para conducir a la prudencia a quienes teníian olvidadas las buenas costumbres. Por eso en Gre-
4 cia los hijos faltan muchas veces a sus padres. Pero el legislador romano dio, por así decirlo, completo poder al padre sobre su hijo y durante toda su vida, ya quisiera encerrarlo, azotarlo, mantenerlo encadenado dedicado a los trabajos del campo, o matarlo, incluso aunque el hijo estuviese ya ocupado en asuntos públicos, admitido en los más altos cargos o elogiado por su entrega
5 a la comunidad. Y en efecto, por esta ley hombres ilustres que estaban frente a los *rostra* lanzando al senado discursos gratos a los plebeyos, por los que conseguían gran renombre, fueron bajados de la tribuna y arrastrados por sus padres para sufrir el castigo que ellos decidieran. Y mientras eran conducidos por mitad del Foro, ninguno de los presentes tenía capacidad para liberarlos, ni cónsul, ni tribuno, ni siquiera el populacho adulado por ellos, que consideraba todo poder inferior al
6 suyo propio. Omito decir a cuántos hombres valiosos mataron sus padres por haber llevado a cabo, guiados por su valor y celo, algún hecho noble que ellos no les

[41] Solón: arconte de Atenas el año 594, reformó las leyes de Dracón, la Constitución de Atenas y emprendió también reformas económicas y comerciales. Pitaco: uno de los Siete Sabios de Grecia. Carondas de Catane (en Sicilia): legislador probablemente histórico, aunque rodeado de un velo legendario, sobre el siglo VII.

habían ordenado, como se cuenta de Manlio Torcuato[42] y de muchos otros, sobre quienes hablaré en el momento apropiado.

Facultad del padre de vender a su hijo

No se detuvo aquí el legislador 27
de Roma en el poder dado al padre, sino que incluso le permitió vender a su hijo, sin pararse a pensar si alguien consideraría esta concesión como cruel y más dura que lo que sería adecuado al cariño natural. Y una cosa que especialmente extrañaría a alguien educado en las liberales costumbres griegas, considerándola rígida y tiránica: permitió al padre negociar hasta tres veces con la venta de su hijo, dando más poder al padre sobre su hijo que al dueño sobre sus esclavos. Ya que el esclavo que es vendido una vez 26
y luego obtiene la libertad es ya en adelante dueño de sí mismo, pero un hijo vendido por su padre, si quedaba libre, pasaba de nuevo a la tutela de aquél; y vendido y liberado por segunda vez era esclavo, como al principio, de su padre. Tras la tercera venta quedaba libre de su progenitor. Esta ley la observaron los reyes 3
en los primeros tiempos, fuera escrita o no (pues no puedo decirlo exactamente), por considerarla la mejor de todas. Al disolverse la monarquía, cuando los romanos decidieron por vez primera exponer en el Foro a la vista de todos los ciudadanos todas las costumbres y leyes ancestrales junto con las introducidas después, para que los derechos públicos no se menoscabasen por el poder de los magistrados, los decenviros que recibie-

42 El hijo de Manlio Torcuato que fue cónsul en el 340. Justo antes de la batalla con los latinos al pie del Vesubio, los cónsules dieron órdenes de que ningún romano trabase combate singular con un latino bajo pena de muerte, pero este joven no resistió los insultos de un enemigo tusculano y aceptó su desafío. Cuando volvió triunfante con los despojos del enemigo, su padre ordenó su muerte. La parte de la *Historia* en que se narraba este incidente no se nos ha conservado.

ron del pueblo la facultad de recopilar y transcribir las leyes la escribieron junto a las otras, y está en la cuarta de las llamadas Doce Tablas [43], que expusieron en el
4 Foro. Que los decenviros, que fueron encargados de la transcripción de las leyes trescientos años después, no fueron los primeros en introducir esta ley en Roma, sino que la encontraron establecida desde mucho tiempo atrás y no se atrevieron a eliminarla, lo deduzco por muchos otros datos pero especialmente por las leyes de Numa Pompilio, que reinó tras Rómulo, en las que también él dejó escrito: «Si un padre permite a su hijo tomar mujer que será partícipe, según las leyes, de sus ritos y bienes, ya no tendrá el padre poder de vender al hijo». Cosa que no habría podido escribir si no le hubiera sido permitido al padre vender a los hijos se-
5 gún todas las leyes anteriores. Pero ya he dicho bastante sobre este tema, y quiero también exponer en lo principal la restante ordenación con que Rómulo reguló las vidas de los particulares.

Rómulo encomienda dos ocupaciones a los romanos: el campo y la guerra

28 Al ver que el que todos vivan con moderación, prefieran la justicia a las ganancias, ejerciten la fortaleza frente a las penalidades y crean que nada es más digno que la virtud no sobreviene naturalmente a los ciudadanos, cuya mayor parte es difícil de gobernar, por la instrucción oral, si-

---

[43] Primer suceso documentado de la historia de Roma. En el 452 se eligió un colegio de 10 personas (decenviros) que debían tomar sus decisiones por unanimidad; según la tradición todos los decenviros eran patricios y su jefe era Apio Claudio. Tras un año de trabajo terminaron 10 tablas que se expusieron en el Foro (Livio III, 34). En el 450 se eligieron nuevos decenviros, esta vez patricios y plebeyos (Apio Claudio también formó parte de esta comisión) que elaboraron 2 tablas más. En lo fundamental estas leyes eran la transcripción del derecho consuetudinario, pero los legisladores se vieron obligados a introducir cosas nuevas, que a veces provocan contradicciones. En general eran leyes extremadamente duras.

no por los actos que conducen a cada virtud por la costumbre; y como sabía que la mayoría llega a ellas por fuerza más que por decisión y, si nada lo impide, caen de nuevo en su natural disposición, confió a esclavos y extranjeros el ejercicio de los trabajos sedentarios, artesanos e incitadores de malos deseos, por pensar que destruyen y corrompen los cuerpos y los espíritus de quienes los practican. Y durante mucho tiempo se siguieron considerando entre los romanos tales trabajos como vergonzantes y no eran ejercidos por ningún
nativo. Dejó dos únicas ocupaciones a los hombres li- 2
bres: la agricultura y la guerra, al ver que los hombres mediante estas formas de vida dominan su apetito, se enredan menos en ilegalidades amorosas y buscan la abundancia que no perjudica a otros, sino la que saca provecho de los enemigos. Consideró que cada una de estas ocupaciones separada de la otra era incompleta y reprochable, y por eso no encomendó el trabajo de la tierra a unos y a otros llevar la guerra, como es ley entre los lacedemonios [44], sino que reguló que las mis-
mas personas llevaran una vida militar y agrícola. Si 3
estaban en paz acostumbró a todos a permanecer en las labores del campo, excepto cuando necesitaban ir al mercado; entonces acudían a la ciudad y hacían sus compras, y fijó el noveno día [45] para los mercados. Cuando sobrevenía la guerra les instó a militar y a no ceder a otros ni penalidades ni ganancias. Y como les repartía en partes iguales toda la tierra que arrebataban a los enemigos, esclavos y riquezas, esto los predisponía a aceptar con agrado las campañas militares.

[44] Los espartiatas eran la clase guerrera dominante y los ilotas eran principalmente quienes trabajaban la tierra. Sin embargo cada soldado espartano iba a la guerra acompañado por varios ilotas que luchaban como tropas ligeras.

[45] El nombre de estos días de mercado era *nundinae*, de *novem* y *dies*.

Los juicios

29 Los juicios por agravios entre ciudadanos no los aplazaba sino que los hacía rápidamente, juzgándolos unas veces él en persona, confiándolos en ocasiones a otros, e imponía castigos de acuerdo con la gravedad de las faltas. Como vio que el miedo tenía el poder de alejar a los hombres de todo hecho malvado preparó muchos detalles para inducirlo: el lugar en que juzgaba sentado en la parte más destacada del Foro, el aspecto amedrantador de los soldados que lo acompañaban en número de trescientos [46], varas y hachas portadas por doce hombres [47] con las que azotaban en el Foro a los autores de delitos merecedores de latigazos y cortaban públicamente las cabezas de los acusados de crímenes más
2 graves. Tal era el ordenamiento establecido por la constitución de Rómulo. A partir de todo lo anterior es posible imaginar también lo demás.

El rapto de las sabinas

30 Los restantes hechos guerreros y civiles de Rómulo que se mencionarían en un escrito histórico son los
2 siguientes. Como en los alrededores de Roma vivían muchos pueblos numerosos y valientes en la guerra, quiso conciliar a los que no eran amigos de los romanos mediante matrimonios, lo que parecía a los antiguos el modo más seguro de amistad para quienes se aliaban. Al pensar que las ciudades no se unirían voluntariamente a ellos, que acababan de fundar en común la ciudad, no eran poderosos en riquezas, ni contaban con ninguna acción brillante, pero sin embargo cederían por la fuerza si no había además insolencia, tuvo la idea (que también aprobaba su abuelo Númitor) de hacer los matrimonios
3 en masa mediante el rapto de doncellas. Tras decidir

[46] Los céleres.

[47] Los lictores.

esto, hizo en primer lugar promesa a la divinidad que preside los proyectos secretos [48] de realizar sacrificios y fiestas anuales si el intento le salía según sus planes. A continuación presentó su proyecto al Senado, y una vez que ellos lo aprobaron, anunció la celebración de una fiesta y reunión religiosa en honor de Neptuno; mandó mensajeros a las ciudades cercanas convocando a quienes quisieran participar en la reunión y los juegos, pues iba a hacer todo tipo de juegos de caballos y
hombres. Llegaron muchos extranjeros a la fiesta 4
acompañados de sus mujeres e hijos, y después de realizar los sacrificios y juegos en honor de Neptuno, el último día en que debía clausurar la asamblea dio orden a los jóvenes, cuando él personalmente lanzase la señal, de raptar a las muchachas presentes en el espectáculo, cada uno a la que encontrase, conservarlas in-
tactas aquella noche, y al día siguiente conducirlas ante 5
él. Los jóvenes se dividieron en grupos, y cuando vieron izada la señal, se lanzaron al rapto de las vírgenes. Al punto se produjo la consternación y huida de los extranjeros, que temían algo peor. Al día siguiente las doncellas fueron llevadas ante Rómulo que las consoló de su desánimo diciendo que el rapto no se había producido como ultraje, sino con vistas al matrimonio, haciendo ver que era una antigua costumbre griega [49] y el modo más distinguido de todos por los que se contraen los matrimonios para las mujeres, y les pidió que
amasen a los maridos que les había dado la Fortuna. 6
Tras ello contó a las muchachas y halló que eran seiscientas ochenta y tres; escogió el mismo número de hombres solteros con quienes las unió según las cos-

---

[48] *Consus.*

[49] *Es una lástima que Dionisio no citara algún ejemplo de esta práctica entre los griegos. Probablemente se está refiriendo a ritos matrimoniales de tiempos posteriores como la actuación de los novios espartanos descrita por Plutarco (*Licurgo *15).

tumbres locales de cada una, ratificando los matrimonios con la comunidad de fuego y agua, como todavía se lleva a cabo en nuestros días.

Explicación de las Consuales

31 Algunos escriben que esto sucedió en el primer año del reinado de Rómulo, sin embargo Cneo Gelio afirma que en el cuarto, lo que es más natural. Ciertamente no es lógico que el jefe de una ciudad recientemente fundada intente tal empresa antes de establecer su régimen político. Unos escritores atribuyen la causa del rapto a la escasez de mujeres, otros a un principio de guerra, y los más fidedignos, a quienes yo me sumo, al deseo de trabar una amistad necesaria con las ciudades vecinas.
2 Los romanos llevaban a cabo la fiesta establecida entonces por Rómulo, y aún la celebran en nuestros días, con el nombre de Consuales [50]. En ella un altar subterráneo, construido cerca del Circo Máximo vaciando la tierra alrededor, es honrado con sacrificios y primicias puestas al fuego, y tenía lugar una carrera de caballos uncidos a carros y sin uncir. El dios a quien dedican esta fiesta es llamado Conso por los romanos, que algunos traducen a nuestra lengua diciendo que es Poseidón «que agita la tierra» y por esto afirman que es honrado en un altar subterráneo, porque el propio dios posee
3 la tierra [51]. Pero yo sé de oídas otra historia: que el

---

[50] En su origen eran un festival de la siega en honor de Conso, antiguo dios itálico de la agricultura. Su altar se mantenía cubierto de tierra excepto en estos festivales, quizás para conmemorar una antigua práctica de almacenar el grano bajo tierra o para simbolizar los secretos procesos de la Naturaleza. En las Consuales caballos y mulos participaban con coronas de flores como ya hemos visto (I 33, 2). Por las carreras que tenían lugar en este festival el dios se identificó con Poseidón Hippios. La palabra *Consus* está evidentemente derivada del verbo *condere* «almacenar», pero los romanos la relacionaron con *consilium* y lo hicieron dios de las decisiones y planes secretos. La fiesta se celebraba anualmente hacia el 21 de agosto.

[51] O sostiene la tierra.

festival de Neptuno y la carrera de caballos eran para este dios, pero que el altar subterráneo fue construido más tarde a una divinidad secreta que preside y guarda los planes ocultos. Ya que a Neptuno en ninguna parte de la tierra se le ha erigido un altar oculto ni por los griegos ni por los bárbaros. Pero es difícil decir cuál es la verdad.

Guerra contra Cenina, Antemnas y Crustumerio

Cuando se proclamó por las ciudades vecinas lo relativo al rapto de las doncellas y a sus matrimonios, unas tomaban lo sucedido con indignación, pero otras, tras analizar el motivo por el que se realizó y a qué fin tendió, lo soportaban con moderación. Sin embargo, con el tiempo este asunto desembocó en algunas guerras sin complicaciones, y además en una larga y difícil, la guerra contra los sabinos. A todas siguió un final feliz, como los oráculos profetizaron a Rómulo antes de emprender la acción anunciando grandes penalidades y peligros, pero que sus finales serían favorables. Las primeras ciuda- 32
2
des en comenzar la guerra contra él fueron Cenina, Antemnas y Crustumerio[52] con la excusa del rapto de las muchachas y de no haber recibido satisfacción de ellos. Pero la verdad es que estaban irritadas por la fundación de Roma y su grande y rápido crecimiento, y no estaban dispuestas a permitir que creciera una amenaza común a todas las ciudades limítrofes. Hasta 3
este momento habían enviado al pueblo sabino embajadores para pedirles tomar la hegemonía de la guerra, puesto que al tener unas fuerzas mayores y ser más poderosos en riquezas se consideraban dignos de dirigir a las ciudades vecinas, y especialmente porque ellos habían sufrido mayor ultraje que los demás, pues la mayoría de las jóvenes raptadas eran suyas.

---

[52] *Crustumerium*: ciudad etrusca o de los latinos priscos, situada al norte de Roma. Su nombre proviene del río *Crustumium*.

Cenina lanza su ofensiva contra los romanos

33 Como no llevaban nada a cabo, puesto que los embajadores enviados por Rómulo se les oponían y halagaban al pueblo sabino con palabras y hechos, se irritaron con el paso del tiempo, ya que los sabinos siempre diferían y retrasaban la decisión de la guerra para más adelante, y ellas por sí mismas decidieron combatir a los romanos pensando que sus propias fuerzas bastaban, si las tres se reunían en una, para apoderarse de una ciudad pequeña. Tomaron esta resolución, pero no llegaron a juntarse todas en un solo campamento ya que lanzaron primero la ofensiva los de Cenina, que eran los
2 que parecían tener más interés en emprender la guerra. Después que salieron en expedición y devastaron la tierra limítrofe, Rómulo sacó su ejército y cayó inesperadamente contra los enemigos, que estaban aún sin precaverse; se apoderó de su campamento, recién levantado, y persiguió de cerca a los fugitivos hasta su ciudad. Los de dentro no se habían enterado todavía del desastre de sus tropas, así que encontró la muralla desguarnecida y las puertas abiertas y tomó la ciudad en el asalto; al rey de Cenina, que se le opuso con un sólido grupo de hombres, lo mató luchando con sus propias manos y le arrebató sus armas.

Rómulo lucha contra los antemnates. Celebración del triunfo

34 Tras tomar la ciudad de este modo, ordenó a los capturados entregar sus armas, y, después de tomar como rehenes a los niños que le pareció, marchó contra los antemnates. Y como sus fuerzas estaban todavía dispersas recogiendo forraje, con un ataque inesperado, como en la anterior, se hizo dueño de ellas; estableció las mismas condiciones para los prisioneros y retiró su ejército a casa, llevándose despojos de los caídos en combate y el botín más escogido para los dioses, y realizó numerosos sa-

crificios con todo ello. Rómulo marchaba al final de la 2
comitiva llevando un vestido de púrpura, una corona de laurel sobre sus cabellos y, para mantener la dignidad real, iba montado en un carro[53] conducido por cuatro caballos. El resto del ejército, infantes y jinetes, lo acompañaba en formación, alabando a los dioses con cantos tradicionales y glorificando a su general con versos improvisados. Los que estaban en la ciudad les salieron al encuentro por ambos lados del camino junto con mujeres y niños, felicitándolos por la victoria y dándoles de todas las formas posibles la bienvenida. Cuando el ejército entró en la ciudad se encontró con crateras de vino mezclado y con mesas rebosantes de todo tipo de alimento, situadas delante de las casas más distinguidas, para que cogiesen quienes quisieran.
Tal era la procesión de victoria con trofeos y sacrificio, 3
que los romanos llaman triunfo, establecida por vez primera por Rómulo. Pero en nuestros tiempos se ha hecho muy cara y ostentosa, teatralizándose más como una demostración de riqueza que como una constatación de valor, y se ha alejado en todos los aspectos de
su antigua sencillez. Después de la procesión y el sacri- 4
ficio, Rómulo construyó sobre la cima del Capitolio un templo pequeño dedicado a Júpiter, a quien los romanos llaman Feretrio[54] (aún subsiste su antigua traza, sus muros más largos eran menores de quince pies). En este templo consagró los despojos del rey de Cenina, al que mató con sus manos. Y uno no se equivocará si a este Júpiter Feretrio, al que Rómulo ofrendó sus armas, lo quiere llamar Tropeuco o Escilóforo, como

---

[53] Plutarco (*Rómulo* 16) corrige a Dionisio en este punto diciendo que el primer Tarquinio, o según algunos, Publícola, fue el primero que usó carro en la procesión triunfal.

[54] «Que lleva los despojos». Dionisio lo deriva de *ferre* «portar», pero modernamente siguiendo a Propercio (IV 10, 46) se relaciona con *ferire* «herir».

opinan algunos o Hiperfereta[55] porque está por encima de todo y comprende en un círculo toda la naturaleza y movimiento de las cosas.

Rómulo hace a Cenina y Antemnas colonias de Roma

35 Después que el rey ofreció a los dioses los sacrificios de acción de gracias y las primicias, antes de comenzar otras empresas convocó al Senado para decidir de qué manera debían ser tratadas las ciudades conquistadas, y él fue el primero en exponer la que suponía mejor decisión.
2 Como todos los presentes en el Senado aprobaron el más seguro y brillante proyecto de su jefe y elogiaron las restantes medidas útiles para la ciudad no sólo en el momento, sino para todo el tiempo restante, Rómulo ordenó reunir a las mujeres del pueblo de Antemnas y de Cenina, que habían sido raptadas con las otras. Cuando estuvieron juntas lamentándose, suplicando de rodillas y llorando las desgracias de su patria, Rómulo les ordenó interrumpir sus lamentos y guardar silen-
3 cio, y les dijo: «Vuestros padres, hermanos y vuestras ciudades enteras deben sufrir todos los rigores, porque provocaron una guerra innecesaria e innoble contra nuestra ciudad. Pero nosotros, por muchos motivos, hemos decidido trataros con moderación por temor al castigo divino, que cae sobre todos los orgullosos, y al desprecio humano, y porque consideramos que la piedad es un gran alivio de las desgracias comunes, y tal vez nosotros mismos la necesitemos en alguna ocasión de otros. Y pensamos que para vosotras, irreprochables hasta ahora respecto a vuestros maridos, esto será
4 un honor y favor no pequeño. Os pasamos por alto esta ofensa sin castigo y no privamos a vuestros conciudadanos de libertad, ni posesiones ni ningún otro bien. Permitimos a quienes deseen permanecer aquí y a quie-

---

[55] *Tropaioûchos*: «portador de trofeos»; *Skylophóros* «portador de despojos o botín»; *Hyperpheretēs*: «supremo».

nes quieran trasladar sus viviendas una elección sin peligro y sin arrepentimiento. Pero para que no vuelvan a cometer el mismo error o a encontrar un motivo que haga que las ciudades rompan sus tratados de amistad con nosotros, consideramos que el mejor remedio para la buena reputación y seguridad, y al mismo tiempo útil para ambos, es que hagamos a las ciudades colonias de Roma y les enviemos un número suficiente de colonos nuestros. Así pues, marchad con buen ánimo y amad y honrad doblemente que antes a vuestros maridos, por quienes se han salvado vuestros padres y hermanos, y vuestras patrias han quedado libres».
Las mujeres cuando lo oyeron se pusieron muy con- 5
tentas y vertieron muchas lágrimas de alegría; luego se marcharon del Foro. Rómulo mandó trescientos hombres a cada ciudad como colonos, a quienes las ciudades dieron una tercera parte de su tierra para que
la repartieran en lotes. A aquellos ceninenses y antem- 6
nates que quisieron cambiar su residencia a Roma los desplazó junto con sus mujeres e hijos conservando sus lotes de tierra y trayendo las riquezas que poseían; el rey inmeditamente los inscribió en tribus y curias (no eran menos de tres mil, de modo que los romanos tuvieron entonces por primera vez un total de seis mil infan-
tes según el registro). Cenina y Antemnas, ciudades no- 7
tables, tenían origen griego, pues los aborígenes las ocuparon tras arrebatárselas a los sículos, y los aborígenes eran parte de los enotrios llegados de Arcadia, como dije anteriormente. A partir de esta guerra fueron colonias de Roma.

Guerra contra Crustumerio. Preparativos de los sabinos

Rómulo, tras resolver estos pro- 36
blemas, condujo su ejército contra los crustumerinos que estaban mejor preparados que antes. Los sometió en batalla en formación y con asalto a su ciudad, aunque eran hombres valientes en

el combate, y decidió no imponerles más castigo, sino que también hizo a esta ciudad colonia de Roma como
2 a las anteriores. Crustumerio era una fundación de los albanos mucho tiempo antes de Roma.

Como se propagó a muchas ciudades la fama del valor guerrero de su general y su clemencia con los vencidos, muchos hombres valientes se le unieron trayendo una considerable tropa que se trasladó con toda su familia. Por uno de estos caudillos, procedente de Tirrenia, cuyo nombre era Celio, una de las colinas, donde se instaló, se llama Celio hasta este momento. Y todas las ciudades se le sometieron, empezando por Medu-
3 lia[56], y se hicieron colonias de Roma. Los sabinos al ver esto se irritaron y se acusaron entre sí de no haber detenido el poder de Roma cuando nacía, sino que ahora tenían que enfrentarse a él ya fortalecido; decidieron corregir su anterior error con el envío de una fuerza considerable. Tras esto, todos juntos hicieron una asamblea en la ciudad mayor y de más prestigio de la nación, cuyo nombre era Cures[57], y votaron a favor de la guerra, nombrando general del ejército a Tito, a quien apodaban Tacio, rey de Cures. Los sabinos tras tomar esta decisión se dispersaron por sus ciudades e hicieron los preparativos para la guerra, con idea de avanzar contra Roma con una gran tropa al año siguiente.

Guerra contra los sabinos

37 Entretanto también Rómulo se preparaba fuertemente, pues debía defenderse de hombres poderosos en el terreno bélico; reforzó la muralla del Palatino con muros más altos para que fuese más segura para los habitantes, las colinas colindantes, llamadas ahora Aventina y Capitolina,

[56] *Medullia*: pequeña ciudad del Lacio, cerca de la moderna Monte Verde.

[57] *Cures*: ciudad al norte de Roma.

las rodeó con fosos y con fuertes empalizadas, y ordenó que en ellas pasasen las noches al raso los rebaños y los labradores, protegiendo cada una de ellas con una guarnición suficiente. Y cualquier otro lugar que debiese proporcionarles seguridad lo rodeó con fosos, empalizadas y lo puso bajo vigilancia. Le llegó también un 2
hombre enérgico y notable para los asuntos bélicos, de la ciudad de Solonio[58], de nombre Lucumón, amigo suyo reciente, trayendo consigo un buen grupo de mercenarios tirrenos; vinieron además hombres de Alba enviados por su abuelo: numerosos soldados, intendentes y expertos en obras bélicas, a los que proveyó convenientemente de trigo, armas y todo cuanto necesitaban. Una vez que ambos bandos tuvieron dispuestos los pre- 3
parativos para el combate, los sabinos se disponían a sacar sus fuerzas al comienzo de la primavera, pero decidieron primero enviar una embajada a los enemigos para pedir la devolución de las mujeres y exigirles una indemnización por el rapto, con idea de aparentar que habían suscitado la guerra por obligación al no conseguir justicia, y enviaron heraldos con este propósito. Rómulo pidió que permitiesen a las mujeres permane- 4
cer con sus maridos, puesto que no vivían a la fuerza con ellos, y si querían alguna otra cosa, que la tomaran como amigos, pero que no empezasen una guerra. Sin embargo los sabinos no admitieron nada de lo que se les pedía, y movilizaron su ejército compuesto por veinticinco mil infantes y poco menos de mil jinetes. La 5
fuerza de los romanos no era mucho menor que la sabina, veinte mil infantes y ochocientos jinetes; acampó delante de la ciudad dividida en dos cuerpos, uno de ellos ocupaba la colina del Esquilino bajo el mando del propio Rómulo, el otro, que tenía como jefe a Lucumón

[58] *Solonium*: antigua ciudad del Lacio a unos 32 km. de Roma, cerca del camino de Ostia. Desapareció en fecha antigua, pero su nombre sobrevivió en el *Solonius ager*.

el tirreno, ocupaba el Quirinal que aún no tenía esta denominación.

Tarpeya entrega el Capitolio a los sabinos

38 Tacio, el rey sabino, al conocer sus preparativos, movilizó durante la noche el ejército y lo condujo a través de la región sin devastar los campos, y antes de salir el sol estableció su campamento en la llanura entre el Quirinal y el Capitolino. Como vio que todos los puntos estaban bajo segura vigilancia del enemigo y ningún lugar firme les quedaba a ellos, cayó en una gran confusión sin sa-
2 ber qué podría hacer con el paso del tiempo. Cuando estaba con este problema tuvo un inesperado golpe de suerte al serle entregada la más fuerte de las fortalezas por la siguiente circunstancia. Mientras los sabinos recorrían la base del Capitolino para averiguar si se encontraba algún lugar de la colina que pudiera ser tomado por sorpresa o fuerza, una muchacha los observaba desde arriba, hija de un hombre ilustre al que correspondía la vigilancia de la plaza; su nombre era Tarpeya.
3 Y a ella, según cuentan Fabio y Cincio, le entró deseo de los brazaletes que llevaban en su brazo izquierdo y de sus anillos. Los sabinos entonces iban cubiertos de oro y no eran menos ostentosos que los tirrenos [59]. Pero según narra Lucio Pisón, el que fue censor, fue por deseo de realizar una noble acción: entregar los enemigos desnudos de sus armas defensivas a sus conciuda-
4 danos. Cuál de estas dos versiones es más cierta es posible imaginarlo por los hechos posteriores. Así que envió a una de sus jóvenes sirvientas a través de un postigo, que nadie sabía que estuviera abierto, y pidió al rey sabino que viniera sin compañía para hablar con ella, como si tuviera que tratar con él de un asunto grave

[59] Hay que desechar como inconsistente esta descripción de los sabinos, comparándola con el tradicional aspecto de su carácter dado al final del capítulo 49.

e importante. Tacio aceptó el mensaje con esperanza de
una traición y marchó hacia el lugar fijado; la mucha-
cha se acercó a una distancia conveniente y le comuni-
có que su padre había salido de la fortaleza durante
la noche por un asunto urgente, que ella guardaba las
llaves de las puertas y les entregaría la plaza si llega-
ban por la noche, recibiendo como pago de su traición
los adornos que todos los sabinos tenían en su brazo
izquierdo. Tacio estuvo de acuerdo; ella recibió prome- 5
sa con juramentos y asimismo la dio de no traicionar
el pacto. Fijó el lugar más seguro para que acudiesen
los sabinos y la hora de la noche menos vigilada, luego
se retiró sin ser vista por los de dentro.

Distintas versiones sobre la historia de Tarpeya

Hasta este punto todos los escri- 39
tores romanos coinciden, pero no se
ponen de acuerdo en lo que viene a
continuación. Pisón, el censor, al
que mencioné antes, dice que un
mensajero fue enviado por Tarpeya fuera del lugar por
la noche para revelar a Rómulo los pactos hechos por
la muchacha con los sabinos, que ella iba a exigirles
sus armas defensivas engañándolos gracias a la ambi-
güedad del pacto, y para pedir que enviase otra guarni-
ción a la fortaleza durante la noche, que ella les entre-
garía a los enemigos inermes junto con su general. Pero
el mensajero desertó y denunció al jefe sabino los pla-
nes de Tarpeya. Sin embargo Fabio y Cincio dicen que
no ocurrió nada de esto, sino afirman que la muchacha
respetó el acuerdo sobre la traición. A partir de aquí 2
de nuevo todos relatan lo mismo. Así pues, dicen que
el rey sabino se presentó con la parte más poderosa de
su ejército y Tarpeya, respetando lo prometido, abrió
el postigo señalado a los enemigos, levantó a los centi-
nelas del lugar y les pidió que se pusieran a salvo rá-
pidamente por otras salidas desconocidas para los ene-
migos, como si los sabinos fueran ya dueños de la

3 fortaleza. Tras la huida de éstos, los sabinos encontraron abiertas las puertas y tomaron un fuerte sin guarnición; y Tarpeya, puesto que había cumplido cuanto prometió, pidió recibir según los juramentos el pago de su traición.

Muerte de Tarpeya

40 Ahora de nuevo Pisón dice que los sabinos estaban dispuestos a entregar a la muchacha el oro que llevaban en su brazo izquierdo, pero Tarpeya pidió sus escudos, no sus joyas. Tacio se llenó de cólera por el engaño y pensó una treta para no contravenir el acuerdo. Así pues, decidió entregar las armas, como la joven exigió, y actuar de modo que una vez que las cogiera no pudiera utilizarlas, y al punto lanzando el escudo lo más fuerte que pudo lo arrojó sobre la muchacha y ordenó a los otros que hicieran lo mismo. Tarpeya, golpeada de esta manera desde todas partes, cayó por la cantidad y fuerza
2 de los golpes y murió aplastada por los escudos. Pero Fabio lo atribuye al engaño de lo acordado con los sabinos; pues debían entregar el oro según los acuerdos, como Tarpeya pidió, pero disgustados por la magnitud del pago lanzaron sus armas defensivas contra ella, como si hubieran prometido entregárselas cuando juraron. Pero lo que sigue parece confirmar la explicación
3 de Pisón. Ya que donde cayó es honrada con un monumento y ocupa la colina más sagrada de la ciudad, y los romanos cada año le ofrecen libaciones (digo lo que Pisón escribe). Pero si ella hubiera muerto entregando su patria a los enemigos no es lógico que recibiera honores ni de los traicionados ni de los que la mataron, sino que si hubiera quedado algo de su cuerpo, con el tiempo se habría desenterrado y arrojado fuera para infundir miedo y hacer desistir a quienes fuesen a hacer lo mismo. Pero sobre ello que cada cual opine lo que quiera.

Batalla entre romanos y sabinos

Tacio y los sabinos, dueños de una poderosa fortaleza y además habiéndose apoderado sin dificultad de la mayoría del material de los romanos, continuaban la guerra ya desde una posición segura. Como estaban acampados a poca distancia unos de otros, se produjeron muchas y frecuentes escaramuzas sin grandes triunfos o derrotas para cada bando; hubo también dos grandes batallas en formación con todas las fuerzas enfrentadas, y grandes pérdidas mutuas. Pero como el tiempo pasaba ambos ejércitos tuvieron la misma idea: decidir la lucha en batalla general. Salieron al terreno intermedio entre los dos campamentos jefes expertos en la guerra y soldados habituados a muchos combates, que realizaron acciones dignas de mención al atacar, resistir los ataques enemigos y reanudar de nuevo la lucha en igualdad de condiciones. Los que estaban sobre las defensas como espectadores de un combate en tablas y que se inclinaba frecuentemente a un lado o a otro, cuando tenían ventaja los suyos, les daban mucho aliento con gritos de coraje y cantos de victoria, pero cuando desfallecían y eran perseguidos lanzaban súplicas y lamentos que impedían que brotase la cobardía. Y por todo ello se veían obligados a soportar los peligros incluso por encima de sus fuerzas. Así pues, aquel día llevaron a cabo de esta manera la batalla sin resultado claro, y por ser ya de noche se retiraron contentos cada uno a su campamento.

Nueva batalla. Se enfrentan Rómulo y Curcio

Los días siguientes sepultaron a los muertos, reanimaron a los heridos y dispusieron sus otras fuerzas, y cuando lo decidieron trabaron de nuevo otro combate. Avanzaron hacia el mismo lugar que la vez anterior y lucharon hasta la noche. En esta batalla, cuando los romanos vencían

en ambas alas (de la derecha tenía el mando el propio
Rómulo, de la izquierda Lucumón el tirreno), pero en
el centro el resultado era todavía indeciso, un hombre
impidió la total derrota de los sabinos al enfrentar sus
tropas supervivientes a quienes ya vencían. Este hom-
bre era Metio Curcio, muy fuerte físicamente y valiente
en la acción, pero famoso sobre todo por no temer el
3 riesgo ni el peligro. Él fue asignado para mandar a los
que luchaban en el centro de la formación y venció a
sus oponentes; pero queriendo enderezar también las
alas de los sabinos que ya estaban en dificultades y ce-
dían, exhortó a quienes estaban a su alrededor y persi-
guió a los enemigos que huían dispersos y los empujó
hasta las puertas, de modo que Rómulo se vio forzado
a dejar a medias la victoria y darse la vuelta para lan-
4 zarse contra el grupo de enemigos que vencían. Al mar-
charse las fuerzas de Rómulo el cuerpo de los sabinos
que cedía se puso de nuevo en igualdad, y todo el peli-
gro se cernió sobre Curcio y sus tropas victoriosas. Du-
rante un tiempo los sabinos resistieron el ataque roma-
no y lucharon brillantemente, pero luego se dieron la
vuelta y se pusieron a salvo en su campamento mien-
tras Curcio les proporcionaba seguridad para que no
los persiguieran en desorden, sino que se retirasen
5 marchando al paso. Él se mantuvo luchando y esperó
el ataque de Rómulo, y se produjo un grande y notable
combate de los propios jefes que se lanzaron uno con-
tra otro. Pero cuando Curcio, que estaba ya exangüe
y muy herido, se retiraba poco a poco, le cerraba el
paso por detrás un profundo lago que le resultaba difí-
cil de rodear, ya que los enemigos se extendían por to-
das partes a su alrededor, e imposible de atravesar a
causa de la cantidad de limo que tenía en los charcos
circundantes y de la profundidad del agua que había en
6 su centro. Al acercarse al lago se arrojó al agua con
sus armas, y Rómulo, como supuso que el hombre pere-

cería rápidamente en el lago (pues era imposible que escapase por el barro y la cantidad de agua), se volvió contra los restantes sabinos. Pero Curcio, superando muchas penalidades, después de un tiempo se salvó del lago con sus armas y regresó al campamento. Este lugar está ahora desecado y se llama por aquel suceso Lago Curcio, y precisamente está en medio del Foro romano.

Rómulo y Lucumón caen heridos

Rómulo, en la persecución de los 43
otros, llegó cerca del Capitolino y tenía grandes esperanzas de tomar la fortaleza, pero debilitado por otras muchas heridas y sobre todo aturdido por el enorme golpe sobre su sien de una piedra arrojada desde arriba, fue recogido medio muerto por los que lo acompañaban y conducido dentro de la muralla. A los romanos les entró miedo al no ver a su jefe 2
y el ala derecha se dio a la fuga. Las tropas situadas en el ala izquierda con Lucumón resistieron durante un tiempo alentados por su general, un hombre brillantísimo en la guerra y que realizó muchas hazañas durante esta campaña. Pero cuando también él cayó al faltarle las fuerzas, pues había sido alcanzado por el costado con una jabalina, ya no permanecieron en su puesto y a continuación se produjo una huida general, y los sabinos, llenos de ardor, los persiguieron hasta la ciudad. Pero cuando estaban cerca de las puertas fueron recha- 3
zados al salir contra ellos la juventud como fuerza de refresco, a quien el rey había confiado la guardia de la muralla, y acudir en su ayuda tan rápidamente como pudo Rómulo, pues ya se había recuperado de su herida. Y hubo un giro en la suerte del combate que se volvió al otro extremo. Los que huían, cuando vieron a su 4
general aparecer inesperadamente, se recobraron de su anterior terror, se volvieron a situar en sus puestos y no tardaron en avanzar contra los enemigos. Éstos, que

habían estado cerrándoles el paso y creían que nada les impediría tomar la misma ciudad por la fuerza, cuando vieron el cambio repentino e inesperado, empezaron a mirar por su propia salvación. En efecto; no les resultaba fácil la vuelta al campamento al ser perseguidos desde un lugar más alto y por un camino hundido, así
5 que hubo una gran matanza en esta retirada. Y tras combatir con igual suerte durante aquel día y ser arrastrados ambos bandos a imprevistos cambios de fortuna, al ponerse el sol se separaron.

Situación de indecisión en ambos campamentos

44 Los días siguientes los sabinos estuvieron en asamblea para ver si conducían de vuelta sus fuerzas, tras dañar todo lo posible el territorio enemigo, o mandaban buscar otro ejército a casa y seguían insistiendo hasta que el final
2 más glorioso rematase la guerra. Les parecía mal marcharse con la vergüenza de una retirada infructuosa o quedarse cuando nada les había salido como esperaban. El tratar con los enemigos sobre un acuerdo, que les parecía el único cese adecuado de la guerra, suponían que no les acomodaría más a ellos que a los roma-
3 nos. Pero los romanos cayeron todavía más que los sabinos en una gran confusión sin saber cómo llevar a cabo el asunto, pues no querían devolver las mujeres ni retenerlas: a lo primero pensaban que acompañaría el reconocimiento de una derrota y les sería necesario soportar todo lo que se les impusiera; a lo segundo una grande y terrible penalidad al quedar la tierra devastada y la mejor juventud destruida. Pero si dialogaban con los sabinos, pensaban que no obtendrían nada razonable por muchos motivos pero especialmente porque para el orgullo no existe moderación hacia el enemigo caído bajo su servidumbre, sino dureza.

Los mujeres sabinas salen en embajada

Mientras ambos bandos consideraban estas circunstancias y no se atrevían a emprender batalla ni trataban sobre la paz, el tiempo pasaba. Así que las esposas de los romanos que eran de origen sabino, por cuya causa se produjo la guerra, se reunieron en un lugar aparte de los hombres y tras consultarse decidieron comenzar ellas mismas las conversaciones para la reconciliación de ambos bandos. La que propuso este plan a las mujeres se llamaba Hersilia, de una ilustre familia entre los sabinos. Algunos afirman que estando ya casada fue raptada con las otras muchachas como si fuese virgen, pero los escritores más fidedignos dicen que permaneció voluntariamente junto a su única hija, que fue raptada. Una vez que las mujeres tomaron esta decisión, fueron al Senado y tras tener audiencia se extendieron en largas súplicas, pidiendo obtener permiso para salir a reunirse con sus parientes, pues decían que tenían muchas buenas esperanzas de reunir en uno los pueblos y hacer un tratado de amistad. Cuando los senadores que estaban con el rey lo oyeron, se alegraron mucho y pensaron que era la única salida para una situación insoluble. Tras ello se presentó el siguiente decreto al Senado: Cuantas mujeres del pueblo sabino tuvieran hijos, a éstas se les permitía, tras dejar a los hijos con sus maridos, ir en embajada a sus compatriotas; y cuantas eran madres de muchos hijos podían llevar consigo el número que quisieran de ellos y hacer que los pueblos se unieran en amistad. Después de esto salieron con vestidos de luto, algunas llevando también a sus hijos pequeños. Cuando llegaron al campamento sabino, como se lamentaban y caían a las rodillas de quienes encontraban, produjeron una gran compasión en los que las veían, y nadie era capaz de contener las lágrimas. Una vez reunido para ellas el senado de los consejeros,

el rey ordenó decir por qué motivo habían venido; entonces la que había iniciado el plan y tenía la dirección de la embajada, Hersilia, hizo una súplica larga y conmovedora, pidiendo que concedieran la paz a quienes intercedían por sus maridos, y resaltó que por ellas se emprendió la guerra. Los términos en que se harían los tratados los fijarían los propios jefes reuniéndose por sí mismos, mirando el provecho común.

Paz entre romanos y sabinos

46 Después de decir lo anterior todas cayeron a las rodillas del rey, junto con sus hijos, y permanecieron postradas hasta que los presentes las levantaron de tierra mientras les prometían hacer todo lo razonablemente posible. Y, en efecto, tras hacerlas salir del consejo y deliberar entre sí decidieron hacer la reconciliación. En primer lugar se produjo un armisticio entre los pueblos; a continua-
2 ción, reunidos los reyes, tratados de paz. Los acuerdos, que ratificaron con juramentos, fueron los siguientes: que Rómulo y Tacio serían reyes de los romanos con igual derecho a voto y disfrutando de los mismos honores; que la ciudad se llamaría, guardando el nombre de su fundador, Roma, y cada uno de sus ciudadanos romano, como antes, pero todos los de la patria de Tacio serían recogidos bajo la denominación común de *quirites*[60]. Que los sabinos que quisieran ser ciudadanos de Roma realizarían sacrificios en común y serían ad-
3 judicados a tribus y curias. Después de jurar esto y, según los juramentos, construir altares, especialmente en medio de la llamada Vía Sacra, se fusionaron entre sí. Los restantes generales regresaron a casa conduciendo sus fuerzas, pero Tacio, el rey, y con él tres hombres de las familias más distinguidas permanecie-

---

[60] Dionisio da la derivación tradicional romana de quirites a partir de Cures. Pero la palabra deriva directamente del sabino *quiris* «lanza». Véase cap. 48 final.

ron en Roma y recibieron los honores que luego disfrutaba su descendencia. Eran Voluso Valerio[61], Talo apodado Tiranio, y por último Metio Curcio, el que atravesó a nado con sus armas el lago; y con ellos se quedaron compañeros, parientes y clientes, no inferiores en número a los habitantes anteriores.

Primeras medidas de Rómulo y Tacio

Una vez organizados los asuntos, 47
los reyes decidieron doblar el número anterior de patricios, puesto que la ciudad había recibido un gran aumento en su población, añadiendo a las familias más distinguidas otras pertenecientes a los recientemente asentados iguales en número a las primeras, a quienes llamaron «nuevos patricios». A cien hombres de ellos, que eligieron las curias, los registraron junto a los antiguos senadores. Sobre esto ca- 2
si todos los escritores de historia de Roma coinciden, pero unos pocos difieren acerca del número de los nuevos senadores inscritos, pues indican que no fueron cien, sino cincuenta los introducidos en el Senado. So- 3
bre los honores que los reyes concedieron a las mujeres por haberlos llevado a la reconciliación no están de acuerdo todos los escritores romanos. Algunos afirman que los jefes hicieron muchos y grandes regalos a las mujeres, y a las curias, que eran treinta, como dije, les dieron el nombre de las mujeres, pues ése era el número de mujeres que salieron como embajadoras. Pero Te- 4
rencio Varrón no coincide con ellos en este punto al afirmar que los nombres fueron puestos a las curias por Rómulo mucho antes, durante la primera división del pueblo, unos tomados de caudillos, otros de distritos. Además dice que las mujeres que fueron en embajada no eran treinta, sino quinientas veintisiete, y piensa que no es lógico que los reyes privasen de honores

[61] El nombre debe ser probablemente Voleso como lo llama Livio y otros escritores romanos.

a tal número de mujeres y se los concediesen sólo a unas pocas de ellas. Pero sobre este asunto me pareció bien no omitir nada ni escribir más de lo necesario.

Fundación de Cures, patria de Tacio

48 Referente a la ciudad de Cures, de la que procedían los que vinieron con Tacio (pues mi narración exige también hablar de ellos, quiénes eran y de dónde venían), esto es lo que se nos ha transmitido. En el territorio de Reate, durante el tiempo que los aborígenes lo poseyeron, una muchacha del lugar de linaje principal fue al templo
2 de Enialio[62] para danzar. A Enialio los sabinos y, por aprenderlo de ellos, los romanos lo llaman Quirino, sin poder decir con certeza si es Marte u otro dios que recibe los mismos honores que Marte. Unos piensan que los dos nombres eran aplicados para un único dios patrono de los combates bélicos, pero otros creen que los
3 nombres se referían a dos divinidades guerreras. Lo cierto es que la muchacha mientras bailaba en el recinto divino fue inspirada de repente por el dios, y tras abandonar la danza entró corriendo en el recinto sagrado del dios. Luego quedó embarazada de la divinidad, según creen todos, y parió un niño llamado Modio, de sobrenombre Fabidio, que al hacerse hombre no tuvo un aspecto humano sino divino, y era el más brillante de todos en las artes guerreras. A éste le entró deseo
4 de fundar una ciudad por sí mismo. Así que reunió un grupo grande de los que habitaban en aquellos lugares y en muy poco tiempo fundó la llamada Cures, dando este nombre a la ciudad, según cuentan algunos, por la divinidad de la que se decía que él había nacido; según otros por la lanza, pues los sabinos llaman *cures*[63] a las lanzas. Esto es lo que cuenta Terencio Varrón.

---

[62] Lit. «el Belicoso», en Grecia sobrenombre de Ares.

[63] O *quires*, la grafía griega puede representar ambas formas.

Origen de los sabinos

Pero Zenódoto de Trecén, escritor... [64], cuenta que los umbros, raza autóctona, fue la primera en habitar la zona de la llamada Reate. Pero expulsados de allí por los pelasgos llegaron a la tierra donde ahora habitan y cambiaron de nombre, al tiempo que de lugar, para llamarse sabinos. Sin embargo Porcio Catón afirma que el nombre le fue impuesto al pueblo sabino por Sabo, hijo de Sanco [65], una divinidad local, y que este Sanco era llamado Júpiter Fidio por algunos. Y expone que su primer asentamiento era una aldea llamada Testruna, situada cerca de la ciudad de Amiterno, desde donde en cierta ocasión los sabinos se lanzaron a una incursión en Reate, que habitaban los aborígenes junto con los pelasgos [66], y ocuparon, tras someterla en combate, ciudad más importante, Cutilias. Enviaron colonias fuera de Reate para fundar otras muchas ciudades en las que vivir sin fortificaciones, entre ellas la denominada Cures. Ocuparon también un territorio distante del Mar Adriático aproximadamente doscientos ochenta estadios y del Mar Tirreno doscientos cuarenta. Su longitud era un poco menor de mil estadios. Existe aún otro relato sobre los sabinos, transmitido en historias locales; que los lacedemonios instalaron una colonia allí en el tiempo en que Licurgo, siendo tutor de su sobrino Eunomo, estableció su leyes en Esparta. Entonces algunos, irritados por la dureza de la legislación, se separaron de los demás y se marcharon definitivamente de la

49 · 2 · 3 · 4

[64] Laguna del texto. Puede faltar un adjetivo como «antiguo» o «notable» que califique a escritor.

[65] Divinidad de la primitiva religión romana. Su nombre completo es Semo Sanco y los antiguos lo identificaban también con *Dius Fidius*. Decíase que su culto había sido instaurado por los sabinos. Este dios, muy oscuro —no posee mito propio—, al parecer presidía el cumplimiento de los juramentos.

[66] La lectura «pelasgos» se debe a Reiske.

ciudad. Luego mientras atravesaban una gran extensión de mar prometieron a los dioses (pues les invadió la nostalgia de cualquier tierra) fundar una colonia en
5 la tierra a la que llegaran primero. Arribaron a Italia a las llanuras llamadas Pomptinas[67], y el lugar, donde primero atracaron, lo nombraron Foronia, por su travesía marítima, y construyeron un templo a la diosa Foronia, a la que habían hecho la promesa. A esta diosa por cambio de una letra llaman ahora Feronia[68]. De allí salieron algunos de ellos, que fueron a habitar con los sabinos, y por eso muchas de las costumbres sabinas son espartanas, especialmente el amor a la guerra y su dureza en todos los actos de la vida. Con esto basta sobre el pueblo sabino.

Reformas urbanísticas. Guerra contra los camerinos

50 Los súbditos de Rómulo y Tacio en seguida ampliaron la ciudad añadiéndole otras dos colinas, la llamada Quirinal y el Celio, y tras dividir los lugares de residencia cada uno de ellos vivía en su propia zona, lejos uno de otro. Rómulo ocupó el Palatino y el monte Celio (está cercano al Palatino), y Tacio el Capitolino, que ocupó desde el
2 principio, y la colina del Quirinal. En la llanura situada bajo el Capitolio talaron el bosque que crecía allí y rellenaron la mayor parte del lago que por estar en una hondonada se llenaba con las aguas que corrían desde los montes, y allí situaron el Foro, que todavía ahora continúan utilizando los romanos. Allí hacían sus reuniones, y sus negocios en el templo de Vulcano, que se
3 eleva un poco sobre el Foro. Levantaron templos y con-

---

[67] *Pomptinus ager*, la tierra que se extiende en torno a los pantanos Pontinos. Véase IV 50, 2.

[68] Es extraño que el autor de esta falsa etimología no conectase Feronia con el verbo *phérō* en lugar de imaginar un antiguo Foronia, no atestiguado en otra parte, y derivarlo del abstracto *phórēsis*.

sagraron altares a los dioses a los que rogaban en los
combates: Rómulo a Júpiter *Stator*[69] junto a la puerta
llamada Mugonia (que conduce al Palatino desde la Vía
Sacra), porque el dios escuchando sus súplicas hizo de-
tenerse a su ejército en fuga y regresar a la lucha. Ta-
cio al Sol, a la Luna, a Saturno y Rea, y además a Ves-
ta, Vulcano, Diana, Enialio y otros dioses cuyo nombre
es difícil poner en lengua griega. En todas las curias
colocó mesas a Juno llamada *Quiritis*[70], que aún per-
manecen en nuestro tiempo. Durante cinco años correi- 4
naron ambos sin discrepar en ningún tema, y llevaron
a cabo como empresa común la expedición contra los
camerinos. Los camerinos habían enviado bandas que
saquearon la mayor parte de su región y no se sometie-
ron a la justicia a pesar de haber sido reclamados mu-
chas veces. Los vencieron en batalla formal (pues salie-
ron a su encuentro) y después tomaron la ciudad por
la fuerza mediante un asedio; les quitaron las armas
y los castigaron con la pérdida de un tercio de su terri-
torio, que dividieron entre los suyos. Pero como los ca- 5
merinos molestaban a los colonos salieron contra ellos
y los hicieron huir; luego dividieron todos sus bienes
entre sus ciudadanos, pero permitieron que se instala-
sen en Roma todas las personas que quisieran. Fueron
unos tres mil, a quienes distribuyó en curias, e hicieron
a su ciudad colonia de Roma. Cameria[71] era una fun-
dación albana, establecida muchos años antes que Ro-
ma, y antiguamente uno de los asentamientos más des-
tacados de los aborígenes.

---

69 «El que detiene».

70 El nombre aparece también como Quiris, Curis y Cur(r)itis. Se ha derivado de *currus* (carro), del sabino *curis* (lanza) y de la ciudad de Cures.

71 *Cameria*: ciudad de emplazamiento desconocido.

Los lavinios se enemistan con Tacio

51 Pero en el sexto año el gobierno de la ciudad recayó de nuevo en Rómulo solo, al morir Tacio en un complot que tramaron contra él los cabecillas lavinios puestos de acuerdo por la siguiente causa: algunos compañeros de Tacio condujeron un grupo de bandidos al territorio lavinio donde robaron la mayor parte de sus bienes y se llevaron sus rebaños de ganado, matando o hiriendo a quie-
2 nes trataron de impedirlo. Llegó una embajada de parte de los perjudicados para pedir justicia, entonces Rómulo resolvió entregar a los autores a los ofendidos para que los detuvieran, pero Tacio, protegiendo a sus amigos, no estuvo de acuerdo en que nadie fuese puesto bajo justicia por enemigos antes de un juicio, especialmente al ser éstos ciudadanos y los otros extranjeros. Ordenó que quienes decían haber sido dañados vinieran
3 a Roma para imponer allí justicia. Pero los embajadores al no obtener ninguna satisfacción se marcharon irritados; algunos sabinos que los seguían llenos de cólera, cuando acamparon junto al camino (pues les cogió la noche), se lanzaron sobre ellos mientras dormían y les robaron sus pertenencias, y a cuantos encontraron aún en sus lechos los degollaron. Los que se dieron rápidamente cuenta del ataque y pudieron escapar llegaron a la ciudad. Después de esto se presentaron embajadores de Lavinio y de otras muchas ciudades reprochándoles su ilegalidad, y anunciaron guerra si no recibían satisfacción.

Asesinato de Tacio

52 A Rómulo lógicamente el suceso ocurrido a los embajadores le pareció terrible, como era, y que necesitaba una rápida expiación, puesto que se había violado una ley sagrada. Y sin demorarse más, al ver que Tacio se había portado negligentemente, él personalmente prendió a los

culpables del sacrilegio y encadenados los entregó a los
embajadores para que se los llevaran. Pero a Tacio no 2
sólo le entró indignación por la ofensa que pensaba que
había recibido de su colega en el poder por la entrega
de los hombres, sino también compasión de los detenidos (pues incluso uno de los acusados de sacrilegio era
pariente suyo), y al punto reclutó soldados y salió rápidamente en su ayuda. Alcanzó a los embajadores en el
camino y les arrebató a los prisioneros. No mucho 3
tiempo después, según dicen algunos, Tacio llegó junto
con Rómulo a Lavinio para un sacrifico que los reyes
debían realizar a los dioses ancestrales en nombre de
la ciudad, y entonces los amigos y parientes de los embajadores asesinados, tras haber conspirado contra él,
lo golpearon junto a los altares con cuchillos de cocina
y trinchadores de bueyes, y murió. Pero Licinio escribe 4
que no fue con Rómulo, ni para realizar sacrificios, sino solo y para convencer a los agraviados de que perdonasen a los autores del ultraje, y entonces el pueblo se
irritó contra el que no les había entregado a los hombres, como Rómulo resolvió y decidió el Senado romano, y los parientes de los muertos se lanzaron contra
él en gran número. No pudo escapar a la justicia
sumaria, y murió lapidado por ellos. Tal muerte tuvo 5
Tacio después de haber guerreado contra Rómulo durante tres años y de haber correinado cinco. Llevado
a Roma fue enterrado en una tumba digna, y cada año
la ciudad le ofrece públicamente libaciones.

Guerra de Rómulo contra Fidenas

Por segunda vez Rómulo quedó 53
solo en el poder, y expió el crimen cometido contra los embajadores ordenando a los autores alejarse del agua y del fuego [72] (pues todos huyeron de la ciudad al morir Tacio). A los lavinios que

---

72 *Interdictio aquae et ignis*, prohibición de dar agua y fuego,

habían conspirado contra Tacio y que habían sido entregados por la propia ciudad los sometió a la justicia y, puesto que parecía que alegaban justamente al decir que vengaron la violencia con violencia, los dejó libres
2 de culpa. Tras resolver estos asuntos, condujo su ejército contra la ciudad de Fidenas[73], situada a cuarenta estadios de Roma, que era entonces grande y populosa. En una ocasión, cuando en barcos fluviales eran llevadas a Roma provisiones, que los crustumerinos habían enviado a los romanos que estaban afligidos por el hambre, los fidenates se lanzaron en gran número sobre los barcos, robaron las provisiones y a algunos de los hombres que las defendieron los mataron; cuando
3 les pidieron cuentas no se sometieron a la justicia. Rómulo, irritado por esto, ocupó su región con un gran ejército y, dueño de un considerable botín, se preparaba para hacer regresar a sus fuerzas, pero entonces los fidenates salieron a campo abierto y trabó batalla con ellos. Tuvo lugar un duro combate en el que cayeron muchos de cada bando; al ser vencidos, los fidenates se dieron a la fuga, y Rómulo persiguiéndolos a corta
4 distancia penetró con los fugitivos en la ciudad. Tras tomar la ciudad al asalto, castigó a unos pocos de entre ellos, dejó una guarnición de trescientos hombres en la ciudad y tomó una parte de su territorio que dividió entre sus hombres. También hizo colonia de Roma a esta ciudad. Era una fundación albana de la misma época que Nomento[74] y Crustumerio, pues fueron tres hermanos los jefes de la colonia, el mayor de los cuales fundó Fidenas.

---

igual al exilio. Especie de excomunión religiosa que suponía el exílio del condenado y la confiscación de sus bienes.

[73] *Fidenae*: ciudad sabina en el Lacio junto al Tíber, primera parada en la *Via Salaria* (moderna Castel Giubileo).

[74] *Nomentum*: ciudad latina junto a la Vía Nomentana, a unos 22 km. al noreste de Roma. Actual Mentana.

Conquista de Cameria. Guerra contra Veyes

Después de esta guerra emprendió otra contra los camerinos, que habían atacado a los colonos romanos durante el tiempo en que la ciudad de Roma sufrió una epidemia de peste. Precisamente los camerinos, animados por esta razón y por creer que el pueblo romano sería completamente destruido por este desastre, mataron a unos colonos y a otros los expulsaron. Queriendo vengarse de esto Rómulo, después de vencer por segunda vez a la ciudad, mató a los causantes de la revuelta y permitió a sus soldados saquear la ciudad; tomó la mitad de su territorio, además del que ya había dado a los colonos, y dejó una guarnición considerable para que los de dentro no hiciesen más revueltas; tras esto hizo regresar a sus fuerzas. Por esta expedición realizó su segundo triunfo y con el botín ofrendó una cuadriga de bronce a Vulcano y junto a ella levantó su propia estatua con una inscripción en caracteres griegos de sus hazañas. Su tercera guerra tuvo lugar contra la ciudad más poderosa entonces de la raza tirrena, que se llama Veyes[75], distante de Roma unos cien estadios; situada sobre un alto y escarpado promontorio tiene el tamaño de Atenas. Los veyentes pusieron como pretexto de la guerra la toma de Fidenas, y enviaron embajadores para exigir a los romanos que la guarnición se retirase de la ciudad y que devolviesen a sus primitivos dueños el territorio que retenían tras habérselo arrebatado a los fidenates. Como no los persuadían avanzaron con un gran ejército y cerca de Fidenas establecieron el campamento en un lugar poco visible. Pero Rómulo, previamente enterado de su marcha, había salido con sus mejores fuerzas y estaba preparado ya en la ciudad de Fidenas. Cuando todo estuvo listo para el combate,

54 (line 1), 2 (at "lonos y a otros los expulsaron. Queriendo vengarse de"), 3 (at "Su tercera guerra tuvo lugar contra la ciudad más po-"), 4 (at "campamento en un lugar poco visible. Pero Rómulo,")

[75] *Veii*: ciudad a unos 14 km. al norte de Roma.

ambos bandos avanzaron hacia la llanura para luchar y permanecieron combatiendo valerosamente durante mucho tiempo, hasta que al caer la noche se separaron igualados en la lucha. De esta manera transcurrió la batalla.

Nuevo combate. Cese de la guerra con Veyes

55 No mucho después se produjo otro combate, vencieron los romanos por la habilidad de su general que tomó de noche un monte no muy distante del campamento enemigo donde emboscó a los jinetes e infantes más selec-
2 tos que habían llegado últimamente de la ciudad. Ambos bandos se reunieron en la llanura y lucharon del mismo modo; cuando Rómulo alzó la señal a quienes estaban sobre el monte, los emboscados gritando corrieron desde lo alto contra los veyentes y llenos de fuerza cayeron sobre hombres agotados, de modo que los hicieron huir sin mucho esfuerzo. Unos pocos murieron en el combate, pero la mayoría se arrojaron al río Tíber (corre junto a Fidenas) para cruzar a nado la corriente y perecieron, pues como estaban heridos y entorpecidos por los golpes no podían nadar. Y otros por no saber nadar no tomaron precauciones, al estar atur-
3 didos por el peligro, y murieron en los remolinos. Si los veyentes hubieran reconocido entre sí que habían tomado mal sus primeras decisiones y en adelante se hubieran mantenido en paz, no habrían sufrido un desastre mayor. Pero en cambio esperaron superar sus primeros fracasos en la lucha y pensaron que, si atacaban con una gran fuerza, vencerían fácilmente en la guerra. Así que se lanzaron por segunda vez contra los romanos con un gran ejército reclutado de su propia ciudad y con otro enviado por ciudades de su misma
4 raza [76] en virtud de su amistad. Y se produjo de nuevo

[76] Es decir etruscos.

un duro combate cerca de Fidenas, que ganaron los romanos dando muerte a muchos veyentes y tomando aún muchos más prisioneros. Fue capturado también su campamento que estaba lleno de dinero, armas y esclavos y barcos fluviales repletos de víveres, donde se
condujo a la multitud de prisioneros hacia Roma río 5
abajo. Éste fue el tercer triunfo celebrado por Rómulo, mucho más grandioso que los anteriores.

No mucho después llegó una embajada de los veyentes para tratar del cese de la guerra y para pedir perdón por sus ofensas; Rómulo les impuso las siguientes condiciones: entregar a los romanos el territorio contiguo al Tíber, los llamados Siete Distritos[77], abandonar las salinas situadas junto a la desembocadura del río, y entregar cincuenta rehenes como garantía de que
no volverían a rebelarse. Como los veyentes aceptaron 6
todo lo anterior, Rómulo hizo un tratado con ellos por cien años y grabó los acuerdos en estelas. A los prisioneros que quisieron se les permitió regresar a su hogar sin rescates, y a los que prefirieron permanecer allí, que eran muchos más que los otros, los hizo ciudadanos, los distribuyó en curias y les repartió lotes de tierra en esta parte del Tíber.

Muerte de Rómulo

Éstas son las guerras que mantu- 56
vo Rómulo dignas de mención y recuerdo. Parece ser que la causa de que no sometiera a las naciones vecinas fue su rápida muerte, que le sobrevino cuando aún estaba con pleno vigor para emprender acciones de guerra. Sobre ella se nos han
transmitido muchas y diferentes historias. Quienes 2
cuentan los relatos más fabulosos sobre él afirman que mientras estaba arengando a sus tropas en el campamento cayó repentinamente la oscuridad en el cielo cla-

[77] *Septem Pagi.*

ro, se desencadenó una tremenda tormenta, y él desapareció; y creen que este hombre fue arrebatado por
3 su padre Marte. Pero los escritores más fiables dicen que murió a manos de sus propios conciudadanos. Atribuyen como causas de esta muerte la liberación de los rehenes que cogieron a los veyentes, llevada a cabo, contra la costumbre, sin el común consentimiento; que no se comportaba del mismo modo con los primitivos ciudadanos y los inscritos posteriormente, sino que a los primeros los tenía en gran consideración, pero despreciaba a los últimos en llegar; su crueldad en los castigos de los delincuentes (pues a algunos romanos, ilustres y numerosos, acusados de bandidaje por los vecinos, ordenó despeñarlos desde lo alto de la roca [78], administrando él únicamente justicia), y especialmente porque les parecía duro y arbitrario y que ya no gober-
4 naba como un rey sino como un tirano. Por estas razones dicen que los patricios conspiraron contra él y tramaron su muerte. Realizaron la acción en el Senado y dividieron el cuerpo en partes para que no apareciera el cadáver, luego salieron ocultando bajo sus mantos el trozo que cada uno podía, y después de esto lo escon-
5 dieron en secreto en la tierra. Otros dicen que mientras arengaba al pueblo fue asesinado por los nuevos ciudadanos romanos, que emprendieron el crimen en el momento en que se produjo la tempestad y la oscuridad, cuando el pueblo se dispersó de la asamblea y el general fue abandonado por su guardia. Y por esto dicen que el día en que tuvo lugar este suceso de la retirada del pueblo tiene ese nombre, y hasta nuestros días se
6 llama Populifuges [79]. Parece natural que unos hombres

[78] La Roca Tarpeya.

[79] *Populifugia* o *Poplifugia*. La misma explicación del origen de este festival de Plutarco (*Rómulo* 29), que también cita la versión más común de que la «la huida del pueblo» ocurrió poco después de la marcha de los galos, cuando algunas tribus latinas aparecieron repen-

que deificaban a los mortales y hacían subir al cielo
las almas de los hombres ilustres atribuyan a la divini-
dad no poca causa de lo sucedido en torno al origen
de aquel hombre y a su desaparición. También afirman
que durante la violación de su madre, fuera hecha por
un hombre o por un dios, el sol se eclipsó por completo
y una oscuridad total, como en la noche, cubrió la tie-
rra y en la muerte de él dicen que ocurrió este mismo
suceso. Rómulo, tras fundar Roma y ser nombrado por 7
ella rey, alcanzó la muerte sin dejar descendencia des-
pués de haber reinado durante treinta y siete años, a
los cincuenta y cinco años de edad, pues obtuvo el po-
der cuando era muy joven, a los dieciocho años, como
todos los escritores de su historia ratifican.

Gobierno de interreges

Al año siguiente no fue nombra- 57
do ningún rey por los romanos; se
ocupaba de los asuntos públicos un
gobierno, que llaman interregno, de-
signado de esta manera: los patri-
cios inscritos en el Senado por Rómulo (su número era
de doscientos, como dije) fueron divididos en grupos de
diez. Luego, tras ser echados a suerte, entregaron el go-
bierno de la ciudad con plenos poderes a los diez que
les tocó en primer lugar. Pero no reinaban todos a la 2
vez, sino cada uno sucesivamente durante cinco días,
en los que tenía las varas de mando y los restanes sím-
bolos del poder real. El primero, tras reinar, entregó
el mando al segundo, y éste al tercero, y así hasta el
último. Transcurrieron para los primeros diez los cin-
cuenta días fijados, y otros diez tomaron el poder y des-
pués de ellos de nuevo otros. Cuando el pueblo decidió 3
poner fin a los decenviratos, cansados de los cambios
de poder porque no todos tenían ni las mismas inten-

---

tinamente ante la ciudad. Según una tercera versión, que encontramos en Macrobio (III 2, 14), los invasores fueron los etruscos.

ciones ni las mismas cualidades, entonces los senadores convocaron al pueblo a asamblea por tribus y curias, y pusieron a su consideración la forma de gobierno, si quería confiar los asuntos públicos a un rey o
4 a magistrados anuales. El pueblo no hizo la elección por sí mismo, sino que remitió la decisión a los senadores, pensando que los ciudadanos estarían satisfechos con cualquier gobierno que ellos aprobasen. Todos decidieron establecer un régimen monárquico, pero se suscitó una disensión sobre el grupo del que saldría el que debía reinar. Algunos, en efecto, pensaban que el que iba a dirigir la ciudad debía ser elegido entre los senadores primitivos, y otros de los inscritos más tarde, a quienes llamaban nuevos senadores.

Elección de Numa Pompilio como rey

58 La disputa se prolongó durante mucho tiempo, y finalmente coincidieron en el acuerdo de llevar a cabo una de estas dos cosas: o los senadores más antiguos elegirían rey, que no sería ninguno de ellos mismos, sino el que considerasen más indicado de los otros, o bien los nuevos senadores harían lo mismo. Los senadores más antiguos aceptaron la elección y tras deliberar largamente entre sí decidieron lo siguiente: puesto que según el acuerdo ellos quedaban apartados del mando, no entregarían el poder a ninguno de los senadores inscritos más tarde, sino que elegirían a un hombre venido de fuera y que no perteneciera a unos ni a otros con la idea de acabar con la discusión, y una vez encontrado
2 lo nombrarían rey. Tras tomar esta decisión escogieron a un hombre de origen sabino, hijo de un hombre distinguido, Pompilio Pompón, llamado Numa, que estaba en la edad más sensata pues estaba cerca de la cuarentena,
3 y tenía aspecto regio. Su fama era enorme no sólo entre la gente de Cures sino también entre los pueblos vecinos por su sabiduría. Después de decidir esto con-

vocaron al pueblo a asamblea, y adelantándose de entre ellos el que entonces tenía el poder del interregno dijo que todos los senadores habían decidido de común acuerdo instaurar un régimen monárquico, que él tenía plenos poderes para decidir al que iba a recibir el mando; eligió como rey de la ciudad a Numa Pompilio. Y tras esto escogió embajadores entre los patricios y los mandó a buscar al hombre para traerlo al trono. Esto tuvo lugar en el tercer año de la XVI Olimpiada (713 a. C.), que ganó Pitágoras el lacedemonio en la carrera.

Imposibilidad de que Numa fuese discípulo de Pitágoras

Hasta este punto no tengo nada 59
que oponer a quienes transmiten la historia de este hombre, pero en lo que viene a continuación no sé qué debo decir. Ciertamente son muchos los que escriben que Numa fue discípulo de Pitágoras y que cuando fue elegido rey por la ciudad de Roma estaba estudiando filosofía en Crotona. Pero la fecha de la vida de Pitágoras se opone a esta versión. Pitágo- 2
ras[80] nació no unos pocos años, sino cuatro generaciones enteras después de Numa, según sabemos por la historia general; pues a mitad de la XVI Olimpiada ocupó el trono de Roma, y Pitágoras residió en Italia después de la L Olimpiada (580/79 a. C.). Y aún puedo 3
añadir un testimonio más firme para probar que no coinciden las épocas con los relatos transmitidos sobre Numa, y es que en la época en que Numa fue llamado por los romanos para ocupar el trono aún no existía la ciudad de Crotona, ya que cuarenta años después de que Numa empezase a gobernar a los romanos fundó la ciudad Miscelo, en el tercer año de la XVII Olimpiada (709 a. C.). Y ni le fue posible a Numa estudiar filosofía con Pitágoras de Samos, que floreció cuatro generaciones después, ni vivir en Crotona cuando lo llama-

---

80 Pitágoras nació en Samos hacia el 570 a.C.

ron para ocupar el trono de Roma, porque entonces
4 aún no existía la ciudad. Pero parece que los que escribieron estas historias, si me está permitido decir mi propia opinión, tomaron estos dos hechos reconocidos, es decir la estancia de Pitágoras en Italia y la sabiduría de Numa (pues se reconoce unánimemente que fue un hombre sabio), los combinaron e hicieron a Numa discípulo de Pitágoras, sin estudiar sus vidas para ver si ambos florecieron al mismo tiempo, cosa que he hecho yo ahora. A no ser que se suponga que haya existido, antes que el de Samos, otro Pitágoras maestro de filosofía con el que hubiera estado Numa. Pero esto no sé como se podría demostrar al no haberlo testimoniado en su historia ningún autor notable, ni romano ni griego, en lo que yo conozco. Pero ya es suficiente sobre este tema.

Numa ocupa el trono. Asistencia divina

60 Numa, cuando llegaron junto a él quienes lo requerían para el mando, durante un tiempo se opuso y pasó mucho rato resistiéndose a tomar el poder. Pero como sus hermanos le urgían insistentemente y finalmente su padre pensaba que no debía rechazar tal honor ofrecido, consintió en
2 ser rey. Al enterarse los romanos de ello por sus embajadores, les entró gran interés por él antes de verlo, pensando que había dado prueba suficiente de su sabiduría si, mientras los otros apreciaban el trono por encima de su valor y ponían en él la felicidad de sus vidas, él era el único que lo despreciaba como algo vano e indigno de preocupación. Así que le salieron al encuentro cuando se acercaba y estaba aún en el camino, y lo condujeron a la ciudad con grandes aplausos, salu-
3 dos y los restantes honores. Tras esto se reunió una asamblea en la que las tribus por curias depositaron su voto sobre él; los patricios confirmaron la decisión del pueblo, y por último aún los augures revelaron que

los signos de la divinidad eran favorables. Entonces to- 4
mó el poder. Los romanos dicen que este hombre no hizo ninguna campaña militar, fue piadoso y justo en la paz durante todo el tiempo de su reinado y consiguió una ciudad mejor gobernada. Cuentan muchos y admirables relatos sobre él, atribuyendo su sabiduría humana a inspiración de los dioses. Refieren que una ninfa, 5
Egeria, lo visitaba enseñándole en cada ocasión la ciencia propia de un rey; otros afirman que no era una ninfa, sino una de las Musas. Dicen que esto era evidente para todos, pues, al parecer, cuando la gente al principio desconfiaba pensando que el relato sobre la diosa era una invención, él mismo quiso mostrar a los incrédulos una clara evidencia de su trato con la divinidad, e instruido por ella hizo lo siguiente: convocó a muchos 6
y nobles romanos a la casa donde vivía y luego enseñó a los llegados el interior provisto de escaso mobiliario y particularmente desabastecido de lo necesario para una comida de mucha gente. Entonces les ordenó retirarse, pero los invitó a la noche para cenar. Cuando lle- 7
garon a la hora fijada les mostró ricos manteles y mesas rebosantes de muchas y hermosas copas, y cuando se sentaron a comer les ofreció todo tipo de manjares, que no eran fáciles de preparar para un hombre de entonces ni siquiera con mucho tiempo. Los romanos se llenaron de asombro ante todo lo visto y confirmaron desde entonces la creencia de que una diosa le asistía.

Mitos de Minos y Licurgo

Pero quienes rechazan todas las 61
historias fabulosas dicen que el mito de Egeria lo tramó Numa para facilitar que la gente, que temía a los dioses, le obedeciese y aceptase las leyes establecidas por él pensando que procedían de la divinidad. Explican que tomó el ejemplo de los griegos, 2
emulando la sabiduría de Minos de Creta[81] y de Li-

[81] Legendario rey de Cnoso cuyo nombre no sabemos si es de un

curgo el espartano[82]. El primero de los cuales afirmaba ser discípulo de Zeus y visitaba frecuentemente el monte Dicteo, donde los cretenses cuentan que Zeus, siendo recién nacido, fue criado por los Curetes; bajaba al antro sagrado y regresaba tras componer allí sus leyes, que exponía como recibidas de Zeus. Licurgo decía que llegado a Delfos fue instruido en su legislación por
3 Apolo. Como el hacer un examen de las narraciones míticas y, sobre todo, de las referidas a los dioses veo que precisa largas discusiones, lo omito, y voy a narrar los beneficios que me parece que los romanos recibieron del gobierno de aquel hombre, tal como conocí por las historias locales. Empezaré por la confusión en que estaban los asuntos públicos antes de llegar él al trono.

Beneficios de Numa a los plebeyos

62 Después de la muerte de Rómulo el Senado tuvo de nuevo plenos poderes y ejercitó el mando durante un año, como dije, pero empezó a estar en desacuerdo entre sí y a formar bandos sobre el tema del predominio y la igualdad. El grupo albano, que con Rómulo había creado la colonia, quería imponer su opinión, obtener los mayores honores y ser asistidos por los venidos recientemente.
2 Los extranjeros inscritos más tarde entre los patricios creían que no debían ser excluidos de ningún honor ni ser inferiores a los otros, y especialmente los que eran

determinado personaje o más bien un título hereditario. La leyenda lo considera hijo de Zeus y Europa y reinó en Creta tres generaciones antes de Teseo; se rememoraba su justicia y sabidiría que le habían valido ser, tras su muerte, uno de los jueces de los Infiernos junto con su hermano Radamantis y Eaco, rey de Egina.

[82] La personalidad de Licurgo es legendaria para nosotros y seguramente también lo era para los espartanos del siglo VII. Lo más probable es suponer que en aquella época Licurgo no era más que un nombre y que los sucesivos reformadores presentaban sus reformas como restauraciones de leyes olvidadas, dictadas en tiempos míticos por esa figura prestigiosa.

del pueblo sabino pensaban que, según los tratados rea-
lizados entre Rómulo y Tacio, pertenecían a la ciudad
en las mismas condiciones que los antiguos habitantes,
y ellos a su vez les habían hecho el mismo favor. A la 3
vez que el Senado se dividía, también la masa de los
plebeyos, repartida en dos, se unía a cada uno de los
bandos. Había un gran grupo de plebeyos de los admiti-
dos recientemente a la ciudadanía que, por no haber
realizado ninguna guerra con Rómulo, había sido des-
cuidado por el caudillo y no había recibido ni lotes de
tierra ni beneficios. No tenían casa, eran pobres y vaga-
bundos, enemigos necesariamente de los superiores, y
estaban completamente dispuestos a emprender una re-
volución. Numa encontró los asuntos públicos agitados 4
en tal confusión; primero se ocupó de los plebeyos po-
bres, distribuyéndoles la tierra que poseía Rómulo y
una pequeña parte de la tierra comunal. Luego, sin
arrebatar a los patricios nada de lo que habían conse-
guido los fundadores de la ciudad, concedió otros hono-
res a los nuevos habitantes, y puso fin a las disensio-
nes. Logró la armonía de toda la plebe como un órgano, 5
siguiendo la única consideración del interés público, y
aumentó el perímetro de la ciudad con la colina del
Quirinal (pues hasta ese momento estaba sin amura-
llar). Entonces se dedicó a los otros asuntos políticos
ocupándose de estas dos virtudes, con las que suponía
que la ciudad sería más próspera y grande. En primer
lugar la piedad, enseñando a los hombres que los dio-
ses son dadores y guardianes de todo bien para la natu-
raleza mortal; en segundo lugar la justicia, mediante la
que también los bienes procedentes de los dioses apor-
tan los más hermosos goces a sus poseedores.

Regulaciones religiosas de Numa. Deificación de Rómulo

63 No pienso escribir cada una de las leyes e instituciones que llevó a cabo y que condujeron todos los asuntos a un gran progreso, por prever la extensión del relato y al tiempo por ver que no es necesaria su inclusión en una historia griega. Diré brevemente las principales, que pueden mostrar toda la intención de este hombre,
2 empezando por las regulaciones en materias religiosas. Asumió todo lo ordenado por Rómulo en costumbres y leyes y permitió que se conservase inalterado por creer que había sido establecido de la mejor manera. Pero cuanto le pareció que había sido pasado por alto por aquél lo añadió; consagró muchos recintos a los dioses que antes no recibían honores, les levantó muchos altares y templos, instituyó festivales a cada uno, nombró sacerdotes que se ocupasen de ello y redactó leyes sobre purificaciones, ceremonias, expiaciones, sobre los restantes ritos y sobre muchos honores, como no tiene ninguna ciudad ni griega ni bárbara, ni siquie-
3 ra las que entonces se destacaban por su piedad. Ordenó que el propio Rómulo, por haber sido superior a la naturaleza mortal, fuera honrado con la construcción de un templo y con sacrificios a lo largo del año bajo el nombre de Quirino; pues cuando los romanos aún dudaban de si su desaparición se había debido a un designio divino o a una trama humana, un hombre de nombre Julio, labrador descendiente de Ascanio e irreprochable en su vida, que nunca mentiría por provecho propio, se presentó en el Foro y dijo que al regresar del campo vio a Rómulo que salía de la ciudad armado,
4 y cuando estuvo cerca oyó que decía lo siguiente: «Julio, anuncia a los romanos de mi parte que el genio que me correspondió cuando nací me conduce hacia los dioses, pues he acabado mi vida mortal. Soy Quirino».

Numa, tras recopilar toda la legislación religiosa por escrito, la dividió en ocho partes, tantas como era el conjunto de las ceremonias religiosas.

División de los ritos religiosos

La primera disposición de los ritos religiosos la confió a los treinta curiones, quienes, como dije, hacían los sacrificios públicos de las curias. 64
La segunda a los llamados por los griegos estefanóforos[83] y por los romanos *flamines*, a quienes denominan así por los gorros y cintas llamadas *flama*[84] que todavía ahora llevan. 2
La tercera a los jefes de los céleres, que, como dije, se componían de caballería e infantería y fueron designados guardia de los reyes; ellos también realizaban algunas ceremonias establecidas. 3
La cuarta a los intérpretes de señales divinas que distinguían qué signos eran para personas privadas y cuáles para la comunidad, a quienes los romanos llaman augures por un aspecto del arte de la observación, y nosotros *oionopóloi*[85], que eran expertos en toda la adivinación conocida por los romanos, en signos celestes, del aire o terrestres. 4
La quinta a las vírgenes que cuidan el fuego sagrado, que se llaman entre ellos, por el nombre de la diosa que sirven, vestales; Numa fue el primero en construir un templo a Vesta entre los romanos y nombró vírgenes para que fueran 5

[83] Nombre dado como título en varias ciudades griegas a magistrados que portaban una corona como símbolo de su oficio; aquí está usado como equivalente del latín «portadores de cintas».

[84] ¿Un error por *fila*?. Dionisio da aquí la etimología usual de *flamen* conservada por Varrón y por Festo; ambos afirman que estos sacerdotes reciben su nombre del *filum*, la cinta de lana que llevan alrededor de sus gorros. Parece que Dionisio habría confundido *filum* con *flammeum*, el velo nupcial. La verdadera etimología de *flamen* es discutida, pero es probable hacerlo derivar de *flare* (soplar), pues una de las primeras obligaciones del sacerdote era hacer arder el fuego para los sacrificios.

[85] «Adivino por medio de aves».

sus sacerdotisas. Sobre esto es preciso hablar brevemente lo imprescindible que el tema exige. Hay problemas que merecen investigación entre muchos escritores romanos respecto a este lugar común, y quienes no han examinado cuidadosamente las causas han publicado escritos a la ligera.

Construcción del templo de Vesta

65 Algunos atribuyen la construcción del templo a Rómulo, pensando que es imposible que en una ciudad fundada por un hombre experto en adivinación no se construyera en seguida un hogar[86] común para la ciudad, especialmente habiéndose educado su fundador en Alba, donde el templo de esta diosa había sido construido desde tiempos muy antiguos, y habiendo sido su madre sacerdotisa de la diosa. Y al dividir en dos tipos los cultos, unos comunes y públicos, los otros particulares y familiares, dicen que en ambos le era muy necesario a Rómulo ve-
2 nerar a esta diosa. Realmente nada es más necesario a los hombres que el fuego común, ni a Rómulo más propio por su descendencia, pues sus antepasados trajeron los ritos de la diosa desde Troya, y su madre fue sacerdotisa. Entonces los que por estas razones atribuyen la construcción del templo a Rómulo más que a Numa parecen hablar correctamente por la idea común de que, cuando se funda una ciudad, debe primero construirse un fuego, y especialmente al ser fundada por un hombre experto en conocimiento sobre los ritos divinos. Pero parecen ignorar los detalles de la construcción del templo actual y de las vírgenes que sirven a
3 la diosa; pues ni este lugar donde se conserva el fuego sagrado era el que Rómulo consagró a la diosa (la mayor prueba de esto es que está fuera de la llamada *Ro-*

[86] La palabra griega *hestía* significa tanto «fuego», «hogar», como el nombre propio de la diosa Hestia, correspondiente a la romana Vesta.

ma Quadrata[87] que Rómulo amuralló, cuando todos establecen un santuario de fuego común en la parte principal de la ciudad, pero nadie fuera de los muros), ni fijó que los cuidados a la diosa los realizasen vírgenes, recordando, según yo creo, lo sucedido a su madre, que mientras estaba al servicio de la diosa perdió su virginidad, pues parece que no sería capaz de castigar según las leyes tradicionales a la sacerdotisa que encontrase que había sido seducida, al recordar las desgracias familiares. Por tales motivos no levantó un san- 4
tuario público de Vesta ni le asignó vírgenes como sacerdotisas, sino que estableció en cada una de las treinta curias un fuego sobre el que sacrificaban los miembros de las curias y nombró sacerdotes a sus jefes, imitando las costumbres griegas que aún se conservan en las ciudades más antiguas. En efecto, los llamados entre ellos pritaneos[88] son templos de Hestia, y son servidos por quienes tienen el mayor poder en las ciudades.

Secretos guardados en el templo de Vesta

Numa, tras tomar el poder, no al- 66
teró los hogares particulares de las curias, pero estableció uno común a todos entre el Capitolio y el Palatino (pues ya estaban fortificadas las colinas con una sola muralla y entre ellas estaba el Foro, donde se dispuso el templo) y legisló que el cuidado de los ritos se hiciera, según la tradicional ley de los romanos, por medio de vírgenes. Hay algunas dudas sobre 2
qué es lo que se guarda en el templo y por qué está confiado a vírgenes. Algunos afirman que no se vigila otra cosa que el fuego visible, y es natural que su cuida-

[87] Nombre dado a la vieja ciudad del Palatino que, según lo ordenado por los augures, era cuadrangular.

[88] Cada ciudad griega tenía un pritaneo donde el fuego sagrado se conservaba siempre ardiendo. Este edificio servía también como residencia de los magistrados, y allí se recibía a los embajadores y a ciudadanos que lo merecieran por sus servicios al Estado.

do esté confiado a vírgenes y no a hombres porque el fuego es incorruptible, una virgen es pura, y lo más casto de los mortales es grato a la más pura de las divi-
3 nidades. Consideran que el fuego está consagrado a Vesta porque esta diosa es tierra [89] y ocupa el lugar central del universo, y enciende los fuegos celestiales de ella misma. Pero hay otros que dicen que aparte del fuego se guardan en el recinto de la diosa secretos ocultos a la mayoría, de los que tienen conocimiento los pontífices y las vírgenes. Presentan como prueba significativa de su argumento lo ocurrido durante el incendio del templo [90] en la Primera Guerra Púnica, susci-
4 tada entre romanos y cartagineses por Sicilia. Cuando el templo fue incendiado y las vírgenes huían del fuego, uno de los pontífices, Lucio Cecilio llamado Metelo, un hombre del orden consular (el que trajo ciento treinta y ocho elefantes en el memorable triunfo tras la derrota de los cartagineses en Sicilia) [91], despreciando su propia seguridad se arriesgó por el bien común a abrirse paso hacia el interior en llamas para coger los secretos abandonados por las vírgenes y los salvó del fuego. Por tal hecho recibió grandes honores de la ciudad, como testimonia la inscripción de su estatua situada en
5 el Capitolio. Tomando este incidente como algo reconocido urden sus propias conjeturas, unos dicen que lo guardado dentro es una parte de los objetos sagrados de Samotracia que Dárdano trasladó a la ciudad fundada por él desde la isla y Eneas, cuando huyó de la Tróade, trajo a Italia junto con otros objetos. Otros revelan que es el Paladio caído del cielo que se conservaba entre los troyanos, y que Eneas se llevó por conocerlo bien, mientras que los aqueos robaron una copia. Sobre

[89] Vesta es igualmente identificada con la tierra por Ovidio (*Fastos* VI 267).

[90] 241 a. C.

[91] En Panormo, en el 250 a. C.

este tema muchos relatos se han dicho y escrito por
los poetas. Pero por muchas razones yo pienso que ha- 6
bía algunos objetos sagrados ocultos a la mayoría de
la gente guardados por las vírgenes y no sólo el fuego,
pero cuáles eran éstos creo que no debo inquirirlo ni
yo mismo ni ningún otro que quiera guardar respeto
a los dioses.

Las vestales

Las vírgenes servidoras de la dio- 67
sa eran cuatro al principio, elegidas
por los reyes según las normas que
estableció Numa, pero más tarde, a
causa de la cantidad de ceremonias
que debían realizar, fueron seis, que son las que perma-
necen hasta nuestros días. Viven en el templo de la dio-
sa, donde durante el día a nadie que quiera se le impide
entrar, pero durante la noche la ley no permite pernoc-
tar a ningún varón. Es necesario que ellas permanezcan 2
sin casar durante treinta años, siendo sacerdotisas y
realizando los restantes ritos según la ley. En los pri-
meros diez años deben aprender, durante otros diez lle-
var a cabo las ceremonias religiosas, y los restantes
diez enseñar a las otras. Una vez pasados los treinta
años nada impedía que las que quisieran se casaran,
tras dejar sus cintas y las restantes insignias del sacer-
docio. Y no pocas lo hicieron, pero el final de sus vidas
les resultó poco envidiable y muy infeliz. De modo que
las demás, tomando como un presagio las desgracias
de aquéllas, permanecieron vírgenes en el templo hasta
su muerte, y entonces se nombraba de nuevo otra por
los pontífices para completar el número. Muchos y es- 3
pléndidos honores se les ofrecen por parte de la ciudad,
por lo que no añoran ni hijos ni matrimonio. Están fija-
das grandes penas para las que cometen faltas, que los
pontífices investigan y castigan según la ley: a las que
han cometido faltas pequeñas las azotan con varas, pe-
ro a las que se han dejado seducir las envían a la

4 muerte más vergonzosa y lamentable. Las conducen aún vivas en procesión sobre unas andas como en los funerales fijados para los muertos, mientras sus amigos y parientes en cortejo lanzan lamentos por ellas, las llevan hasta la puerta Colina y dentro de una muralla, en un lugar cerrado preparado bajo tierra, las colocan con adornos funerarios, pero no reciben monumen-
5 to, ni ceremonias fúnebres, ni ningún otro rito. Parece que existen otras muchas indicaciones sobre la sacerdotisa que no realiza su servicio de forma pura, principalmente la extinción del fuego que los romanos consideraban por encima de toda desgracia, tomándolo, fuese por la causa que fuese, como señal de destrucción de la ciudad; y con muchos ritos expiatorios lo traen de nuevo al templo. Pero sobre esto hablaré en el momento oportuno [92].

Vestales injustamente acusadas: Emilia

68 Es muy conveniente también exponer la epifanía que la diosa realiza a las vírgenes injustamente acusadas. Ciertamente los romanos lo creen, aunque parezca inverosímil, y los escritores han hecho muchos relatos sobre ello.
2 Cuantos practican la filosofía atea, si es que también a estas teorías hay que llamarlas filosofía, desacreditan todas estas epifanías de dioses acaecidas entre griegos o bárbaros y ridiculizan estas historias atribuyéndolas a habladurías humanas, en la idea de que a ningún dios interesa nada de los hombres. Pero los que no eximen a los dioses del cuidado de lo humano, sino que incluso piensan, tras larga investigación, que son benévolos con los buenos y hostiles con los malvados, suponen que es-
3 tas manifestaciones divinas no son increíbles. Se dice que una vez se apagó el fuego por descuido de la que en aquel momento lo vigilaba, Emilia, pues entregó su

---

[92] Esta promesa no está cumplida en la parte conservada de la historia.

cuidado a otra virgen de las recién elegidas y que estaba todavía aprendiendo. Se produjo un gran alboroto en la ciudad entera y una inspección a cargo de los pontífices, no fuera a ser que hubiera alguna mancha de la sacerdotisa que estaba con el fuego. Entonces dicen que Emilia, que era inocente, turbada por lo ocurrido, en presencia de los sacerdotes y de las otras vírgenes, tendió sus manos sobre el altar y dijo: «Vesta, guardia- 4
na de la ciudad de Roma, si te he realizado las ceremonias santa y justamente durante casi treinta años con alma limpia y cuerpo puro, aparécete a mí, ayúdame y no permitas que tu sacerdotisa muera de la manera más lamentable; pero si he hecho algo impío, expía el sacrilegio de la ciudad con mi castigo». Tras decir esto 5
desgarró la túnica de gasa que vestía y dicen que lanzó el jirón sobre el altar a continuación de la plegaria, y de las cenizas, enfriadas largo tiempo y que no guardaban lumbre, resurgió una gran llama a través de la gasa, de modo que la ciudad no necesitó ni expiaciones ni un nuevo fuego.

Historia de la vestal Tucia

Pero aún más extraordinario que 69
esto y más parecido a una leyenda es lo que voy a decir. Afirman que alguien acusó injustamente a una virgen sacerdotisa de nombre Tucia, y como no podía alegar la extinción del fuego, presentó otras falsas evidencias de pruebas y testimonios verosímiles. Al ser instada a defenderse la virgen dijo sólo esto: que disiparía las calumnias con sus hechos. Tras 2
decir esto llamó a la diosa como guía de su camino y marchó hacia el Tíber con el permiso de los pontífices, acompañándola la muchedumbre de la ciudad. Cuando estuvo cerca del río emprendió la audacia considerada según el proverbio entre las primeras de las imposibles: sacar agua del río en una criba, y llevándola hasta el Foro la arrojó a los pies de los pontífices. Luego di- 3

cen que su acusador no fue encontrado ni vivo ni muerto a pesar de una gran búsqueda. Pero aunque sobre las manifestaciones de la diosa puedo contar muchos otros relatos, pienso que he dicho bastante.

Los salios

70 La sexta división de las instituciones religiosas era la asignada a los llamados por los romanos salios, a quienes el propio Numa eligió de entre los patricios escogiendo a doce jóvenes de la mejor apariencia. Sus objetos sagrados están depositados en el Palatino y ellos mismos se llaman palatinos. Los salios agonales [93], llamados por algunos colinos, cuyo tesoro sagrado está en la colina del Quirinal, fueron nombrados tras Numa por el rey Hostilio a causa de un voto que realizó en la guerra contra los sabinos. Todos estos salios danzan y cantan himnos en
2 honor de los dioses guerreros. Su fiesta es en la época de las Panateneas [94], en el mes llamado de Marte, y se celebra a expensas públicas durante muchos días en los que van danzando por la ciudad hacia el Foro, el Capitolio y otros muchos lugares privados y públicos. Llevan túnicas multicolores ceñidas con cinturones de bronce y togas bordadas de púrpura cogidas con broches, que llaman *trabeas* [95] (es una vestidura propia de Roma y señal de gran honor entre ellos), y sobre las cabezas los llamados *apices*, gorros altos en forma de
3 cono que los griegos denominan *kirbasíai*. Cada uno de ellos se ciñe una espada y en la mano derecha porta una lanza, un báculo o algo semejante, y en la izquierda

[93] Normalmente llamados *agonenses*.

[94] No quiere aquí decir el conocido festival ateniense (que tenía lugar en agosto), sino las Quincuatres, festival romano en honor de Minerva (19-23 de marzo). La principal celebración de los salios comenzaba al principio de marzo y continuaba hasta el 24; Polibio (XXI 10, 12) da un total de 30 dias.

[95] Toga de ceremonias escarlata o a rayas rojas y blancas, de origen sabino.

lleva un escudo tracio, parecido a un escudo alargado[96] en forma de rombo con los lados más estrechos, que dicen que llevan entre los griegos los que realizan los ritos de los Curetes. Y los salios, en mi opinión, son, 4
traduciendo su nombre al griego, los Curetes, así llamados por nosotros a causa de su edad pues son *kúroi*[97], y por los romanos a causa de su movimiento rítmico; pues saltar y brincar se dice en latín *salire*. Y por esta causa a todos los otros danzantes, puesto que también efectúan saltos y brincos, los llaman *saltatores* tomando este nombre de los salios. Pero si yo he com- 5
prendido correctamente esta denominación o no, cualquiera la explica sacándola de sus propias acciones; pues realizan movimientos con sus armas a ritmo de flautas, unas veces todos juntos, otras por turno, y cantan himnos tradicionales mientras bailan. Pero la danza y el movimiento de hombres armados y el ruido producido por sus puñales contra los escudos, si hay que prestar crédito a los relatos antiguos, fueron los Curetes los primeros en realizarlo. La leyenda sobre ellos no es preciso que la escriba puesto que casi todo el mundo la sabe.

Un escudo de origen divino. Los ludiones

Entre los muchos escudos que 71
portaban los salios y que unos servidores suyos llevaban colgados de unas varas, dicen que hay uno caído del cielo y afirman que fue encontrado en el palacio de Numa, y que ningún mortal llevó

---

[96] Sin duda oval. Algunas gemas y monedas representan estos escudos sagrados llamados *ancilia*. Por su forma se les ha llamado frecuentemente «figura de ocho». Ésta no era la forma de un escudo tracio, que es descrito como de lados crecientes en forma de media luna.

[97] Muchacho, joven. A los Curetes la leyenda los hace protectores del niño Zeus en la isla de Creta (véase cap. 61, 2); fueron encargados de golpear sus espadas contra los escudos para ahogar los gritos del niño a fin de que su paradero no fuese descubierto por su padre Cronos.

ni conoció antes en Italia un escudo de forma semejante, por lo que los romanos suponen que el escudo fue
2 enviado por los dioses. Y Numa quiso que fuese honrado al ser portado por los jóvenes más distinguidos en los días sagrados a través de la ciudad y que recibiese sacrificios anuales, pero por temor a conjuras de enemigos y a su desaparición por robo, dicen que construyó muchos escudos semejantes al de origen celeste (Mamurio, un artesano, recibió el encargo), de tal modo que el verdadero escudo enviado por los dioses resultó irreconocible y difícil de distinguir a quienes fuesen a tramar su robo debido a la perfecta semejanza de los
3 productos humanos. La danza de los Curetes es una tradición local muy honrada entre los romanos, según yo deduzco de otras muchas circunstancias, pero especialmente porque tiene lugar en los desfiles del circo y de
4 los teatros. En todos ellos jóvenes adolescentes vestidos con elegantes túnicas marchan en fila portando cascos, espadas y escudos ligeros, son ellos quienes encabezan la procesión y, porque este juego parece haber sido inventado por los lidios, son llamados por los romanos ludiones [98], simulacro a mi parecer de los salios, pues no hacen nada propio de los Curetes, como los salios, ni en sus cantos ni en su danza. Es necesario que los salios sean libres, nativos de Roma y con padre y madre vivos; mientras que los otros son de cualquier condición. Pero ¿qué más hay que escribir sobre ellos?

---

[98] «Danzante, mimo». Por el capítulo en que Livio (VII 2) describe los comienzos del drama en Roma sabemos que estos *ludiones* eran al principio danzantes y sólo después hicieron pantomimas.

Los feciales

La séptima división de las instituciones religiosas fue confiada al colegio de los llamados feciales[99], que serían llamados en lengua griega *eirenodícai*[100]. Son hombres elegidos de las mejores familias y ejercen la función religiosa durante toda su vida; el rey Numa fue el primero que estableció esta magistratura sagrada entre los romanos. 72
Si realmente tomó el modelo de los llamados equicolos[101] como creen algunos, o de la ciudad de Ardea, como escribe Gelio, no puedo afirmarlo; me basta con decir sólo esto, que el colegio de los feciales no existía en Roma antes del reinado de Numa. 2
Él lo estableció cuando se disponía a combatir contra los fidenates, que robaban y hacían incursiones en su territorio, a ver si querían llegar a un acuerdo con él sin guerra, cosa que hicieron obligados por la necesidad. Puesto que la institución de los feciales no es tradicional en Grecia, pienso que es preciso que exponga de cuántos e importantes asuntos se ocupaba para que a quienes desconocen la piedad romana, que los hombres de entonces practicaban, no les resulte extraño que todas sus guerras alcanzasen el final más brillante. 3
En efecto, se verá que todas ellas las hicieron por las causas y motivos más piadosos y precisamente por eso tuvieron a los dioses propicios en los peligros. Ciertamente no es fácil enumerar todas las tareas encomendadas a los feciales debido a su gran cantidad, así que las expondré en un resumen de lo fundamental. Son las siguientes: cuidar que los romanos no emprendan ninguna guerra injusta 4

---

[99] Livio (I 24) no menciona los *fetiales* hasta el reinado de Tulo Hostilio sucesor de Numa.

[100] «Arbitros de paz».

[101] Otro nombre de los ecuos, primitiva tribu itálica. Con el tiempo fue interpretado como «amantes de la justicia», de *aequum* y *colere*.

contra una ciudad aliada; si otros inician la violación de los tratados, enviar embajadores y en primer lugar pedir de palabra satisfacciones, y si no escuchan sus
5 peticiones, entonces declarar la guerra. De la misma manera si algunos aliados afirman haber sufrido injurias de los romanos y piden justicia, estos hombres determinan si han sufrido algún daño contra los tratados, y si les parece que demandan lo justo, detienen a los acusados y los entregan a los perjudicados. Juzgan también los delitos cometidos contra embajadores, vigilan que se respeten sagradamente las cláusulas de los tratados, firman la paz y anulan la ya existente, si les parece que no se ha hecho según las leyes sagradas; juzgan los delitos de los generales que tenían relación con juramentos y tratados y los purifican, pero sobre esto
6 hablaré en el momento oportuno. Respecto a sus funciones de heraldo cuando piden justicia a una ciudad que parece haber delinquido contra los romanos (pues es preciso no ignorar lo realizado con preocupación de lo sagrado y justo) he sabido lo siguiente: uno de los feciales, al que los demás han elegido, adornado con ropa e insignias sagradas para distinguirse de los otros, se dirige a la ciudad de los ofensores. Se para en sus fronteras e invoca a Júpiter y los restantes dioses como testigos de que ha venido para pedir justicia en nombre
7 de la ciudad de Roma. Después jura que llega a una ciudad que ha cometido una injusticia, lanzando las mayores imprecaciones contra sí mismo y contra Roma si mentía, y entonces entraba en las fronteras. Luego, al primero que encontraba le preguntaba si era del campo o de la ciudad, y tras repetir las mismas imprecaciones marchaba a la ciudad, y antes de entrar en ella preguntaba de la misma forma al portero o al primero que encontraba en las puertas, después avanzaba hacia el foro. Allí se quedaba en pie y discutía con los magistrados sobre el asunto por el que había venido,

añadiendo en todas partes los juramentos e imprecaciones. Si se sometían a justicia y entregaban a los acusa- 8
dos, se marchaba llevándoselos, quedando como amigo y entre amigos. Pero si pedían tiempo para deliberar les daba diez días y volvía de nuevo, aceptando hasta tres veces esta petición. Pasados los treinta días, si la ciudad no les daba satisfacciones, invocaba a los dioses celestes y subterráneos y se marchaba, diciendo únicamente que la ciudad de Roma deliberaría con calma respecto a ellos. Tras esto se presentaba al Senado jun- 9
to con los otros feciales y exponía que habían hecho todo cuanto era prescrito por las leyes sagradas y si querían votar guerra no había obstáculo de los dioses. Pero si alguno de estos preceptos no se cumplía, ni el Senado ni el pueblo tenían poder para votar la guerra. Esto es lo transmitido respecto a los feciales.

Los pontífices

La última división de las disposi- 73
ciones religiosas de Numa fue la que correspondía a quienes tenían el más alto sacerdocio y poder entre los romanos. Éstos en su lengua se denominan pontífices [102] por uno de los trabajos que realizan al reparar el puente de madera, pero se ocupan de los asuntos más importantes. Así ellos actúan 2
como jueces en todos los procesos religiosos contra particulares, magistrados y ministros del culto a los dioses, y dictan leyes sobre los preceptos religiosos no escritos ni establecidos por costumbre que a ellos les parece conveniente que reciban leyes y sanción por la costumbre. Investigan todas las magistraturas que tienen encomendadas sacrificios o servicios de los dioses y a todos los sacerdotes; vigilan que los sirvientes y mi-

---

[102] De *pons* y *facere*. Según el propio Dionisio (III 45) el Puente Sublicio fue construido por Anco Marcio; hay que hacer notar que él no dice explícitamente que estos sacerdotes llevasen el nombre de *pontífices* desde el principio.

nistros del culto empleados en los actos religiosos no cometan ningún error en las normas sagradas. Interpretan y explican los cultos de los dioses y genios a los particulares que los desconocen. Y si se enteran de que algunos no obedecen sus órdenes los castigan a la vista de cada caso. Están exentos de todo proceso y castigo, sin dar cuenta al Senado ni al pueblo en lo que respecta
3 a cuestiones religiosas. De modo que si alguien quiere llamarlos *hierodidáscaloi, hieronómoi, hierofílaces* o, como consideramos más apropiado, *hierofántai* [103] no se alejaría de la verdad. Al morir uno de ellos otro ocupa su lugar, elegido no por el pueblo sino por ellos mismos, el que parece ser el más apropiado de los ciudadano. Éste, una vez aprobado, recibe el sacerdocio, si los
4 augurios le son favorables. Además de otras menos destacadas, éstas fueron las disposiciones dadas por Numa respecto a lo divino, y las divisiones según los tipos de actos religiosos más importantes y notables por las que hizo a la ciudad más piadosa.

Delimitación de propiedades privadas y públicas

74 Las normas conducentes a la frugalidad y moderación en la vida de cada ciudadano e inspiradoras del deseo de justicia que conserva en armonía a la ciudad fueron muchas, unas recogidas en leyes escritas, otras no escritas pero llevadas con el tiempo a la costumbre y al uso. Hablar sobre todas ellas sería una larga tarea, bastarán dos dignas del mayor recuerdo que son testimonio también
2 de las demás. Para que estuviesen satisfechos con lo que tenían y no deseasen lo ajeno, estaba el código de leyes sobre la delimitación de las posesiones. Ordenó a cada ciudadano circunscribir su propiedad y colo-

103 «Maestros de religión», «supervisores de la religión», «guardianes de la religión» e «intérpretes de la religión» respectivamente. La última es la palabra que usa regularmente Dionisio cuando traduce el latín *pontifex.*

car piedras en sus límites; estas piedras las llamó de
Júpiter *Terminalis*, y estableció que todos, reunidos en
el lugar, les realizasen sacrificios cada año en un día
fijado, y situó esta fiesta de los dioses de los límites
entre las más honradas. Los romanos la llaman Termi- 3
nales, por los términos, y a los propios límites los de-
nominan *termines*, comparable, con el cambio de una
letra, en nuestra lengua a términos [104]. Y si alguien
destruía o cambiaba los términos, decretó que quien lo
hubiese hecho fuera consagrado al dios para que el que
quisiera matarlo como sacrílego tuviera impunidad y
quedase limpio de mancha. Estableció esta ley no sólo 4
para las propiedades privadas sino incluso para las pú-
blicas, rodeándolas también con límites para que los
dioses de los términos distinguiesen la tierra romana
de la de los vecinos, y la pública de la privada. Los ro-
manos conservan hasta nuestros días su recuerdo debi-
do a su carácter sagrado. Consideran a los términos co-
mo dioses y les realizan sacrificios anualmente, no de
seres animados (pues no es lícito cubrir las piedras de
sangre) sino galletas de cereales y algunas otras primi-
cias de frutas. Pero sería preciso que ellos aún observa- 5
sen el tema por el que Numa consideró dioses a los tér-
minos, contentándose con sus propiedades, sin apro-
piarse de lo ajeno por la fuerza o con engaño. Pero aho-
ra algunos no delimitan sus propiedades de las ajenas,
como es lo mejor y les enseñaron sus antepasados, sino
que entre ellos lo que delimita las propiedades no es

---

[104] Reproducción del juego de palabras que hace Dionisio entre griego *Térmones* y latín *termines*. Cuando dice que las palabras latina y griega difieren sólo en una letra se está refiriendo a la raíz (*termin-*: *termon-*) o al Nom. sg. (*termen*: *térmōn-*); evidentemente no se refiere a las desinencias pues regularmente declina las palabras latinas como si fuesen griegas. La forma *términas*, es decir *termines*, puede difícilmente proceder de la mano de Dionisio que debió saber que la mayor parte de los nombres en *-men* son neutros. La forma verdadera sería *términa* o *termínous*, es decir *termina* o *termini*.

la ley, sino su deseo de poseerlo todo (actitud poco noble). Pero la consideración de esto la dejamos para otro momento.

Culto a la Fe Pública

75 Numa dirigió la ciudad hacia la frugalidad y moderación mediante las leyes anteriores. La condujo a la justicia en los contratos imaginando un sistema desconocido por todos los que establecieron las constituciones más elogiadas. Al ver que a los contratos hechos en público y con testigos los preserva el respeto por los presentes, y raros son quienes los violan, mientras que los hechos sin testigos (muchos más que los otros) tienen como única garantía la buena fe de los contratantes, pensó que era necesario ocuparse de ella más que de todo lo demás
2 y hacerla digna de veneración divina. Así pues decidió que Justicia, Temis, Némesis, las llamadas entre los griegos Erinias y conceptos semejantes a éstos habían sido convenientemente venerados y santificados por los antiguos, pero Fe, aunque no existe entre los hombres sentimiento mejor ni más sagrado, todavía no había obtenido veneración en los asuntos públicos de las ciuda-
3 des ni en los privados. Y con estas reflexiones fue el primer hombre que erigió un templo de la Fe Pública y le instauró sacrificios, como a los otros dioses, a expensas del estado. Y con el tiempo esta costumbre pública de la fidelidad y firmeza hacia los hombres iba a transformar también las costumbres de los particulares. Ciertamente la fidelidad fue considerada un asunto tan venerable e incorruptible que el juramento por la propia fidelidad era el mayor que uno podía hacer y más seguro que todo testimonio. Y cuando se producía entre dos hombres una discusión acerca de un contrato sin testigos la que dirimía la disputa e impedía que avanzase era la fidelidad de cada uno de los propios litigantes. Y las magistraturas y tribunales de justicia

decidían la mayoría de las controversias mediante juramentos por la fe. Tales exhortaciones de moderación 4
y de justicia ideadas entonces por Numa hicieron a la ciudad de Roma más organizada que la casa mejor administrada.

Prosperidad de Roma. Muerte de Numa

Ahora voy a contar las medidas 76
que la hicieron cuidadosa de sus necesidades y artesana de sus bienes. Numa, pensando que una ciudad que desea amar la justicia y permanecer en una vida recta debe tener abundancia de recursos necesarios, dividió la tierra en los llamados pagos y estableció para cada uno de estos distritos un gobernador que era inspector y visitador de su territorio. Éstos 2
iban frecuentemente para registrar los campos que estaban bien trabajados y los declaraban al rey que recompensaba a los labradores diligentes con elogios y favores, y hacía reproches a los vagos y los castigaba, exhortándolos luego a cultivar mejor la tierra. De esta forma, libres de guerras, con gran despreocupación de los asuntos públicos y castigados vergonzosamente por pereza y dejadez, todos eran trabajadores independientes, y consideraban que la riqueza de la tierra era más justa que la de la guerra y más dulce que la abundancia insegura. Y a Numa por esto le resultó ser amado 3
por sus súbditos, envidiado por sus vecinos y recordado por los hombres posteriores. Y por estas medidas la revolución civil no destruyó la armonía ciudadana, ni una guerra exterior desvió a la ciudad de sus más fuertes y admirables instituciones. De tal manera los vecinos estaban lejos de considerar la pacífica tranquilidad de los romanos como una oportunidad para atacarlos, que incluso si se suscitaba una guerra entre ellos, elegían a los romanos como mediadores y decidían resolver sus enemistades con el arbitraje de Numa. 4
Así que yo no me avergonzaría de contar a este

hombre entre los más celebrados por su felicidad. Nació de origen real, gozó de un aspecto regio y no recibió una educación inútil basada en las palabras[105], sino aquella por la que aprendió a practicar la piedad y las
5 restantes virtudes. Siendo joven fue digno de tomar el mando de los romanos, llamado por ellos debido a la fama de sus virtudes, y vivió toda su vida teniendo la obediencia de sus súbditos. Llegó a una edad avanzada con todas sus facultades, sin sufrir ningún mal de la Fortuna y murió de la muerte más fácil, consumido por la vejez, permaneciendo junto a él de la misma manera el genio que le tocó en suerte desde su nacimiento hasta su desaparición de entre los hombres. Vivió más de ochenta años, reinó cuarenta y tres; dejó como descendencia, según escribe la mayoría, cuatro hijos y una hija, cuyos descendientes aún viven; pero según narra Cneo Gelio, una sola hija de la que nació Anco Marcio,
6 el segundo rey de Roma tras él. A su muerte la ciudad demostró un gran duelo y le hizo unos espléndidos funerales. Yace en el Janículo cerca del río Tíber. Y esto es lo que se nos ha transmitido acerca de Numa Pompilio.

---

105 Ataque a los sofistas y retóricos.

LIBRO III

Tulo Hostilio sube al poder: linaje y principales hechos civiles

Después de muerto Numa Pompilio, el senado, siendo de nuevo soberano en los asuntos públicos, decidió permanecer bajo el mismo régimen de gobierno, sin que el pueblo tomara una decisión contraria. Y otorgó el gobierno durante el interregno, por un número limitado de días, a los senadores más ancianos, que designaron como rey a Tulo Hostilio, a quien todo el pueblo consideraba digno. 1

2 Su linaje era el siguiente: desde la ciudad de Medulia, que fundaron los albanos y Rómulo hizo colonia romana después de tomarla por capitulación, un hombre de ilustre cuna y poderoso por su fortuna, de nombre Hostilio, se trasladó a Roma y tomó como mujer a la hija de Hersilio, de la raza sabina, que fue la que guió a las mujeres de su mismo pueblo en embajada ante sus padres en favor de sus maridos, cuando los sabinos combatían contra los romanos [1]; y parece que fue la principal responsable de la alianza que llevaron a cabo los jefes. Este hombre tomó parte con Rómulo en muchas guerras, realizando grandes hazañas en las batallas contra los sabinos, murió dejando un hijo único y

[1] Alusión al rapto de las sabinas en época de Rómulo y a la guerra que este suceso desencadenó entre los dos pueblos. Véase II 30 y sigs.

fue enterrado por los reyes en el lugar más importante
del Foro, honrado con una estela que da testimonio de
3 su valor en una inscripción. De este único hijo, tras lle-
gar a adulto y contraer matrimonio ilustre, nació un
niño, Tulo Hostilio, hombre emprendedor, que fue nom-
brado rey por votación ciudadana llevada a cabo sobre
su persona conforme a las leyes, decisión que también
confirmó la divinidad por medio de augurios favora-
bles. El año en que tomó el poder era el segundo de
la XXVII Olimpiada (670 a. C.), que ganó el ateniense
Euríbates en la prueba del estadio, bajo el arcontado
de Leóstrato en Atenas.

4 Tulo, tan pronto como obtuvo el poder, se ganó, en-
tre el pueblo, a toda la clase trabajadora y sin recursos,
al llevar a cabo la acción más generosa de todas. Fue
la siguiente: los reyes anteriores a él poseían un terre-
no reservado extenso y fértil, del que obtenían ingresos
para ofrecer sacrificios a los dioses y tener abundantes
recursos para su vida privada. Esta tierra la había con-
seguido Rómulo arrebatándosela en guerra a los ante-
riores poseedores. Al morir sin hijos, Numa Pompilio,
que reinó a continuación, siguió disfrutándola. Pero ya
no era una propiedad pública, sino hereditaria de los
5 sucesivos reyes. Tulo la legó a los romanos que no te-
nían tierras para que la repartieran equitativamente,
declarando que su propio patrimonio le bastaba para
los sacrificios y para sus gastos personales. Con este
acto de filantropía se atrajo a los ciudadanos indigen-
tes acabando con la servidumbre en tierras ajenas. Y
para que nadie quedara sin casa, incluyó dentro de los
muros de la ciudad la colina llamada Celio, donde to-
dos los romanos que carecían de hogar obtuvieron por
sorteo un terreno suficiente para construir sus casas,
y él mismo tuvo su residencia en este lugar. Éstos son,
pues, los hechos de carácter civil del rey que han que-
dado como dignos de mención.

Origen de la guerra contra los albanos

También se recuerdan muchas otras acciones guerreras, pero las más importantes son aquéllas de las que voy a hablar, empezando por la guerra contra los albanos. 2

El culpable de que las ciudades se enfrentasen y rompiesen los lazos de parentesco fue un hombre albano llamado Cluilio, honrado con la más alta magistratura, que irritado por la prosperidad de los romanos y sin poder contener su envidia, como era osado y belicoso por naturaleza, decidió que las ciudades luchasen entre sí.

No viendo de qué manera podría convencer a los al- 2
banos de que le confiasen un ejército para conducirlo contra los romanos, sin tener motivos justos ni poderosos, tramó lo siguiente: incitó a los albanos más necesitados y audaces a saquear los campos de los romanos prometiendo impunidad, y se atrajo a muchos que buscaban ganancias sin riesgo. Y aquéllos a quienes no frenaba el temor estaban dispuestos a organizar una revuelta, y a invadir la tierra vecina en una guerra de
pillaje. Y esto lo hacía según un cálculo razonable, co- 3
mo los hechos probaron; pues suponía que los romanos no soportarían las rapiñas, sino que acudirían a las armas, y él tendría la posibilidad de acusarlos ante el pueblo como iniciadores de la guerra. Y también, que la mayoría de los albanos, envidiosos de la prosperidad de sus colonos, acogerían contentos las calumnias y emprenderían la guerra contra ellos, como en efecto ocurrió.

Hubo robos y saqueos mutuos entre los peores indi- 4
viduos de cada ciudad, hasta que un ejército romano irrumpió en el territorio de los albanos y fueron muertos muchos ladrones y otros, hechos prisioneros. Entonces, Cluilio convocó al pueblo a una asamblea en la que acusó duramente a los romanos, mostrando a los

que estaban cubiertos de heridas, y presentando a los parientes de los prisioneros o de los muertos. Exageró los hechos con mentiras y sometió a votación enviar una embajada en primer lugar, para que pidiera justicia de lo ocurrido; y si los romanos se desentendían, entonces emprender la guerra contra ellos.

Mutuas embajadas entre romanos y albanos

3 Una vez que llegaron los embajadores a Roma, como Tulo suponía que habían venido a pedir justicia, decidió él mismo ser el primero en hacerlo, queriendo cargar sobre aquéllos la culpa de romper los lazos con la colonia; pues había tratados firmados entre las ciudades en época de Rómulo, para que ninguna de las dos desencadenara una guerra, aparte de otros artículos. Pero si una, acusando de cualquier injusticia, pidiera una satisfacción a la ciudad que había cometido el delito, y no la obtuviese, entonces, podría empezar la guerra al verse for-
2 zada, puesto que ya estaban rotos los pactos. Tulo, procurando evitar que los romanos fueran acusados los primeros y al rehusar dar satisfacción, entonces quedasen como culpables ante los albanos, ordenó a sus amigos más distinguidos que acogiesen como huéspedes a los embajadores albanos con toda cordialidad y que los retuviesen dentro de sus casas. Y mientras, él, pretextando estar ocupado en unos asuntos ineludibles, evitó
3 la entrevista con ellos. La noche siguiente, tras ordenarles lo que debían hacer, envió a unos romanos ilustres hacia Alba junto con los feciales para que reclamaran justicia de los albanos por las ofensas sufridas. Estos romanos finalizaron su camino antes de salir el sol, y en la plaza, que estaba llena al amanecer, encontraron a Cluilio y le expusieron cuantas injusticias habían sufrido los romanos por causa de los albanos, y le pidieron que actuase según lo convenido entre las ciudades.

4 Pero Cluilio, sosteniendo que los albanos habían si-

do los primeros en enviar a Roma embajadores para
pedir justicia y que no habían obtenido respuesta, orde-
nó marcharse a los romanos como transgresores de los
acuerdos y les declaró la guerra. Al partir, el jefe de
la embajada pidió que le escuchara solamente una cosa,
si reconocía que al ser acusados los primeros, habían
violado los pactos por no mantenerse firmes en cumplir
sus obligaciones. Reconociéndolo Cluilio, dijo: «Pongo 5
por testigos a los dioses, a quienes hicimos garantes de
los pactos, que para los romanos que fueron los prime-
ros en no obtener satisfacción, sería justa la guerra
contra los que han violado los tratados, pero sois voso-
tros quienes habéis rehusado la reparación, como los
mismos hechos demuestran. Fuisteis los primeros en
no ofrecer una satisfacción cuando se os exigió, y ha-
béis sido los primeros en declararnos la guerra. Así que
recibid con las armas a quienes irán dentro de poco a
defenderse contra vosotros».

Tulo, cuando escuchó a los embajadores de regreso 6
a Roma, ordenó entonces hacer venir a los albanos y
que hablasen del motivo de su viaje. Éstos le comunica-
ron cuanto les había mandado Cluilio y amenazaron
con la guerra si no obtenían justicia. Tulo respondió:
«Yo he hecho esto antes que vosotros y no obtuve nada
de lo que estipulaban los tratados, declaro a los alba-
nos una guerra necesaria y justa».

Guerra entre romanos y albanos

Con estos pretextos ambos ban- 4
dos se preparaban para la guerra, no sólo equipando sus propias fuerzas, sino también reuniendo las de sus aliados. Cuando tuvieron todo listo, avanzaron hacia el mismo lugar y acamparon a cuarenta estadios de Roma, los albanos en torno a las llamadas fosas Cluilias[2] (pues aún conservan el sobre-

[2] *Fossae Cluiliae.* Tito Livio también sitúa este lugar a la misma distancia de Roma; pero no sabemos nada más.

nombre del que las construyó), y los romanos, un poco más cerca de su ciudad, escogiendo el lugar más idóneo para el campamento.

2 Cuando ambos ejércitos supieron que las fuerzas respectivas no eran inferiores en número, ni peores en armamento, ni despreciables en el resto del equipo, desistieron de una rápida entrada en combate, según pensaban en un principio para poner en fuga a los enemigos en el mismo ataque. Tomaban medidas defensivas más que ofensivas, haciendo más altas las empalizadas. Y los más entendidos empezaron a comprender que no estaban siendo dirigidos por las mejores resoluciones, y se dedicaron a censurar a los que tenían el mando.
3 Como el tiempo pasaba en vano (pues no se causaron unos a otros bajas dignas de mención ni en las incursiones de la infantería ni en los encuentros de la caballería), Cluilio, que parecía haber sido el causante de la guerra, irritado ante la inútil inactividad, tomó la decisión de hacer salir al ejército y provocar a los enemigos a una batalla, y, si no respondían, lanzarse contra sus defensas.

4 Después de hacer los preparativos para el combate y, por si era necesario un asedio, disponer las máquinas precisas para tal empresa, cuando llegó la noche, se fue a dormir a la tienda propia del general; y presentándose la guardia habitual al amanecer, lo encontró cadáver, sin ninguna señal en su cuerpo ni de herida, ni de estrangulamiento, ni de venenos, ni de otra acción violenta.

Muerte de Cluilio. Propuestas de reconciliación entre romanos y albanos

5 A todos pareció un suceso extraño, como era natural, y al investigarse la causa (pues no se podía echar la culpa a ninguna enfermedad previa), unos, remitiendo a la providencia de los dioses todos los acontecimientos humanos, decían que había muerto por causa de la cólera divina,

ya que hizo estallar una guerra injusta e innecesaria entre la metrópoli y su colonia. Otros, por considerar la guerra un asunto económico y pensar que se veían privados de grandes beneficios, achacaban este suceso a una conspiración y a la envidia humana, acusando a algunos de sus adversarios políticos de haber encontrado venenos desconocidos y difíciles de descubrir para eliminar con ellos a este hombre.

Otros afirmaban que él mismo, vencido por la pena 2
y la impotencia, se había dado muerte voluntariamente, puesto que todo se le presentaba difícil e irresoluble, y nada de lo previsto en un principio, cuando inició el proyecto, ocurría según su plan. Y quienes no sentían amistad ni enemistad hacia el general y juzgaban lo ocurrido desde una posición imparcial, pensaban que ni la venganza divina, ni la envidia de los adversarios políticos, ni el fracaso de sus planes habían destruido a este hombre, sino el imperativo de la Naturaleza y los hados, cuando hubo cumplido el destino fijado a todos los mortales.

Tal muerte tuvo Cluilio antes de haber realizado 3
una acción notable. Para ocupar su lugar, los que estaban en el campamento nombraron como general plenipotenciario a Metio Fufecio, ni diestro general para la guerra ni firme defensor de la paz, que por haberse mostrado desde el principio más dispuesto que ninguno de los albanos a promover la discordia entre las ciudades, fue por esto honrado con el mando tras la muerte de Cluilio. Cuando obtuvo el poder y comprendió la dificultad e inviabilidad del proyecto, no se mantuvo firme en las mismas decisiones, sino que resolvió aplazar y demorar el asunto al ver que ya no todos los albanos tenían la misma disposición para la guerra, ni las víctimas del sacrificio ofrecieron augurios favorables a la lucha.

Finalmente, decidió convocar a los enemigos para la 4

reconciliación enviando heraldos, cuando se enteró del peligro que amenazaba desde fuera a albanos y romanos, peligro que, si no concluían con un tratado la guerra entre ambos bandos, sería ineludible y aniquilaría sus fuerzas. El peligro era el siguiente:

Conspiración de los veyentes y fidenates contra romanos y albanos

6 Los veyentes y fidenates, que poseían grandes y populosas ciudades, durante el reinado de Rómulo se levantaron en guerra contra los romanos por el poder y la soberanía. En esta guerra ambos pueblos perdieron muchas fuerzas y, castigados con la pérdida de parte de sus tierras, se vieron obligados a convertirse en vasallos de los vencedores. Referente a esto, he dado una exacta explicación en el libro anterior[3]. Bajo el reinado de Numa Pompilio, como gozaban de una paz segura, tuvieron un gran crecimiento de población, de riqueza y de todo tipo de prosperidad. Engreídos por estos bienes, aspiraban de nuevo a la libertad, y con un espíritu más arrogante se equipaban con el fin de no obedecer por más tiempo a los romanos.

2 Durante una temporada su plan de rebelión se mantuvo secreto, pero en la guerra contra los albanos se hizo evidente; pues cuando se enteraron de que los romanos habían salido con todo el ejército para el combate contra los albanos, supusieron que habían encontrado el mejor momento para el ataque. Y mediante los hombres más influyentes hicieron juramentos secretos de que todos los que pudieran llevar armas se reunieran ocultamente en Fidenas, yendo en grupos pequeños para pasar inadvertidos a las víctimas de su conspira-
3 ción. Y permaneciendo allí, esperarían el momento oportuno, cuando las fuerzas de los romanos y de los albanos abandonaran las empalizadas para marchar al

[3] II, 53, 55.

combate (lo que les comunicarían por medio de señales algunos vigías emboscados en los montes); y en el momento en que se diera la señal, todos debían coger sus armas y correr contra ellos rápidamente (pues no era grande el trecho entre Fidenas y las empalizadas, sino que a lo sumo se hacía en dos o tres horas), y apareciendo cuando la batalla llegara a su fin, cosa probable, no considerarían a nadie como amigo, sino que ya vencieran los albanos, ya los romanos, debían matar a los vencedores. Esto era lo que habían decidido hacer los jefes de las ciudades.

Y en efecto, si los albanos se lanzaban al combate 4
rápidamente menospreciando a los romanos, y decidían jugárselo todo en una sola batalla, nada impediría que el engaño preparado contra ellos pasara inadvertido y que ambos ejércitos quedaran destruidos. Pero ahora, la dilación de la guerra, contraria a todas sus expectativas, y el tiempo en el que se hicieron los preparativos, tan prolongado, hacían desvanecer sus planes. Y algunos de los conjurados delataron la trama a los enemigos, bien buscando acrecentar su provecho personal, o por envidia a sus jefes y a los promotores del plan, o por temor a la delación de otros (cosa que ocurrió a muchos en las conjuras multitudinarias y largo tiempo prolongadas), o bien obligados por el criterio divino que no considera justo llevar a buen término un proyecto impío.

Discurso de reconciliación del albano Metio Fufecio

Enterado de esto Fufecio, se 7
apresuró aún más a hacer las reconciliaciones, pensando que ya no les quedaba opción de hacer otra cosa. Además, también se había producido una delación al rey de los romanos acerca de esta conjura, por parte de sus amigos de Fidenas; de modo que éste, no demorándose más, aceptó las propuestas de Fufecio. Cuando se reunieron en un lugar interme-

dio entre los dos campamentos, trayendo cada uno consejeros de criterio competente, se abrazaron en primer lugar, como acostumbraban antes, se saludaron de forma amistosa y familiar y conversaron sobre la reconci-
2 liación. El albano fue el primero que habló, diciendo lo siguiente:

«En primer lugar, me parece necesario exponer las razones por las que yo decidí tratar sobre la conclusión de la guerra, a pesar de no haber sido vencido por vosotros en batalla, ni privado de aprovisionamiento de víveres, ni reducido a ninguna otra necesidad, no sea que supongáis que he reconocido la debilidad de mi propia fuerza, y que al considerar la vuestra invencible, busco un fin aceptable para la guerra. Si creyerais tal cosa de nosotros, seríais terriblemente severos y no os mantendríais en una actitud razonable, pensando que ya ha-
3 bíais ganado la guerra. Y para que no imaginéis acerca de mi decisión falsos motivos por los que pretendo terminar la guerra, escuchad los verdaderos: Yo, elegido general en jefe por la patria, al tomar el poder, me puse a considerar cuáles eran las causas que habían perturbado la paz de nuestras ciudades. Viendo que eran insignificantes, mezquinas e insuficientes para destruir tal grado de amistad y parentesco, pensé que ni los al-
4 banos ni vosotros seguíais un criterio acertado. Pero todavía lo comprendí mejor y condené la gran locura de ambos pueblos, cuando tomé contacto con el problema y fui conociendo la opinión de cada uno; pues ni en las reuniones privadas ni en las públicas, veía que todos los albanos estuvieran de acuerdo acerca de la guerra; y cada vez que yo consultaba las víctimas del sacrificio en relación con la batalla, las señales divinas eran mucho más desfavorables que las obtenidas por razonamiento humano, de modo que se apoderaba de mí un
5 gran desánimo e impotencia. Al considerar esta cuestión, detuve mi impulso a la lucha; demoré y retrasé

la guerra, pensando que vosotros seríais los primeros en empezar las conversaciones sobre la paz. Y, por ser colonos nuestros, Tulo, debíais haberlo hecho y no esperar a que la metrópoli las iniciase; pues igual que los padres merecen respeto de sus hijos, lo mismo merecen también de sus colonos quienes han fundado ciudades.

Pero mientras nosotros nos demorábamos y aguar- 6
dábamos atentos a ver quiénes empezarían las amistosas conversaciones, otra fuerza mayor que cualquier razonamiento humano, cerniéndose sobre nosotros, nos ha unido. Y al haberme enterado yo cuando todavía os era oculto a vosotros, pensé que no debía atender ya al aspecto formal de la reconciliación. Terribles maquinaciones, Tulo, se urden contra nosotros, y una intriga inevitable se ha tramado contra ambos, intriga que, sin esfuerzo y trabajo, iba a destruir y acabar con todos nuestros proyectos, cayendo sobre nosotros como un incendio o una inundación. Los artífices de estos im- 7
píos planes son los más poderosos fidenates y veyentes, que se han aliado. Escuchad cuál era la naturaleza de su conjura y cómo ha llegado a mí el conocimiento de sus planes ocultos».

Dicho esto, dio a leer a uno de los presentes las car- 8
tas que alguien le había traído de parte de sus amigos de Fidenas, y presentó a su portador. Una vez que se leyeron las cartas, y el hombre explicó todo cuanto había oído de boca de quienes se las habían entregado, se apoderó de los oyentes una gran consternación, como es natural en quien escucha algo inesperado en tan grave emergencia. Fufecio, aguardando un poco, habló de nuevo:

«Habéis escuchado las razones, ciudadanos roma- 2
nos, por las que yo durante tanto tiempo aplazaba el combate contra vosotros, y por las que ahora decidí ser el primero en comenzar las conversaciones sobre la re-

conciliación. Vosotros reflexionad al punto sobre lo siguiente, si creéis que es necesario mantener una guerra implacable de rapiña de ovejas y bueyes contra vuestros fundadores y padres, en la que os destruiréis tanto si resultáis vencedores como vencidos; o si olvidando la enemistad hacia vuestros parientes, debéis marchar contra los enemigos comunes, que no sólo planearon la deserción sino incluso la sublevación contra vosotros, sin haber padecido ningún daño ni por temor a padecerlo. Y no se nos enfrentaron a las claras, según exige la ley común de la guerra, sino a escondidas, como menos sospecharía uno su trama y podría tomar precau-
3 ciones. Pero no necesito hablar más y convenceros a vosotros, puesto que ya lo habéis decidido y lo haréis, de que debemos ir contra esos hombres impíos con toda presteza, olvidando las enemistades (pues es de locos pensar otra cosa). Ahora voy a intentar decir de qué manera la reconciliación sería digna y provechosa para ambas ciudades (pues quizá esto deseáis escucharlo de
4 nuevo). Yo pienso que los pactos de amistad, si en ellos no hay ningún resentimiento ni rencor, son muy fuertes y convenientes entre parientes y amigos, al otorgarse un perdón sincero y mutuo respecto a lo que hicieron o padecieron. Menos honorables que éstas son aquellas reconciliaciones en que el pueblo es absuelto de sus faltas, pero los que se han agraviado mutuamente son obligados a pagar su pena, juzgados por la razón y la
5 ley. A mí me parece que de estos dos tipos de reconciliación, nosotros debemos escoger el más noble y magnánimo, y tomar la resolución de no guardarnos ningún resentimiento. Pero si tú no quieres concluir los pactos de esta manera, Tulo, sino que pretendes que los inculpados de ambos bandos den y reciban satisfacción, los albanos están dispuestos también a hacerlo, poniendo fin a las enemistades mutuas. En cambio, si frente a

éstas puedes presentar otras medidas de paz más honrosas o más justas, no te demores en proponerlas y te estaré muy agradecido».

Discurso de reconciliación de Tulo Hostilio

Después de hablar Fufecio, tomando la palabra el rey de los romanos dijo: 9

«También nosotros suponíamos que íbamos a sufrir una grave desgracia si nos veíamos obligados a resolver por medio de sangre y muerte una guerra entre parientes; y cuando realizamos los sacrificios previos a la guerra, éstos nos hicieron desistir de entablar combate. De la conjura secreta que fidenates y veyentes tramaron contra nuestros dos pueblos, estamos enterados un poco antes que tú por nuestros amigos de allí y no estamos desprevenidos contra ella, sino que hemos tomado medidas para no sufrir nosotros mismos ningún mal y castigarlos a ellos de acuerdo con su traición, y no menos que tú queríamos acabar la guerra sin lucha antes que por las armas. No fuimos los primeros 2
en mandar embajadas para la reconciliación, puesto que no fuimos los primeros en empezar la guerra, sino que nos defendimos de quienes la comenzaron. Pero al deponer vosotros las armas, recibimos gustosos las propuestas y no somos en absoluto puntillosos respecto a las condiciones de la reconciliación, sino que aceptamos las mejores y más generosas olvidando cualquier injusticia o error de la ciudad albana, si es que se deben llamar errores comunes de la ciudad a aquéllos cuyo responsable fue vuestro general Cluilio, el cual por nuestros dos pueblos ha pagado a los dioses un merecido castigo; puesto que tú también estás de acuerdo, 3
Fufecio, que todo pretexto de acusación particular o pública sea rechazado, y que no quede ya ningún recuerdo de los males pasados. Pero no basta sólo con considerar de qué manera podríamos acabar la presen-

te enemistad mutua, sino que también hay que tomar precauciones para no combatir de nuevo en el futuro; pues no nos hemos reunido para aplazar los males sino para concluirlos. Tú pasaste por alto, Fufecio, cuál será el final seguro de la guerra y qué concesiones debemos hacer cada uno de nosotros para ser amigos ahora y
4 siempre; yo intentaré por mi parte exponerlo. Que los albanos cesen de envidiar a los romanos por los bienes que tienen, ya que los han adquirido con grandes peligros y muchos esfuerzos (pues sin haber recibido ningún daño ni grande ni pequeño de nosotros, nos odiáis porque os parece que gozamos de mayor prosperidad que vosotros); que los romanos, a su vez, dejen de sospechar que los albanos conspiran constantemente contra ellos y de tomar precauciones como si fueran enemigos; pues no puede existir ningún amigo seguro para quien desconfía.

5 ¿Y cómo serán posibles estas dos condiciones? Desde luego no porque las incluyamos en los tratados ni porque ambos prestemos juramento con sacrificios (pues estas precauciones son mínimas y sin garantía), sino sólo si consideramos comunes los destinos de ambos pueblos. Existe un único remedio, Fufecio, contra el dolor humano causado por la dicha ajena: que los envidiosos dejen de considerar ajenos los bienes de sus
6 envidiados. Para que esto suceda, creo que los romanos deben poner a disposición de los albanos todos los bienes que poseen ahora y poseerán en el futuro; y los albanos, por su parte, aceptar los dones amigablemente. Y en concreto todos vosotros o, si no, la mayoría y los más nobles debéis residir en la ciudad de Roma. ¿Acaso no les fue útil a los sabinos y los tirrenos abandonar sus propias ciudades y trasladarse junto a nosotros? ¿Y a vosotros, que sois los parientes más próxi-
7 mos, esto mismo no os beneficiará? Pero si no creéis oportuno habitar una sola ciudad, la nuestra, a pesar

de ser ya grande (y aún lo será más), sino que deseáis permanecer en el hogar de vuestros antepasados, entonces haced lo siguiente: designad un solo Consejo que decida lo conveniente para cada ciudad, y entregad la hegemonía a la ciudad más poderosa y con más posibilidades de proporcionar ventajas a la inferior. Esto es lo que yo propongo y creo que si se lleva a cabo, entonces seremos amigos seguros; en cambio, habitando dos ciudades de igual altura, como ahora, nunca estaremos de acuerdo».

Réplica de Fufecio a las propuestas de Tulo

Después de oír esto, Fufecio soli- 10
citó tiempo para deliberar, salió de la asamblea con los albanos presentes y estuvo consultando si debían aceptar las propuestas. Cuando sondeó las opiniones de todos, volvió de nuevo a la asamblea y dijo: «A nosotros, Tulo, no nos parece oportuno abandonar la patria, ni dejar deshabitados los santuarios paternos, ni los hogares de nuestros antepasados, ni el lugar que nuestros padres poseyeron durante cerca de quinientos años, y además, sin habernos sobrevenido una guerra ni ninguna otra calamidad de origen divino. Pero no nos desagrada la idea de establecer un solo Consejo y que sea una ciudad la que gobierne so-
bre la otra. Que sea incluido este apartado en los conve- 2
nios, si estamos de acuerdo, y que sea desechado cualquier pretexto de guerra».

Una vez que convinieron esto, empezaron a discutir sobre la ciudad que debía tomar el poder, y por ambas partes se adujeron muchos argumentos relativos al tema, defendiendo cada uno que su ciudad gobernara a
la otra. Pues bien, el representante albano alegó las ra- 3
zones siguientes:

«Nosotros, Tulo, somos dignos de gobernar al resto de Italia porque representamos al pueblo griego y al más numeroso de los que habitan esta tierra. Y consideramos lícito gobernar al pueblo latino, e incluso a

otros, no sin razón sino de acuerdo con la ley universal
de los hombres, que la naturaleza otorgó a todos: que
los antepasados gobiernen a los descendientes. Más que
a todas las otras colonias (a las que hasta el momento
nada hemos reclamado), creemos que debemos gober-
nar vuestra ciudad, por haber enviado a ella la colonia
no hace tanto tiempo como para que nuestra estirpe se
haya extinguido a través de los años, sino que fue en
la tercera generación antes de la actual. Pero si la natu-
raleza, invirtiendo las leyes humanas, ordena que las
nuevas generaciones gobiernen a las viejas y los descen-
dientes a sus progenitores, entonces también nosotros
aceptaremos que la metrópoli sea gobernada por la co-
4 lonia, pero antes no. Presentando éste como único argu-
mento para la hegemonía, no os la vamos a ceder de
buen grado. Y además alegamos esta otra razón (y no
lo toméis como una injuria o reproche hacia vosotros,
sino que lo decimos movidos por la necesidad): que el
linaje albano permanece en nuestros días tal como era
en época de los fundadores de la ciudad, y nadie podría
señalar ninguna otra raza humana excepto los griegos
y los latinos, a quienes hemos concedido la ciudadanía.
Vosotros, en cambio, habéis destruido la pureza de
vuestro sistema político al admitir a tirrenos, sabinos
y algunos otros vagabundos y gente errante, y a tan
gran número de extranjeros que vuestro elemento ge-
nuino se limita al que partió de nosotros, o sea a una
mínima parte dentro de los foráneos y gente de otra
5 raza. Y si nosotros os cediéramos el mando, gobernaría
el elemento bastardo sobre el legítimo, el extranjero so-
bre el griego y los emigrantes sobre los autóctonos. Y
ni siquiera podéis aducir que no habéis concedido a la
multitud de extranjeros ninguna autoridad en los asun-
tos públicos, y que sois los mismos indígenas quienes
gobernáis la ciudad y formáis parte del senado. Sino
que también elegís reyes extranjeros y la mayoría de

vuestros senadores son advenedizos, lo cual quizá afirmaréis que subsiste contra vuestra voluntad. ¿Pero quién siendo poderoso se deja gobernar de buen grado por un inferior? Sería una gran necedad y cobardía, si vosotros afirmarais soportarlo por necesidad, y nosotros lo aceptáramos sin reparos. Mi último argumento 6
es que la ciudad de Alba no ha alterado todavía ningún punto de su constitución, a pesar de haber sido fundada hace ya dieciocho generaciones, y que observa en perfecto orden todas sus costumbres y tradiciones. Sin embargo, vuestra ciudad está todavía sin orden ni disciplina, como una fundación reciente formada por muchos pueblos, y necesita mucho tiempo y toda clase de acontecimientos para disciplinarse y terminar con las revueltas y desórdenes de ahora. Todos dirían que el orden debe imperar sobre la indisciplina, la experiencia sobre la inexperiencia y la salud sobre la enfermedad. Y vosotros, al pretender lo contrario, no actuáis rectamente».

Contestación de Tulo

Después de exponer tales argu- 11
mentos, Tulo, tomando la palabra, dijo:

«Ese derecho procedente de la naturaleza y de los valores de nuestros mayores, Fufecio y varones albanos, es común para ambos pueblos; pues los dos nos vanagloriamos de los mismos antepasados, de modo que por esta razón vosotros no vais a obtener ni más ventajas ni menos que nosotros. En cambio, el que las metrópolis gobiernen en todos los casos a las colonias, como una especie de ley impuesta por la naturaleza, no debéis considerarlo justo ni verdadero. Ciertamente, existen muchas 2
razas de hombres, entre los que las metrópolis no gobiernan sino que obedecen a las colonias. El mayor y más claro ejemplo de esto es la ciudad de Esparta, que no sólo cree justo gobernar a los demás griegos, sino

también a la raza doria, de la que es una colonia. Y ¿para qué hablar de otros, si vosotros mismos que fun-
3 dasteis nuestra ciudad sois colonos de los lavinios? Si en efecto es ley natural que la metrópoli gobierne a la colonia, ¿no se apresurarían los lavinios a dar sus justas órdenes a nuestros dos pueblos? Respecto a vuestra primera pretensión, que resultaba engañosa, esto es suficiente. Pero puesto que intentabas, Fufecio, comparar paralelamente los modos de vida de las ciudades, diciendo que el linaje de los albanos siempre se ha conservado intacto, y en cambio el nuestro está alterado por las mezclas de otras razas, y no considerabas justo que los bastardos gobernaran a los legítimos, ni los forasteros a los autóctonos, entérate de que también en
4 ese argumento estás muy equivocado. Nosotros estamos tan lejos de avergonzarnos por haber hecho nuestra ciudad accesible a todos los que quisieron, que incluso nos enorgullecemos muchísimo de esta cuestión.

Y no empezamos nosotros esta admirable costumbre, sino que tomamos el ejemplo de la ciudad de Atenas, cuya fama es la mayor entre los griegos, en parte (si es que no es lo más importante) por esta medida
5 política. Y esta costumbre, que para nosotros ha sido el origen de muchos beneficios, no nos reporta censuras ni arrepentimiento, como si hubiéramos cometido un error. Y entre nosotros gobierna, es miembro del senado y disfruta de los restantes cargos no quien posee muchas riquezas ni quien puede presentar muchos antepasados nativos, sino quien es digno de estos honores; pues pensamos que la nobleza humana no reside sino en la virtud. El resto del pueblo es el cuerpo de la ciudad que da fuerza y vigor a las decisiones de los poderosos. A causa de esta filantropía, nuestra ciudad ha llegado a ser grande y temible para los vecinos, de pequeña y desdeñable que era. Esta política que tú censuras, Fufecio, es la que proporcionó a los romanos la

hegemonía, que ninguno de los demás latinos nos disputa. El poder de las ciudades reside en la fuerza de 6
las armas, y ésta proviene de muchos ciudadanos. Por esta causa, a las ciudades pequeñas, poco populosas y no les es posible gobernar a otras, y ni siquiera a sí mismas. En general, yo creo que hay que despreciar los 4
sistemas de gobierno de otros y elogiar el propio, cuando uno pueda demostrar que su ciudad es próspera y feliz por el hecho de practicar lo que afirma, y que en cambio, las ciudades censuradas son desgraciadas por no adoptar este mismo sistema. Pero ése no es nuestro caso, sino que vuestra ciudad a pesar de que empezó con mayor gloria y obtuvo más recursos, ha quedado reducida a una menor importancia. Sin embargo, nosotros, con unos primeros pasos humildes, en no mucho tiempo hemos hecho de Roma la mayor de las ciudades vecinas, sirviéndonos de este sistema de gobierno que tú criticas. Y nuestras disputas internas, pues también 8
esto lo incluías en la acusación, Fufecio, no se originan para destruirnos y menoscabar la comunidad, sino para nuestra propia salvación y pujanza. Los más jóvenes emulamos a los más ancianos y los extranjeros a quienes los han invitado, para ver quién hará mayor bien a la comunidad. Resumiendo, los que van a gobernar a 9
otros deben reunir estas dos cualidades: valor en el combate y prudencia en las decisiones, virtudes que se dan entre nosotros. Y que no es una jactancia vana nos lo atestigua la experiencia mejor que cualquier argumento. No sería posible que una ciudad llegara a ser tan importante en extensión y poder en la tercera generación desde su fundación, a no ser que el valor y la sensatez abundasen en ella. Hay muchas ciudades de la raza latina, fundadas por vosotros, capaces de testimoniar el poder de Roma. Ciudades que, desdeñando a la vuestra, se han confiado a nosotros y prefieren ser gobernados por los romanos antes que por los albanos,

ya que nosotros somos capaces de estas dos actitudes: de hacer bien a los amigos y mal a los enemigos[4]. En
10 cambio, vosotros, de ninguna de ellas. Podría añadir todavía, Fufecio, muchas razones de peso contra los argumentos que presentaste. Pero al ver la inutilidad del discurso, y que dará lo mismo hablar mucho o poco frente a vosotros que sois nuestros adversarios y jueces, voy a terminar. Como supongo que para poder resolver nuestras discordias existe un solo y único medio, que es el mejor, y que utilizaron muchos bárbaros y griegos, enfrentados unos por la hegemonía y otros por la disputa de un territorio, una vez que lo explique,
11 concluiré: que cada uno de nosotros haga el combate con una cierta sección de su propio ejército, confiando el desenlace de la guerra a una mínima parte de sus hombres. Y a aquella ciudad de la que fueran los vencedores, a ésa le otorgaríamos el gobierno de la otra; pues lo que no se decide por la razón, lo resuelven las armas».

Solución de la guerra

12 Tales fueron los argumentos expuestos por ambos estrategas acerca de la pretendida hegemonía de cada ciudad. Y el final de sus discusiones resultó como el romano proponía; pues los albanos y los romanos presentes en la asamblea, buscando un rápido desenlace para la guerra, decidieron resolver la disputa con las armas. Convenido esto, tuvo lugar la discusión relativa al número de los combatientes, pues no compartían la misma opinión
2 ambos generales. Tulo quería que la solución de la guerra dependiera de los menos hombres posibles, luchando en combate singular el más brillante de los albanos contra el romano más valiente. Y estaba dispuesto a lu

[4] *Toús te phílous eũ poieîn kai toùs echthroùs kakôs*, «hacer bien a los amigos y mal a los enemigos». Texto habitual en la poesía aristocrática griega.

char él mismo por su patria, invitando al albano a emularlo; explicó que los combates por el poder y la soberanía son honrosos para quienes han asumido el mando de los ejércitos, no sólo si vencen a hombres valientes, sino incluso si son vencidos por ellos. Y expuso cuántos generales y reyes se prestaron a poner en peligro sus vidas por la comunidad, considerando vergonzoso obte-
ner más honores con menos riesgos. El albano estaba 3
de acuerdo en que las ciudades arriesgaran sólo unas pocas vidas, en cambio difería en que se tratara de un combate singular; diciendo que a los jefes de los ejércitos, cuando tratan de conseguir un poder personal, les resulta noble y forzoso el combate entre ellos por el mando; pero para las propias ciudades, cuando luchan entre sí por la supremacía, no sólo es incierto sino también deshonroso el riesgo de un combate personal, tan-
to si obtienen la mejor fortuna como la peor. Y aconse- 4
jaba que tres hombres elegidos de cada ciudad pelearan a la vista de todos los albanos y romanos; pues este número era el más conveniente para cualquier solución de un asunto dudoso, ya que tiene en sí mismo principio, mitad y final. Tras aceptar romanos y albanos esta propuesta, se disolvió la reunión y cada uno se marchó a su propio campamento.

Origen de los Horacios y los Curiacios

Luego, convocando en asamblea 13
a los respectivos ejércitos, los generales explicaron sus mutuos discursos y en qué condiciones habían acordado terminar la guerra. Ambos ejércitos aprobaron los acuerdos de los generales por aclamación; y después de esto, se estableció una competencia digna de admiración entre oficiales y soldados por el vivo deseo de muchos de conseguir los honores del combate, y esta emulación no sólo la expresaban de palabra, sino que también la demostraban con sus hechos; de modo que resultaba difícil para sus genera-

2 les la elección de los más adecuados. Si alguno era brillante por sus ilustres antepasados, distinguido por la fuerza de su cuerpo, noble por la acción de su mano, o notable por alguna otra fortuna o audacia, se consideraba a sí mismo digno de figurar el primero entre los
3 tres. El general de los albanos puso fin a esta rivalidad que se propagaba en ambos ejércitos, advirtiendo que una divina providencia había previsto desde hacía mucho tiempo el combate que iba a darse entre estas ciudades, y había dispuesto que los que debían arriesgarse por ellas serían de familias ilustres, valientes por sus hazañas guerreras, los de más hermosa apariencia y distintos a la mayoría de la gente por su nacimiento,
4 al ser de origen extraño y admirable por lo singular. En efecto, Sicinio, un albano, casó al mismo tiempo a sus dos hijas gemelas, a una con un tal Horacio, romano, y a la otra con Curiacio, albano. Las dos mujeres se quedaron a la vez encintas, y dieron a luz en su primer parto a tres niños varones, y los padres, aceptándolos como un buen augurio para la ciudad y para su propia casa, los criaron y educaron hasta la madurez. Un dios, como dije al principio, les dio hermosura, fuerza y también nobleza de sentimientos para que no fueran inferiores a ninguno de los mejor dotados por la naturaleza. A estos hombres decidió Fufecio confiarles el combate por la hegemonía, y después de convocar al rey de los romanos a una conferencia, le dijo:

14 *Fufecio propone el combate entre los Horacios y los Curiacios*

«Parece, Tulo, que un dios, previendo los destinos de cada una de las ciudades en otras muchas circunstancias, también en lo referente a este combate ha hecho evidente su buena disposición. Desde luego, parece enteramente obra maravillosa y divina el haber encontrado a los que van a luchar en nombre de todos, individuos que no desmerecen ante nadie por su linaje, valientes en la

guerra, muy hermosos de aspecto, y además de esto, que han nacido del mismo padre y han sido engendrados por la misma madre, y lo más admirable: han visto la luz en el mismo día: entre vosotros los Horacios, y entre nosotros los Curiacios. Entonces, ¿por qué no 2
aceptamos tal previsión de la divinidad y cada uno de nosotros convoca para el combate por la hegemonía a los hermanos trillizos? Además, todas las otras excelencias que querríamos que reuniesen los combatientes también estos hombres las poseen; y el no abandonar a los compañeros en un apuro, más se dará en estos hombres que son hermanos que en cualquier otro romano o albano. Y la rivalidad de los otros jóvenes, difícil de solucionar de otro modo, tendrá así un rápido desenlace; pues conjeturo que también entre vosotros 3
hay una disputa generalizada por competir en valor, como entre los albanos. Pero si les hacemos saber que una providencia divina se ha adelantado a los afanes humanos, proponiendo a los que van a combatir por las ciudades en igualdad de condiciones, les convenceremos fácilmente; pues pensarán que no quedan vencidos por el valor de los trillizos, sino por un don especial de la naturaleza y por la conveniencia de un equilibrio de fuerzas entre los adversarios».

Tras decir esto Fufecio, todos elogiaron su decisión 15
(casualmente estuvieron presentes los más importantes del bando romano y del albano) y Tulo, aguardando un poco, dijo:

«Me parece, Fufecio, que has tenido en cuenta perfectamente todos los aspectos. Es admirable que el destino haya producido en ambas ciudades y en nuestra generación una semejanza de nacimiento que nunca se había dado. Pero da la impresión de que desconoces un detalle, que provocará muchos escrúpulos en los jóvenes, si pretendemos que traben combate mutuamente. La madre de nuestros Horacios es hermana de la ma- 2

dre de los Curiacios albanos, y los muchachos han sido criados en los regazos de ambas mujeres y se estiman y quieren entre sí no menos que a sus propios hermanos. Mira, que es impío darles las armas e invitarlos a una matanza mutua, siendo primos y habiendo sido criados juntos. Y la impureza de un homicidio familiar, si se les obliga a asesinarse mutuamente, recaerá sobre nosotros, que les hemos forzado a ello».

3 Fufecio les contestó: «No se me ha pasado por alto el parentesco de los muchachos, ni yo planeé forzarlos a combatir contra sus primos si ellos mismos no hubieran querido afrontar el combate, sino que tan pronto como me vino a la mente esta idea, llamé a los albanos Curiacios y yo mismo personalmente me informé de si querían la contienda. Y al aceptar ellos la propuesta con una inesperada y admirable disposición, entonces decidí desvelar el plan y exponerlo públicamene. Y a ti te propongo hacer lo mismo, llamar a vuestros trilli-
4 zos y tantear su opinión. Si también ellos voluntariamente se ofrecen a arriesgar sus vidas por la patria, acepta el favor; pero si rehúsan, no les obligues. Vaticino también para ellos lo mismo que para los nuestros, si en efecto son tal como sabemos de oídas: iguales a los mejor dotados por la naturaleza y valientes en la guerra; pues la fama de su valor nos ha llegado incluso a nosotros».

16

Tulo consulta el parecer de los Horacios

Aceptó Tulo el consejo y se marchó a la ciudad después de haber fijado una tregua de diez días, en los que deliberaría, y tras informarse de la disposición de los Horacios, tomaría una decisión. En los días siguientes consultó con los ciudadanos principales y, cuando la mayoría decidió aceptar la propuesta de Fufecio, mandó llamar a los hermanos trillizos y les dijo:

«Horacios, el albano Fufecio, la última vez que se 2
reunió conmigo en la asamblea del ejército, dijo que, según una divina providencia, los que deberán arriesgarse por cada ciudad serán tres hombres valientes; y no podríamos encontrar otros más nobles y adecuados que éstos: entre los albanos, a los Curiacios, y entre los romanos, a vosotros. Cuando se enteró de ello, él en persona preguntó en primer lugar a vuestros primos si querían entregar sus vidas a la patria, y al saber que ellos aceptaban con gran resolución el combate por el bien de todos, expuso ya públicamente su plan muy confiado. Y deseaba que también yo me informase de si vosotros queríais arriesgaros por la patria enfrentándoos a los Curiacios o si cedíais este honor a otros.
Yo, por vuestro valor y por la nobleza de vuestros he- 3
chos, que no tenéis oculta, <supuse[5]> que vosotros, antes que cualquier otro, aceptaríais este riesgo para conseguir la recompensa del honor. Pero como temía que el parentesco con los trillizos albanos fuera un obstáculo para vuestra decisión, solicité tiempo para deliberar concertando una tregua de diez días. En cuanto llegué aquí, convoqué al senado y propuse examinar el asunto en común. Se decidió por mayoría elogiaros y aceptar vuestro ofrecimiento si admitís voluntariamente el combate, hermoso y digno de vosotros, combate que yo estaba dispuesto a afrontar solo en nombre de todos. Pero si os preocupa la impureza de un crimen entre parientes, pues es sabido que no sois unos desalmados, y preferís llamar a los de otro linaje, no os haremos ninguna fuerza. Esto votó la asamblea, y puesto que no se va a irritar si tomáis el asunto con indecisión, ni se mostrará desagradecida si anteponéis el honor de la patria al de vuestra familia, deliberad con prudencia».

---

[5] En el texto griego falta el verbo principal de la frase. Se ha suplido «supuse».

Los Horacios deliberan con su padre

17 Cuando los jóvenes lo oyeron, se retiraron a otro lugar a comentar un poco entre ellos; luego, se acercaron de nuevo para dar su respuesta y habló en nombre de todos el mayor [6]: «Si nosotros fuéramos libres y dueños de nuestra propia voluntad y nos ofrecieras la posibilidad, Tulo, de decidir acerca del combate contra nuestros primos, sin demorarnos te expondríamos nuestras propias resoluciones. Pero puesto que nuestro padre todavía vive, sin cuyo beneplácito no decimos ni hacemos lo más mínimo, te pedimos que aguardes un poco nuestra respuesta, hasta que hablemos con él».

2 Tulo alabó su piedad filial y les exhortó a actuar así; entonces, marcharon junto a su padre. Después de exponerle la propuesta de Fufecio, las palabras de Tulo y finalmente su propia respuesta, le pidieron que les di-
3 jera cuál era su opinión. Él les contestó diciendo: «Actuáis con piedad, hijos, viviendo para vuestro padre y sin realizar nada contra mi parecer, pero ya tenéis edad para mostrar vosotros mismos que decidís con sensatez en los asuntos relevantes para vosotros. Suponiendo que mi vida hubiera llegado ya a su fin, aclaradme qué habríais decidido hacer al deliberar sobre el particular sin vuestro padre».

4 Le contestó el mayor: «Habríamos aceptado, padre, el combate por la hegemonía y nos habríamos resignado a afrontar cualquier decisión de la divinidad; pues preferiríamos estar muertos antes que vivir siendo indignos de ti y de nuestros antepasados. Y el parentesco con nuestros primos no lo romperemos nosotros los primeros, sino que aceptaremos la ruptura como algo
5 impuesto por el destino. Y si para los Curiacios el pa-

---

[6] El primero que nació de los tres. Al final del capítulo 18 hace una referencia parecida, al decir que los trillizos «se colocaron según la edad».

rentesco es menos importante que el honor, tampoco a los Horacios les parecerá el linaje más honroso que el valor». El padre, cuando se enteró de su opinión, levantó muy contento las manos al cielo y dijo que daba muchas gracias a los dioses por haberle otorgado unos hijos hermosos y nobles. A continuación, estrechó a cada uno de ellos, dándoles los más dulces abrazos y los besos más cariñosos; y les dijo: «Tenéis también mi aprobación, valientes hijos míos; marchad y dad a Tulo la noble y piadosa respuesta». Ellos, alegres, por la ex- 6
hortación de su padre, marcharon y presentándose ante el rey aceptaron el combate. Aquél convocó al senado y, tras hacer muchos elogios de los jóvenes, envió embajadores al albano para que informaran de que los romanos habían aceptado su propuesta, y que presentarían a los Horacios para que lucharan por el poder.

Combate entre Horacios y Curiacios

Como mi exposición exige no sólo 18
narrar con precisión el desarrollo de la batalla, sino también exponer meticulosamente los sucesos posteriores de forma verosímil pero con recursos teatrales, intentaré también hablar de ellos con exactitud, según mis posibilidades. Pues bien, cuando llegó el momento en que debía llevarse a término lo convenido, salieron las fuerzas de los romanos con todo el ejército; salieron detrás los jóvenes tras haber suplicado a los dioses paternos, y, con las cabezas cubiertas de flores, avanzaban junto al rey aclamados por toda la muchedumbre de la ciudad. Ya había salido también el ejército de los albanos. Cuando hubieron acampado 2
cerca unos de otros, estableciendo como terreno neutral la linde que separaba el territorio romano del albano, cada bando ocupó el sitio que había tenido antes su campamento; primero hicieron sacrificios y juraron sobre las ofrendas ardientes aceptar la suerte que cada ciudad obtuviese de la batalla de los primos, y mante-

ner firmes los acuerdos no empleando ningún engaño, ni ellos mismos ni su descendencia. Después que realizaron los sacrificios a los dioses, dejando a un lado las armas, salieron del campamento ambos bandos para ser espectadores de la batalla, y dejaron un espacio intermedio de tres o cuatro estadios para los combatientes. No mucho después, apareció el general albano trayendo a los Curiacios; y el rey romano, a los Horacios, perfectamente armados y con todo el ornato que adop-
3 tan los hombres para la muerte. Cuando estuvieron muy cerca unos de otros, entregaron las espadas a sus escuderos, y corriendo hasta encontrarse, se abrazaron llorando y llamándose con los más cariñosos nombres, de modo que todos prorrumpieron en lágrimas y se acusaron de gran crueldad a sí mismos y a sus jefes, porque pese a la posibilidad de decidir la batalla con otras vidas, limitaron el combate por las ciudades a hombres de la misma sangre y a la impureza del fratricidio. Al terminar sus abrazos, los jóvenes recibieron de sus escuderos las espadas, y cuando se retiraron los que estaban cerca, se colocaron según la edad y trabaron combate.

19 Hasta entonces, la tranquilidad y el silencio reinaban en los dos ejércitos[7]. Después surgieron continuas exclamaciones de ambas partes alternando con consejos para los combatientes, súplicas, lamentos y constantes expresiones de todo tipo de sentimiento propio de la lucha: unas, referidas a lo que había pasado y habían visto; otras, referentes a lo que se sospechaba que iba a suceder. Y lo que se imaginaban era más de
2 lo que sucedía, pues por la mucha distancia, la vista resultaba muy poco clara, y la simpatía de cada uno hacia sus combatientes patrios adecuaba los hechos a

[7] La descripción que sigue de las reacciones de los espectadores ante el combate puede estar inspirada en Tucídides VII, 71, donde cuenta la batalla naval en el puerto de Siracusa.

su deseo previo. Los continuos avances y retrocesos de los contendientes, y además los desplazamientos recíprocos respecto al enemigo eran tan numerosos y repentinos que restaban exactitud al juicio. Esta situa- 3
ción se prolongó durante mucho tiempo, pues sucedía que cada uno de ellos tenía igual fuerza corporal y semejante nobleza de espíritu, y llevaban cubierto todo el cuerpo con excelentes armas sin dejar desnuda ninguna parte que al ser herida les pudiera ocasionar un rápido final. De modo que la mayoría de los romanos y albanos, por la rivalidad entre ellos y la simpatía hacia los suyos, sin darse cuenta asumían el sentimiento de los luchadores y preferían ser combatientes antes que espectadores de los hechos. Así, después de mucho 4
rato el mayor de los albanos se enzarzó con su oponente dando y recibiendo golpe sobre golpe hasta que su espada atravesó al romano por la ingle. Éste, debilitado ya por las demás heridas y con el último golpe mortal, cayó con los miembros paralizados y murió. Cuando 5
vieron esto los espectadores de la contienda, gritaron todos al punto; los albanos, como vencedores ya, y los romanos, como vencidos; pues éstos suponían que sus dos hombres serían presa fácil para los tres albanos. Mientras sucedía esto, el romano que combatía junto al caído, al ver al albano muy contento de su éxito, se lanzó rápidamente sobre él causándole muchas heridas y recibiéndolas también él mismo, y entonces le hundió la espada en la garganta y le dio muerte. Después de 6
que la fortuna había cambiado en poco tiempo la situación de los combatientes y el ánimo de los espectadores, y los romanos se habían recuperado de su anterior desaliento, mientras que los albanos habían perdido la alegría, de nuevo otro golpe de la fortuna contrario a los intereses de los romanos hizo disminuir las esperanzas de éstos y levantar los ánimos de los enemigos. Efectivamente, cuando el albano cayó, el hermano que

ocupaba el puesto junto a él trabó combate con el que lo había derribado, y ambos se propinaron al mismo tiempo violentos golpes, el albano hundiendo su espada por la espalda del romano casi hasta las entrañas, y el romano deslizándose bajo el escudo del enemigo y cortándole una de las corvas.

20 El que había recibido la herida mortal murió inmediatamente; y el herido en la corva no era ya capaz de mantenerse firme, pero cojeando y apoyándose continuamente sobre el escudo, resistió sin embargo todavía y con el hermano superviviente avanzó hacia el romano que quedaba, al que rodearon acercándose uno de fren-
2 te y otro por la espalda. El romano, temeroso de que al quedar rodeado fuera vencido más fácilmente al luchar con dos enemigos que atacaban desde lados distintos, estaba todavía indemne cuando se le ocurrió la idea de separarlos y luchar con cada uno aparte. Suponía que los separaría muy fácilmente, si les hacía pensar que huía; pues no le perseguirían los dos albanos, sino uno solo, ya que el hermano no tenía fuerza en los pies. Cuando concibió este plan, huyó todo lo rápido que pudo y sucedió que no se frustró su esperanza.
3 El albano que no tenía ninguna herida grave le perseguía a la carrera, mientras que el otro, incapaz de caminar, se iba quedando muy detrás. Cuando los albanos animaban a los suyos y los romanos increpaban a su luchador, unos cantando peanes y coronándose como si el combate ya hubiera sido ganado, otros lamentándose como si la fortuna ya no les fuera a sonreír, el romano, después de calibrar el momento oportuno, se volvió rápidamente, y antes de que el albano se pudiera defender, se adelantó con la espada asestándole un gol-
4 pe en el brazo y partiéndole el codo. Al mismo tiempo que la mano caía a tierra, descargó sobre él un solo golpe mortal con su espada y mató al albano. Después, lanzándose contra el último de sus adversarios, medio muerto y abatido, acabó con él. Tras despojar los cadá-

veres de su primos, corrió a la ciudad queriendo ser el primero en anunciar a su padre su propia victoria.

Victoria de Horacio y muerte de su hermana

Pero como es lógico, éste, siendo 21
un mortal, tampoco podía ser afortunado en todo, sino que iba a sufrir los efectos de la envidiosa deidad [8] que, en poco tiempo, de un hombre insignificante le había hecho notable y lo había elevado a una inesperada y admirable distinción, para después abatirle en el mismo día llevándolo a la desgraciada si-
tuación del fratricida. En efecto, cuando estuvo cerca 2
de las puertas, vio a una abigarrada multitud que se esparcía desde la ciudad, y también a su hermana que corría hacia él. Desconcertado ante la primera impresión de que una doncella casadera abandonara su puesto en casa junto a su madre para unirse a una multitud desconocida, se hacía muchos razonamientos absurdos y finalmente se inclinó hacia lo más prudente y generoso: que ella, en su deseo de ser la primera en abrazar al hermano indemne y queriendo saber por él las hazañas de los muertos, había pasado por alto el decoro ce-
diendo a una debilidad femenina. Pero ella no se había 3
arriesgado a recorrer caminos inusuales por añoranza de sus hermanos, sino dominada por el amor a uno de sus primos a quien su padre la había prometido en matrimonio, pasión que ella mantenía secreta. Sin embargo, cuando oyó a uno de los del campamento contar lo que había ocurrido en el combate, ya no pudo contenerse, sino que abandonando su casa como las ménades [9], marchó hacia las puertas de la ciudad sin volverse
atrás por las llamadas de la nodriza que la seguía. Esta- 4
ba fuera de la ciudad cuando vio a su hermano muy alegre, llevando las coronas de la victoria con las que el rey le había ceñido, y a sus compañeros portando los

[8] Diosa Fortuna.

[9] Bacantes.

despojos de los muertos entre los que había un manto bordado que ella misma había tejido con su madre y se lo había enviado a su pretendiente como regalo para la futura boda (pues es costumbre de los latinos ir a buscar a las novias vestidos con mantos bordados). Al ver este manto empapado en sangre, se rasgó la túnica y golpeándose el pecho con ambas manos, gemía y llamaba a su primo, de modo que una gran perplejidad
5 se apoderó de todos cuantos estaban en ese lugar. Llorando la desgracia de su prometido, miró con ojos fijos a su hermano y le dijo: «¡Tú, el más infame de los hombres, te alegras por haber dado muerte a tus primos, y haberme privado a mí, tu desgracida hermana, del matrimonio, ay, miserable! Y no te compadeces de tus parientes muertos, a quienes llamabas hermanos, sino que como si hubieras realizado una gran hazaña, estás fuera de ti de placer y llevas coronas por tales desgracias; tu corazón ¿al de qué fiera se asemeja?».

6 Y aquél respondió: «Al de un ciudadano que ama su patria y castiga a los que la quieren mal, sean extraños o allegados; entre los que te cuento también a ti, que al conocer los acontecimientos tan dichosos y desgraciados que nos han sobrevenido al mismo tiempo: la victoria de la patria, que yo, tu hermano, traigo, y la muerte de nuestros hermanos, no te alegras, desgraciada, por el bien común de la patria ni te lamentas por las desdichas particulares de nuestra casa, sino que despreciando a tus propios hermanos, lloras el destino de tu prometido, y no consumiéndote en soledad bajo las tinieblas, sino a los ojos de todos. A mí me reprochas mi valor y mis coronas, ¡falsa doncella, enemiga de tus hermanos e indigna de tus antepasados! Puesto que no lloras a tus hermanos sino a tus primos, y tienes el cuerpo entre los vivos, pero el alma junto al muerto, vete con aquél a quien llamas, y no deshonres a tu padre ni a tus hermanos».

Tras decir esto, no guardó moderación en su odio, 7
sino que con toda su cólera hundió la espada en el costado de ella, y después de matar a su hermana, marchó junto a su padre. Tan estrictos y duros eran los hábitos y sentimientos de los romanos de entonces, si alguien quisiera compararlos con las acciones de ahora y el modo de vida entre nosotros; tan crueles y salvajes y distando tan poco de la naturaleza animal, que el padre, al enterarse de una desgracia tan horrible, no sólo no se irritó, sino que consideró lo sucedido como justo y
conveniente. No permitió que fuera conducido a casa 8
el cadáver de su hija, ni consintió que la enterraran en la tumba de sus antepasados, ni hacerle funerales, ni sudario ni otros ritos acostumbrados, sino que, abandonada donde fue muerta, los viandantes le tributaron los honores fúnebres amontonando tierra y piedras, como
a un cadáver falto de quien le haga un sepelio. Tal era 9
la severidad de este hombre y todavía más, como voy a referir: igual que en los felices y dichosos acontecimientos, ese mismo día ofrecía a los dioses familiares los sacrificios que había prometido y regalaba a sus parientes con un espléndido banquete, como en las mayores fiestas, dando menos importancia a sus desgracias
privadas que al bien común de la patria. Y esto, no sólo 10
Horacio, sino también después de él se recuerda que lo hicieron otros muchos romanos ilustres. Me refiero a ofrecer sacrificios, llevar coronas y celebrar procesiones triunfales recién muertos los hijos, cuando la comunidad se vio favorecida gracias a ellos. Sobre esto, hablaré en el momento oportuno [10].

---

[10] No se habla de nada de esto en los restantes libros conservados.

Celebración de la victoria y juicio de Horacio

22 Después de la batalla de los trillizos, los romanos que estaban entonces en el campo de batalla hicieron unos espléndidos funerales a los muertos en los lugares en que habían caído, ofrecieron sacrificios de victoria a los dioses y se encontraban muy satisfechos. En cambio, los albanos, apesadumbrados por lo ocurrido, acusaban a su general de haber realizado mal su cometido y la mayoría de ellos pasó aquella tarde sin alimento y ningún tipo de cuidados.

2 Al día siguiente, el rey de los romanos los convocó a una asamblea y los consoló diciendo que no les impondría nada deshonroso, ni arduo, ni inadecuado para unos compatriotas; que decidiría lo mejor y más provechoso con el mismo criterio para ambas ciudades; y mantendría a su general Fufecio en el mismo cargo, sin hacer ningún reajuste ni cambio en los asuntos de gobierno. Después de esto, mandó las tropas a casa.

3 Tras celebrar el triunfo decretado por el senado y empezar a ocuparse de los asuntos civiles, se le presentaron algunos ciudadanos distinguidos trayendo a Horacio a juicio, como hombre manchado de sangre familiar por el asesinato de su hermana. Y al comparecer pronunciaron una larga alocución citando las leyes que no permiten matar a nadie sin juicio y explicando el resentimiento de todos los dioses hacia las ciudades
4 que no castigan a los impuros. Pero el padre defendía al muchacho acusando a su hija y diciendo que lo sucedido era un castigo, no un asesinato; y pretendía ser él mismo el juez de sus propias desgracias, por ser padre de ambos. Se dieron muchos argumentos por ambas partes, y una gran perplejidad se apoderó del rey
5 a la hora de resolver el proceso; pues absolver de asesinato al que ha confesado haber matado a su hermana sin juicio, y esto en unas circunstancias en que ni si-

quiera las leyes prescriben la muerte, suponía que no era justo y podría atraer la maldición y la impureza del culpable sobre su propia casa. Ni tampoco podía ejecutar como a un asesino al que había elegido arriesgarse por su patria y había sido el responsable de todo su poder, sobre todo cuando le eximía de culpa su padre, a quien la naturaleza y la ley otorgaban prioridad en tomar venganza por su hija. Dudando cómo actuar en 6
esta cuestión, finalmente decidió que lo mejor era confiar la resolución al pueblo. El pueblo romano, convertido entonces por primera vez en juez de un proceso de pena capital, se sumó a la opinión del padre y absolvió del asesinato a aquel hombre. Sin embargo, el rey suponía que la decisión tomada por la gente en favor de Horacio no satisfacía a los que querían guardar la debida piedad para con los dioses, así que mandó llamar a los pontífices y les ordenó aplacar a los dioses y demás divinidades, y purificar a aquel hombre con los ritos tradicionales para expiar los asesinatos involuntarios.

Los pontífices erigieron dos altares, uno a Juno, que 7
tiene encomendado el cuidado de las hermanas; y el otro, a cierto dios local o divinidad llamada Jano [11] en la lengua del país, con el sobrenombre de Curiacio, por los primos muertos a manos de Horacio. Y después de ofrecer sobre estos altares algunos sacrificios, realizaron otros ritos purificatorios y finalmente condujeron a Horacio bajo el yugo. Es costumbre entre los romanos, cuando los enemigos deponen las armas y ellos quedan como soberanos, clavar en tierra dos maderos rectos y ajustarles encima un tercero transversal, luego

[11] Dios típicamente romano y primitivo, definido sólo por su protección a todos los *prima*: apertura de la guerra y la paz, del tiempo y el espacio, de la vida y de los ritos. Es desconocido en Grecia. Relacionado con *ianua* y *ianuarius*, mes consagrado a esta divinidad.

conducir debajo a los cautivos y una vez que lo atraviesan, mandarlos libres a sus casas. Esto lo llaman yugo, y fue el último de los ritos expiatorios que utilizaron
8 los que entonces purificaron a Horacio. El lugar de la ciudad en que hicieron la purificación, todos los romanos lo consideran sagrado. Está en la calle estrecha que lleva desde Carinas abajo según se va a la calle Cuprio. Allí permanecen los altares erigidos entonces y sobre ellos se extiende un madero ajustado a las dos paredes opuestas; este madero queda sobre la cabeza de los que salen, y se llama en lengua romana «madero de la her-
9 mana[12]». Sin duda, este lugar está conservado en la ciudad como monumento conmemorativo del infortunio de ese hombre, y es honrado por los romanos con sacrificios anuales. Otro testimonio del valor que demostró en la batalla es la columnita angular que está a la entrada de uno de los dos pórticos[13] del Foro; sobre la cual estaban los despojos de los trillizos albanos. Las armas, como es natural, han desaparecido con el paso del tiempo, pero la columna todavía conserva la misma denominación, y es llamada «pilar Horacio».
0 Existe también entre ellos una ley, votada a raíz de aquel suceso y que incluso hasta ahora conservan, que otorga honor y fama inmortal a aquellos hombres. Esta ley ordena que a quienes tengan hijos trillizos, se les costee del erario público la crianza de los niños hasta la pubertad. Tal desenlace tuvieron los sucesos en relación con la familia de los Horacios, después de pasar por admirables e imprevistas peripecias.

---

[12] *Sororium tigillum.*

[13] La Basílica Julia y la Basílica Emilia.

Tulo prepara la guerra contra los fidenates. El albano Fufecio maquina una conspiración

El rey de los romanos, dejando 23
pasar un año, durante el cual hizo todos los preparativos necesarios para la guerra, decidió mandar un ejército contra la ciudad de los fidenates, poniendo como pretexto para la guerra que, al ser convocados para defenderse por la conspiración que habían tramado contra romanos y albanos, no respondieron; sino que al punto cogieron las armas, cerraron las puertas y procurándose la alianza de los veyentes, se rebelaron abiertamente. Y a los embajadores enviados de Roma para averiguar la causa de la rebelión, les contestaron que ellos ya no tenían nada en común con la ciudad de los romanos, desde que murió su rey Rómulo, con el que habían hecho los juramentos de amistad.

Con estos pretextos, Tulo preparaba sus propias 2
fuerzas y mandaba a buscar las de los aliados. La más numerosa y mejor tropa auxiliar vino conducida por Metio Fufecio de la ciudad de Alba, y estaba equipada con armas tan excelentes que aventajaban a todas las
otras fuerzas aliadas. Pues bien, Tulo, creyendo que 3
Metio había decidio tomar parte en la guerra por su celo y guiado por los mejores motivos, le elogiaba y hacía copartícipe de todos sus planes. Pero este hombre, que fue acusado por sus ciudadanos de haber dirigido mal la guerra e inculpado también de traición, cuando permanecía el tercer año en el mando con plenos poderes por orden de Tulo, no consideró digno tener un poder subordinado a otro poder, ni obedecer más que
gobernar él mismo, y tramó una impía conspiración. 4
Envió embajadas en secreto a los enemigos de los romanos que todavía estaban dudosos respecto a la rebelión, y los animó a no desistir, prometiendo que él mismo les apoyaría en el ataque a los romanos durante la

batalla. Estas actividades y planes pasaron inadvertidos a todos.

5 Tulo, cuando tuvo dispuesto su propio ejército y el de los aliados, se dirigió contra los enemigos y, cruzando el río Anión, acampó no lejos de Fidenas. Pero, al encontrar alineado delante de la ciudad un numeroso ejército de los propios fidenates y de sus aliados, aquel día permaneció tranquilo; al día siguiente, hizo llamar a Fufecio, el albano, y a sus otros amigos más allegados, y examinó con ellos cuál sería la táctica más conveniente para la guerra. Una vez que todos estuvieron de acuerdo en entablar combate rápidamente y no perder tiempo, determinaron el lugar y cargo que cada uno debía tener, fijaron el día siguiente para la batalla y disolvió la reunión.

6 El albano Fufecio (como era todavía un secreto, incluso para muchos de sus amigos, que maquinaba una traición) convocó a los centuriones y comandantes albanos más destacados y les dijo lo siguiente:

«Comandantes y centuriones, voy a daros a conocer importantes e inesperados asuntos, que hasta ahora mantenía ocultos y os suplico que guardéis en secreto, si no queréis mi ruina, y que me ayudéis en ello si os parece conveniente llevarlo a cabo. La ocasión no permite hablar mucho en tan poco tiempo, pero diré lo
7 más imprescindible. Yo, todo el intervalo de tiempo desde que fuimos sometidos a los romanos hasta el día de hoy, he llevado una vida llena de vergüenza y dolor, a pesar de haber sido honrado por su rey con el máximo cargo, que ejerzo ya hace tres años y, si quisiera, lo tendría para siempre. Pero, por considerar que es el peor de todos los males ser el único afortunado en medio de las calamidades públicas, y pensando que fuimos privados por los romanos de la hegemonía, en contra de todas las leyes sagradas reconocidas entre los hombres, intentaba averiguar de qué manera la recobraría-

mos sin sufrir ningún descalabro. Haciendo muchos cálculos de todo tipo, descubría un único camino que es el más fácil y menos arriesgado para llevarnos al éxito: que se levantara una guerra contra ellos de entre las ciudades vecinas; pues yo suponía que ellos para 8
afrontar esta guerra necesitarían aliados, y a nosotros los primeros. Además, me imaginaba que no necesitaría muchos argumentos para convenceros de que es más hermoso y más justo hacer una guerra por nuestra propia libertad que por la hegemonía de los romanos.

Con estas reflexiones, maquiné secretamente una 9
guerra contra los romanos que proviniese de sus súbditos, convenciendo a veyentes y fidenates de ponerse en armas, con la promesa de que les ayudaría en la guerra. Y hasta aquí, los romanos no se han dado cuenta de mis actividades y de que aguardaba el momento oportuno para el ataque. Ahora, considerad cuántas ventajas obtendremos. Primero, por no haber planeado 10
abiertamente la rebelión, en lo cual había un peligro por dos partes: o nos hubiéramos apresurado sin estar preparados y confiando sólo en nuestra propia fuerza nos hubiéramos jugado todo al azar, o preparados y reuniendo ayuda habríamos sido sorprendidos por los enemigos ya organizados. Al no haber sufrido ninguno de estos reveses, obtendremos lo beneficioso de ambos. En segundo lugar, no intentaremos destruir por un método violento la numerosa y excelente fuerza de nuestros adversarios y su fortuna, sino por los medios con que se vence todo lo extremadamente orgulloso y difícil de aniquilar por la violencia, con la trampa y el engaño; y no seremos los primeros ni los únicos en hacerlo. Además de esto, a nuestra propia fuerza, que no es ca- 11
paz de enfrentarse a todo el poder de los romanos y de sus aliados, hemos añadido las fuerzas de los fidenates y veyentes, que son tan numerosas como veis. He tomado medidas para que la tropa auxiliar que se nos

ha sumado ofrezca toda la confianza posible a una
12 alianza segura. Así pues, los fidenates no entablarán
combate en nuestra tierra, sino que al defender la suya
propia también defenderán al mismo tiempo la nuestra.
Y obtendremos esa ventaja que para los hombres es
la más agradable de todas y que en tiempos pasados
13 ocurrió en contadas ocasiones: recibir beneficios de los
aliados y parecer que somos nosotros los que les hacemos un bien. Y si el plan nos sale conforme pienso, como es lógico, fidenates y veyentes, después de liberarnos de una penosa sumisión, nos estarán agradecidos como si ellos hubieran recibido este favor de nosotros.

Éstos son los preparativos que, después de mucho
pensar, me parece que son suficientes para inspiraros
14 confianza y buena disposición para la revuelta. Escuchad la forma en que he decidido emprender el asunto. Tulo me ha asignado un puesto al pie de la colina y me ordena dirigir uno de los dos flancos del ejército. Pero, cuando marchemos al encuentro de los enemigos, yo romperé filas y empezaré a guiar hacia la colina, y vosotros me seguiréis con vuestras compañías alineadas. Una vez alcanzada la cima y estando en una posición segura, escuchad de qué modo aprovecharé la si-
15 tuación después de esto. Si veo que los planes salen
según mi previsión, que los enemigos están confiados, pensando que nosotros colaboramos con ellos, y los romanos están abatidos y aterrorizados creyendo que han sido traicionados por nosotros, y prevén, como es lógico, una huida más que un combate, entonces, caeré sobre ellos, y dejaré la llanura llena de cadáveres al bajar desde una posición elevada y atacar con una fuerza ani-
16 mosa y alineada a hombres asustados y dispersos. Te-
rrible es también en las guerras que surja la impresión sin fundamento de una traición de los aliados o de un ataque de enemigos nuevos, y ya conocemos a muchos grandes ejércitos totalmente destruidos por ningún

otro sentimiento de temor tanto como por una falsa impresión. En cambio, en nuestro caso, no habrá palabra vana ni temor invisible, sino un hecho más espantoso que cualquier otro visto o experimentado. Pero si acaso 17
viera que ocurre lo contrario a lo previsto (pues también debe hablarse de las cosas que suelen suceder en contra de los planes humanos, ya que la vida nos trae muchas cosas inesperadas), entonces también yo mismo intentaré hacer lo contrario de lo que propuse. Os guiaré contra los enemigos juntamente con los romanos, les ayudaré a conseguir la victoria y fingiré haber tomado los lugares altos con el fin de cercar a los alineados contra mí. Mi razonamiento será fiable al ser mis actos acordes con la excusa, de modo que nosotros, sin haber compartido ninguno de los peligros de cada bando, participaremos de la mejor fortuna de ambos.

Por lo tanto, esto es lo que yo he decidido y haré 18
con ayuda de los dioses porque es lo mejor no sólo para los albanos, sino también para los demás latinos; pero vosotros, en primer lugar, es preciso que guardéis silencio, y después, que mantengáis el orden y obedezcáis al instante las órdenes para llegar a ser ardorosos combatientes e infundir valor en vuestros subordinados. Pensad que la lucha por la libertad no es igual para nosotros que para otros hombres, para quienes es costumbre ser gobernados por otros y para cuantos recibieron de sus padres tal régimen político. Pero noso- 19
tros nacimos libres, hijos de hombres libres, y nuestros padres nos transmitieron el gobierno de los vecinos después de conservar durante casi quinientos años este modo de vida, del que nosotros no privaremos a nuestros descendientes. Que a nadie, por querer hacer esto, le entre el temor de romper tratados y violar los juramentos que hay en ellos, sino que considere que restablecerá los pactos rotos por los romanos a su lugar de origen, y no los menos importantes, sino aquellos que

estableció la naturaleza humana, y confirma la ley común de todos los griegos y bárbaros: que los padres manden y determinen lo justo para sus hijos, y las me-
20 trópolis para sus colonias. Estos pactos, nunca desligados de la naturaleza humana, no los violaremos nosotros, que consideramos que deben permanecer siempre vigentes. Y ninguno de los dioses ni de otras divinidades se irritaría con nosotros porque actuamos impíamente al no tolerar la esclavitud para nuestros descendientes. Han violado los pactos quienes los rompieron desde el principio e intentaron con un acto impío poner la ley humana por encima de la divina. Y la cólera de los dioses no caerá sobre nosotros, sino sobre éstos, como es natural, y la venganza humana se abatirá sobre
21 ellos más que sobre nosotros. Pues bien, si estáis de acuerdo en que esto será lo mejor para todos vosotros, hagámoslo apelando a dioses y divinidades como protectores; pero si alguno de vosotros ha pensado lo contrario y una de dos: o cree que nunca debemos recobrar la antigua dignidad de la ciudad, o desecha el momento presente aguardando otra ocasión más oportuna, que no deje de proponer lo que piensa, pues llevaremos a la práctica la resolución que os parezca mejor a todos vosotros».

Batalla de los romanos contra fidenates y veyentes. Traición del albano Fufecio

24 Una vez que los presentes aprobaron su plan y prometieron hacerlo todo, él tomó juramento a cada uno de ellos y disolvió la asamblea. Al día siguiente, las tropas de los fidenates y de sus aliados salieron fuera de las trincheras al amanecer, y se colocaron en orden de batalla. Los romanos salieron a su encuentro y se colocaron en for-
2 mación. El propio Tulo y los romanos ocupaban el ala izquierda frente a los veyentes (pues éstos ocupaban el ala derecha de los enemigos), y en el ala derecha de los romanos se colocaron Metio y los albanos frente a

los fidenates, junto al flanco de la montaña. Cuando se 3
encontraban muy cerca unos de otros, antes de estar
al alcance de los dardos, los albanos se separaron del
resto del ejército y condujeron a su compañías en or-
den hacia la montaña. Entonces, los fidenates, al darse
cuenta de esto y confiando en que eran verdad las pro-
mesas de los albanos acerca de su traición, ya atacaban
a los romanos con más ánimo. El flanco derecho de los
romanos, desguarnecido de aliados, estaba roto y sufría
duramente; en cambio, el izquierdo combatía con toda
su fuerza, y allí estaba el propio Tulo luchando entre
lo más escogido de la caballería. Pero en ese momento, 4
un jinete, galopando hacia los que combatían junto al
rey, dijo: «Tulo, nuestra ala derecha está en apuros,
pues los albanos han abandonado la formación y se han
marchado hacia la montaña; y los fidenates, frente a
quienes ellos estaban colocados, van a rodearnos mar-
chando sobre el flanco desguarnecido». Cuando los ro-
manos oyeron esto y vieron la marcha de los albanos
hacia la montaña, les entró tanto miedo de ser rodea-
dos por los enemigos que no se les ocurría ni luchar ni
permanecer allí. Entonces, se dice que Tulo, sin ver 5
perturbadas sus facultades por tamaña e inesperada
desgracia, se sirvió de una astucia por medio de la cual
no sólo salvó al ejército romano, atrapado en una evi-
dente perdición, sino que también desbarató y echó a
perder todos los planes de los enemigos. Cuando oyó
al mensajero, dijo alzando la voz de forma que le oye-
ran también los enemigos: «Romanos, vencemos a los 6
enemigos, pues los albanos nos han tomado esa monta-
ña cercana, como veis, según mis instrucciones, para
atacar a los enemigos por la espalda. Considerad que
tenemos a los peores enemigos en el lugar más favora-
ble para nosotros, atacadles unos de frente y otros por
la espalda, pues allí no podrán avanzar hacia delante
ni retroceder, por estar encerrados por los flancos en-

tre la montaña y el río, y así nos darán una hermosa
satisfacción. Ahora, id contra ellos con gran altivez».
25 Esto lo decía pasando al lado de cada fila. Y al pun-
to, a los fidenates les invadió el temor de la traición
contraria, pensando que habían sido víctimas de una
estratagema del albano, pues no vieron ni que él hubie-
ra cambiado su orden de batalla ni que se hubiera lan-
zado rápidamente contra los romanos, como les prome-
tió. Por su parte, a los romanos estas palabras les exci-
taron el coraje y los llenaron de confianza; y con gran
griterío se lanzaron a una contra los enemigos. A conti-
nuación, se produjo la retirada de los fidenates y una
2 fuga desordenada hacia su ciudad. El rey de los roma-
nos lanzó la caballería contra ellos, aterrados y confun-
didos, y los persiguió durante un trecho. Cuando com-
prendió que estaban dispersos y ya no tendrían la in-
tención de reunirse de nuevo, y que estaban sin fuerzas,
dejó a los fugitivos y marchó contra el grupo de enemi-
3 gos que todavía estaba en formación y permanecía fir-
me. Entonces tuvo lugar un hermoso combate de infan-
tería; pero todavía más hermoso fue el de la caballería,
pues los veyentes, que estaban apostados allí, no se re-
plegaron de terror ante el ataque de la caballería roma-
na, sino que resistieron mucho tiempo. Después, al dar-
se cuenta de que su ala izquierda estaba derrotada y
todo el ejército de los fidenates y de los demás aliados
huía en desorden, y temiendo ser acorralados por los
que volvían de la persecución, se dieron la vuelta tam-
bién ellos y, rompiendo las filas, intentaron ponerse a
4 salvo cruzando el río. De ellos, los que eran más fuer-
tes, estaban menos dañados por heridas y podían na-
dar, atravesaron la corriente sin sus armas. Pero cuan-
tos carecían de alguna de estas cosas, perecieron en los
remolinos, pues la corriente del Tiber junto a Fidenas
5 es fuerte y tortuosa. Tulo ordenó a una parte de la ca-
ballería que matara a los que se lanzaban al río; y él,

conduciendo al resto de la tropa al campamento de los
veyentes, se hizo el dueño al primer ataque. Ésta era
la situación de los romanos tras haber conseguido una
inesperada salvación.

El albano, cuando observó que las tropas de Tulo 26
habían vencido brillantemene, también él mismo bajó
a sus propias tropas de los altos y marchó contra los
fidenates que huían, para que todos los romanos vieran
claramente que él estaba realizando algo propio de un
aliado, y mató a muchos de los que se dispersaron en
la huida. Tulo, que comprendió su propósito y aborre- 2
cía la nueva traición, no creía necesario desenmasca-
rarlo por el momento, hasta que tuviera a ese hombre
bajo su poder, sino que fingió elogiar ante la mayoría
de los presentes su retirada hacia la montaña, como si
hubiera sido con la mejor intención. Y enviando una
parte de la caballería junto a él, le pidió que diera una
última prueba de su buena voluntad, ordenándole bus-
car y matar a los muchos fidenates que no habían podi-
do refugiarse dentro de sus murallas y andaban disemi-
nados por el lugar. Aquél, como si hubiera conseguido 3
una de las dos cosas que esperaba y hubiera engañado
a Tulo, se alegraba y, recorriendo la llanura durante
mucho tiempo, mataba a los que encontraba. Ya a la
caída del sol, volvió de la persecución conduciendo a
los jinetes al campamento romano, y la noche siguiente
la pasó agradablemente con su compañeros.

Tulo permaneció en el campamento de los veyentes 4
hasta la primera guardia y preguntó a los prisioneros
más destacados quiénes eran los jefes de la rebelión;
cuando se enteró de que también el albano Metio Fufe-
cio estaba entre los conjurados y pensó que sus accio-
nes estaban en consonancia con las declaraciones de
los rehenes, subió a su caballo y con sus compañeros
más fieles se dirigió a la ciudad. Convocó a los senado- 5
res sacándolos de sus casas antes de media noche, los

informó de la traición del albano presentando el testimonio de los rehenes, y les explicó la maniobra con la que había vencido a los enemigos y a los fidenates. Ahora que la guerra había tenido el mejor final, él les pedía que examinaran los asuntos restantes: de qué modo había que castigar a los traidores y cómo podían hacer a la ciudad de los albanos más sensata para el futuro. El
6 hecho de castigar a los autores de unos actos impíos, a todos les parecía justo y necesario, pero se mostraban muy indecisos sobre el procedimiento más fácil y seguro. Les parecía imposible matar a muchos valientes albanos de una forma secreta y oculta; pero si intentaban detener públicamente y castigar a los culpables, suponían que los albanos no lo permitirían, sino que correrían a las armas. Y no querían luchar al mismo tiempo con fidenates, tirrenos y con los albanos con quienes habían concertado una alianza. Encontrándose en esta incertidumbre, Tulo fue el último en exponer su opinión, que todos elogiaron y sobre la que hablaré en breve.

Tulo ordena la destrucción de Alba

27 Había cuarenta estadios entre Fidenas y Roma. Tulo espoleó con fuerza su caballo y se presentó en el campamento y, antes del amanecer, llamó a Marco Horacio, el superviviente de los trillizos, le dio los infantes y jinetes más sobresalientes y le ordenó llevarlos a la ciudad de los albanos. Una vez dentro de las murallas, como amigo, cuando tuviera en sus manos a los habitantes, debía destruir la ciudad hasta los cimientos, sin perdonar ningún edificio ni privado ni público, excepto los templos; pero no debía matar ni ofender a ninguna persona, sino permitirles a todos conservar sus pertenencias.
2 Tras enviar a éste, llamó a los tribunos y centuriones y revelándoles las resoluciones del senado, los asignó para su guardia personal. Poco después, se presentó el albano fingiendo alegría por la común victoria y feli-

citando a Tulo. Éste, a su vez, guardando todavía en secreto su intención, le elogiaba, le reconocía digno de grandes recompensas, y le invitaba a traerle por escrito los nombres de los demás albanos que hubieran llevado a cabo alguna acción destacada durante la batalla, para que también aquéllos recibieran parte de los premios
de la victoria. El albano, muy contento, le entregó por 3
escrito en una tablilla los nombres de sus amigos más fieles, a quienes había utilizado como cómplices de sus planes secretos. El rey romano convocó a todos a una asamblea, después de deponer las armas. Y cuando estuvieron reunidos, ordenó al general albano que con sus tribunos y centuriones se colocara junto a la misma tribuna; a continuación de éstos, que ocuparan su lugar en la asamblea, los demás albanos alineados, y detrás de ellos, la multitud restante de los aliados. Por fuera, colocó alrededor de todos a los romanos, entre los que estaban los más valerosos con espadas ocultas bajo sus vestiduras. Cuando consideró que tenía a sus enemigos en una buena posición, se levantó y dijo lo siguiente:

Asamblea de romanos y albanos en la que Tulo revela la traición de Fufecio

«Ciudadanos romanos y demás 28
amigos y aliados, hemos castigado con ayuda de los dioses a quienes se han atrevido a declararnos la guerra abiertamente, los fidenates y sus aliados, y una de dos: o cesarán de molestarnos en el
futuro o sufrirán un castigo peor que éste. Y la ocasión 2
reclama, ya que la primera empresa ha salido según nuestro deseo, castigar también a los restantes enemigos que llevan el nombre de amigos y que se asociaron con nosotros en esta guerra para causar daño a los enemigos comunes, pero que dejaron a un lado la lealtad hacia nosotros y, pactando en secreto con ellos, intenta-
ron destruirnos a todos nosotros. Desde luego, éstos 3
son mucho peores que los enemigos manifiestos y merecen un castigo mayor; pues a quienes son víctimas

de insidias, les es fácil precaverse y les es posible defenderse de los que luchan como enemigos. En cambio, no es *fácil guardarse de los amigos* que actúan como enemigos, ni les es posible defenderse a quienes han sido cogidos por sorpresa. Tales son los aliados que con engaño nos ha enviado la ciudad de Alba, sin haber recibido de nosotros ningún daño, sino muchos y grandes
4 beneficios. Siendo sus colonos y sin haberles arrebatado nada de su dominio, hemos conseguido una fuerza propia y un poder a raíz de nuestras guerras. Y después de haber fortificado nuestra ciudad contra los pueblos más fuertes y belicosos, les hemos procurado a éstos mucha seguridad en la guerra contra tirrenos y sabinos. Del bienestar de nuestra ciudad, debían alegrarse ellos más que todos; y de su desgracia, dolerse
5 no menos que de la suya propia. Sin embargo, ellos continuaban aborreciéndonos no sólo a nosotros por nuestros bienes, sino también a sí mismos por la prosperidad obtenida gracias a nosotros; y finalmente, como ya no podían soportar la pérfida enemistad, nos declararon la guerra. Pero sabiendo que nosotros estábamos bien preparados para el combate y que ellos no podían hacernos ningún daño, nos invitaron a la reconciliación y a la amistad y pidieron que la rivalidad por la hegemonía se decidiera por medio de tres hombres de cada ciudad. Aceptamos también estas propuestas y tras vencer en la batalla, tuvimos su ciudad bajo
6 nuestro dominio. Veamos entonces ¿qué hicimos después de esto? A nosotros nos hubiera sido posible coger rehenes, dejar una guarnición en la ciudad; y a los cabecillas que promovían la hostilidad entre las dos ciudades, matar a unos y desterrar a otros; también hubiéramos podido cambiar su régimen de gobierno según nuestra conveniencia, castigarles con la partición de sus tierras y pertenencias, y lo que era más fácil de todo, quitarles las armas, con lo que hubiéramos esta-

blecido un dominio más fuerte. Pero no nos pareció justo hacer nada de esto sino que atendimos más a la piedad que a la seguridad de nuestro poder y, concediendo más importancia a la buena opinión de todos que a nuestro propio provecho, les dejamos disfrutar de todos sus bienes y a Metio Fufecio, a quien ellos mismos habían honrado con la más alta magistratura por considerarlo el mejor de los albanos, le permitimos que administrara sus asuntos públicos hasta el presente.

A cambio de esto, escuchad qué agradecimiento nos 7
demostraron cuando más necesitábamos la buena disposición de amigos y aliados. Hicieron pactos secretos con los enemigos comunes para atacarnos junto con ellos en el combate, y cuando estábamos cerca unos de otros, abandonaron la línea que se les había asignado y corrieron hacia los montes próximos para ocupar rápidamente los lugares fuertes. Si la estratagema les hu- 8
biera salida según sus planes, nada habría impedido que todos nosotros hubiéramos perecido cercados por enemigos y amigos; y los múltiples combates que hemos afrontado por la soberanía de nuestra ciudad, en un solo día habrían resultado vanos. Pero puesto que 9
su plan falló por la benevolencia de los dioses en primer lugar (pues, en lo que a mí respecta, les atribuyo todos los sucesos felices y hermosos), y en segundo lugar gracias a mi estratagema que sirvió en no menor medida para inspirar temor a los enemigos y confianza a vosotros (pues lo que dije durante el combate, que los albanos tomaban la montaña siguiendo mis órdenes con objeto de rodear a los enemigos, eran invenciones y estratagemas mías); y ya que los sucesos se han des- 10
arrollado según nos convenía, no seríamos hombres como nos corresponde ser si no castigáramos a los traidores, que aparte de otras obligaciones que debían guardar por el parentesco, habían firmado recientemente pactos y juramentos con nosotros, y sin respetar

a los dioses, a quienes pusieron como testigos de los convenios, sin preocuparse de la justicia en sí, ni de la venganza humana, ni de la magnitud del peligro si la traición no les salía según sus planes, intentaron destruirnos de la forma más miserable, los fundadores a sus colonos y benefactores, alineándose con nuestros peores enemigos y adversarios».

Tulo comunica a los albanos que en el futuro habitarán en Roma

29 Mientras decía esto, surgían lamentaciones y todo tipo de súplicas por parte de los albanos; el pueblo afirmaba no saber nada de las maquinaciones de Metio, y a su vez, los que tenían el mando alegaban que no habían conocido los planes secretos antes de encontrarse en medio del combate, cuando no estaba en su poder ni impedirlos ni dejar de cumplir las órdenes. Algunos incluso atribuían el asunto a la obligación impuesta por parentesco o lazos de familia; a éstos el rey les mandó callar y les dijo:

2 «No desconozco, albanos, ninguna de estas cosas que argumentáis en vuestra defensa, sino que creo que la mayoría de vosotros desconocía la traición, y la prueba es que cuando hay muchos cómplices, los secretos no permanecen ocultos durante mucho tiempo. Pienso que sólo una pequeña parte de los tribunos y centuriones conspiró contra nosotros, y que la mayoría estaba engañada y obligada a hacer algo contra su voluntad.
3 Pero si nada de esto fuera verdad, sino que a todos los albanos, a vosotros que estáis aquí y a los que se han quedado en la ciudad, os hubiera entrado deseo de hacernos daño, y esto fuera una decisión no de ahora por primera vez, sino de hace mucho tiempo, los romanos tendrían la obligación de soportar vuestras ofensas por
4 causa del parentesco. Y para que ya no traméis ningún mal contra nosotros ni presionados ni engañados por los líderes de la ciudad, existe una precaución y previ-

sión que consiste en que todos lleguemos a ser ciudada-
nos de la misma ciudad y consideremos a una sola co-
mo patria, de cuya prosperidad y adversidad cada uno
obtendrá la parte de fortuna que le corresponda. Pero
hasta que nuestros pueblos decidan los pros y los con-
tras según el criterio diferente de cada uno, como aho-
ra pasa, no será firme nuestra amistad mutua, sobre
todo si los que han conspirado los primeros contra
otros van a conseguir ventajas de su éxito, o en caso
de que fracasen, no van a correr ningún peligro por ra-
zón del parentesco. Y en cambio, quienes fueron vícti-
mas del ataque, si son sometidos, van a sufrir las peo-
res penalidades, y si escapan, no se vengarán como ene-
migos, lo que ocurre también en el presente.

Ya conocéis las decisiones tomadas por los romanos 5
la noche pasada, siendo yo mismo quien convocó al se-
nado y propuso el decreto a sus miembros: demoler
vuestra ciudad y no permitir que quede en pie ningún
edificio ni público ni privado excepto los templos. Y 6
que todos sus habitantes, conservando los lotes de tie-
rra que ahora tienen, habiten en Roma desde ahora, sin
ser privados de ninguno de sus esclavos, ni del ganado
ni de otras pertenencias. Y que toda la tierra que fuera
de la comunidad sea repartida entre los albanos que
no tienen nada, excepto las posesiones de los templos,
de las que se hacían los sacrificos a los dioses. Me voy
a encargar de la construcción de casas en las que esta-
bleceréis vuestra residencia los emigrantes, fijando su
lugar en la ciudad y ayudando a los más pobres de vo-
sotros en el gasto de las obras. Y el resto de vuestro 7
pueblo se organizará con nuestros plebeyos, repartido
en tribus y curias. En cambio, formarán parte del sena-
do, obtendrán magistraturas y se añadirán a los patri-
cios las siguientes familias: Julios, Servilios, Curiacios,
Quintilios, Clelios, Geganios, Metilios. Pero Metio y sus
cómplices en la traición sufrirán la pena que nosotros

impongamos cuando nos sentemos como jueces de cada uno de los culpables: pues no privaremos a nadie de juicio ni de defensa».

Tumultos en la asamblea y muerte del albano Metio Fufecio

30 Cuando terminó de hablar, los albanos pobres estaban contentos de pasar a ser habitantes de Roma y poseer un lote de tierra y aplaudían con gran aclamación las concesiones. Pero los más ilustres por su categoría y fortuna estaban muy afligidos por tener que dejar su ciudad natal, abandonar los hogares de sus antepasados y habitar el resto de su vida en una ciudad extranjera. Sin embargo, reducidos a la extrema necesidad, no tenían nada que decir. Tulo, cuando vio la disposición de la mayoría, exhortó a Metio a que se defendiera, si es que
2 quería objetar algo a esto. Metio, como no podía replicar nada contra sus acusadores y testigos, afirmó que el senado albano le había propuesto en secreto hacer esto cuando condujo el ejército a la guerra, y él había pedido a los albanos, a quienes intentaba devolver la hegemonía, que le ayudaran y no permitieran que su patria fuera destruida ni que sus ciudadanos más ilustres fueran apresados para sufrir castigo. Entonces se produjo un tumulto en la asamblea y algunos se lanzaron a las armas, pero los que estaban rodeando a la
3 multitud, dada una señal, sacaron sus espadas. Quedándose todos aterrorizados, Tulo se levantó de nuevo y dijo: «Albanos, a vosotros ya no os es posible rebelaros ni actuar en falso, pues si os atrevéis a algún motín, todos pereceréis a manos de éstos (señalando a los que tenían las espadas). Así que, aceptad las ofertas y sed romanos desde ahora. Forzoso es que hagáis una de estas dos cosas: o habitar en Roma o no tener ninguna
4 otra tierra como patria; pues Marco Horacio marchó al amanecer, enviado por mí, a destruir vuestra ciudad desde los cimientos y conducir a todas las personas a

Roma. Sabiendo que esto está a punto de realizarse, ce-
sad de buscar la muerte y haced lo ordenado. A Metio
Fufecio que ha conspirado en secreto contra nosotros
y no ha vacilado ahora en llamar a las armas a los sedi-
ciosos y rebeldes, le castigaré como corresponde a un
espíritu engañoso y traicionero».

Ante estas palabras, la parte de la asamblea que es- 5
taba exaltada se asustó, como dominada por un destino
ineludible. A Fufecio, que todavía estaba indignado y
era el único que gritaba apelando a los tratados por
cuya violación estaba convicto, y no doblegaba el ánimo
en su infortunio, los lictores, por orden del rey Tulo,
lo cogieron y, desgarrándole completamente las vesti-
duras, señalaron su cuerpo con muchos azotes. Cuan-
do tuvo bastante castigo de este tipo, trajeron dos pare- 6
jas de caballos, le ataron los brazos a una y a la otra
los pies, sujetos con largas cuerdas. Los aurigas fusti-
garon a las parejas en sentidos opuestos y, desgarrado
por tierra y arrastrado por cada pareja en dirección
contraria, el miserable en poco tiempo quedó destro-
zado. Tan lamentable y vergonzosa muerte tuvo Metio 7
Fufecio; y para sus compañeros y cómplices de la trai-
ción, el rey convocó tribunales y mandó matar a los
condenados según la ley contra desertores y traidores.

Destrucción de Alba. Fin de la guerra con los fidenates

Al tiempo que ocurría esto, Mar- 31
co Horacio, el enviado con hombres
escogidos para destruir Alba, reco-
rrió el camino a toda velocidad, y
como encontró las puertas abiertas
y la muralla desprotegida, se hizo dueño de la ciudad
fácilmente. Reunió al pueblo en una asamblea, les in-
formó de todo lo ocurrido en la batalla y les comunicó
el decreto del senado romano. A pesar de que los habi- 2
tantes suplicaron y pidieron tiempo para enviar una
embajada, él sin ninguna demora empezó a destruir las
casas, las murallas y cualquier otro edificio público o

privado. Pero a la gente la envió con mucho cuidado a Roma, junto con sus animales y demás posesiones.
3 Y Tulo, al llegar del campamento, los distribuyó en las tribus y curias romanas, les ayudó a construir sus viviendas en los lugares de la ciudad que ellos mismos eligieron, repartió de la tierra comunal un lote suficiente entre los de la clase trabajadora y reconfortó a la
4 población con otros actos humanitarios. Así pues, la ciudad de los albanos, que construyó Ascanio, el hijo de Eneas (hijo a su vez de Aquises) y Creúsa, la hija de Príamo, después de haber existido cuatrocientos ochenta y siete años desde su fundación, durante los cuales tuvo un gran crecimiento de población, riqueza y todo tipo de prosperidad, colonizó treinta ciudades de latinos y tuvo siempre la hegemonía de su raza, fue destruida por su última colonia y permanece deshabitada hasta el día de hoy.

5 El rey Tulo dejó pasar el invierno siguiente y al comienzo de la primavera condujo de nuevo sus tropas contra los fidenates. A éstos no les había llegado públicamente ayuda de ninguna de las ciudades aliadas, pero algunos mercenarios habían afluido de muchos lugares y, confiando en ellos, se animaron a salir de la ciudad. Alineados en orden de combate, mataron a muchos en la batalla, pero perdieron a muchos más y se ence-
6 rraron de nuevo en su ciudad. Cuando Tulo les rodeó la ciudad con empalizadas y fosos, redujo a los de dentro a la máxima necesidad y se vieron obligados a entregarse al rey en las condiciones que él quería. De esta forma, Tulo se hizo dueño de la ciudad, mató a los responsables de la sedición, liberó a todos los demás, permitiéndoles que gozaran de todos sus bienes de la misma forma, y les restauró el régimen de gobierno que tenían antes. Después licenció su ejército y, al llegar a Roma, ofreció a los dioses una procesión con los trofeos y un sacrificio. Fue éste el segundo triunfo que consiguió.

Guerra de Tulo contra los sabinos

Después de esta guerra, se originó otra contra los romanos, procedente del pueblo de los sabinos. Su principio y pretexto fue el siguiente: hay un templo honrado en común por sabinos y latinos, muy venerado entre ellos y dedicado a la diosa llamada Feronia [14], que algunos traducen al griego como *Antóforos* o «Portadora de flores»; otros, como *Filostéfanos* o «Amante de las coronas», y otros, como *Perséfone*. A este santuario acudían de las ciudades vecinas en las fiestas señaladas, muchos a ofrecer plegarias y sacrificios a la diosa y otros muchos a hacer negocio durante la festividad, como comerciantes, artesanos y labradores; allí se celebraban ferias más espléndidas que cuantas se realizan en otros lugares de Italia. A unos romanos de cierto renombre que acudieron una vez a esta fiesta, algunos sabinos los atraparon, y después los encarcelaron y les quitaron el dinero. Y a una embajada que fue a informarse sobre ellos no quisieron darle ninguna satisfacción, sino que retuvieron las personas y el dinero de los apresados, acusando ellos por su parte a los romanos de que habían acogido a los sabinos fugitivos ofreciéndoles un asilo sagrado (de lo cual ya he hablado en el libro anterior [15]). A consecuencia de estas acusaciones, se pusieron en guerra y ambos pueblos salieron a campo abierto con numerosas fuerzas produciéndose una batalla campal entre ellos. Llevaban la lucha igualada cuando se separaron por la noche y dejaron la victoria dudosa. En los días siguientes, al conocer ambos bandos la cantidad de muertos y heridos, ya no quisieron probar otro combate, sino que abandonaron sus campamentos y se marcharon.

32 (margin, beside "Después de esta guerra, se origi-"); 2 (beside "res de Italia. A unos romanos de cierto renombre que"); 3 (beside "anterior [15]). A consecuencia de estas acusaciones, se")

[14] Véase II, 49, 5.

[15] II, 15.

4 Pasado aquel año, de nuevo se encontraron frente a frente, habiendo incrementado sus fuerzas, y cerca de la ciudad de Ereto[16], a ciento sesenta estadios de Roma, tuvo lugar un combate en el que cayeron muchos de ambas partes. Pero como también aquella batalla se mantuvo equilibrada durante mucho tiempo, Tulo, tendiendo las manos al cielo, prometió a los dioses que si vencía ese día a los sabinos, establecería fiestas oficiales en honor de Rea[17] y Saturno (fiestas que celebran los romanos cada año cuando recogen todos los frutos de la tierra[18]), y doblaría el número de los llamados salios. Éstos son de nobles familias, y en fechas señaladas danzan armados al son de la flauta y cantan ciertos himnos tradicionales, como he explicado en el libro anterior[19].

5 Después de esta invocación, los romanos recobraron algo de confianza, y lanzándose como tropas vigorosas contra otras exhaustas, dividieron las filas enemigas hacia el atardecer y obligaron a los soldados de la vanguardia a emprender la huida. Persiguieron a los fugitivos hasta el campamento, derribaron a muchos más junto a las trincheras y no desistieron ahí, sino que se quedaron la noche siguiente, y conteniendo a los defensores de las empalizadas, se apoderaron del campamento.
6 Después de esta acción, saquearon todo el territorio de los sabinos que quisieron, y cuando ya nadie salía a luchar contra ellos por su tierra, regresaron a casa. A raíz de esta batalla, el rey celebró su tercer triunfo, y no mucho después, ante las embajadas de los sabinos, puso fin a la guerra tras recuperar a los prisioneros que les habían cogido en sus correrías y también a los

[16] *Eretum,* ciudad sabina situada junto al Tíber.

[17] Mujer de Saturno, diosa de la abundancia, especialmente agrícola. Recibía también los nombres de Gran Madre, Cibeles y Ops.

[18] Opales y Saturnales, a mediados de diciembre.

[19] Véase II, 70.

desertores; y les exigió la multa que el senado romano había impuesto valorando en dinero los daños por los ganados, animales de tiro y los demás bienes que habían quitado a los labradores.

Aunque los sabinos concluyeron la guerra en estas 33
condiciones y colocaron en los templos estelas con la inscripción de los acuerdos, cuando estalló entre los romanos y las ciudades de los latinos unidas una guerra difícil de resolver en poco tiempo y cuyas causas diré ahora en seguida [20], acogieron lo ocurrido con alegría y se olvidaron de aquellos juramentos y convenios como si nunca los hubieran hecho. Y pensando que era el momento oportuno para recuperar mucho más dinero del que habían pagado a los romanos, en principio salieron unos pocos a escondidas y saquearon la tierra
limítrofe. Después, se reunieron públicamente y en 2
gran número, y como sus primeras acciones habían salido según sus planes y no llegó ninguna ayuda en defensa de los labradores, subestimando a los enemigos, decidieron marchar contra la misma Roma y reunieron un ejército de cada ciudad. Hablaron también con las
ciudades de los latinos para una posible alianza. Pero 3
no les fue posible lograr una amistad y confederación con este pueblo, pues Tulo, al enterarse de su intención, firmó un armisticio con los latinos y decidió enviar un ejército contra los sabinos; armó todas las fuerzas de los romanos, que ya eran el doble que antes desde que anexionó la ciudad de Alba, y mandó venir a
todo el ejército auxiliar que pudo de los demás aliados. 4
También los sabinos habían reunido ya sus tropas, y cuando estuvieron cerca unos de otros, acamparon cerca de la llamada selva maliciosa [21], dejando poco espacio entre medias. Al día siguiente trabaron combate y

---

20 Cap. 34.

21 *Silva malitiosa* (Tito Livio I 30, 9).

estuvieron mucho tiempo igualados. Pero ya al atardecer, los sabinos cedieron forzados por la caballería romana y murieron muchos de ellos en la huida. Los romanos, después de despojar los cadáveres de los enemigos, saquear cuantos bienes había en el campamento y devastar la mejor parte del país, regresaron a casa. Tal fin tuvo la guerra surgida entre romanos y sabinos durante el reinado de Tulo.

Guerra de Tulo contra los latinos

34 Entonces por primera vez, las ciudades de los latinos estuvieron en desacuerdo con los romanos, no resignándose a entregarles la hegemonía a ellos, que eran quienes habían destruido la ciudad de los albanos. Cuando habían pasado quince años después de la desaparición de Alba, el rey de los romanos envió embajadas a las treinta ciudades que habían sido colonias y súbditas de ella y les pidió que obedecieran las órdenes de Roma, estimando que los romanos habían recibido junto con las demás cosas que poseían los albanos, también la hegemonía sobre el pueblo latino. Les indicó que había dos formas de adquisición por las que los hombres llegan a hacerse dueños de lo ajeno: una, por la fuerza, y otra, por mutuo acuerdo, y dijo que los romanos, por ambos métodos habían conseguido la soberanía sobre las ciudades
2 que poseían los albanos; pues cuando éstos se convirtieron en sus enemigos, los romanos los vencieron con las armas y les hicieron partícipes de su ciudad a quienes habían perdido la propia. De modo que tanto voluntaria como involuntariamente, a los albanos les correspondía
3 ceder a los romanos el gobierno de sus súbditos. Pero cada una de las ciudades de los latinos no contestó por separado a los embajadores, sino que celebrando una asamblea común de toda la nación en Ferentino[22], vo-

[22] Dionisio frecuentemente da este nombre al lugar donde los latinos celebraban sus asambleas generales. En los montes albanos, cer-

taron no entregar el poder a los romanos, e inmediatamente eligieron dos generales con plenos poderes en la guerra y en la paz: Anco Publicio, de la ciudad de Cora [23], y Espusio Vecilio, de Lavinio.

4 Por estas razones estalló la guerra de los romanos contra gente de su misma raza y se prolongó durante cinco años convirtiéndose en una especie de guerra civil y arcaica; pues ni les ocurrió ninguna gran desgracia ni calamidad importante al grueso del ejército cuando combatía en batalla campal contra la totalidad de las fuerzas contrarias, ni ninguna de sus ciudades, sometida en guerra, tuvo que experimentar la destrucción, esclavitud o cualquier otra desgracia irreparable. Sino que se invadían el territorio mutuamente en la época de madurez del trigo y lo saqueaban para luego retirar a casa sus tropas e intercambiar rehenes. Pero 5
a una ciudad del pueblo latino, Medulia, que antiguamente había sido colonia de los romanos durante el reinado de Rómulo (como he explicado en el libro anterior [24]), y que se había pasado de nuevo al bando de los de su misma raza, el rey romano la sitió y la convenció de que ya no volviera a sublevarse. Ningún otro de los desastres que traen las guerras les ocurrió en aquel tiempo a ninguno de los dos bandos. Así pues, la reconciliación se llevó a cabo fácilmente y sin ningún rencor cuando los romanos estuvieron dispuestos.

---

ca de Alba Longa, hubo un bosque y una fuente consagrados a la diosa Ferentina. Tito Livio dice normalmente *ad lucum Ferentinae* («junto al bosque de Ferentina») y también habla de *aqua Ferentina*. No hay que confundir este lugar con la ciudad *Ferentinum* del Lacio, en territorio de los hérnicos.

[23] Cora, antigua ciudad del Lacio, en el territorio de los volscos. Hoy Cori, en la Campagna di Roma.

[24] II 36, 2.

Muerte de Tulo Hostilio

35 Tales acciones realizó durante su mandato el rey Tulo Hostilio, varón, como pocos, digno de encomio por su valor en la guerra y su sensatez frente a los peligros; pero, por encima de estas dos cosas, porque sin precipitarse por ir a la guerra, una vez metido en ella, estaba seguro de que aventajaría en todo a sus adversarios. Pero, después de estar en el poder treinta y dos años, terminó su vida al incendiarse su casa, y con él pereció su mujer, sus hijos y toda su servidumbre, atrapados por el
2 fuego. Unos dicen que la casa se incendió por un rayo de la divinidad, que estaba resentida contra él por el descuido de ciertos ritos (pues durante su reinado se habían abandonado algunos sacrificios ancestrales y él había introducido otros que no eran tradicionales de los romanos). Pero la mayoría afirma que la desgracia se debió a una conspiración humana y atribuyen el asunto a Marcio, que gobernó la ciudad después de
3 aquél. Éste, que era hijo de la hija de Numa Pompilio, dicen que estaba irritado porque, nacido de estirpe real, era un simple particular, y viendo que la descendencia de Tulo crecía, sospechaba obsesivamente que si algo ocurría a Tulo, el poder recaería en sus hijos. Con estas ideas, dicen que había organizado desde hacía tiempo una conjura contra el rey, contando con muchos romanos que le ayudarían a conseguir la soberanía; y como era amigo de Tulo y estaba entre sus hombres de más confianza, aguardó que llegara el mo-
4 mento oportuno para el ataque. Cuando Tulo fue a celebrar en su casa cierto sacrificio, que sólo quería que conocieran sus allegados, y por azar aquel día resultó muy invernal por la lluvia, el viento y la oscuridad, hasta el punto de quedar desierto el puesto de los vigilantes frente a la casa, Marcio pensó que era el momento oportuno y entró en la casa con sus compañeros provis-

tos de espadas bajo sus túnicas; mató al rey, a sus hijos y a todos los que encontró, prendió fuego a la casa por muchos lugares, y después de hacer esto corrió la voz de que había sido por causa de un rayo.

Yo no acepto esta historia porque no la considero 5
ni verdadera ni convincente, sino que me inclino más por la anterior y creo que aquel hombre tuvo este tipo de muerte por obra de los dioses. No es verosímil que una acción planeada por muchos se mantuviera en secreto, y el que la había tramado tampoco podía estar seguro de que después de la muerte de Hostilio, los romanos le designaran rey de la ciudad; ni aunque le fuesen seguras y fiables las cosas de los hombres, iban a ser los actos de los dioses semejantes a la ignorancia
humana; pues después de la votación realizada por las 6
tribus, era necesario que los dioses dieran su beneplácito por medio de augurios favorables. Y a un hombre impuro y manchado con la sangre de tantas muertes injustas, ¿qué dios o divinidad iba a permitir que se acercara a los altares, que iniciara los sacrificios y se encargara de los demás cultos? Así pues, por eso yo no atribuyo el hecho a una conspiración humana, sino a la voluntad de los dioses. Pero que cada uno juzgue como quiera.

Coronación de Anco Marcio. Primeras medidas políticas

Después de la muerte de Tulo 36
Hostilio, los *interreges* nombrados por el senado según las costumbres tradicionales, eligieron rey de la ciudad a Marcio, de sobrenombre Anco. Una vez que el pueblo confirmó la decisión del senado y los designios de los dioses fueron favorables, cumpliendo todos los requisitos según la ley, Marcio tomó el poder en el segundo año de la XXXV Olimpiada (638 a. C., en la que ganó Esfero, un lacedemonio), en la época en que en Atenas ocupaba el arcontado anual Damasias.

2 Este rey, notando que se habían desatendido muchas de las ceremonias religiosas que su abuelo materno Numa Pompilio instituyó, y al ver que la mayoría de los romanos se habían hecho beligerantes y ambiciosos y ya no trabajaban la tierra como antes, convocó al pueblo a una asamblea y les pidió que venerasen de nuevo las cosas divinas, como lo hacían en tiempos de Numa. Les explicó que por su desinterés hacia los dioses habían caído sobre la ciudad muchas enfermedades pestilentes, por las que pereció una gran parte de la población; y el rey Hostilio, que no les prestó la atención que debía, durante mucho tiempo padeció todo tipo de enfermedades corporales y tampoco permaneció en su sano juicio, sino que arruinada su mente a la vez que su cuerpo, tuvo un fin lamentable tanto él como
3 su familia. Elogió la forma de gobierno establecida por Numa para los romanos como excelente, sensata y portadora de bienestar diario a cada uno por los trabajos más justos. Los exhortó a restaurarla de nuevo para dedicarse a la agricultura, a la cría de ganado y a las demás ocupaciones que carecen de toda injusticia, y que despreciaran la rapiña, la violencia y las ganancias que provienen de la guerra.

4 Con estos razonamientos y otros semejantes inculcó en todos un gran deseo de tranquilidad sin guerras y de sensato amor al trabajo. Convocó después a los pontífices, y recibiendo de ellos los documentos sobre los actos religiosos que Pompilio organizó, los inscribió en tablillas y las expuso en el Foro para todos los que quisieran examinarlas. Éstas se borraron con el tiempo, pues entonces las estelas aún no eran de bronce, sino que las leyes y las prescripciones sobre ceremonias religiosas se grababan en madera de encina. Pero después de la expulsión de los reyes, de nuevo fueron inscritas públicamente por el pontífice Cayo Papirio, bajo cuya jurisdicción estaban todos los actos religiosos. Tras res-

taurar Marcio los ritos que se habían perdido, y enviar a la población inactiva a sus ocupaciones particulares, elogió a los labradores esmerados y censuró a los que administraban mal sus propias tierras, tachándolos de ciudadanos poco fiables.

Guerra de Anco Marcio contra los latinos

Con estas medidas políticas espe- 37
raba ante todo pasar el resto de su vida sin guerra ni desgracias, como su abuelo materno, pero no tuvo un destino acorde con su propósito, sino que, contra su voluntad, se vio obligado a ser belicoso y no vivir en ningún momento sin peligro ni perturbación. Tan pronto como subió al poder y estableció 2
un régimen de gobierno pacífico, los latinos le despreciaron y pensaron que no era capaz de dirigir guerras por cobardía, así que cada uno de los pueblos enviaba bandas de ladrones a la tierra colindante, por lo que muchos romanos sufrieron daños. Y cuando llegaron 3
embajadores del rey y les pidieron que ofrecieran a los romanos una satisfacción conforme a los tratados, fingieron no saber nada de las acusaciones sobre los robos, alegando que se habían realizado sin la común aprobación, y no ser responsables de ningún delito ante los romanos, pues no habían firmado los tratados con ellos, sino con Tulo, y muerto Tulo, para ellos quedaban anulados los acuerdos sobre la paz. Obligado, pues, 4
por estos motivos y respuestas de los latinos, Marcio dirigió un ejército contra ellos y puso sitio a la ciudad de Politorio[25], y antes de que a los sitiados les llegara ninguna ayuda de los demás latinos, tomó la ciudad por capitulación. Sin embargo, no trató nada mal a los habitantes, sino que con sus pertenencias los condujo en masa a Roma y los distribuyó por tribus.

Al año siguiente, cuando los latinos habían enviado 38
colonos a la desierta Politorio y cultivaban su tierra,

[25] *Politorium*, ciudad del Lacio. La moderna La Giostra.

Marcio reunió sus fuerzas y se dirigió contra ellos. Al salir los latinos fuera de la muralla y alinearse en orden de batalla, los venció y tomó la ciudad por segunda vez. Quemó las casas y demolió la muralla para que los enemigos ya no tuvieran ninguna base de operaciones ni trabajaran la tierra, y luego hizo regresar al ejército.
2 Al otro año, los latinos salieron en expedición contra la ciudad de Medulia, en la que había colonos romanos, sitiaron y atacaron la muralla por todas partes y la tomaron por la fuerza. Marcio, por la misma época, tomó Telenas, ilustre ciudad de los latinos, después de vencerlos en taballa campal y someter la ciudad mediante un asalto al muro. A los prisioneros los condujo a Roma sin privarles de nada de lo que tenían, y les asignó un lugar de la ciudad para la construcción de sus casas.
3 A Medulia, que había estado tres años bajo el poder de los latinos, la recuperó de nuevo al cuarto año, después de vencerlos en muchas grandes batallas. Y al poco tiempo, tomó la ciudad de Ficana [26], que ya había tomado dos años antes por capitulación y había trasladado a todos sus habitantes a Roma, sin hacer ningún daño a la ciudad, decisión que pareció más benévola que
4 sensata; pues los latinos enviaron allí colonos y, ocupando la tierra de los ficanenses, ellos mismos se beneficiaban de sus productos, de modo que Marcio se vio obligado de nuevo por segunda vez a dirigir una expedición contra la ciudad, y con gran esfuerzo se hizo dueño de ella, incendió las casas y demolió las murallas.

Nueva sublevación de los fidenates

39 Después de esto, hubo dos batallas entre latinos y romanos enfrentados con grandes ejércitos. En la primera lucharon durante mucho tiempo y pareciendo estar igualados, se separaron y cada bando se retiró a sus respectivas

[26] *Ficana*, pequeña ciudad del Lacio, cerca de Roma, en el camino de Ostia.

trincheras; pero en la batalla siguiente, los romanos
vencieron a los latinos y los persiguieron hasta el cam-
pamento. Tras estos encuentros, ya no se produjo nin- 2
guna batalla campal entre ellos, pero sí hubo incursio-
nes continuas de ambos en el territorio vecino, y esca-
ramuzas de la caballería y las tropas ligeras que vigila-
ban el terreno. En éstas vencían la mayoría de las veces
los romanos, que tenían sus tropas al raso, emboscadas
en los puestos de guardia oportunos y cuyo jefe era el
tirreno Tarquinio.

Por la misma época, también los fidenates se suble- 3
varon contra los romanos, no con una guerra abierta,
sino dañando su territorio a base de incursiones en pe-
queños grupos y a escondidas. Contra ellos Marcio se
dirigió con las tropas ligeras y, antes de que los fidena-
tes hubieran hecho los preparativos para la guerra,
instaló el campamento cerca de la ciudad. Éstos, al 4
principio, fingían desconocer los delitos por los que un
ejército romano marchaba contra ellos, y cuando el rey
les dijo que venía a imponerles un castigo por los robos
y daños a su territorio, se defendían contra esto dicien-
do que su comunidad no era responsable de esos hur-
tos, y pedían tiempo para la indagación y búsqueda de
los culpables. Pasaron muchos días sin hacer nada de
lo que debían, sino llamando en secreto a los aliados
y haciendo preparativos de armas.

Saqueo de Fidenas. Sublevación de los sabinos

Marcio, al comprender su inten- 40
ción, excavó galerías subterráneas
bajo las murallas de la ciudad, em-
pezando desde su propio campo, y
cuando finalizó el trabajo, levantó el
campamento y se dirigió contra la ciudad con muchas
máquinas, escalas y demás dispositivos para un asalto
al muro, no por el lugar de la muralla donde estaban
los túneles, sino por el contrario. Y cuando los fidena- 2
tes corrieron en bloque hacia las partes asediadas de

la ciudad y repelieron valerosamente los ataques, los romanos encargados de esta misión abrieron los extremos de las minas y se encontraron dentro de la muralla y, matando a quienes les salían al paso, franquearon
3 las puertas a los sitiadores. Muchos fidenates perecieron en la toma de la ciudad, y Marcio ordenó a los restantes que entregaran las armas y dio el aviso de que se reunieran todos en un lugar determinado de la ciudad. A unos pocos de ellos, culpables de la rebelión, los mató, después de azotarlos; permitió a los soldados que saquearan las casas de todos, y dejando en la ciudad una guarnición suficiente, condujo el ejército con-
4 tra los sabinos. Éstos tampoco se mantuvieron fieles a los acuerdos de paz que habían hecho con el rey Tulo, sino que irrumpían en el territorio de los romanos y devastaban la tierra limítrofe. Marcio, cuando se enteró por espías y desertores del momento oportuno para el ataque, al estar los sabinos dispersos saqueando los campos, él mismo con la infantería marchó al campamento de los enemigos que tenía poca vigilancia, y tomó la muralla al primer asalto; y ordenó a Tarquinio que con la caballería corriera contra los que estaban
5 diseminados en las expediciones de pillaje. Enterados los sabinos de que la caballería romana se lanzaba contra ellos, abandonaron el botín y las demás ganancias obtenidas del saqueo y huyeron al campamento. Pero cuando supieron que éste también había sido invadido por la infantería, sin saber a dónde dirigirse, marcharon hacia los bosques y montañas. Perseguidos por la tropa ligera y por la caballería, unos pocos se salvaron, pero la mayoría pereció. Y después de este desastre, enviaron de nuevo embajadores a Roma y consiguieron la paz en las condiciones que ellos querían, pues la guerra que todavía mantenían los romanos contra las ciudades de los latinos hacía necesarios los armisticios y treguas con los demás enemigos.

Guerra con veyentes y volscos

Al cuarto año aproximadamente 41
después de esta guerra, Marcio, el rey romano, conduciendo las fuerzas de la ciudad y tras haber hecho venir la mayor tropa auxiliar que pudo, marchó contra los veyentes y saqueó gran parte de su territorio. Ellos habían empezado primero al invadir el año anterior el territorio romano y realizar numerosas rapiñas y asesinatos de personas. Cuando salió un 2
gran ejército de los veyentes y acampó al otro lado del río Tíber cerca de la ciudad de Fidenas, Marcio reunió sus fuerzas y avanzó tan rápidamente como pudo, y primero les cerró la salida hacia su territorio al ser superior en caballería, y a continuación los venció al obligarlos a salir a una batalla campal y se apoderó de su campamento. Como también esta guerra resultó según sus planes, realizó una procesión de victoria y el acostumbrado triunfo a los dioses en cuanto llegó a la ciudad. El segundo año después de esto de nuevo los ve- 3
yentes violaron la tregua que habían hecho con él al pretender recuperar las salinas que habían abandonado mediante acuerdos en el reinado de Rómulo[27]; entabló con ellos a causa de las salinas un combate mayor que el anterior que ganó fácilmente, y a partir de aquel momento poseyó las salinas sin más discusión. Las con- 4
decoraciones por esta batalla las obtuvo Tarquinio, comandante de la caballería, y Marcio, por considerarlo el hombre más valiente de todos, le rindió los restantes honores y además lo inscribió en la lista de patricios y senadores.

Marcio realizó también una guerra contra el pueblo 5
de los volscos por salir desde allí bandas de ladrones contra los campos romanos. Marchó contra ellos con un ejército numeroso y obtuvo un gran botín; además

[27] Véase II 55, 5.

puso sitio a su ciudad de Velitras[28], a la que rodeó con un foso y empalizadas y preparaba un asalto con máquinas de guerra tras dominar el campo abierto. Entonces salieron los más ancianos con ramas de suplicantes y prometieron reparar los daños como el rey considerase justo; convinieron en entregar a la justicia a los culpables y Marcio, tras hacer una tregua con ellos y aceptar las satisfacciones que le ofrecían voluntariamente, estableció un tratado de paz y amistad.

Expedición contra sabinos

42 De nuevo algunos otros de la raza sabina que aún no habían experimentado la fuerza de Roma, habitantes de...[29], ciudad grande y próspera, sin poder acusarlos de nada sino forzados a envidiarlos por su fortuna mayor de lo previsible, como además eran hombres belicosos, empezaron primero en pequeños grupos a hacer saqueos y correrías por los campos, luego, seducidos por las ganancias, realizaron una expedición abierta contra ellos y les infligieron muchos daños al devastar gran par-
2 te de la tierra limítrofe. Pero no les fue posible llevarse el botín ni marcharse indemnes, sino que el rey romano partió rápidamente para prestar ayuda y al instalar su campamento cerca del de ellos los obligó a salir a
3 combate. Entonces se produjo una gran batalla y cayeron muchos de ambas partes, pero vencieron los romanos por su experiencia y resistencia, a lo que estaban acostumbrados desde hacía mucho, y aventajaron sobremanera a los sabinos. A los que huyeron dispersos y desordenados hacia el campamento les dieron muerte
4 siguiéndolos a corta distancia. Tras apoderarse también de su campamento, que estaba lleno de toda clase de bienes, y recobrar a los prisioneros que habían cogido los sabinos en sus correrías, regresaron a casa. Ta-

[28] *Velitrae*: ciudad situada al sur de Roma. Moderna Velletri.
[29] El nombre de la ciudad se ha perdido en los manuscritos.

les son algunas acciones militares de este rey que se dice que alcanzaron recuerdo y fama entre los romanos. De los asuntos civiles voy a hablar ahora.

Marcio amuralla el Aventino

En primer lugar añadió a la ciudad una parte no pequeña al amurallar el llamado Aventino: es una colina moderadamente alta, de dieciocho estadios aproximados de perímetro, que estaba entonces llena de árboles de todas clases, sobre todo de muchos hermosos laureles, por lo que un lugar que hay allí es llamado Laureto por los romanos. Pero ahora está totalmente lleno de edificios y entre otros se levanta también allí el templo de Diana. El Aventino está separado de otra de las colinas incluidas en Roma, la llamada Palatino, en torno a la que se construyó la primera ciudad establecida, por una garganta profunda y estrecha. En tiempos posteriores todo el desfiladero entre las colinas fue rellenado con 43
tierra. Marcio, al ver que esta colina sería un baluarte contra la ciudad en el caso de que algún ejército marchase contra ella, la rodeó con una muralla y un foso e instaló en este lugar a los deportados de Telenas, Politorio y de las restantes ciudades que venció. Realmente ésta es una medida política del rey que se recuerda como positiva y práctica, pues por ella la ciudad resultó mayor con la adición de otra ciudad y menos accesible para un gran ejército de enemigos al ataque. 2

Construcción de un puerto en la desembocadura del Tíber

Hubo otra medida más importante que la anterior, que hizo más próspera a la ciudad en todos los aspectos de la vida y la impulsó a emprender empresas más nobles. El río Tíber, que baja desde los montes Apeninos, corre junto a la misma Roma y desemboca en costas sin puerto y desprotegidas que forma el mar Tirreno, reportaba pocas e insignificantes ventajas a Roma por no tener en 44

su desembocadura ningún puerto comercial que recibiera las mercancías traídas por mar y las conducidas desde río arriba y las intercambiase entre los comerciantes. Como es navegable hasta sus fuente en barcos fluviales de gran tamaño, y hasta la misma Roma incluso en grandes embarcaciones de transporte marítimo, Marcio decidió construir un fondeadero sobre su desembocadura utilizando como puerto la propia boca del
2 río, pues éste se ensancha mucho al unirse con el mar y forma grandes bahías como los mejores puertos marinos. Pero lo que uno más admiraría es que no se cierra al obstruirse su boca por la arena del mar como sucede incluso a muchos grandes ríos, ni al desviarse por unas partes y por otras se agota su caudal en pantanos y marismas antes de unir su corriente con el mar, sino que es siempre navegable y desagua por la única boca genuina sorteando las rocas marinas aunque allí es frecuente y fuerte el viento que sopla desde poniente.
3 Y así las naves remeras que sean suficientemente grandes y las de mercancías de hasta tres mil ánforas entran por la misma boca del río y son llevadas hasta Roma arrastradas por remos y remolques; las grandes para la boca del río anclan y descargan en barcos fluvia-
4 les o cargan desde ellos. En el recodo entre el río y el mar el rey construyó una ciudad que llamó Ostia por su situación, como nosotros la llamaríamos «puerta», y consiguió que Roma fuese no sólo una ciudad continental sino también marítima y que disfrutase de los bienes de ultramar.

Fortificación del Janículo. Construcción del Puente Sublicio

45 Amuralló también el llamado Janículo, monte alto situado al otro lado del río Tíber, y dispuso en él una guarnición suficiente para la seguridad de quienes navegaban por el río, pues los tirrenos, que ocupaban todo el territorio del
2 otro lado del río, asaltaban a los comerciantes. Tam-

bién se dice que construyó sobre el Tíber el puente de madera[30] que debía ser unido sin bronce ni hierro y sostenido por los mismos leños, y que conservan hasta el presente por considerarlo sagrado. Y si alguna parte sufre daño, los pontífices lo atienden llevando a cabo unos ancestrales sacrificios junto con la reparación. Éstas fueron las empresas dignas de mención que llevó a cabo este rey bajo su mandato y entregó Roma a sus sucesores mucho mejor que él la había recibido. Después de reinar veinticuatro años murió dejando dos hijos, uno aún un niño, el mayor con la barba recién brotada.

Elección de Tarquinio como rey. Orígenes de L. Tarquinio

46 Tras la muerte de Anco Marcio el Senado, al que de nuevo el pueblo había encomendado establecer el régimen de gobierno que quisiera, decidió continuar con el mismo y estableció *interreges*. Éstos reunieron al pueblo para la elección y nombraron rey a Lucio Tarquinio. Como las señales de la divinidad confirmaron la decisión del pueblo, recibió el trono aproximadamente en el segundo año de la XLI Olimpiada (614 a. C.) en la que venció Cleondas, un tebano, siendo arconte en Atenas Henióquides. 2 Voy a contar de qué clase de antepasados descendía Tarquinio, en qué ciudad nació, por qué motivos vino a Roma y por qué tipo de acciones accedió al trono tal como lo he encontrado en los anales locales. 3 Cierto corintio de nombre Demarato, de la familia de los Baquíadas[31], tras decidir dedicarse al comercio

[30] *Pons Sublicius* (sobre pilares); éste fue durante siglos el único puente de Roma. Dionisio afirma que los pontífices (II 73, 1) deben su nombre a una de sus más importantes tareas: la reparación del puente de madera.

[31] Era la familia gobernante en Corinto en los tiempos antiguos. Los reyes posteriores a Baquis (ca. 926-891 a. C.) fueron todos elegidos entre sus descendientes, y tras la abolición de la monarquía la familia gobernó como oligarcas. Cipselo (padre del famoso Periandro) los de-

zarpó hacia Italia con su propio barco mercante y su carga. Vendió su mercancía en las ciudades tirrenas que entonces eran las más prósperas de Italia, y como obtuvo grandes beneficios ya no quiso marcharse de allí a otros puertos sino que trabajó de continuo el mismo mar, trayendo cargamento griego a los tirrenos y llevando mercancía tirrena a Grecia, y así llegó a ser
4 dueño de mucha riqueza. Pero cuando una sedición se apoderó de Corinto y la tiranía de Cipselo se sublevó contra los Baquíadas, como le pareció que no era seguro vivir en una tiranía poseyendo muchos bienes y perteneciendo por otro lado a una familia oligárquica, reunió toda la hacienda que pudo y se marchó navegando
5 de Corinto. Como tenía muchos y buenos amigos tirrenos por sus frecuentes relaciones, sobre todo en la ciudad de Tarquinios[32] que entonces era grande y próspera, construyó allí una casa y se casó con una mujer de ilustre linaje. Tuvo dos hijos a los que puso nombres tirrenos, a uno Arrunte, al otro Lucumón[33], educó a ambos en la cultura griega y tirrena y cuando llegaron a hombres tomó para ellos mujeres de las familias más destacadas.

Muerte de Demarato. Lucumón marcha a Roma

47 No mucho tiempo después el mayor de sus hijos falleció sin dejar descendencia conocida. Y unos días después el propio Demarato murió de pena dejando como heredero de toda su hacienda a Lucumón, el hijo superviviente. Éste, al recibir la gran riqueza paterna, pretendió participar en política, gobernar los asuntos públicos y figurar

rribó sobre el 657 a. C. y mantuvo su poder totalitario hasta su muerte (ca. 625 a. C.), luego lo continuó su hijo hasta el año 585 a. C.

32 *Tarquinii* (etrusca Tarx(u)na): ciudad situada al norte de Roma en una elevada llanura, a unos 96 km. de Roma y a 8 del mar. Moderna Tarquinia, antes Corneto.

33 Denominación etrusca de la nobleza. Erróneamente la tradición la toma por nombre propio.

entre los principales ciudadanos. Pero expulsado de todas partes por los nativos y no sólo no incluido entre los principales, sino ni siquiera entre la clase media, llevaba penosamente su deshonor. Al oír de la ciudad de Roma que aceptaba con agrado a todos los extranjeros, los hacía ciudadanos y honraba a cada uno según su valía, decidió cambiar su residencia allí tras reunir todos sus bienes, llevándose a su mujer y a los demás amigos y parientes que quisieron; y fueron muchos los que estuvieron dispuestos a partir con él. Cuando estaban junto al llamado Janículo, desde donde se ve Roma por primera vez para quien viene de Tirrenia, un águila descendió de repente y le arrebató el gorro de fieltro que llevaba en la cabeza, luego remontó el vuelo en un movimiento circular y desapareció en la inmensidad del cielo circundante. Después, repentinamente, puso a Lucumón el gorro en la cabeza colocándoselo como lo llevaba antes [34]. A todos pareció una señal admirable y extraña, y la mujer de Lucumón, de nombre Tanaquil, que tenía por sus antepasados bastantes conocimientos de la práctica tirrena de augurios mediante aves, lo tomó a él únicamente de los presentes, lo abrazó y lo llenó de buenas esperanzas diciendo que desde su posición particular sería elevado el estado real. Así pues, le aconsejó indagar de qué modo podría recibir voluntariamente de los romanos el poder presentándose a sí mismo como digno de este honor.

2 (line 1), 3 (line 10), 4 (line 19)

Lucumón cambia su nombre en Lucio Tarquinio

48 Él se alegró muchísimo con el presagio y cuando se acercaba ya a las puertas suplicó que se llevaran a término las profecías y que entrase con buena fortuna; y penetró en la ciudad. Tras esto se reunió para hablar con el rey Mar-

[34] Dionisio, al hacer desaparecer el águila en el cielo y luego descender, difiere del relato de Livio (I 34, 8). Probablemente sigue una tradición distinta.

cio y en primer lugar le explicó quién era, luego le dijo que había venido porque quería habitar en la ciudad y traía toda su hacienda paterna, mayor de la que suele poseer un particular, que entregaría en el erario públi-
2 co para el rey y la ciudad de Roma. El rey lo acogió con alegría y asignó a él y a sus acompañantes tirrenos a una tribu y una curia; Lucumón se construyó una casa en el lugar apropiado de la ciudad que le correspondió y recibió un lote de tierra. Una vez que administró esto y fue uno de los ciudadanos, al enterarse de que cada romano tenía un nombre común, y detrás del común otro que es familiar y patronímico [35], se les quiso asemejar también en esto y se puso a sí mismo como nombre común Lucio, en lugar de Lucumón, y Tarquinio como nombre de familia por la ciudad donde nació
3 y se crió. En muy poco tiempo se hizo amigo del rey al ofrecerle los regalos que comprendía que más necesitaba y proporcionarle cuanto dinero precisaba para los asuntos bélicos; en las campañas guerreras luchó más valerosamente que todos los jinetes o infantes, y cuando se necesitaba un buen criterio fue considerado entre
4 los más sensatos consejeros. Honrado por el rey no le faltó la confianza del resto de los romanos, sino que también se atrajo a muchos patricios por sus servicios y consiguió que la plebe le tuviese afecto por sus afables muestras de amistad, su agradable trato, su donación de dinero y sus otros gestos de bondad.

Expedición contra Apiolas y Crustumerio

49 Tal era Tarquinio y por esos motivos fue en vida de Marcio el más distinguido de todos los romanos, y una vez muerto aquél fue considerado por todos digno del trono. Cuando tomó el poder en primer lugar guerreó contra los

[35] Dionisio alude al *praenomen* o nombre propio y al *nomen* o nombre de la *gens*. No menciona el *cognomen* o nombre de la familia.

llamados apiolanos[36], una importante ciudad latina. Los apiolanos y todos los otros latinos pensaban que 2 tras la muerte de Anco Marcio quedaban deshechos los acuerdos de paz y saqueaban la tierra romana con pillajes y correrías. El propio Tarquinio quiso castigarlos por eso y organizó una expedición con un gran ejército y devastó la mayor parte de sus tierras. Como llegó a 3 los apiolanos un gran refuerzo procedente de los latinos próximos, entabló dos combates con ellos, y después de vencer en ambos emprendió el asalto de la ciudad dirigiendo las tropas por turno contra las murallas. Los de la ciudad eran unos pocos luchando contra muchos y sin tener ningún momento de respiro fueron dominados con el tiempo. Como la ciudad fue tomada por la fuerza la mayoría de los apiolanos murieron combatiendo, unos pocos que entregaron las armas fueron vendidos con el resto del botín, sus hijos y mujeres hechos esclavos fueron llevados por los romanos, y la ciudad tras ser saqueada fue incendiada. Después que 4 el rey hizo esto y demolió la muralla desde sus cimientos dirigió su ejército a casa; a continuación envió otra expedición contra la ciudad de Crustumerio. Era una colonia de los latinos y se pasó a los romanos bajo el reinado de Rómulo, pero al tomar Tarquinio el poder empezó de nuevo a ser partidaria de los latinos. Pero 5 no fue necesario someterla con un asedio y con esfuerzo, pues al conocer los crustumerinos la cantidad de fuerzas que venían contra ellos y su propia debilidad, y que no les llegaría ninguna ayuda de los demás latinos, abrieron las puertas, salieron los ciudadanos más ancianos y honorables y le entregaron la ciudad pidiendo que los tratara con benevolencia y moderación. A 6 él el asunto le pareció conforme a su deseo y cuando

[36] Habitantes de Apiolas, *Apiolae*, ciudad al oeste de los Montes Albanos.

entró en la ciudad no mató a ningún crustumerino; a los pocos culpables de la sedición los castigó con un destierro a perpetuidad, a todos los otros les permitió conservar sus bienes y participar de la ciudadanía romana como antes, pero dejó colonos romanos para evitar otra agitación.

Toma de Nomento, Colacia y Cornículo

50 Sucedió que los nomentanos pensaron conseguir lo mismo. Así que también ellos enviaron bandas de ladrones a los campos romanos y se hicieron sus enemigos declarados confiados en las alianzas de los latinos. Tarquinio marchó contra ellos y como la ayuda de los latinos se retrasaba no fueron capaces de resistir ante un ejército tan numeroso, de modo que salieron de la ciudad con ra-
2 mas de suplicantes y se entregaron. Los habitantes de la llamada Colacia[37] intentaron marchar a combate contra las fuerzas romanas y salieron fuera de la ciudad, pero al ser vencidos en todos los encuentros y recibir muchas heridas se vieron obligados a refugiarse de nuevo en la muralla y enviaron a pedir ayuda a las ciudades latinas. Pero como su auxilio tardaba y los enemigos atacaban por muchos puntos de la muralla fue-
3 ron forzados con el tiempo a entregar la ciudad. Sin embargo no obtuvieron la misma benevolencia que los nomentanos y crustumerinos, sino que el rey les quitó sus armas, los castigó con una multa, dejó una guarnición considerable en la ciudad y encargó que los gobernase de por vida con plenos poderes su propio sobrino Tarquinio Arrunte, que por nacer tras la muerte de su padre Arrunte y de su abuelo Demarato no heredó la parte que le correspondía de los bienes de sus padres ni de su abuelo, y por esta causa fue llamado Egerio,

[37] *Collatia*: ciudad del Lacio a unos 16 km. al este de Roma. Moderna Lunghezza.

pues así llaman los romanos a los indigentes y mendigos. Desde que tomó la administración de aquella ciudad fue llamado Colatino y todos sus descendientes también.

Tras la rendición de Colacia el rey marchó contra 4
la llamada Cornículo[38]; aquella ciudad también era latina. Saqueó su territorio con gran seguridad sin que nadie lo defendiera y acampó junto a la misma ciudad invitando a sus habitantes a la amistad. Como no quisieron llegar a un acuerdo sino que confiaban en la solidez de sus murallas y creían que vendrían ayudas de muchas partes, colocó sus fuerzas alrededor de todo el
perímetro de la ciudad y asaltó la muralla. Los cornicu- 5
lanos combatieron valientemente durante mucho tiempo y asestaron numerosos golpes a los asaltantes, pero cansados por el continuo esfuerzo y no manteniendo ya todos el mismo parecer (pues unos querían entregar la ciudad, y otros resistir hasta el final), y agotados sobre todo por sus propias disensiones fueron cogidos por la
fuerza. En efecto, el grupo más valeroso de ellos pere- 6
ció luchando en la toma de la ciudad, los cobardes, que se habían salvado precisamente por eso, fueron vendidos en calidad de esclavos junto con sus mujeres e hijos; su ciudad tras ser saqueada por los vencedores fue
incendiada. Los latinos lo llevaron a mal y votaron diri- 7
gir una expedición en común contra los romanos, y tras preparar una numerosa fuerza irrumpieron en su tierra más rica de la que se llevaron muchos rehenes y se apoderaron de gran botín. El rey Tarquinio salió contra ellos con tropas ligeras y preparadas, pero por retrasarse no llegó a alcanzarlos y entró en su territorio e
hizo lo mismo que ellos. Muchos fracasos y éxitos tuvie- 8
ron alternativamente cada uno de los bandos al atacar el territorio vecino; sólo una batalla campal tuvo lugar

---

38 *Corniculum*: ciudad del Lacio.

cerca de la ciudad de Fidenas entre todas las fuerzas de los atacantes en la que cayeron muchos de ambas partes, pero vencieron *los romanos* y obligaron a los latinos a abandonar su campamento por la noche y a regresar a sus ciudades.

Varias ciudades latinas se entregan a los romanos

51 Después de este combate Tarquinio con el ejército romano en orden marchó a sus ciudades ofreciendo conversaciones de amistad. Ellos como no tenían su ejército organizado en común ni confiaban en sus propios equipamientos aceptaron las propuestas. Algunos de ellos entregaron sus ciudades al ver que a las que eran tomadas por la fuerza les seguía la esclavitud y la destrucción, sin embargo a las que se entregaban mediante capitulaciones sólo la sumisión a los vencedores, pero ninguna otra
2 cosa irreparable. En primer lugar, pues, se le unieron los ficulenses, ciudad notable, bajo condiciones convenidas, luego los camerinos a quienes siguieron algunas
3 otras pequeñas poblaciones y sólidas fortalezas. Los restantes latinos, alarmados por eso y temiendo que todo el pueblo quedara bajo su poder, se reunieron en Ferentino para la asamblea y votaron reclutar la fuerza propia de cada ciudad y llamar en su ayuda a lo mejor de los pueblos vecinos. También mandaron embajadas
4 a los tirrenos y sabinos pidiéndoles su alianza. Los sabinos les prometieron que cuando oyeran que ellos habían invadido la tierra romana tomarían también ellos sus armas y saquearían la tierra limítrofe. Los tirrenos convinieron en enviar las fuerzas que ellos mismos no necesitasen, aunque no todos eran de la misma opinión, sino sólo cinco ciudades: Clusio, Arrecio, Volaterras, Ruselas y además de ellas Vetulonia [39].

[39] *Clusium*: actual Chiusi. *Arretium*: ciudad situada en el alto valle del Arno en un seguro emplazamiento; actual Arezzo. *Volaterrae*: cerca del río Cecina, actual Volterra. *Rusellae*: ciudad situada cerca

Los latinos invaden el territorio romano

Los latinos, animados con estas esperanzas, prepararon una numerosa tropa y con los refuerzos recibidos de los tirrenos invadieron la tierra romana. Por el mismo tiempo las ciudades del pueblo sabino que les habían prometido colaborar en la guerra saqueaban el territorio limítrofe a ellas. El rey romano se había preparado también en este intervalo y condujo rápidamente contra los enemigos un numeroso e importante ejército. Pero pen- 52
só que no era seguro luchar a la vez contra sabinos y latinos y dividir sus fuerzas en dos frentes, así que decidió dirigir todo su ejército contra los latinos y estableció su campamento cerca de ellos. Al principio naturalmente ambos bandos eran reacios a arriesgarse con todas sus fuerzas, temerosos de los preparativos mutuos; pero las tropas ligeras saliendo de las trincheras hacían frecuentes escaramuzas y quedaban igualadas la mayor parte de las veces. Después de un tiempo se apo- 3
deró de ambos bandos un deseo de luchar a raíz de tales encuentros y, corriendo en ayuda de los suyos, al principio pocos, luego todos, se vieron obligados a salir de los campamentos. Como trabaron combate unos hombres habituados a los encuentros bélicos y no desiguales en número, tanto infantes como jinetes, animados a la lucha con el mismo ardor y con la idea de arriesgarse al extremo peligro, combatieron ambos bandos de forma memorable y se separaron igualados al llegar la noche. Sin duda el distinto sentimiento de 4
cada uno de los dos bandos después del combate puso de manifiesto quiénes habían luchado mejor que los otros, pues al día siguiente los latinos ya no salieron del campamento, mientras que el rey romano sacando sus tropas a la llanura estaba dispuesto a emprender

de la desembocadura del río Umbro. *Vetulonia*: ciudad junto a la costa cerca de la desembocadura de río Umbro.

otro combate y durante mucho tiempo mantuvo el escuadrón en orden de batalla. Pero como los enemigos no salieron a su encuentro, despojó los cadáveres de los contrarios y recogió los suyos, y con mucha arrogancia llevó el ejército al campamento.

Tarquinio vence a los tirrenos y toma el campamento

53 En los días siguientes, al llegarles a los latinos otra ayuda de los tirrenos, tuvo lugar un segundo combate mucho mayor que el anterior, en el que el rey Tarquinio obtuvo una victoria destacadísima de la que todos lo reconocieron como responsable, pues agotado ya el escuadrón romano y roto en el ala izquierda, al advertir Tarquinio la desventaja de los suyos (él entonces luchaba en el ala derecha) hizo dar la vuelta a las mejores tropas de caballería, recogió a los infantes más vigorosos y los llevó por la espalda de su ejército, sobrepasando el ala izquierda y los hizo avanzar por delante de la línea de combate. A continuación volvió sus tropas hacia la derecha y aguijoneando los caballos se lanzó contra los flancos de los tirrenos (pues éstos luchaban en el ala derecha de los enemigos vueltos hacia quienes tenían enfrente), y al aparecer de forma imprevista les produ-
3 jo gran sorpresa y confusión. Al mismo tiempo también la infantería romana, repuesta de su temor anterior, avanzó contra el adversario y después de esto hubo una gran matanza de tirrenos y una fuga total del ala derecha. Tarquinio ordenó que los generales de infantería lo siguieran en orden y al paso, y él personalmente marchó al campamento de los enemigos llevando la caballería a galope, adelantó a los que se ponían a salvo en la huida y se hizo dueño del campamento al asalto, pues los que habían quedado en él ni sabían el desastre ocurrido a los suyos ni reconocieron a los jinetes que se acercaban por la rapidez del avance, así que les per-
4 mitieron entrar. Una vez cogido el campamento, los que

llegaban en retirada creyéndolo un refugio seguro pere-
cieron a manos de la caballería que lo había tomado.
Quienes se lanzaban a la llanura para huir del campa-
mento fueron muertos por el escuadrón romano que
avanzaba a su encuentro, pereciendo la mayoría de la
forma más lamentable y vil al empujarse unos a otros
y ser pisoteados en las empalizadas o en las trincheras.
De modo que los supervivientes incapaces de encontrar
ninguna vía de salvación se vieron obligados a entregar-
se a los vencedores. Tarquinio, dueño de muchos hom- 5
bres y riquezas, vendió a los prisioneros y regaló a los
soldados lo que quedaba en el campamento.

Las ciudades latinas se someten a Tarquinio

Tras estos sucesos dirigió sus 54
fuerzas contra las ciudades latinas
con la intención de someter en com-
bate a aquellas que no se le entrega-
sen. Pero no necesitó ningún asedio,
pues todas cambiaron su actitud en súplicas y ruegos
y enviaron embajadores comunes para concluir la gue-
rra en las condiciones que él quisiera y le entregaron
las ciudades. El rey, soberano de las ciudades conforme 2
a estos tratados, se portó con todas de manera justa
y moderada. No mató a ningún latino, ni lo obligó al
destierro, ni lo castigó con multas, sino que les dejó
disfrutar de su propia tierra y les permitió conservar
su forma tradicional de gobierno; ordenó que entrega-
sen a los romanos a los desertores y prisioneros sin res-
cates, que devolviesen a sus dueños los esclavos de los
que se habían apoderado en sus correrías, que restitu-
yesen los bienes que habían quitado a los labradores
y que reparasen cualquier otro daño o destrucción
causada en sus incursiones. Después de hacer esto se- 3
rían amigos y aliados de los romanos si realizaban todo
cuanto ellos les ordenasen. La guerra suscitada por los
romanos contra los latinos se terminó de esta manera,
y el rey Tarquinio celebró el triunfo por esta victoria.

Guerra con los sabinos

55 Al año siguiente reunió sus tropas y se dirigió contra los sabinos que ya conocían desde hacía tiempo su intención y sus preparativos contra ellos. No aguardaron a que la guerra llegara a su tierra sino que prepararon a su vez un ejército suficiente y marcharon a su encuentro. En los confines de su territorio tuvo lugar una batalla hasta la noche sin que vencieran unos ni otros, pero ambos
2 bandos sufrieron muy duramente. Así que en los días sucesivos ni el general sabino sacó sus fuerzas del campamento ni tampoco el rey romano, sino que ambos levantaron el campamento y sin causar daños a las tierras de unos ni otros se marcharon a casa. La intención de ambos era la misma: llevar otro ejército mayor con
3 tra el territorio contrario al llegar la primavera. Cuando lo tuvieron todo preparado los primeros en salir fueron los sabinos con bastantes tropas auxiliares de los tirrenos; acamparon cerca de Fidenas en la confluencia de los ríos Anión y Tíber; establecieron dos campamentos enfrentados y contiguo uno al otro, con la corriente común de ambos ríos en medio. Sobre ella estaba construido un puente de madera sostenido por barcas y balsas que les permitía una rápida comunicación entre ambos y hacía que constituyeran un único campamen-
4 to. Informado Tarquinio de su invasión, también él sacó el ejército romano y construyó su campamento un poco más arriba que el de los sabinos junto al río Anión sobre una colina segura. Pero a pesar de lanzarse ambos bandos con todo coraje a la guerra, no se entabló entre ellos ninguna batalla campal ni grande ni pequeña, pues Tarquinio se adelantó con una inteligente estratagema, destruyó todos los planes de los sabinos y se hizo con sus dos campamentos. Su estratagema fue la siguiente:

Tarquinio toma el campamento sabino

En uno de los ríos, junto al que él había asentado su campamento, preparó barcas fluviales y balsas llenas de maderas secas y maleza con pez y azufre, luego esperó un viento favorable y durante la guardia de la mañana ordenó prender fuego a la leña y dejar que las barcas y balsas fueran arrastradas corriente abajo. En muy poco tiempo recorrieron la distancia intermedia y al chocar contra el puente lo incendiaron por muchos puntos. Los sabinos, cuando vieron que de repente se extendían grandes llamas, corrieron todos a prestar ayuda y empleaban todos los medios posibles para apagar el fuego. Entonces, al rayar el alba, Tarquinio llegó con el ejército romano en formación y atacó uno de los campamentos; como la mayoría había abandonado su puesto de guardia para correr al incendio y sólo unos pocos hicieron frente al ataque, se apoderó de él sin esfuerzo. Al mismo tiempo que esto se llevaba a cabo otra fuerza romana llegó al campamento que estaba al otro lado del río y lo tomó; este destacamento había sido enviado por Tarquinio a primera hora de la noche, cruzó la corriente resultante de la unión de los dos ríos en barcas y balsas por la parte por donde podría pasar inadvertido a los sabinos, y ya estaba cerca del otro campamento al tiempo que se vio arder el puente: ésta era su señal de ataque. De los que fueron sorprendidos en los campamentos, unos murieron a manos de los romanos en la lucha, otros se arrojaron a la confluencia de los ríos y no pudiendo atravesar los remolinos fueron engullidos. Una parte no pequeña de ellos pereció también a causa del fuego al intentar salvar el puente. Tarquinio tomó ambos campamentos y permitió a los soldados que se repartieran el botín encontrado en ellos; a los prisioneros, muy numerosos, sabinos y tirrenos los llevó a Roma con una gran vigilancia.

56

2 (Los sabinos…)

3 (Al mismo tiempo…)

4 (De los que fueron…)

Los tirrenos emprenden la guerra

57 Los sabinos, presionados por este desastre, cambiaron de opinión y enviaron embajadores para hacer un armisticio de seis años; pero los tirrenos, irritados por haber sido vencidos muchas veces por los romanos y porque Tarquinio no les había devuelto sus prisioneros a pesar de haberlos reclamado en embajadas, sino que los retenía en calidad de rehenes, sometieron a votación que todas las ciudades tirrenas en conjunto hicieran la guerra contra los romanos, y la ciudad que no participara en
2 la expedición sería excluida de la alianza. Una vez aprobado esto movilizaron sus tropas y tras cruzar el Tiber instalaron su ejército cerca de Fidenas. Se hicieron dueños de esta ciudad por una traición, al rebelarse sus ciudadanos entre sí, y tras tomar muchos prisioneros y coger mucho botín del territorio romano regresaron a casa dejando una guarnición suficiente en Fidenas, pues les pareció que esta ciudad sería la mejor base
3 de operaciones para la guerra contra los romanos. El rey Tarquinio al año siguiente, tras armar a todos los romanos y recibir de los aliados todas las tropas que pudo, marchó contra los enemigos al comienzo de la primavera antes de que ellos se reunieran de todas las ciudades para avanzar contra él como antes. Dividió todas sus fuerzas en dos cuerpos; yendo él mismo al frente del ejército romano marchó contra las ciudades tirrenas y nombró a Egerio, su pariente, general de las tropas aliadas cuya mayor parte eran latinos, y le orde-
4 nó que avanzara contra los enemigos situados en Fidenas. Pero la fuerza aliada, por menosprecio de los enemigos, estableció su campamento cerca de Fidenas en un lugar poco seguro y le faltó poco para perecer toda, pues las guarniciones de la ciudad habían hecho venir a escondidas otras tropas de ayuda de los tirrenos y aguardando el momento oportuno salieron de la ciudad

y tomaron en el ataque el campamento enemigo que estaba poco vigilado y mataron a muchos de los que habían salido a buscar forraje. En cambio la fuerza ro- 5
mana, que conducía Tarquinio, arrasó y saqueó el territorio de los veyentes y consiguió un gran botín, y al llegarles a los veyentes un gran refuerzo de todas las ciudades tirrenas, se enzarzó en una batalla y obtuvo una indudable victoria. Después de esto recorrió el territorio enemigo haciendo pillaje impunemente y se apoderó de muchos prisioneros y de muchas riquezas como es lógico en una región próspera; y al acabar el verano regresó a casa.

Tarquinio toma Fidenas

Los veyentes, muy maltrechos 58
después de aquella batalla, ya no volvieron a salir de la ciudad sino que soportaron ver su tierra saqueada. El rey Tarquinio hizo tres incursiones y durante tres años privó a los veyentes de los productos de su tierra. Cuando la dejó en su mayor parte devastada y ya no podía dañarla más, dirigió su ejército contra la ciudad de los ceretanos, que se llamaba antes Agila cuando la habitaban los pelasgos, y al hallarse bajo los tirrenos se le cambió el nombre por Cere; era próspera y populosa como ninguna otra de las ciudades tirrenas. De allí salió un gran ejército para lu- 2
char por su territorio y tras destruir a muchos enemigos y perder aún más de los suyos se refugió en la ciudad. Los romanos se apoderaron de su territorio que proporcionaba de todo en abundancia y pasaron allí muchos días, y cuando llegó el momento oportuno para levantar el campamento se marcharon a casa llevando cuantas ganancias pudieron. Tarquinio, una vez que la 3
campaña contra los veyentes le había salido según sus planes, encaminó su ejército contra los enemigos que estaban en Fidenas con la intención de hacer salir a la guarnición que había dentro y deseoso de castigar a

quienes habían entregado la fortaleza a los tirrenos. Tuvo lugar una batalla campal entre los romanos y los que salieron de la ciudad y una dura lucha en el asalto
4 a la muralla. Así pues, la ciudad fue tomada por la fuerza y los soldados de la guarnición encadenados junto con los otros prisioneros tirrenos quedaron bajo vigilancia. De aquellos fidenates que parecían haber sido culpables de la defección unos tras ser azotados con látigos fueron decapitados en público, otros fueron castigados a destierro perpetuo. Sus propiedades se las repartieron los romanos que quedaron como colonos y guarnición de la ciudad.

Los romanos vencen a los tirrenos

59 La última batalla entre romanos y tirrenos tuvo lugar cerca de la ciudad de Ereto en territorio sabino. A través de ella los tirrenos, convencidos por los hombres poderosos de allí, habían hecho una incursión contra los romanos pensando que los sabinos se les unirían en la lucha ya que la tregua de paz de seis años entre ellos y Tarquinio había caducado ya, y muchos sabinos deseaban reparar sus anteriores derrotas al haber crecido en las
2 ciudades suficiente juventud. Pero el intento no les salió según sus planes por aparecer el ejército romano muy pronto, y no le fue posible a ninguna de las ciudades enviar una ayuda oficial a los tirrenos, aunque unos pocos voluntarios fueron en su ayuda atraídos por
3 los grandes salarios. A raíz de esta batalla, la mayor de cuantas habían entablado ambos pueblos, la supremacía de los romanos se vio en aumento con esta hermosísima victoria, y al rey Tarquinio el Senado y el pueblo le concedieron por votación que celebrase una procesión triunfal. En cambio los ánimos de los tirrenos se abatieron pues habían enviado todas las fuerzas de cada una de sus ciudades a este combate y sólo habían recobrado a unos pocos de ellos que se habían sal-

vado. Algunos habían muerto luchando en la batalla, y otros, en la huida, al encontrarse en un terreno difícil y sin salida, se entregaron a los vencedores. Así que 4
tras sufrir semejante desgracia los más poderosos de las ciudades actuaron como hombres sensatos, pues al enviar el rey Tarquinio otro ejército contra ellos se reunieron en una asamblea y votaron tratar con él sobre el cese de la guerra; enviaron a los hombres más ancianos y venerables de cada ciudad otorgándoles plenos poderes para los acuerdos de paz.

Los tirrenos tratan con Tarquinio sobre la paz

El rey, tras oír sus muchos razo- 60
namientos para conseguir su clemencia y moderación y el recuerdo del parentesco que él tenía con su nación, dijo que quería saber de ellos una sola cosa, si todavía mantenían su desacuerdo por la cuestión de la igualdad y estaban allí para hacer los tratados sobre la paz con ciertas condiciones, o si se reconocían vencidos y le entregaban sus ciudades. Ellos contestaron que le entregaban sus ciudades y que aceptarían la paz en los justos términos en que entonces la obtuviesen. El rey se puso muy contento por esto y dijo: «Escuchad ahora en qué condiciones pondré fin 2
a la guerra y qué favores os voy a conceder: yo estoy dispuesto a no matar a ningún tirreno, ni a desterrar a nadie de su patria, ni castigar con la privación de los bienes. Os dejo a todas las ciudades sin guarnición, exentas de tributos e independientes y permito que cada una conserve su antiguo régimen de gobierno. Al 3
concederos esto creo que debo recibir de vosotros una sola cosa a cambio de todo lo que os concedo: la hegemonía de las ciudades, que yo poseeré incluso aunque vosotros no queráis mientras domine con las armas, pero prefiero obtenerla con vuestra voluntad antes que con vuestra oposición. Comunicad esto a las ciudades, yo os prometo mantener una tregua hasta que volváis».

61 *Los embajadores tirrenos entregan a Tarquinio las insignias del poder*

Con estas respuestas los embajadores se marcharon y a los pocos días estaban allí de nuevo trayéndole no sólo simples palabras, sino además portando las insignias de la soberanía con las que ellos ornaban a sus propios reyes: una corona de oro, un trono de marfil, un cetro con un águila en su cabeza, una túnica de púrpura con botón de oro y un manto de púrpura bordado, como llevaban los reyes de Lidia y Persia excepto que no era cuadrado en su forma como aquéllos, sino semicircular [40]. A tales ropas los romanos llaman togas y los griegos *tebénnas* [41] (no sé de dónde han tomado el
2 nombre, pues no me parece griego). Según algunos cuentan también le entregaron las doce hachas, trayendo una de cada ciudad, pues parece ser una costumbre tirrena que cada uno de los reyes de cada ciudad sea precedido por un lictor que lleva un hacha junto con un haz de varas [42]. Pero si se produce una expedición conjunta de las doce ciudades las doce hachas se entregan a uno solo que toma el poder absoluto. Sin embar-
3 go no todos están de acuerdo con quienes dicen esto, sino que afirman que ya mucho antes del reinado de Tarquinio eran llevadas doce hachas delante de los re-

---

[40] Dionisio describe la insignias del triunfador romano. La túnica es la *tunica palmata* (adornada de palmas) y el manto la *toga picta* (pintada o bordada).

[41] La palabra *tébenna* (de origen incierto) se encuentra sólo en escritores griegos tardíos. Dionisio la usa para el latín *trabea* y Polibio (X 4, 8) para *paludamentum*.

[42] Haces (*fasces*) de varas hechas de olmo o abedul y unidas con correas rojas. Introducidas en Roma de Etruria simbolizaban el *imperium* y eran llevadas por los lictores delante de todos los oficiales romanos que tenían poder de mando. En un principio doce hachas iban con las *fasces*, pero desde la República se eliminaron dentro de los límites de Roma, y sólo los lictores de dictadores continuaron portando hachas en Roma.

yes, y que esta costumbre la estableció Rómulo en cuanto tomó el poder. Pero nada impide que fuera una invención tirrena, que el primero que se sirviera de ella fuese Rómulo adoptándola de aquéllos, y que a Tarquinio le fueran traídas también las doce hachas junto con los otros ornamentos reales, igual que también ahora los romanos regalan a los reyes cetros y diademas para confirmarles sus atribuciones, que aunque no los reciban de ellos los tienen de todas formas.

Tarquinio adopta las insignias tirrenas

Estos honores Tarquinio no los 62
utilizó inmediatamente, como la mayoría de los cronistas romanos dicen, sino que confió al Senado y al pueblo la decisión de si debía aceptarlos, y puesto que todos quisieron entonces los recibió y durante todo el tiempo desde aquel momento hasta su muerte llevó una corona de oro, vistió un traje de púrpura bordado, portaba un cetro de marfil y se sentaba sobre un trono de marfil, y los doces lictores con hachas y varas se colocaban junto a él mientras juzgaba y lo precedían cuando caminaba. Todo este or- 2
namento se mantuvo para quienes tuvieron el poder real tras él y, después de la expulsión de los reyes, para los cónsules, salvo la corona y el vestido bordado. Sólo estos ornatos se suprimieron por parecer vulgares y ostentosos. Excepto cuando por obtener una victoria en la guerra eran honrados por el Senado con un triunfo, pues entonces también llevaban adornos de oro [43] y vestían purpúreos vestidos bordados. La guerra suscitada por Tarquinio contra los tirrenos, que duró nueve años, tuvo ese desenlace.

[43] La corona llevada en el Triunfo era de laurel, pero un esclavo público sostenía la corona de oro de Júpiter sobre la cabeza del vencedor.

Tarquinio se dispone a someter a los sabinos

63 Como rival de los romanos por la cuestión de la soberanía sólo quedaba el pueblo sabino, que tenía hombres guerreros y habitaba una región grande y fértil situada no lejos de Roma. Tarquinio tuvo gran empeño en someterlos también y les declaró la guerra acusando a las ciudades de no querer entregar a quienes habían prometido a los tirrenos que, si llegaban a su territorio con un ejército, harían a sus patrias amigas de ellos y enemigas de los
2 romanos. Los sabinos aceptaron gustosos la guerra al no considerar justo verse privados de sus más influyentes ciudadanos y antes de que llegaran las fuerzas romanas contra ellos enviaron su ejército contra el romano. El rey Tarquinio, cuando oyó que los sabinos habían cruzado el río Anión y habían devastado toda la zona alrededor del campamento, reunió a la juventud romana de armadura muy ligera y se dirigió lo más rápidamente que pudo contra los que estaban dispersos
3 en las expediciones de forraje. Mató a muchos de ellos, les quitó todo el botín que llevaban y estableció un acuartelamiento cerca de su campamento, y después de aguardar unos pocos días hasta que llegara la restante fuerza de la ciudad y se reunieran con él las ayudas de los aliados bajó a la llanura para combatir.

Guerra con los sabinos

64 Los sabinos, al ver a los romanos marchar animosamente a la lucha, sacaron también ellos sus fuerzas, no inferiores a los enemigos ni en número ni en valor, y trabando combate lucharon mostrando toda su audacia mientras sólo tenía lugar la batalla contra los que tenían enfrente. Pero luego, dándose cuenta de que otro ejército enemigo caía sobre ellos por la espalda y avanzaba en orden y formación, abandonaron las enseñas y se dieron a la fuga. Los que aparecieron a los sabinos por detrás eran

romanos elegidos, infantes y jinetes, a quienes Tarquinio había emboscado en lugares oportunos durante la noche. Los sabinos, atemorizados por estos hombres 2
que habían surgido inesperadamente, ya no mostraron un comportamiento noble, sino que como vencidos por una trampa de los enemigos y abatidos por un desastre irresistible trataban de salvarse cada uno por un camino, y entonces sobre todo se produjo una gran matanza de ellos, perseguidos por la caballería romana y cercados por todas partes. De tal modo que sólo unos pocos de ellos se pusieron a salvo refugiándose en las ciudades próximas, pero la mayor parte de los que no murieron en la batalla cayeron en manos de los romanos, pues los que habían quedado en el campamento no tuvieron valor para repeler el ataque de los que se lanzaban contra ellos, ni intentaron el combate, sino que aturdidos por la inesperada desgracia se entregaron
sin lucha ellos y sus fortificaciones. Las ciudades sabi- 3
nas, creyendo que habían sido vencidas por una estratagema y privadas de la victoria no por el valor de sus enemigos sino por engaño, preparaban enviar de nuevo mayores fuerzas y a un general más experto. Pero Tarquinio, al conocer sus intenciones, reunió rápidamente su ejército y antes de que todos ellos se hubieran con-
gregado se adelantó y cruzó el río Anión. Cuando el ge- 4
neral sabino se enteró de esto salió tan rápido como pudo con las tropas recientemente reclutadas y acampó cerca de los romanos sobre una colina alta y escarpada, pero no consideró conveniente emprender combate hasta que se reuniesen las restantes fuerzas de los sabinos, aunque continuamente mandaba a algunos jinetes contra los que asolaban la región y estableció emboscadas en bosques y cañadas para impedir a los romanos las incursiones contra su territorio.

Continúa la guerra con los sabinos

65 De esta manera llevaba la guerra, y se produjeron muchas escaramuzas ente pequeños grupos de tropa ligera y caballería, pero ninguna batalla de todo el ejército. Al pasar el tiempo Tarquinio llevaba la espera con irritación y decidió dirigir sus fuerzas contra el campamento enemigo
2 y efectuó numerosos ataques. Luego, cuando comprendió que no era fácil de tomar por medios violentos debido a su buena defensa, decidió luchar contra los que estaban dentro con la escasez de víveres, y colocó guarniciones en todos los caminos que llevaban al campamento, les impidió salir a por madera, recoger forraje y coger de la región los otros productos necesarios hasta que los llevó a una extrema indigencia. De tal modo que se vieron obligados, aprovechando una desapacible noche con agua y viento, a huir vergonzosamente del campamento abandonando allí sus animales de tiro, las tiendas, los heridos y todo el equipo para la guerra.
3 Al día siguiente los romanos, al darse cuenta de su marcha, se hicieron dueños del campamento sin lucha, se llevaron las tiendas, los animales y todos los bienes, y regresaron a Roma con los prisioneros. Esta guerra continuó durante cinco años seguidos y en ella ambos bandos saquearon la tierra mutua y llevaron a cabo muchas batallas grandes y pequeñas; unas pocas veces ganaron los sabinos en los enfrentamientos, pero la mayoría de las veces los romanos. En la última batalla se
4 llegó a un final definitivo, pues los sabinos, no como antes en tandas sucesivas, sino juntos todos los que tenían edad militar, fueron a la guerra, y todos los romanos con las fuerzas de los latinos, tirrenos y de los de-
5 más aliados salieron a hacer frente a los enemigos. El general de los sabinos dividió en dos sus fuerzas y estableció dos campamentos; el rey romano hizo tres cuerpos de tropas y dispuso tres campamentos no lejos uno

de otro y él mismo se colocó al frente del ejército romano y nombró a su sobrino Arrunte general de las tropas
auxiliares tirrenas. A los latinos y restantes aliados dis- 6
puso que los mandase un hombre valiente en la guerra y muy apto para tomar decisiones convenientes, pero extranjero y apátrida. Su nombre propio era Servio y Tulio su nombre familiar, a quien los romanos tras la muerte de Lucio Tarquinio sin tener descendencia masculina le entregaron el trono de la ciudad por admirar sus méritos políticos y guerreros. Pero explicaré el nacimiento de este hombre, su educación, vicisitudes y la manifestación hecha por la divinidad relativa a él cuando llegue a esa parte de la historia.

Los sabinos se someten a Tarquinio

Pues bien, entonces, cuando am- 66
bos bandos tuvieron hechos los preparativos necesarios para la contienda, entraron en combate; los romanos ocuparon el flanco izquierdo, los tirrenos el derecho y los latinos se situaron en medio de la formación. Después de una dura batalla vencieron los romanos con ventaja, matando a muchos enemigos que se habían comportado como hombres valientes, cogiendo aún muchos más prisioneros en la huida, haciéndose dueños de ambos campamentos y apoderándose de gran cantidad de botín. Dominaron ya sin limitación todo el campo abierto que devastaron con fuego, hierro y todo tipo de daños, y cuando acabó el verano levantaron los campamentos y regresaron a casa. El rey Tarquinio celebró por esta batalla el tercer triunfo du-
rante su reinado. Al año siguiente el rey preparó de 2
nuevo su ejército para dirigirlo contra las ciudades sabinas y decidió anexionarlas mediante asedio. Sin embargo ya no hubo ninguna resolución valiente ni audaz por parte de ninguna ciudad, sino que todas de común acuerdo decidieron poner fin a la guerra antes de co-
rrer el riesgo de esclavitud y destrucción. Los sabinos 3

más importantes de cada ciudad se presentaron ante el rey Tarquinio que había salido ya con todo su ejército y le entregaron las fortalezas pidiéndole que hiciera tratados moderados. Él aceptó satisfecho la sumisión sin riesgos de la nación, firmó con ellos pactos de paz y amistad en los mismos términos en que antes había sometido a los tirrenos y les devolvió sus prisioneros sin rescate.

Medidas civiles de Tarquinio

67 Estas son las acciones bélicas que se recuerdan del rey Tarquinio; las relativas a la paz y civiles son las siguientes, pues no quiero pasar sin mencionarlas. Tan pronto como recibió el poder se esforzó por hacerse adicta a la masa popular, como hicieron los reyes anteriores, y se la atrajo mediante estos beneficios: eligió a cien hombres de entre los plebeyos, a quienes todos reconocían valor guerrero o buen sentido político, los hizo patricios y los incluyó en el número de los senadores, y entonces por vez primera los romanos tuvieron trescientos sena-
2 dores, siendo doscientos hasta ese momento. Luego a las vírgenes que guardaban el fuego inextinguible, que eran cuatro, les añadió otras dos, pues al celebrarse ya más ceremonias religiosas en nombre de la ciudad en las que debían estar presentes las sacerdotisas de Vesta, parecía que las cuatro no eran suficientes. Tarquinio empezó esta costumbre y los restantes reyes la si-
3 guieron y hasta nuestros días se designan seis siervas de Vesta. Parece que también aquél fue el primero en idear las penas con que los pontífices castigan a las sacerdotisas que no conservan su virginidad, inducido por su propia reflexión o, como creen algunos, obedeciendo a un sueño. Estas penas los intérpretes de ritos sagrados dicen que fueron encontradas tras su muerte en los Oráculos Sibilinos. Y en efecto, bajo su reinado una sacerdotisa, Pinaria, hija de Publio, fue descubier-

ta yendo impura a los sacrificios. El tipo de castigo que imponen a las seducidas lo he explicado ya en el libro anterior a éste.

Tarquinio adornó el Foro, donde se administra justi- 4
cia, se hacen las asambleas y se llevan a cabo los otros actos públicos, rodeándolo con tiendas y pórticos. Los muros de la ciudad que eran improvisados y de mala construcción fue el primero que los contruyó con pie-
dras enormes [44] trabajadas según un modelo. Comenzó 5
también a excavar las cloacas por las que toda el agua que confluye de las calles deriva al Tiber, realizando unas obras admirables e indescriptibles. Al menos yo, entre las tres construcciones más magníficas de Roma, por las que principalmente se muestra la grandeza de su poder, coloco los acueductos, los pavimentos en los caminos y las obras de las cloacas, y esta opinión no se refiere sólo a la utilidad de la construcción, sobre lo que hablaré en el momento oportuno, sino también a la magnitud de los gastos cuya certeza se podría juzgar por un solo hecho invocando el testimonio de Cayo Acilio [45], que afirma que cuando una vez las cloacas fueron descuidadas y el agua ya no fluía a través de ellas los censores pagaron mil talentos por su limpieza y reparación.

El Circo Máximo

Tarquinio construyó también el 68
mayor de los hipódromos, situado entre el Aventino y el Palatino, y fue el primero que hizo a su alrededor asientos bajo techado sobre gradas (hasta entonces los espectadores estaban de pie) con los estrados de madera sostenidos sobre vigas. Dividió los lugares en treinta curias y dio una parte a cada una

---

44 Lit. «piedras del largo de un carro».

45 Senador del siglo II a. C. que escribió una historia de Roma en griego.

de modo que cada espectador estuviese sentado en su
2 lugar correspondiente. Con el tiempo también esta obra iba a convertirse en una de las más hermosas y admirables construcciones de la ciudad. La longitud del circo [46] es de tres estadios y medio, su anchura de cuatro pletros [47]. Alrededor de él a lo largo de los lados mayores y de uno de los menores está excavado un canal [48] para recogida de agua de diez pies de profundidad y anchura. Tras el canal están construidos pórticos de tres pisos; los que están al nivel del suelo tienen, como en los teatros, asientos de piedra que se elevan
3 gradualmente, los superiores, asientos de madera. Los pórticos mayores se unen en uno y se enlazan entre sí al estar cerrados por medio del pequeño, que tiene forma de media luna, de modo que de los tres pórticos resulta uno solo como un anfiteatro [49] de ocho estadios capaz de albergar a ciento cincuenta mil personas. El otro lado corto está al aire libre y tiene barreras para caballos construidas en forma de bóveda, que se abren todas al mismo tiempo por medio de una cuerda.
4 Fuera, alrededor del circo, hay también otro pórtico de un solo piso que tiene tiendas dentro y casas encima; por él hay entradas y subidas para los espectadores junto a cada tienda, de modo que tantos miles de personas al entrar y salir no se entorpecen.

---

[46] Dionisio a partir de aquí describe el circo tal como era en su época. Posteriormente se aumentó su tamaño y esplendor.

[47] El estadio tenía una longitud de 600 pies, el pletro de 100 pies. El valor del pie oscilaba entre 27 y 35 cm.

[48] La primitiva función de este canal era proteger a los espectadores de algún animal salvaje que se pudiera escapar de la arena. Bajo Nerón se rellenó de tierra.

[49] Aquí la palabra no significa estructura elíptica, sino que implica el hecho de tener asientos a ambos lados. Su misma descripción deja clara la forma de U.

Preparativos para la construcción del templo a Júpiter, Juno y Minerva

Este rey emprendió también la construcción del templo a Júpiter, Juno y Minerva cumpliendo la promesa que había hecho a los dioses en la última batalla contra los sabinos. La colina sobre la que pensaba erigir el templo necesitaba muchos preparativos (pues no era accesible ni nivelada, sino escarpada y terminada en una aguda cumbre), así que la rodeó con altos muros de soporte por muchas partes y rellenó el espacio entre los muros y la cumbre con gran cantidad de tierra, la allanó e hizo totalmente adecuada para la recepción de templos. 69
Pero no llegó a colocar los cimientos del templo, pues sólo vivió cuatro años tras el fin de la guerra. Muchos años después Tarquinio, el segundo que reinó después de él, el que fue expulsado del trono, puso los cimientos y realizó la mayor parte de la construcción. Pero tampoco él acabó la obra, sino que el templo tuvo su culminación bajo los magistrados anuales que fueron cónsules en el tercer año tras su expulsión. 2

Es digno de relatarse también lo sucedido[50] antes de su construcción que han transmitido todos los recopiladores de la historia local. Cuando Tarquinio iba a construir el templo convocó a los augures y ordenó a los hombres que primero hicieran auspicios sobre el lugar en cuestión para ver cuál era el sitio de la ciudad más adecuado para ser consagrado y sobre todo más grato a los mismos dioses. 3
Al indicar ellos la colina situada sobre el Foro, que entonces era llamada Tarpeya y ahora Capitolina, les ordenó de nuevo consultar los auspicios y decir en qué lugar de la colina debían colocarse los cimientos. Esto no era fácil en absoluto, ya que había allí muchos altares de dioses y divinidades 4

[50] Livio refiere este incidente como sucedido en el reinado del segundo Tarquinio.

poco distantes unos de otros que debían trasladar a otro lado y dejar toda la superficie al que iba a ser san-
5 tuario de los dioses. A los augures les pareció lo mejor pedir auspicios sobre cada uno de los altares erigidos allí y, si los dioses lo aprobaban, entonces moverlos. Los demás dioses y divinidades les permitieron trasladar sus altares a otros lugares, pero Término y Juventud[51], a pesar de pedirlo insistentemente y suplicar los adivinos, no fueron convencidos ni consintieron en cambiar de lugar. Así que sus altares quedaron incluidos en el edificio de los templos[52], y ahora uno está en el vestíbulo del templo de Minerva y el otro en el propio recinto sagrado cerca de la estatua sedente.
6 A raíz de esto los adivinos conjeturaron que ninguna circunstancia movería las fronteras de la ciudad de Roma ni cambiaría su esplendor; y hasta mis tiempos son verdad ambas cosas, estando ya en la generación veinticuatro.

El augur Nevio

70 El más famoso augur, el que trasladó de sitio los altares, determinó el recinto del templo de Júpiter y anunció al pueblo el resto de las decisiones divinas por medio de la adivinación, se llamaba Nevio[53] de nombre propio y común, y Atio de nombre familiar; se le reconoce haber sido el más querido por los dioses de todos los expertos en su arte y que por ella consiguió una gran fama al mostrar ciertas maravillas increíbles del saber proféti-

[51] Livio nombra sólo a Término.

[52] Como el templo de Júpiter Capitolino constaba de tres capillas en un mismo edificio, Dionisio habla de él en singular o en plural. Véase IV 59, 61.

[53] *Nébios* aparece escrito así siempre en los MSS., excepto Ba, que tiene *naíbios* 12 líneas más abajo. Como Navius era a menudo confundido por los romanos como Naevius, es posible que Dionisio escribiera *Naíbios* (o más probablemente *Naiouios*), que pasaría fácilmente a *Nébios*.

co. Yo contaré una de ellas que he escogido porque me ha admirado especialmente, pero primero diré por qué causas del azar fue impulsado y qué recursos obtuvo de la divinidad para conseguir un renombre tal que hacía despreciables a todos los augures que florecieron en su época. Su padre era un hombre pobre que cultiva- 2
ba un mísero terreno, a quien ayudaba en el trabajo Nevio de niño en lo que era posible a su edad y también sacaba las cerdas a pastar. Una vez se quedó dormido y al despertarse no encontraba a algunas de las cerdas, entonces lloró temiendo los golpes de su padre, luego fue a la capilla erigida en el terreno en honor de los héroes[54] y les suplicó que le ayudasen a encontrar las cerdas y si esto sucedía les prometió ofrendarles el mayor de los racimos del lugar. Al encontrar en poco tiem- 3
po las cerdas quiso cumplir su promesa a los héroes, pero se hallaba en un gran dilema por no poder encontrar el racimo más grande. Angustiado por este problema suplicó a los dioses que le mostrasen por medio de señales de aves lo que buscaba. Luego por voluntad divina dividió el viñedo en dos partes, tomando una desde su derecha, otra desde su izquierda; después se puso a observar las señales sobrevenidas sobre cada una de las partes. Cuando aparecieron aves en una parte como él quería, dividió de nuevo aquel terreno en dos partes y distinguió los pájaros que venían de la misma manera. Utilizando esta división del lugar llegó a la última viña señalada por las aves y encontró un racimo increíble, y al llevarlo a la capilla de los héroes fue visto por su padre. Admirado del tamaño del racimo de uvas le 4
preguntó de dónde lo había cogido y él le explicó todo desde el principio. El padre suponiendo, como así era, que existían en el niño ciertos principios innatos de adivinación, lo llevó a la ciudad y lo encomendó a unos

[54] *Lares compitales*, de las encrucijadas. Véase IV 14, 3 y 4.

maestros de enseñanza elemental. Una vez que tuvo suficientes conocimientos básicos lo confió al más versado de los tirrenos para que aprendiese el arte adivinatoria. Con su capacidad profética innata y adoptando además la recién adquirida de los tirrenos, Nevio superó con mucho a todos los otros augures, como ya dije; y los augures de la ciudad lo llamaban a todas sus consultas públicas, a pesar de no ser del colegio, por el éxito de sus predicciones y no profetizaban nada que él no aprobase.

Prueba de la capacidad adivinatoria de Nevio

71 Este Nevio fue el único que se opuso rotundamente a Tarquinio cuando quiso fijar otras tres tribus nuevas de los jinetes que habían sido previamente inscritos por él y dar a las tribus añadidas su propio nombre y el de sus amigos, y no permitió modificar nada de lo establecido
2 por Rómulo. Irritado el rey por la oposición y encolerizado contra Nevio intentó reducir su ciencia a la nada, como si se tratara de un impostor que no decía nada cierto. Con esta intención llamó a Nevio a la tribuna cuando había una gran muchedumbre en el Foro. Previamente había dicho a quienes estaban a su alrededor de qué manera pensaba denunciar al augur como un falso adivino, y cuando se presentó lo recibió con amables saludos diciéndole: «Ahora, Nevio, es la ocasión de que tú demuestres la exactitud de tu saber adivinatorio, pues proyecto emprender una importante acción y quiero saber si es posible. Así que vete y vuelve rápidamente después de consultar los oráculos, yo te espe-
3 raré aquí sentado». El adivino hizo lo ordenado y no mucho después se presentó diciendo que había obtenido augurios favorables y reveló que era posible la acción. Pero Tarquinio se echó a reír ante sus palabras y sacó de su regazo una navaja de afeitar y una piedra de afilar diciéndole: «Nevio, has sido cogido engañán-

donos y calumniando públicamente a la divinidad,
cuando te has atrevido a decir que son posibles las ac-
ciones imposibles; pues yo consultaba a los oráculos si
podía cortar por la mitad la piedra de afilar golpeándo-
la con esta navaja». Cundió la risa entre todos los que 4
estaban alrededor de la tribuna, pero Nevio no se alte-
ró por la burla y el alboroto y dijo: «Golpea la piedra
con confianza, Tarquinio, como has dicho antes, pues
se partirá o yo estoy dispuesto a sufrir cualquier casti-
go». El rey, admirado de la audacia del adivino, llevó
la navaja contra la piedra, el filo de hierro pasó a tra-
vés de toda la piedra, la dividió en dos y cortó incluso
una parte de la mano que la sostenía. Todos los demás, 5
cuando contemplaron este hecho admirable e increíble,
gritaron espantados, y Tarquinio, avergonzado por po-
ner a prueba su arte y queriendo corregir sus inadecua-
dos reproches, desistió en primer lugar de sus proyec-
tos sobre las tribus, luego decidió tratar con respeto
al propio Nevio, pensando que era el hombre más caro
a los dioses entre todos los mortales. Se lo ganó con
otras muchas muestras de amistad y, para que alcanza-
se memoria eterna entre la posteridad, mandó hacer
una estatua suya de bronce y la erigió en el Foro. Esta
estatua estaba situada aún en mi época delante del Se-
nado, cerca de la higuera sagrada, de tamaño inferior
al de un hombre normal y con un manto sobre la cabe-
za. Un poco distante de ella se dice que está oculta bajo
tierra la piedra de afilar, y bajo un altar la navaja. El
lugar es llamado «pozo» [55] por los romanos. Esto es lo
recordado en relación con este adivino.

---

[55] *Puteal* es el nombre romano de este lugar. Esta palabra designa el brocal de un pozo, *puteus*. Se construía un *puteal* alrededor de una zona alcanzada por un rayo.

Conspiración de los hijos de Anco Marcio contra Tarquinio

72 El rey Tarquinio había dejado ya las acciones bélicas a causa de su vejez, pues tenía ochenta años, y murió asesinado a traición por los hijos de Anco Marcio, que habían intentado ya antes arrojarlo del trono y habían intrigado muchas veces con la esperanza de que al ser depuesto aquél el poder recaería en ellos, pues consideraban que era una herencia paterna y les sería entregado por los
2 ciudadanos con facilidad. Cuando se frustraron sus esperanzas maquinaron contra él una conspiración ineludible que la divinidad no permitió que quedara impune. Voy a explicar también el carácter de su trama empe-
3 zando por su primer intento. Nevio, aquel adivino extraordinario que dije que en cierta ocasión se opuso al rey cuando quería aumentar el número de tribus, en el momento en que estaba en el máximo apogeo gracias a su ciencia y tenía más poder que todos los romanos desapareció de repente ya víctima de la envidia de algún rival, o de un complot de sus enemigos, o por sucederle cualquier otra desgracia, y ninguno de sus allegados pudo explicar su suerte ni encontrar su cuerpo.
4 Indignado el pueblo, soportaba mal el infortunio albergando muchas sospechas contra mucha gente. Los hijos de Marcio, al observar la inquietud del pueblo, lanzaron sobre el rey Tarquinio la calumnia del sacrilegio sin tener ningún otro testimonio ni prueba de su acusación, sino apoyándose en estos dos falaces argumentos: primero, que el rey había decidido introducir de forma ilegal muchas novedades en la constitución y quería eliminar a quien se opusiera como en ocasiones anteriores; en segundo lugar, que habiendo ocurrido un tremendo suceso no buscaba a los autores, sino que se despreocupó de lo sucedido, lo que no habría hecho
5 nadie libre de culpa. Después de reunir en torno a ellos a grandes grupos de patricios y plebeyos en quienes

gastaron sus propias fortunas, lanzaron grandes acusaciones contra Tarquinio y exhortaron al pueblo para que no permitiera que un hombre impuro acercara sus manos a los sacrificios y manchara la dignidad real, y más no siendo indígena sino un extranjero y un apátrida. Al pronunciar tales palabras en el Foro unos 6
hombres osados y no carentes de elocuencia exaltaron a muchos plebeyos que intentaron expulsar a Tarquinio como impuro cuando se presentaba en el Foro para defenderse. Pero no pudieron vencer la fuerza de la verdad ni convencer a la plebe para que lo derribara del trono, y una vez que Tarquinio se defendió enérgi- 7
camente y refutó la calumnia, y su yerno Tulio, al que había entregado una de sus dos hijas, muy influyente entre el pueblo, movió a compasión a los romanos, los acusadores parecieron unos malvados calumniadores y salieron del Foro expuestos a la pública vergüenza.

Muerte de Tarquinio

Tras fallar en este intento y con- 73
seguir la reconciliación gracias a sus amigos, pues Tarquinio soportó con moderación su insensatez en atención a los beneficios recibidos de su padre y consideró que su arrepentimiento era suficiente corrección de su temeridad, permanecieron durante tres años en su fingida amistad. Pero cuando supusieron que tenían una ocasión oportuna tramaron el siguiente engaño contra él: a dos jóvenes, los más atre- 2
vidos de sus cómplices, tras vestirlos con capas de pastores y armarlos con podaderas los enviaron a casa del rey a mediodía enseñándoles lo que debían decir y hacer y explicándoles la forma de ataque. Cuando estuvieron cerca del palacio empezaron a insultarse mutuamente como si estuvieran ofendidos, no se quitaban las manos de encima y con grandes voces pedían ambos ayuda del rey; estaban con ellos muchos cómplices,

con apariencia de campesinos, apoyando a uno y otro en su indignación y alegando razones en favor o en con-
3 tra. Cuando el rey los convocó y les ordenó decir por qué discutían, fingieron que disputaban por unas cabras, gritando a la vez y acalorándose a la manera de patanes sin decir nada referente a la cuestión, de modo que provocaron mucha risa en todos. Cuando les pareció que habían conseguido la ocasión de realizar su intento, gracias al desprecio que habían provocado, golpearon la cabeza del rey con sus podaderas y después
4 de hacer lo huyeron fuera de las puertas. Se produjo un griterío por lo sucedido y como acudió ayuda de muchas partes no pudieron huir y fueron apresados por sus perseguidores. Tras esto fueron torturados y forzados a confesar el nombre de los cabecillas de la conspiración, y más tarde recibieron el castigo merecido [56].

---

[56] Siguen en los MSS. las tres primeras líneas del libro IV, que se repiten al comienzo del nuevo libro. Kiessling fue el primer editor que las suprimió aquí.

ÍNDICE DE NOMBRES

ABORÍGENES: I 9, 1, 3; 10, 1; 13, 2, 3, 4; 14, 1, 4, 5, 6; 16, 1, 4, 5; 17, 1; 19, 1, 2, 3; 20, 1, 2, 4, 5; 22, 1; 23, 1; 26, 1; 30, 5; 31, 2; 33, 5; 39,1; 40, 1; 42, 3; 43, 1, 2; 44, 2, 3; 45, 1, 2; 57, 4; 59, 1; 60, 2, 3; 63, 3; 72, 5; 73, 2; 89, 1, 2; II 1, 2, 3; 35, 7; 48, 1; 49, 2; 50, 5.

ACALARIS, antepasado de Eneas: I 62, 2.

ACARNIENSES: I 50, 4; 51, 2.

ACAYA, en el Peloponeso: I 11, 1; 25, 5.

ACAYA, en Tesalia: I, 17, 3.

ACCIO: I 50,4.

ACILIO, C., analista: III 67, 5.

ACTA, península de Calcidia: I 25, 3.

ADRIÁTICO, mar: I 2, 4; II 49, 3.

AFRODITA: I 48, 2; 49, 4; 50, 1, 3, 4; 51, 2; 53, 1, 4; 62, 2; II 2, 2.

AGATILO, poeta arcadio: I 49, 2; 72, 1.

AGATOCLES, tirano de Siracusa: I 72, 5.

AGILA, antiguo nombre de Cere: I 20, 5; III 58, 1.

AGRIPA, rey albano: I 71, 2, 3.

ALBA, rey albano: I 71, 1.

ALBA LONGA: I 37, 2; 45, 2; 66, 1; 67, 2; 73, 3; 80, 3; 81, 1; 85, 4; 86, 1; II 37, 2; 65, 1; III 3, 3; 9, 2; 10, 6; 23, 2; 27, 1; 28, 3, 5, 6; 30, 4; 31, 1, 4; 33, 3; 34, 1.

ALBANOS: I 71, 5; 73, 3; 76, 1; II 2, 1, 2; 36, 2; 50, 5; 53, 4; 62, 1; III 1, 2; 2, 1, 2, 3, 4; 3, 2, 3, 4, 6; 4, 1; 5, 3, 4; 6, 2, 3, 4; 7, 1, 3, 4; 8, 5; 9, 4, 6; 10, 1, 4; 11, 1, 3, 9; 12, 1, 2, 4; 13, 4; 14, 2, 3; 15, 1; 16, 2; 18, 1; 19, 3, 5, 6; 20, 3; 22, 1; 23, 1, 6, 18; 24, 2, 3, 4, 6; 26, 5, 6; 27, 2, 3; 28, 9; 29, 1, 2, 3, 6; 30, 1, 2, 3; 34, 1, 2.

ALBULA, antiguo nombre del Tíber: I 71, 2.

ALCIONE, sacerdotisa de Argos: I 22, 3.

ALCMENA, madre de Hércules: I 40, 2.

ALEJANDRO, padre de Dionisio: I 8, 4.

ALEJANDRO (Paris): I 48, 3.

ALEJANDRO MAGNO: I 2, 3; 49, 4.

ALFEO: I 34, 3.

Alimento, L. Cincio, analista: I 6, 2; 74, 1; 79, 4; II 38, 3; 39, 1.
Alodio, rey albano: I 71, 3.
Alpes: I 10, 1; 41, 3.
Alsio: I 20, 5.
Aluncio: I 51, 2.
Amata, mujer de Latino: I 64, 2.
Ambrace, rey de Ambracia I 50, 4.
Ambracia: I 50, 4; 51, 1.
Ambracia, golfo de: I 50, 4.
Amíntor, nieto de Pelasgo: I 28, 3.
Amiterno: I 14, 6; II 49, 2.
Amulio, rey albano: I 71, 4, 5; 76, 1, 3, 4; 77, 1; 78, 1, 2, 4; 79, 2, 4; 80, 4; 81, 2, 6; 82, 3, 6; 83, 2 y sigs.; 84, 2 y sigs.; 85, 1.
Anactorio: I 51, 2.
Anaxímenes, historiador: I 1, 1.
Ancias, Valerio, historiador: I, 7, 3; II 13, 2.
Ancio: I 72, 5.
Anco Marcio: v. Marcio.
Anco Publio: III 34, 3.
Aníbal: II 17, 3.
Anio, rey de Delos: I 50, 1; 59, 3.
Anión: III 23, 5; 55, 3, 4; 63, 2; 64, 3.
Anquisa: I 73, 3.
Anquises: I 43, 2; 48, 2; 51, 1, 2; 53, 4; 62, 2; 64, ¿5; 73, 3; II 2, 2; III 31, 4.
Anteas, fundador de Ancio: I 72, 5.
Antemnas: I 16, 5; II 32, 2; 34, 1; 35, 2, 6, 7.
Antémone, mujer de Eneas: I 49, 2.
Antenóridas: I 46, 1.
Antígono, historiador: I 6, 1.
Antíoco de Siracusa, historiador: I 12, 3; 22, 5; 35, 1, 3; 73, 4.
Apeninos: I 9, 2; 14, 1; III 44, 1.
Apiolanos: III 49, 1, 2, 3.
Apolo: I 23, 5; II 61, 2.
Aqueo, hijo de Poseidón: I 17, 3.
Aqueos: I 17, 2; 25, 5; 46, 1, 3, 4; 47, 1, 3, 4; 48, 3; 52, 3; 58, 2; 63, 1; 69, 3; 72, 3, 4; II 66, 5.
Aqueos, tribu de la ribera del Euxino: I 89, 4.
Aquiles: I 48, 3; 52, 3.
Arcadia: I 11, 3; 13, 1; 31, 1, 4; 49, 1, 54, 2; 60, 3; 61, 1, 2; II 1, 2, 4; 35, 7
Arcadios: I 11, 1; 13, 3; 25, 5; 31, 2, 3; 32, 3; 33, 1, 3, 4; 34, 1; 40, 1; 42, 3; 44, 2; 45, 3; 50, 2; 68, 3; 79, 8; 89, 1, 2; II 1, 2, 3; 2, 2.
Arctino, poeta épico: I 68, 2; 69, 3.
Ardea: I 72, 5; II 72, 2.
Ardeas, fundador de Ardea: I 72, 5.
Argos: I 17, 2; 21, 2; 22, 3; 25, 4; 35, 2; 39, 1; 41, 2; 43, 1; 72, 2.
Arieto o Areto, ¿ historiador arcadio: I 49, 1.
Aristóteles: I 72, 3.
Arrecio: III 51, 4.
Arrunte, hijo de Demarato: III 46, 5; 50, 3; 65, 5.
Ártemis Efesia: II 22, 2.
Asáraco, hijo de Tros: I 62, 2.
Ascanio, hijo de Eneas: I 47, 5, 6; 53, 4; 54, 2; 65, 1, 2, 5; 66, 1; 70, 1, 2, 3; 72, 1, 6; 73, 3; II 5, 5; 63, 3; III 31, 4.
Ascanio, lago: I 47, 5.

Asia: I 2, 2; 18, 1; 26, 2; 28, 2; 61, 4, 5; 68, 3.
Asies, hermano de Atis: I 27, 1.
Asirios: I 2, 2.
Atenas: I 13, 3; 25, 3; 28, 4; 71, 5; 74, 4, 6; 75, 3; III 11, 4; 36, 1.
Atenea: I 14, 3; 33, 1; 68, 3.
Atenienses: I 3, 2; 3, 1; II 8, 2; 9, 2; 17, 1, 2.
Ática: I 61, 5.
Atis, rey lidio: I 27, 1, 2, 3; 28, 2.
Atlas, primer rey de Arcadia: I 50, 3; 61, 1, 2.
Atthides, historias del Ática: I 8, 3.
Augusto César: I 7, 2.
Auronisos (¿error por aurunci?): I 21, 3.
Auruncos: I 21, 3 (nota).
Ausonia, nombre griego de Italia: I 35, 3.
Ausonio, mar: I 11, 4.
Ausonios: I 11, 4; 22, 3, 4; 29, 2.
Aventino, colina: I 32, 2; 79, 12; 84, 3; 86, 2; II 37, 1; III 43; 68, 1.
Aventino, rey albano: I 71, 4.

Babilonia: I 36, 3.
Bacia: I 14, 5.
Baquiadas: III 46, 3, 4.
Batía, mujer de Dárdano: I 50, 3; 62, 1.
Bebricia, región del Helesponto: I 54, 2.
Beocia: I 18, 1.
Brucianos: I 89, 3.
Bruto, L. Junio, cónsul: I 74, 4.
Butroto: I 51, 1, 2.
Cabiros: I 23, 5.
Caco, ladrón: I 39, 2, 3, 4; 42, 2.
Caeta, promontorio italiano: I 53, 3.
Calcidios: I 25, 3.
Calias de Siracusa, historiador: I 72, 5.
Calicea, madre de Tirreno: I 27, 2.
Calírroe, hija de Océano: I 27, 1; 62, 1.
Calístrato, Domicio, historiador: I 68, 2.
Cálpeto, rey albano: I 71, 1.
Calpurnios: I 7, 3.
Cameria: II 50, 5.
Camerino: II 50, 4; 54, 1; III 51, 2.
Campanias, llanuras: I 21, 3; 37, 2.
Cannas: II 17, 4.
Cápeto, rey albano: I 71, 1.
Capias: I 49, 1.
Capis, padre de Anquises: I 49, 1; 62, 2; 73, 3.
Capitolino, colina: II 1, 7; 37, 1; III 69, 4.
Capitolino, T. Manlio, cónsul: I 74, 5.
Capitolio, colina: I 32, 2; 34, 1, 4; II 15, 4; 34, 4; 38, 1; 43, 1; 50, 1; 66, 1, 4; 70, 2.
Capua: I 73, 3.
Carinas, lugar en Roma: I 68, 1; III 22, 8.
Carmenta, madre de Evandro: I 31, 1; 32, 2.
Carondas de Catane, legislador: II 26, 2.
Cárope, arconte ateniense: I 71, 5; 75, 3.

CARTAGINESES: I 3, 5; 90, 1; II 66, 3, 4.
CARTAGO: I 38, 2; 74, 1; II 17, 3.
CARVILIO, ESPURIO: II 25, 7.
CASANDRO, rey de Macedonia: I 49,4.
CASTRUM MINERVAE, lugar en Calabria: I 51, 3 (nota).
CATÓN, M. PORCIO, político e historiador: I 7, 3; 11, 1; 13, 2; 74, 2; 79, 4; II 49, 2.
CEFALÓN DE GERGIS, autor ficticio: I 49, 1; 72, 1.
CÉLER, asesino de Remo: I 87, 4.
CELIO, colina: II 36, 2; 50, 1.
CELIO, etrusco: II 36, 2.
CELIS, colina: III 1, 5.
CELTAS: I 38, 2; 74, 4, 6; 89, 3.
CENINA: I 79, 13; II 32, 2; 33; 34, 4; 35, 2, 6, 7.
CERAUNIAS, montañas: I 14, 2.
CERE: I 20, 5; III 58, 1.
CERES: I 33, 1.
CERETANOS: III 58, 1.
CÉSAR, AUGUSTO: I 7, 2; 70, 4 (nota).
CÉSAR, JULIO: I 70, 4 (nota).
CIBELES: I 61, 4 (nota).
CÍCLADAS: I 18, 1.
CILENE, montaña de Arcadia: I 13, 1; 61, 3.
CILENE, ninfa: I 13, 1.
CINCIO: v. ALIMENTO.
CINETION, promontorio laconio: I 50, 2.
CINETO, compañero de Eneas: I 50, 2.
CIPSELO: III 46, 4.
CIRCE: I 72, 5.
CIRCO MÁXIMO: I 79, 8, 11; II 31, 2.
CITERA, isla: I 50, 1, 2.
CLELIOS, familia albana: III 29, 7.
CLEONDAS, vencedor olímpico: III 46, 1.
CLÍMENE, mujer de Prometeo: I 17, 3.
CLITODORA, hija de Laomedonte: I 62, 2.
CLUILIAS, fosas: III 4, 1.
CLUILIO: III 2, 1, 4; 3, 3, 4, 5, 6; 4, 3; 5, 3; 9, 2.
CLUSIO: III 51, 4.
CODONE, mujer de Eneas: I 49, 2.
COLACIA: III 50,2 y sigs.
COLATINO, L. TARQUINIO, cónsul: I 74, 4.
COLATINO, nombre dado a Tarquinio Arrunte: III 50, 3.
CONSO, dios itálico: II 31, 2.
CONSUALES, fiesta: I 33, 2; II 31, 2.
CORA: III 34, 3.
COREO, abuelo de Tirreno: I 27, 2.
CORETO, monte: I 14, 4.
CORINTIOS: I 51, 2.
CORINTO: III 46, 4.
CORNICULANOS: III 50, 5.
CORNÍCULO: III 50, 4.
CORNÍCULOS, montes: I 16, 5.
CÓRSULA: I 14, 4.
CORTONIA (Cortona): I 26, 1.
COTILE, variante de Cutilias: I 19, 3.
COTIS, hijo de Manes: I 27, 1.
CRASO, M. LICINIO: II 6, 4.
CRETA: I 18, 1.
CRETENSE: I 13, 2; II 23, 2.
CREÚSA, madre de Ascanio: III 31, 4.
CRIMISO, río: I 52, 1.
CRÍNACO, padre de Mácar: I 18, 1.

CRISA, mujer de Dárdano: I 61, 2; 62, 1; 68, 3.
CRONIA: I 34, 1.
CRONIDA: I 19, 3.
CRONOS (v. también SATURNO): I 34, 3, 4; 38, 1.
CROTONA (Cortona): I 20, 4; 26, 1; 28, 3.
CROTONA, en el sur de Italia: II 59, 1, 3.
CROTONIATAS: I 29, 3.
CRUSEO, tribu tracia: I 47, 6; 49, 4.
CRUSTUMERINOS: II 53, 2; III 49, 5 y sigs.; 50, 3.
CRUSTUMERIO: II 32, 2; 36, 1, 2; 53, 4; III 49, 4.
Cupris vicus: III 22, 8.
CURCIO, lago: II 42, 6.
CURCIO, METIO: II 42,2 y sigs.; 46, 3.
CURES: II 36, 3; 48, 1, 4; 49, 3; 58, 3.
CURETES: II 22, 2; 61, 2; 70, 3, 4, 5; 71, 3, 4.
CURETES, habitantes de Etolia: I 17, 3.
CURIACIO, padre de los trillizos albanos: III 13, 4.
CURIACIOS, familia albana: III 29, 7.
CURIACIOS, trillizos albanos: III 14, 1, 2; 15, 2, 3; 16, 2, 3; 17, 1, 4, 5; 18, 2, 3; 19, 1, 2, 3, 4, 5, 6; 20, 1, 2, 3, 4; 21, 3, 4, 6; 22, 1, 7, 9.
CUTILIAS: I 15, 1; 19, 2; II 49, 2.

DAÍCLES DE MESENE, vencedor olímpico: I 71, 5.
DAMASIAS, arconte: III 36, 1.
DAMASTES DE SIGEO, genealogista y geógrafo: I 72, 2.
DARDÁNIDAS: II 2, 3.
DÁRDANO, antepasado de Eneas: I 50, 3; 61, 1, 2, 4, 5; 62, 1; II 66, 5.
DÁRDANO, ciudad de la Tróade: I 46, 1; 47, 2; 60, 3.
DASCILÍTIDE, región de la Propóntide: I 47, 5.
DAUNIOS, habitantes de Apulia: I 37, 2.
DELFOS: I 18, 4; II 61, 2.
DELIOS: I 59, 3.
DELOS: I 50, 1.
DEMÁGORAS DE SAMOS, historiador: I 72, 1.
DEMARATO: III 46, 3 y sigs.; 47, 1; 50, 3.
DEMÉTER: I 12, 2; 61, 4.
DEUCALIÓN, hijo de Prometeo: I 17, 3.
DEXÁMENO, hijo de Heracles: I 50, 4.
DEYANIRA, mujer de Pelasgo: I 11, 2; 13, 1.
DIÁDOCOS, sucesores de Alejandro: I 2, 3.
DIANA: II 50, 3; III 43, 1.
DICTEO, monte: II 61, 2.
DIMAS, hijo de Dárdano: I 61, 2.
DIOMEDES: I 69, 2.
DIONISIO DE CALCIS, historiador: I 72, 6.
DIONISIO DE HALICARNASO, historiador: I 8, 4.
DIONISO: II 19, 2.
DIORICTO, lugar cerca de Léucade: I 50, 4.

DODONA: I 14, 5; 18, 2; 19, 3; 51, 1;55, 4.
DORIOS: I 28, 2; III 11, 2.
DRÉPANA: I 52, 1.

ECEO, rey del Peloponeso: I 11, 2; 12,.
ECEOS, nombre de los enotrios: I 12, 1.
EGERIA, ninfa: II 60, 5; 61, 1.
EGERIO, nombre dado a Tarquinio Arrunte: III 50, 3; 57, 3.
EGESTA (Segesta): I 52, 4; 53, 1.
EGESTO, hijo de Númitor: I 76, 2.
EGESTO, un sacerdote de Lavinio: I 67, 2.
EGESTO, un troyano: I 47, 2; 52, 1, 3; 53, 1.
EGIPTO: I 2, 4; 36, 3.
ELECTRA, hija de Atlas: I 50, 3; 61, 1.
ELEOS: I 34, 3; 89, 4.
ÉLIDE: I 34, 2, 3; II 1, 4; 2, 2.
ELIMA: I 52, 4.
ELIMIOS, pueblo en Sicilia: I 22, 3, 4; 53, 1; 63, 2.
ELIMO, un troyano: I 47, 2; 52, 1, 3; 53, 1.
ELIMO, montaña en Sicilia: I 53, 1.
ELIOS: I 7, 3.
EMATIÓN, padre de Romo: I 72, 6.
EMILIA, una vestal: II 68, 3 y sigs.
ENEA, ciudad en el Lacio: I 73, 3.
ENEA, ciudad en Tracia: I 49, 4.
ENÉADA, AFRODITA: I 50, 4; 53, 1.
ENEAS: I 43, 1; 45, 1, 3, 4; 46, 1, 2, 4; 47, 1, 3, 4, 5, 6; 48, 1, 2, 3; 49, 1, 2, 3; 50, 1, 2, 4; 51, 1, 2, 3; 52, 4; 53, 1, 2, 3, 4, 5; 54, 1; 55, 2, 3, 5; 56, 1, 2, 4; 57, 1, 4; 58, 1, 2; 59, 1, 3, 5; 60, 1, 3; 62, 1, 2; 64, 1, 3, 4, 5; 65, 1; 66, 1; 67, 1; 69,2, 4; 70, 1; 72, 1, 2; 73, 2, 3, 4; II 2, 2, 3; 5, 5; 66, 5; III 31, 4.
ENEAS, hijo de Silvio: I 71, 1.
ENIADAS, habitantes o ciudad en Acarnania: I 51, 2.
ENIALIO: II 48, 2 y sigs.; 50, 3.
ENNIO, poeta romano: I 34, 4.
ENOTRIA: I 12, 1, 2.
ENOTRIOS: I 12, 1, 2, 3; 13, 1, 2, 3; 22, 3, 5; 35, 1; 89, 1; II 1, 2; 35, 7.
ENOTRO, nieto de Pelasgo: I 11, 2, 3, 4; 12, 1; 13, 1; 60, 3; II 1, 2.
EPEOS, pueblo de Élide: I 34, 2, 3, 4; 42, 3; 60, 3; II 1, 4; 2, 2.
EPÍGONOS, hijos de los Diádocos: I 6, 1.
EPIRO: I 6, 1; 51, 1.
EQUICOLOS: II 72, 2.
EQUÍNADES, islas de Acarnania: I 51, 2.
ERATÓSTENES, científico griego: I 74, 2.
ERETO: III 32, 4; 59, 1.
ERICE, montaña: I 52, 4 (nota).
ERICTONIO, hijo de Dárdano: I 50, 3; 62, 1, 2.
ERINIAS: II 75, 2.
ERITÍA, isla: I 39,1; II 1,4.
ERITRAS, sibila de: I 55, 4.
ESCAMANDRIO, hijo de Héctor: I 47, 5.
ESCAMANDRO, abuelo de Tros: I 62, 2.
ESCILACIA, bahía: I 35, 1.

Espero, vencedor olímpico: III 36, 1.
Esparta: II 49, 4; III 11, 2.
Espartanos: II 17, 1, 2; 24, 6.
Espina: I 18, 5.
Espines: I 28, 3.
Espinética, boca del Po: I 18, 3.
Esquilino, colina: II 37, 5.
Esquilo, poeta trágico: I 41, 3.
Estratón, jefe de los sículos: I 22, 5.
Etolios: I 17, 3; 51, 2.
Etruria (v. también Tirrenia): I 30, 3.
Eubea: I 18, 1.
Eumedes, antepasado de Eneas: I 62, 2.
Eunomo, sobrino de Licurgo: II 49, 4.
Euríbates, vencedor olímpico: III 1, 3.
Eurileón, antiguo nombre de Ascanio o su hermano: I 65, 1; 72, 1.
Euristeo, rey de Micenas: I 39, 1.
Europa: I 2, 2, 4; 13, 2; 36, 2; 47, 6; 55, 1.
Euxeno, mitógrafo: I 34, 4.
Euxino, mar: I 3, 2.
Evandro: I 31, 1; 32, 1, 2; 40, 2; 42, 3; 43, 1; 60, 3; 79, 8; 80, 1; 84, 3; 89, 2; II 1, 3.

Fabio Máximo Serviliano, Q., historiador: I 7, 3.
Fabio Píctor, Q., analista: I 6, 2; 74, 1; 79, 4; 80, 3; 83, 3; II 38, 3; 39, 1; 40, 2.
Falerios: I 21, 1, 2.
Falerno: I 37, 2; 66, 3.
Fanodemo, historiador: I 61, 5.
Fauno, rey de los aborígenes: I 31, 2; 42, 3; 43, 1; 44, 3.
Faustino, hermano de Fáustulo: I 84, 3.
Fáustulo, padre adoptivo de Rómulo y Remo: I 79, 9; 80, 3 y sigs.; 82, 2 y sigs.; 83; 84, 2 y sigs.; 87, 2.
Fe Pública: II 75, 2.
Febo: I 19, 3.
Feneatas: I 34, 2; 60, 3.
Feneo: I 42, 3.
Ferécides de Atenas: I 31, 1.
Ferentino: III 34, 3; 51, 3.
Feronia, diosa: II, 49, 5; III 32, 1.
Fescenio: I 21, 1.
Ficana: III 38, 3.
Ficanenses: III 38, 4.
Ficulea: I 16, 5.
Ficulenses: III 51, 2.
Fidenas: II 53, 2 y sigs.; 54, 3 y sigs.; 55; III 6, 2, 3; 7, 1; 8, 1; 23, 1, 5; 25, 4; 27, 1; 31, 5, 6; 39, 3; 40, 1; 41, 2; 50, 8; 55, 3; 57, 2, 3, 4; 58, 3.
Fidenates: II 53, 2 y sigs.; 72, 3; III 6, 1; 7, 7; 9, 1; 23, 5, 9, 11, 12, 13; 24, 1, 2, 3, 4; 25, 1, 3; 26, 1, 2, 5, 6; 28, 1; 31, 5; 39, 3, 4; 40, 2, 3; 58, 4.
Filisto de Siracusa, historiador: I 22, 4.
Fócide: I 18, 1.
Foro Boario: I 40, 6.
Foro Popilio: I 21, 4.
Foro Romano: I 68, 1; 87, 2; II 27, 3; 29, 1; 50, 2; 63, 3; 66, 1; 70, 2; III 1, 2; 22, 9; 36, 4; 67, 4; 71, 2, 5; 72, 6, 7.

FORONEO, padre de Níobe: I 11, 2; 17, 3.
FORONIA, ciudad del Lacio: II 49, 5.
FORONIA, diosa: II 49, 5.
FRÁSTOR, hijo de Pelasgo: I 28, 3.
FRIGIA: I 48, 4; 53, 5; 54, 2; 61, 4.
FRIGIOS: I 29, 1; 47, 5; 48, 2; II 19, 4.
FTÍO, hermano de Pelasgo: I 17, 3.
FTIÓTIDE, región de Tesalia: I 17, 3.
FUFECIO, METIO: III 5, 3; 7, 1; 8, 1; 9, 1, 3, 5; 10, 1, 3; 11, 1, 3, 5, 8, 10; 12, 2, 3; 13, 3, 4; 15, 1, 3; 16, 1, 2; 17, 2, 6; 18, 2; 22, 2; 23, 2, 3, 5, 6; 24, 2; 25, 1; 26, 1, 2, 3, 4, 5; 27, 2, 3; 28, 6; 29, 1, 7; 30, 1, 2, 4, 5, 7.

GABIOS: I 84, 5.
GALIA: I 10, 3.
GEA: I 27, 1.
GEGANIOS, familia albana: III 29, 7.
GELIO, CNEO: II 31, 1; 72, 2; 76, 5.
GELIOS: I 7, 3.
GERIÓN: I 35, 2; 39, 1; 41, 3.
GRACO, CAYO, tribuno: II 11, 3.
GRANDES DIOSES: I 50, 4; 68, 3; 69, 2, 4; II 22, 2.
GRECIA: I 3, 2; 11, 3; 13, 2; 18, 1; 23, 1; 24, 4; 25, 5; 28, 4; 31, 3; 47, 5; II 17, 2, 3; 22, 2; 26, 3; 72, 3; III 46, 3.
GRIEGOS, *passim.*

HALIA, antepasado de Tirreno: I 27,1.
HÉCTOR: I 47, 5.
HEGESIANACTE DE ALEJANDRÍA, historiador: I 49, 1.
HEGESIPO DE MECIBERNA, historiador: I 49, 1.
HELÁNICO DE LESBOS, historiador: I 22, 3; 28, 3, 4; 35, 2, 3; 48, 1.
HÉLENO: I 51, 1.
HELESPONTO: I 18, 1; 29, 3; 47, 6; 61, 4; 63, 2.
HEMONIA, nombre de Tesalia: I 17, 3; 60, 3; II 1, 3.
HENIÓQUIDES, arconte: III 46, 1.
HERA (v. también JUNO): I 25, 4.
HERACLES: I 28, 1; 50, 4.
HÉRCULES: I 32, 1; 34, 1, 2, 4, 5; 35, 2, 3; 38, 2, 4; 39, 1, 2, 3, 4; 40, 1, 2, 3, 6; 41, 1, 3; 42, 1, 2, 3, 4; 43, 1; 44, 1, 2, 3; 60, 3; 89, 2; II 1, 4.
HÉRCULES, columnas de: I 3, 3.
HERMES: I 31, 1; 61, 3; II 1, 3.
HERÓDOTO, historiador: I 27, 3, 4; 29, 3.
HERSILIA, mujer sabina: II 45, 2 y sigs.
HERSILIO: III 1, 2.
HESPERIA, nombre griego de Italia: I 35, 3; 49, 2.
HESTIA: II 65, 4.
HESTIEÓTIDE, región de Tesalia: I 18, 1.
HIEROMNEME, madre de Anquises: I 62, 2.
HIPOCRATÍA, fiesta arcadia: I 33, 2.
HOMERO: I 46, 1; 53, 4; II 12, 4.
HORACIO, padre de los trillizos romanos: III 13, 4; 17, 1, 2, 3, 5; 21, 6, 7, 8, 9, 10; 22, 4, 5, 6.
HORACIO, pilar: III 22, 9.
HORACIO, superviviente de los tri-

llizos: III 20, 1, 2, 3, 4; 21, 1, 2, 3, 4, 5, 6; 22, 3, 4, 5, 6, 7; 27, 1; 30, 4; 31, 1.
Horacios, trillizos romanos: III 14, 1, 2; 15, 2, 3; 16, 1, 2; 17, 1, 5, 6; 18, 1, 2, 3; 19, 1, 2, 3, 4, 5, 6; 21, 3, 5, 6; 22, 1, 10.
Hostilio, abuelo de Tulo Hostilio: III 1, 2.
Hostilio, Tulo: I 66, 2; 75, 2; II 23, 6; 70, 1; III 1, 1, 3, 4, 5; 3, 1, 2, 6; 7, 5, 6; 8, 5; 9, 1; 10, 1, 3; 11, 1; 12, 1, 2; 13, 4; 14, 1; 15, 1; 16, 1; 17, 1, 2, 5, 6; 18, 1, 2; 22, 2, 4, 6; 23, 1, 2, 3, 5, 7, 14; 24, 2, 3, 4, 5; 25, 2, 5; 26, 1, 2, 3, 4, 6; 27, 2, 3; 29, 1; 30, 1, 3, 5, 7; 31, 3, 5, 6; 32, 4, 6; 33, 3, 4; 35, 1, 3, 4, 5; 36, 1, 2; 37, 3; 40, 4.

Iberia: I 34, 1; 41, 2; 44, 1; II 17, 3.
Ibérico: I 22, 2.
Íberos: I 89, 3.
Ida, diosa del: II 19, 3.
Ida, montaña: I 46, 3; 47, 1; 48, 2; 55, 4; 61, 4.
Ideo, hijo de Dárdano: I 61, 2, 4.
Ilia (Rea Silvia): I 76, 3; 77, 1; 79, 2, 3, 4, 9; 84, 2.
Ilión (v. también Troya): I 34, 2; 46, 1; 47, 2; 48, 3; 54, 2; 60, 3; 63, 1; 69, 1, 2, 3.
Inaco, río: I 25, 4.
Isa, isla: I 14, 4.
Iságoras, arconte ateniense: I 74, 6.
Italia: I *passim;* II 1, 1, 4; 2, 2; 15, 3; 17, 3; III 46, 3.
Italo, antiguo rey de Italia: I 12, 3; 22, 4; 35, 1; 72, 6; 73, 4.
Italos o italiotas: I 12, 3.

Janículo: I 73, 3; II 76, 6; III 45, 1; 47, 3.
Jano Curiacio: III 22, 7.
Janto de Lidia, historiador: I 28, 2.
Jenágoras, historiador: I 72, 5.
Jerónimo de Cardia, historiador: I 6, 1; 7, 1.
Jipeteo, demo ático: I 61, 5.
Jónico, golfo: I 10, 1; 11, 2, 3; 13, 1; 18, 3, 4; 28, 3; 51, 2.
Jonios: I 25, 5; 28, 2.
Julio, un romano: II 63, 3, 4.
Julio César: I 70, 4 nota.
Julios, familia albana: III 29, 7.
Julios, familia romana: I 70, 4.
Julo, hijo de Ascanio: I 70, 3, 4.
Juno: I 21, 2; 51, 3; II 50, 3; III 22, 7; 69, 1.
Júpiter: I 23, 5; 36, 1; 39, 4; 40, 2; 65, 2; II 5, 1, 5; 19, 1; 72, 6; III 69, 1; 70, 1; Subterráneo: II 10, 3; Feretrio II 34, 4; Fidio II 49, 2; *Stator* II 50, 3; *Terminalis* II 74, 2; v. también *Zeus.*
Juventud: III 69, 5.

Lacedemonios: I 3, 2; II 13, 4; 14, 2; 23, 3; 28, 2; 49, 4.
Laoconte: I 48, 2.
Laomedonte, rey de Troya: I 34, 2; 52, 2.
Larisa, ciudad de Campania: I 21, 3, 4.
Larisa, madre de Pelasgo: I 17, 3.

LATINIO, lugar en la costa de Italia: I 72, 3.
LATINO, rey de los aborígenes: I 9, 3; 43, 1, 2; 44, 3; 57, 2, 4; 58, 1, 5; 58, 3; 60, 1; 64, 1, 2, 3; 70, 1, 2; 72, 5, 6; 73, 2.
LATINO, rey albano: I 71, 1; II 2, 2.
LATINOS: I 9, 3; 29, 2; 45, 2; 60, 2; 64, 5; 65, 1, 2, 4, 5; 66, 1; 70, 3; 73, 3; 87, 3; II 2, 2; III 10, 3, 4; 11, 5, 9; 21, 4; 23,18; 31, 4; 32, 1; 33, 1, 2, 3; 34, 1, 3, 5; 37, 2, 4; 38, 1, 2, 3, 4; 39, 1; 49, 1 y sigs.; 50, 1 y sigs.; 51, 1 y sigs.; 52, 1 y sigs.; 53, 1 y sigs.; 54, 1 y sigs.; 57, 3; 65, 4, 6; 66, 1.
LAURENCIA, mujer de Fáustulo: I 84, 4; 87, 3.
LAURENTO: I 45, 1; 53, 3; 55, 1; 63, 3.
LAURETO: III 43, 1.
LAUSO, hijo de Mecencio: I 65, 3.
LAVINIA, hija de Anio: I 59, 3.
LAVINIA, hija de Evandro: I 32, 1; 43, 1.
LAVINIA, hija de Latino: I 59, 3; 60, 1; 64, 1, 2; 70, 1, 2.
LAVINIO: I 45, 1, 2; 59, 3, 4; 63, 1, 3; 64, 4; 65, 1, 5; 66, 1; 67, 1, 2, 4; II 51,3; 52, 3; III 34, 3.
LAVINIOS: I 57, 1; 59, 5; II 51, 1; III 11, 2, 3.
LÉLEGES: I 10, 2; 17, 3.
LEMNOS: I 25, 3.
LEÓSTRATO, arconte: III 1, 3.
LESBOS: I 18, 1.
LÉUCADE: I 50, 4; 51, 2.
LEUCARIA, hija de Latino: I 72, 6.
LEUCOSIA, isla: I 53, 2.
LEUCTRA, batalla de: II 17, 2.
LIBIA: I 2, 4; 36, 3.
LICAÓN, padre de Deyanira: I 11, 2.
LICAÓN, padre de Enotro: I 11, 2, 3; 12, 1; 13, 1; II 1, 2.
LICAÓN, padre de Palas: I 33, 1.
LICAONIA: II 1, 2.
LICAONIOS, nombre de los enotrios: I 12, 1.
LICINIO: v. MACER.
LICINIO CRASO: v. CRASO, M. LICINIO.
LICURGO: II 23, 3; 49, 4; 61, 2.
LIDIA: I 27, 2; III 61, 1.
LIDIOS: I 27, 1; 28, 2; 30, 1; II 71, 4.
LIDO, rey de Lidia: I 27, 2, 4; 28, 2.
LIGURES: I 10, 3; 13, 4; 22, 2, 4, 5; 40, 3; 41, 3; 89, 3.
LIGURIA: I 12, 2.
LIRIS, río: I 9, 2.
LISTA: I 14, 6.
LISTINA: I 14, 5.
LOCRIOS: I 17, 3.
LUCUMÓN, un etrusco: II 37, 2, 5; 42, 2; 43, 2.
LUCUMÓN, nombre de L. Tarquinio Prisco: III 46, 5; 47, 1 y sigs.; 48, 1 y sigs.
LUNA, diosa: II 50, 3.
LUPA, sobrenombre de Laurencia: I 84, 4.
LUPERCAL, gruta: I 32, 3; 80, 1.
LUPERCALES, festival: I 80. 1.

MÁCAR: I 81, 1.
MACEDONIA: I 3, 2, 5; II 17, 3.
MACEDÓNICO: I 2, 3; 4, 1; 49, 4.

MACEDONIOS: I 90, 1; II 17, 2.
MÁCER, C. LICINIO, orador y analista: I 7, 3; II 52, 4.
MACIENE: I 14, 5.
MADRE DE LOS DIOSES (Cibeles): I 61, 4; II 19, 4.
MALEA, cabo: I 72, 3.
MALIO: I 19, 3.
MAMURIO, un artesano: II 71, 2.
MANES, rey de Meonia: I 27, 1, 3.
MARCIO, ANCO: I 75, 2; II 76, 5; III 35, 2, 3, 4; 36, 1, 2, 4; 37, 3, 4; 38, 1, 2, 4; 39, 3, 4; 40, 1, 3, 4; 41, 1 y sigs.; 42, 1 y sigs.; 43, 1 y sigs.; 44,1 y sigs.; 45, 1 y sigs.; 48, 1 y sigs.; 49, 1, 2; 72, 1, 4.
MARSIOS: I 89, 3.
MARTE: I 14, 2, 5; 31, 2; 77, 1; II 2, 3; 48, 2; 56, 2.
MARUVIO: I 14, 4.
MECENCIO, rey etrusco: I 64, 4; 65, 3, 5; II 5, 5.
MEDOS: I 2, 2.
MEDULIA: II 36, 2; III 1, 2; 34, 5; 38, 2, 3.
MÉFULA: I 14, 3.
MELAN, golfo: I 61, 3.
MENÉCRATES DE JANTOS, historiador: I 48, 3.
MENIPA, mujer de Pelasgo: I 28, 3.
MEONIA, nombre de Lidia: I 27, 1.
MEONIOS: I 27, 3; 28, 2.
MESAPIOS: I 37, 2.
METELO, L. CECILIO, cónsul: II 66, 4.
METILIOS, familia albana: III 29, 7.
METIO FUFECIO: v. FUFECIO.
MINERVA: I 51, 3; III 69, 1, 5.
MINOS, rey de Creta: II 61, 2.
MINTURNAS: I 9, 2.
MÍRSILO DE LESBOS, historiador: I 23, 5; 28, 4.
MISCELO, fundador de Crotona: II 59, 3.
MISENO, compañero de Eneas: I 53, 3.
MODIO FABIDIO: II 48, 3.
MOLOSOS: I 72, 2.
MORGES, rey de Italia: I 12, 3; 73, 4.
MORGETES, nombre de los enotrios: I 12, 3.
MOSINECOS: I 26, 2.

NANAS, descendiente de Pelasgo: I 28, 3.
NAPETINA, bahía: I 35, 1.
NEÁPOLIS: I 44, 1.
NÉMESIS: II 75, 2.
NEOPTÓLEMO: I 46, 4; 47, 5.
NEPTUNO (v. también POSEIDÓN): I 33, 2; II 30, 3, 4; 31, 3.
NERÓN, TI. CLAUDIO: I 3, 4.
NESOS, lugar en Arcadia: I 49, 1, 2.
NEVIO, ATIO, augur: III 70, 1 y sigs.; 71, 1 y sigs.; 72, 3 y sigs.
NÍOBE: I 11, 2; 17, 3.
NOMENTANOS: III 50, 1, 3.
NOMENTO: II 53, 4.
NUMA POMPILIO: I 75, 2; II 23, 6; 27, 4; 58, 2; 59, 1 y sigs.; 60, 1 y sigs.; 61, 1 y sigs.; 62, 1 y sigs.; 63, 1 y sigs.; 64, 1 y sigs.; 65, 1 y sigs.; 71, 1 y sigs.; 72, 1 y sigs.; 73, 1 y sigs.; 74, 1 y sigs.; 75, 1 y sigs.; 76, 1 y sigs.; III 1, 1, 4; 6, 1; 35, 3; 36, 2, 3, 4.

NUMICIO, río: I 64, 5.
NÚMITOR, abuelo de Rómulo y Remo: I 71, 4, 5; 76, 1, 2, 3, 4; 78, 3, 4; 79, 12, 13; 80, 1, 4; 81, 2 y sigs.; 82, 1 y sigs.; 83, 3; 84, 2, 3, 6, 7; 85, 1 y sigs.; II 30, 2.

OCÉANO: I 17, 3; 25, 4; 27, 1.
OFRINIO: I 46, 1; 47, 2.
OLIMPO: I 18, 1.
ONFALE, madre de Tirreno: I 28, 1.
ÓPICOS: I 22, 5; 53, 3; 72, 3; 89, 3.
OPS (Rea): III 32, 4 nota.
ORCÓMENO: I 49, 1.
ORVINIO: I 14, 3.
OSA, montaña: I 18, 1.
OSTIA: I 9, 2; III 44, 4.

PALACIO, ciudad de los aborígenes: I 14, 2.
PALACIO, corrupción de Palanteo: I 31, 4.
PALADIO, estatua de Palas: II 66, 5.
PALANCIO: I 31, 1; 60, 3; II 1, 3.
PALANTE, hijo de Hércules: I 32, 1, 2; 43, 1, 2.
PALANTE, hijo de Licaón: I 33, 1.
PALANTE, padre de Crisa: I 61, 2; 62, 1; 68, 3.
PALANTEO: I 31, 4; 32, 1; 34, 1; 39, 1; 40, 1; 45, 3; II 1, 3, 4.
PALATINO, colina: I 79, 5, 8, 9, 11, 12; 80, 1; 84, 3, 4, 5; 85, 4, 6; 86, 2, 4; 87, 3; 89, 2; II 37, 1; 50, 1, 3; 66, 1; 70, 1; III 43, 1; 68, 1.
PALENE: I 47, 6; 49, 1, 4; 50, 1; 54, 2.
PALINURO, puesto de: I 53, 2.
PALLADIA, estatuas de Palas: I 68, 3, 4; 69, 2, 3, 4.
PAN: I 32, 3; 38, 1; 79, 8; 80, 1.
PANATENEAS (Quincuatres): II 70, 2.
PANFILIO, mar: I 3, 2.
PAPIRIO, C., cónsul: II 25, 7.
PAPIRIO, C., pontífice: III 36, 4.
PARILES, festival: I 88, 3.
PARNASO: I 17, 3.
PARTOS: II 6, 4.
PATRÓN DE TIRIO: I 51, 2.
PELARGIKÓN: I 28, 4.
PELASGIÓTIDE: I 17, 3.
PELASGO, hijo de Poseidón: I 17, 3.
PELASGO, hijo de Zeus y Níobe: I 11, 2; 13, 1; 17, 2, 3.
PELASGO, padre de Frástor: I 28, 3.
PELASGOS: I 9, 2; 13, 2; 17, 1, 2; 18, 5; 19, 1, 2; 20, 1, 2, 4, 5; 21, 1; 22, 1, 5; 23, 1, 5; 24, 4; 25, 2, 3, 4; 26, 1, 2; 28, 1, 3; 29, 1, 3; 30, 1, 5; 33, 5; 44, 2; 60, 3; 89, 2; II 1, 3; 2, 2; 22, 2; 49, 2; III 58, 1.
PELOPONESIOS: I 34, 2; 44, 2; 45, 3; 60, 3; 89, 2.
PELOPONESO: I 3, 2; 11, 2, 3; 17, 2, 3; 21, 3; 25, 5; 50, 1, 2; 60, 3; 61, 1, 2; 68, 3.
PENATES: I 67, 3; 68, 1.
PENEO, suegro de Pelasgo: I 28, 3.
PÉRGAMO, ciudadela de Troya: I 46, 1.
PERSAS: I 2, 2, 3.
PERSÉFONE: II 19, 2; III 32, 1.
PERSIA: III 61, 1.

PEUCECIO, hermano de Enotro: I 11, 3, 4; 13, 1.
PEUCECIOS: I 11, 4; 13, 1.
PINARIA, vestal: III 67, 3.
PINARIO, PUBLIO, padre de la vestal: III 67, 3.
PINARIOS, familia romana: I 40, 4.
PIRGIÓN, arconte ateniense: I 74, 4.
PIRRO, rey de Epiro: I 6, 1.
PISA: I 34, 3, 4.
PISAS: I 20, 5.
PISÓN, Cn. CALPURNIO: I 3, 4.
PISÓN FRUGI, L. CALPURNIO: I 79, 4; II 38, 3; 39, 1; 40, 1, 2, 3.
PÍTACO: II 26, 2.
PITÁGORAS, vencedor olímpico: II 58, 3.
PITÁGORAS DE SAMOS: II 59, 1 y sigs.
PÍTICOS, oráculos: I 49, 3.
PLACIANOS: I 29, 3.
PLÉYADES, constelación: I 61, 1.
PO: I 18, 3.
POLIBIO, historiador: I 6, 1; 7, 1; 32, 1; 74, 3.
POLITORIO: III 37, 4; 38, 1; 43, 2.
POMPEYA: I 44, 1.
POMPO POMPILIO, padre de Numa Pompilio: II 58, 2.
POMPONIO, M., cónsul: II 25, 7.
POMPTINAS, llanuras: II 49, 5.
PORTUS VENERIS: I 51, 3 nota.
POSEIDÓN: I 17, 3; 53, 5; II 31, 2.
POSIDONIA: I 73, 4; II 1, 2.
POTICIOS, familia romana: I 40, 4.
POTITO, L. VALERIO, cónsul: I 74, 5.
PRÍAMO: I 48, 3, 4; 52, 3; III 31, 4.
PRISCOS, latinos: I 45, 2.
PRITANEO: II 65, 4.
PROCA, rey albano: I 71, 4.
PROMETEO: I 17, 3; 41, 3.
PRÓQUITA, isla: I 53, 3.
PUBLICIO, ANCO: III 34, 3.
PUERTA CARMENTAL: I 32, 2.
PUERTA COLINA: II 67, 4.
PUERTA MUGONIA: II 50, 3.
PUERTA TRIGÉMINA: I 32, 2; 39, 4.
PÚNICAS, GUERRAS: I 4, 1; 6, 2; 8, 2; II 66, 3.

QUERONEA, batalla de: II 17, 2.
QUINTILIOS, familia albana: III 29, 7.
QUIRINAL, colina: II 37, 5; 38, 1; 50, 1; 62, 5; 70, 1.
QUIRINO, nombre de Enialio: II 48, 2.
QUIRINO, Rómulo deificado: II 63, 3, 4.
QUIRITES: II 46, 2.
QUIRITIS, sobrenombre de Juno: II 50, 3.

RASENNA, caudillo etrusco: I 30, 3.
REA (Ops): II 50, 3; III 32, 4.
REA SILVIA: v. ILIA.
REATE: I 14, 2, 4, 5; 15, 1; II 48, 1; 49, 1, 2, 3.
REATINO, territorio: I 14, 1.
REATINOS: I 14, 6.
REMO: I 71, 5; 73, 2, 3; 79, 10, 12, 14; 80, 1 y sigs.; 81, 2 y sigs.; 82, 1 y sigs.; 85, 4 y sigs.; 87, 1 y sigs.; II 2, 3, 4.
REMORIA, colina: I 85, 6; 86, 2; 87, 3.
RENA, ninfa: I 61, 3.

ROMA, mujer troyana: I 72, 5.
ROMA *passim*, y especialmente Fundación: I 85, 1 y sigs.; 88, 1 y sigs.; 89, 1 y sigs.; *Roma Quadrata*: II 65, 3; otras referencias: II 1, 1, 3; 15, 4; 16, 1, 2; 17, 3; 25, 7; 30, 2.
ROMANOS: *passim*.
ROMO: I 72, 1, 5, 6.
RÓMULO, hijo de Eneas: I 49, 2; 72, 1; 73, 2, 3.
RÓMULO, hijo de Latino: I 72, 5.
Rómulo, hijo de Rea Silvia: I 9, 4; 45, 3; 71, 5; 75, 1, 3; 79, 10, 11, 12, 13; del 80 al 82; 85, 4 y sigs.; del 86 al 88; II 2, 3 4; 3, 1; 4, 1, 2; del 6 al 18; del 21 al 23; del 25 al 37; 42, 1 y sigs.; 43, 1 y sigs.; 46, 1 y sigs.; del 50 al 56; 62, 1 y sigs.; 63, 3, 4; 65, 1 y sigs.; III 41, 3; 49, 4; 61, 3; 71, 1.
RUSELAS: III 51, 4.
RÚTULOS: I 43, 2; 57, 2; 59, 2; 64, 2, 4.

SABINOS: I 14, 6; 37, 2; II 32, 1; 36, 3; del 37 al 45; 49, 1 y sigs.; 51, 3; 62, 1; 70, 1; III 1, 2; 9, 6, 10, 4; 28, 4; 32, 1, 2, 4, 6; 33, 1, 3, 4; 40, 3, 4, 5; 42, 1 y sigs.; 51, 3, 4; 52, 1, 2; 55, 1 y sigs.; 56, 2 y sigs.; 57, 1; 59, 1; 63, 1 y sigs.; 64, 1 y sigs.; 65, 1 y sigs.; 66, 2; 69, 1.
SABO: II 49, 2.
SALENTINO, promontorio: I 51, 3.
SAMNITAS: I 89, 3.
SAMÓN, hijo de Hermes: I 61, 3.
SAMOTRACIA: I 61, 3; 68, 2; II 66, 5.
SAMOTRACIOS: I 68, 3; 69, 4.
SANCO, divinidad sabina: II 49, 2.
SARDINIA: II 17, 3.
SÁTIRO, mitógrafo: I 68, 2.
SATURNIA, antiguo nombre del Capitolio: I 34, 1, 5; 38, 2; 44, 2; 85, 4; 89, 2; II 1, 4.
SATURNIA, ciudad de Etruria: I 20, 5.
SATURNIA, ciudad fundada en el Capitolio: I 45, 3.
SATURNIA, nombre de Italia: I 18, 2; 19, 3; 34, 5; 35, 3.
SATURNO (v. también CRONOS): I 34, 5; 36, 1; 38, 1, 2; II 19, 1; 50, 3; III 32, 4.
SEGESTA: I 52, 4 nota.
SEMPRONIO, C.: v. TUDITANO.
SERVILIOS, familia albana: III 29, 7.
SERVIO TULIO: v. TULIO.
SIBILA DE ERITRAS: I 55, 4.
SIBILINOS, Oráculos: I 34, 5; III 67, 3.
SICANIA, nombre de Sicilia: I 22, 2.
SICANIOS: I 22, 2; 52, 1.
SICILIA: I 12, 2; 22, 2, 3, 5; 35, 2; 44, 1; 51, 2; 52, 1, 3; 53, 1, 2; 54, 2; 63, 2; II 17, 3; 66, 3, 4.
SICINIO, un albano: III 13, 4.
SÍCULO, rey de Italia: I 12, 3; 22, 3, 4; 73, 4.
SÍCULOS: I 9, 1, 2; 12, 3; 16, 1, 4, 5; 17, 1; 19, 3; 20, 2, 4, 5; 21, 1, 2; 22, 1, 2, 3, 4, 5; 52, 3; 60, 3; II 1, 1; 35, 7.
SIETE AGUAS, lago: I 14, 4.
SIETE DISTRITOS: II 55, 5.
SILENO, historiador: I 6, 1.

SILVIA, REA: v. ILIA.
SILVIO, hijo de Eneas: I 70, 1, 2, 3, 4; 71, 1.
SÓFOCLES, poeta trágico: I 12, 2; 25, 4; 48, 2.
SOL, dios: I 55, 2; II 50, 3.
SOLÓN: II 26, 2.
SOLONIO: II 37, 2.
SUÉSBULA: I 14, 2.
SUNA: I 14, 2, 3.

TACIO, Tito: II 36, 3; del 38 al 41; 46, 2; 48, 1; del 50 al 52; 53, 1; 62, 2.
TALO TIRANIO: II 46, 3.
TANAQUIL, mujer de Tarquinio Prisco: III 47, 4.
TARENTO: I 73, 4; II 1, 2.
TARGELIÓN, mes ático: I 63, 1.
TARPEYA, colina: III 69, 4.
TARPEYA, muchacha romana: II 38, 2 y sigs.; 39, 1 y sigs.; 40, 1 y sigs.
TARQUINIO ARRUNTE: III 50, 3 y sigs.
TARQUINIO COLATINO, L.: I 74, 4.
TARQUINIO PRISCO: I 75, 2; III 39, 2; 40, 4; 41, 4; 46, 1 y sigs.; 48, 2 y sigs.; del 49 al 73.
TARQUINIO EL SOBERBIO: I 75, 2; III 69, 2.
TARQUINIOS: III 46, 5.
TÁRTARO: II 19, 1.
TAUMASIO, montaña: I 61, 1.
TEBANOS: I 3, 2; II 17, 1, 2.
TÉLEFO, padre de Tirreno: I 28, 1.
TELÉGONO, hijo de Latino y Roma: I 72, 5.
TELENAS: I 16, 5; III 38, 2; 43, 2.
TEMIS, diosa: II 75, 2.
TEMIS, ninfa madre de Evandro: I 31, 1, 3; 32, 3; 40, 2; II 1, 3.
TEOPOMPO, historiador: I 1, 1.
TERMINALES, fiesta: II 74, 3.
TÉRMINO, dios: III 69, 5.
TESALIA: I 17, 1, 3; 60, 3; 89, 2; II 1, 3.
TESALIOS: II 9, 2.
TESALÓNICA: I 49, 4.
TESTRUNA: II 49, 2.
TÉUCRIDE, nombre de la Tróade: I 61, 4.
TEUCRO, rey de la Tróade: I 61, 4, 5; 62, 1.
TEUTÁMIDES, descendiente de Pelasgo: I 28, 3.
THYOSCOI, antigua forma de *tusci*: I 30, 3.
TÍBER: I 9, 2; 28, 1; 31, 3; 38, 2, 3; 45, 1; 79, 5; 85, 6; II 1, 1; 55, 2, 5, 6; 69, 2; 76, 6; III 25, 4; 41, 2; 44, 1 y sigs.; 45, 1, 2; 55, 3; 57, 2; 67, 5.
TIBERINO, rey albano: I 71, 2.
TÍBUR: I 16, 5.
TILO, antepasado de Tirreno: I 27, 1.
TIMEO DE TAUROMENIO, historiador: I 6, 1; 7, 1; 67, 4; 74, 1.
TIORA: I 14, 5.
TIRRENIA: I 25, 5; 28, 2, 3; 37, 2; II 36, 2; III 47, 3.
TIRRENO, hijo de Atis: I 27, 1, 2, 3.
TIRRENO, hijo de Heracles y Onfale: I 28, 1, 2.
TIRRENO, hijo de Télefo: I 28, 1, 2.
TIRRENO, jefe de los rútulos: I 64, 2, 3.
TIRRENO, mar: I 9, 2; 10, 1; 12, 2;

45, 1; 53, 2; 63, 3; 72, 3; II 1, 1; 49, 3; III 44, 1.
TIRRENO, un porquero: I 70, 2.
TIRRENOS: I 11, 4; 20, 5; 23, 5; 25, 1, 2, 3, 4; 26, 2; 28, 1, 3, 4; 29, 1, 2, 3; 30,1, 4; 64, 4; 65, 2, 3; 89, 3; II 5, 2, 5; 22, 2; 37, 2; 38, 3; 54, 3; III 9, 6; 10, 4; 26, 6; 28, 4; 46, 3, 5; 48, 2; 51, 3, 4; 52, 1; 53, 1, 2; 56, 4; 57, 1 y sigs.; 58, 1, 3; 59, 1 y sigs.; 60, 1 y sigs.; 62, 2; 63, 1; 65, 4, 5; 66, 1, 3; 70, 4, 5.
TORCUATO, MANLIO, cónsul: II 26, 6 nota.
TORCUATO, MANLIO, hijo del anterior: II 26, 6.
TOREBIOS: I 28, 2.
TOREBO, hermano de Lido: I 28, 2.
TRACIA: I 2, 4; 49, 1, 4; 61, 3; 63, 2; 68, 3.
TRACIO: I 47, 6.
TRÍBULA: I 14, 2.
TRINACRIA, nombre de Sicilia: I 22, 2.
TRIPTÓLEMO: I 12, 2.
TRÓADE: I 47, 4; 61, 4; II 66, 5.
TROS, antepasado de Eneas: I 62, 2.
TROYA: I 9, 3, 4; 11, 2; 22, 3, 4, 5; 26, 1; 28, 1; 45, 1, 3; 46, 1; 47, 5; 48, 4; 52, 1, 3; 53, 4; 63, 1, 3; 64, 1; 65, 1; 67, 1; 72, 1, 3, 4; 73, 3, 5; 74, 2; 89, 2; II 2, 1, 2, 3; 65, 2.
TROYA, colina: I 51, 1.
TROYA, lugar cerca de Laurento: I 53, 3.
TROYANOS: I 29, 1; 34, 2; 42, 3; 45, 1; 46, 1; 47, 2; 49, 1, 3; 50, 1; 51, 1; 52, 2, 3; 53, 1, 4, 5; 55, 1, 2; 56, 4, 5; 57, 1, 2; 58, 2; 59, 1, 2, 3, 4; 60, 1, 3; 61, 1; 62, 2; 63, 2; 64, 1; 65, 1; 68, 1; 69, 4; 72, 2, 5; 73, 4; 85, 2; II 2, 2; 66, 5.
TUBERÓN, L. ELIO, historiador: I 7, 3 nota.
TUBERÓN, Q. ELIO, jurista e historiador: I 7, 3 (nota); 80, 1.
TUCIA, una vestal: II 69, 1 y sigs.
TUCÍDIDES, historiador: I 22, 5; 25, 3.
TUDITANO, C. SEMPRONIO: I 11, 1; 13, 2.
TULIO, SERVIO: I 75, 2; III 65, 6; 72, 7.
TURNO: v. TIRRENO.
TUSCI, nombre romano para tirrenos: I 30, 3.

ULISES: I 69, 2; 72, 2, 5.
UMBRÍA: I 26, 1.
UMBROS: I 10, 3; 13, 3, 4; 16, 1; 19, 1; 20, 4; 22, 5; 27, 4; 29, 2; 89, 3; II 49, 1.
URANO: II 19, 1.

VALERIO ANCIAS: v. ANCIAS.
VARRÓN, M. TERENCIO: I 14, 1; II 21, 2; 47, 4; 48, 4.
VECILIO, ESPURIO: III 34, 3.
VELIA, lugar en Roma: I 68, 1.
VELIA, tierras pantanosas: I 20, 2.
VELITRAS: III 41, 5.
VENUS, puerto de: I 51, 3.
VESTA: I 69, 4; 76, 3, 4; II 50, 3; 64, 5; 65, 4; 66, 3; 68, 2; III 67, 2.
VETULONIA: III 51, 4.

VEYENTES: II 55, 2 y sigs.; III 6, 1; 7, 7; 9, 1; 23, 1, 9, 11, 13; 24, 2; 25, 3, 5; 26,4; 41, 1 y sigs.; 57, 5; 58, 1 y sigs.
VEYES: II 54, 3.
VIA CURIA: I 14, 4.
VIA QUINTIA: I 14, 2.
VIA SACRA: II 46, 3; 50, 3.
VICTORIA, diosa: I 15, 1; 32, 5.
VITULIA, nombre de Italia: I 35, 2.
VOLATERRAS: III 51, 4.
VOLSCOS: III 41, 5.
VOLUSO VALERIO: II 46, 3.
VULCANO: II 50, 2, 3; 54, 2.
YÁPIGES: I 22, 3.
YAPIGIA, promontorio: I 11, 4; 12, 2; 51, 3.
YASO, hermano de Dárdano: I 61, 1, 2, 4.

ZACINTIOS: I 50, 3.
ZACINTO, hijo de Dárdano: I 50, 3.
ZACINTO, isla: I 50, 2.
ZENÓDOTO DE TRECÉN, historiador: II 49, 1.
ZEUS: I 11, 2; 17, 3; 19, 3; 27, 1; 33, 1; 50, 3; 61, 1; 68, 4; 69, 3; II 61, 2.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

INTRODUCCIÓN 7
BIBLIOGRAFÍA 25
NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN 29
LIBRO I 35
LIBRO II 159
LIBRO III 251
ÍNDICE DE NOMBRES 355